MUERTE AL EMPERADOR

SIMON SCARROW



Simon Scarrow

Muerte al Emperador

Serie Águila - 21

Kokeori

Índice de contenido

ACERCA DEL LIBRO

AD 60. Britania. El dominio del Imperio Romano sobre la provincia es frágil. Las tribus implacablemente opuestas a Roma se han vuelto astutas en sus ataques a las legiones. Incluso entre aquellos que han jurado lealtad, la disidencia hierve a fuego lento. En la lejana Roma, Nerón no ve el peligro.

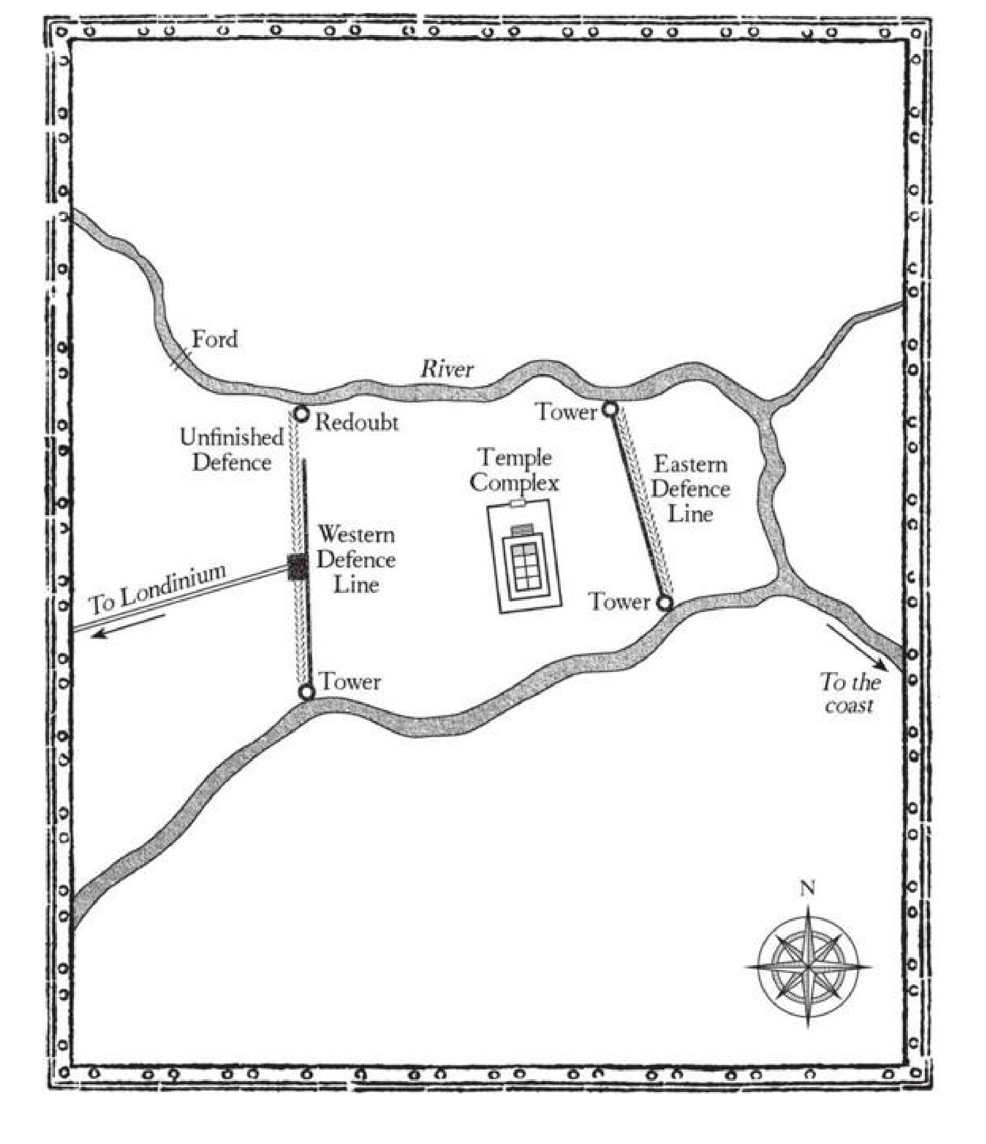
Mientras las hostilidades provocan el caos en el oeste, el gobernador Cayo Suetonio Paulino reúne un vasto ejército para sofocar los problemas, con el prefecto Catón al mando. Héroe de innumerables batallas, Catón quiere a su lado a su leal camarada el centurión Macro. Pero el gobernador deja atrás a Macro, al mando de las veteranas reservas de Camulodunum. Suetonio desestima la preocupación de que la colonia, pobremente fortificada, sea vulnerable a los ataques cuando sólo quede una fuerza esquelética.

Con los militares distraídos, estalla la ira de las tribus. El rey de los icenos ha muerto y un reino orgulloso está listo para el saqueo y la anexión. Pero la viuda es la reina Boudica, una mujer con corazón de guerrera. Si Boudica pide la muerte del emperador, se producirá un baño de sangre.

Macro y Catón se enfrentan a batallas mortales contra enemigos que preferirían morir antes que sucumbir al dominio romano. El futuro de Britania pende de un hilo.



N
MONA
Deva
ORDOVICES
Viroconium
Iceni
capital
ICENI
TRINOVANTES
Camulodunum
Verulamium
Londinium
GAUL



Ford
River
Redoubt
Unfinished Defence
Tower
Temple Complex
Eastern Defence Line
Western Defence Line
To Londinium
Tower
Tower
To the coast
N

LISTA DE ACTORES

Centurión Macro: héroe de Roma Prefecto Cato: mejor amigo de Macro; un soldado consumado Petronela: esposa de Macro Lucio: hijo de Catón con su difunta esposa Claudia Acte: amante de Catón y antigua amante del emperador Nerón, que cree haber muerto en el exilio Casio: un mestizo de aspecto feroz y apetito feroz Parvus: un niño mudo

Apolonio: liberto griego Catus Decianus: procurador de Britannia Suetonio: gobernador de Britania Porcia: madre de Macro Cayo Hormano: pastor de esclavos Boudica: Reina de los icenos Bardea: hija mayor de Boudica Mérida: hija menor de Boudica Sifodubno: primo de Boudica Bladocus Druida

Pernocatus Cazador trinovano Attalus: oficial a cargo de los guardaespaldas de Decianus Fascus: soldado de infantería Thrasyllus: comandante de la Décima Cohorte Gala

Octava cohorte Galerio

Minucio

Anio

Vellio

Decio

Flaco

Tubero

Rubio

En Camulodunum Ulpius

Vulpinus

Flaminius

Varius

Tertilio

Silvanus

Caldonius

Balbanus

Adrastus

Venucio

PRÓLOGO

Britannia, noviembre 60 D.C.

El rey murió poco antes del amanecer.

Fuera de la cabaña real, sus criados estaban sentados alrededor de una gran hoguera. En otro momento habrían estado bebiendo y hablando en voz alta y de buen humor, interrumpidos por estallidos de canciones en medio del jolgorio. Pero esta última noche se habían sentado en un ambiente sombrío, su conversación se limitaba a breves intercambios sobre el futuro del reino después de que Prasutagus hubiera dejado este mundo. Se sabía que recientemente había cambiado su testamento y nombrado coheredero al emperador romano Nerón, junto a su reina. La noticia había golpeado a muchos de los suyos como un acto de traición.

¿Con qué derecho había regalado Prasutagus la mitad del reino iceno a un déspota que vivía en una ciudad lejana más allá del mar? Además, Nerón era el gobernante de un imperio cuyas legiones habían sofocado un levantamiento menor y matado a muchos de los guerreros de la tribu sólo unos años antes, cuando Scapula había sido gobernador. Los soldados romanos habían saqueado las aldeas y abusado de las mujeres. Los veteranos romanos, asentados en la colonia fundada en Camulodunum, se habían apoderado de las tierras de los campesinos y las haciendas de los nobles que lindaban con el territorio reclamado por la colonia. Todo ello fue motivo de gran vergüenza para el orgulloso pueblo de los icenos. Ahora hacían lo que podían para aliviar la carga de la humillación de negándose a comerciar con mercaderes romanos y rechazando en la medida de lo posible cualquier contacto con los invasores.

Por mucho que los consejeros del rey hubieran compartido los sentimientos del pueblo con respecto al testamento, habían llegado a aceptar, al igual que Prasutagus, que era necesario llegar a un acuerdo con Roma si la tribu quería tener algún control sobre su destino. La cuestión crítica era el tratado que había seguido a la invasión hacía unos diecisiete años. A cambio de aceptar la protección romana y el reconocimiento de su dominio sobre la tribu, el rey había acordado que Roma tendría derecho a coronar a su sucesor. En aquel momento, se le había asegurado que se trataba de una mera formalidad, pero él y sus consejeros habían llegado a saber que el estatus de "rey cliente", como los romanos se referían a él, era poco más que un precursor de la anexión del reino, tras lo cual Roma gobernaría directamente.

El rey y su consejo habían esperado que nombrar a Nerón

coheredero aplacaría el apetito de Roma y, al mismo tiempo, se tomaría como una muestra de lealtad icena al Imperio. Algunos habían advertido que se trataba de una falsa esperanza, y señalaron el ejemplo de otras tribus que habían llegado a arrepentirse de tratar con Roma. El asunto se volvió más preocupante por la notificación que Prasutagus había recibido del gobernador de Londinium de que la plata regalada al rey en el momento en que se hizo el acuerdo no era en realidad un regalo, sino un préstamo. Roma tenía la intención de ejecutarlo, con intereses, en el momento en que Prasutagus muriera. Gran parte de la moneda se había utilizado para comprar grano con el que alimentar al pueblo tras las malas cosechas de los dos últimos años, y quedaba poco para pagar a los prestamistas de Roma.

El conocimiento de todo esto pesaba mucho en las mentes de los reunidos alrededor del féretro en el salón real sobre el que yacía el cuerpo del rey. Había estado demasiado débil para levantarse de su lecho de enfermo durante los últimos diez días, y su esposa y reina, Boudica, apenas se había separado de su lado mientras lo cuidaba lo mejor que podía. Había sido una época lamentable. En sus mejores tiempos, Prasutagus había sido un guerrero tan alto y poderoso como jamás había habido en la tribu icena. Su cabello pajizo había enmarcado un rostro ancho y de buen humor, y sus claros ojos azules habían centelleado, lo que aumentaba la sensación de que se trataba de un hombre que disfrutaba de la vida y transmitía fácilmente ese sentimiento a quienes tenían la suerte de compartir su compañía. Era querido por la mayoría de los suyos, y los que no le querían le respetaban. La enfermedad del último año le había carcomido hasta el punto de que ahora apenas era reconocible ni siquiera para los que mejor le conocían. Poco más que piel sobre huesos, con los ojos hundidos y la piel moteada, sus rasgos a menudo se retorcían de agonía por el dolor que sacudía su cuerpo desfallecido.

Boudica había agotado todos los intentos de curarlo, y los druidas de la tribu se habían mostrado impotentes. Dejando a un lado su aversión, incluso había pagado a un médico romano de Londinium para que acudiera a la capital icena. También él había fracasado. Al final, todo lo que pudo hacer fue tratar de consolar a su marido moribundo y hacer ofrendas a los dioses para asegurarse de que era bienvenido en la otra vida.

Había pasado toda la noche escuchando su respiración cada vez más agitada, hasta que se convirtió en poco más que un débil estertor. Por fin había cesado. Esperó un momento antes de pegar la oreja a su esquelético pecho, pero el corazón no latía. Con un suspiro, levantó la cabeza y besó tiernamente su mano inerte antes de posarla sobre su pecho y volverse hacia sus hijas, otros familiares, nobles y miembros del consejo real.

Levantándose, anunció: "El rey Prasutagus ha muerto".

Nadie se movió ni habló. Entonces su hija menor, Mérida, cerró los ojos, se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar. La mayor, dos años mayor que su hermana, había heredado los rasgos fuertes de su padre, y a los dieciséis ya estaba prometida a un noble con una finca en la costa. Se acercó a su madre y la abrazó.

Oh, mi dulce Bardea', le susurró su madre al oído. ¿Qué será de nosotros ahora? ¿Qué será de los icenos?

'Los Iceni perdurarán, Madre. Siempre lo hemos hecho.

Boudica aumentó la presión de su abrazo, conmovida por la sencilla expresión de convicción de su hija. Sí, claro. Si al menos lo entendiera, pensó. Nuestra tribu está al borde del olvido. Ya no somos los únicos que decidimos nuestro destino. Nuestro futuro se decidirá lejos, en Roma. El reino de los Iceni continuará o caerá en el capricho del niño emperador Nerón.

Soltó a su hija y la mantuvo a distancia, observando con aprobación la firmeza de su mandíbula y la tensa determinación de no ceder al dolor. Las lágrimas llegarían más tarde, en privado, al igual que las suyas. Pero antes había que ocuparse de otros asuntos. Señaló a Mérida y habló en voz baja. Cuida de tu hermana. Siempre fue la favorita de su padre, como tú lo eres del mío. Llévala a tu cabaña y consuélala".

Sí, madre.

"Iré una vez que haya tratado con el consejo real.

Intercambiaron una breve mirada y Bardea asintió. Habían hablado de este momento y de lo que vendría después varios días antes, cuando el rey se encontraba en su lecho de muerte.

Boudica observó cómo sus hijas abandonaban el salón, con el corazón encogido por la preocupación de lo que les depararía el futuro. Ya nada era seguro. Todas las tradiciones de la tribu, que se remontaban a innumerables generaciones, podrían desaparecer en los días venideros, si Roma actuaba con cruel desprecio por el pueblo iceno. ¿Qué sería de Bardea y Mérida en un mundo que ya no tenía lugar para las princesas? ¿Quién las protegería cuando la casa real hubiera sido despojada?

Cuando desaparecieron por la entrada de la sala, Boudica hizo un gesto con la cabeza al comandante de la escolta del rey, y éste ordenó en voz baja a los dos guerreros de guardia que cerraran las puertas. El suave golpe de los maderos hizo que algunos miraran por encima del hombro antes de fijar su atención en su reina. Era de constitución sólida, con caderas y hombros anchos, y su altura le confería una presencia física que se correspondía con su personalidad dominante. Aunque entrada en años, con el rostro ligeramente arrugado, su mirada era sagaz y penetrante. La larga melena pelirroja recogida con

una sencilla cinta de cuero la distinguía de las demás mujeres de la corte.

Su aguda inteligencia, combinada con los conocimientos adquiridos en la infancia gracias al tutor que su noble padre había traído de la Galia, hizo que Boudica fuera una de las pocas personas de su pueblo que sabía hablar y escribir latín. Como tal, había sido el brazo derecho de Prasutagus durante todo su reinado, y cuando su salud empezó a flaquear, ella asumió su autoridad para garantizar que los icenos fueran gobernados con sabiduría y, en su mayor parte, con justicia.

Se había ganado la confianza del pueblo y de la mayoría de la corte real, pero ahora que el rey había muerto, habría algunos que aspirarían a ocupar su lugar. Boudica sabía quiénes eran y por qué a la mayoría de ellos no se les debía confiar el poder, sobre todo en un momento tan delicado. Un noble testarudo que reivindicara audazmente las ambiciones de los icenos podría enfurecer a Roma y hacer caer su ira sobre la tribu. La facilidad con la que los soldados romanos habían sofocado el levantamiento unos años antes había sido una lección saludable para los icenos. La derrota había sido más humillante por la insistencia de Roma en que los guerreros de la tribu entregaran sus armas. Las únicas armas permitidas debían utilizarse para cazar, y las armaduras y espadas, transmitidas de padres a hijos y tratadas con reverencia, habían sido entregadas a los romanos. No todas, por supuesto. Se habían escondido alijos, enterrados bajo sus chozas o escondidos entre los traicioneros cursos de agua y pantanos en los que los romanos se resistían a entrar. En la tribu existía la sensación de que llegaría un día en que las espadas de los guerreros icenos volverían a desenvainarse. Ese día no era ahora, resolvió Boudica.

Estudió los rostros de los nobles, guerreros y miembros del consejo del rey, observando la mezcla de respeto, cálculo y expectación en sus expresiones. Luego volvió a mirar el cuerpo de su marido, el hombre al que pronto había llegado a amar tras su matrimonio concertado. Ya sentía un agudo dolor de añoranza por él, y sonrió tristemente al recordar su risa sincera y el afecto que siempre estuvo presente en su vida privada, lejos de sus funciones como gobernantes de los icenos. Cerró los ojos y respiró hondo, apartando los pensamientos del pasado y obligando a su mente a concentrarse mientras se volvía hacia los demás en la sala.

Hemos perdido a nuestro rey. La cuestión que se nos plantea es decidir quién debe sucederle. Aunque soy vuestra reina, es nuestra costumbre que el consejo del rey y los nobles tengan el derecho último de elegir a nuestro próximo gobernante. Diré ahora, ante todos los aquí reunidos, que sería un honor gobernar en lugar de Prasutagus.

Conocen mi valía. Lo he demostrado este último año, cuando nuestro amado rey se vio afectado por la enfermedad que finalmente se lo ha llevado. También fue su deseo expreso que yo heredara el reino".

Junto al emperador romano", interrumpió una voz.

Su mirada se desvió hacia un noble corpulento a la derecha de los reunidos ante ella. Llevaba una antorcha de oro en el cuello, , con forma de serpiente bicéfala. La anchura de su pecho y hombros compensaba su escasa estatura, y una franja de cabello rubio rodeaba su calva. Un bigote trenzado caía a ambos lados de sus finos labios, que ahora se alzaban ligeramente en una mueca de desprecio.

'Mi primo Syphodubnus, conoces las razones por las que Nerón fue nombrado. Estabas en el consejo cuando se acordó el testamento'.

'Yo no estaba de acuerdo, si recuerdas. Y no fui el único". Syphodubnus miró a los otros nobles, y varios asintieron y murmuraron su apoyo.

No obstante", continuó Boudica, "el rey pidió al consejo que votara sobre el asunto, y el resultado fue claro y estamos obligados a acatar la decisión".

¿Quién lo dice? Ningún juramento fue hecho ante un Druida. Yo digo que no estamos obligados a cumplir los términos del testamento. Prasutagus ya no existe. Tal vez su sucesor decida renunciar al acuerdo. Tal vez el nuevo rey tenga el coraje de enfrentarse a Roma y salvar el honor de los Iceni'.

Boudica sintió que se le retorcían las tripas de rabia y asco. El cuerpo de su marido aún estaba caliente y, sin embargo, este viejo rival ya estaba insinuando que Prasutagus había sido un cobarde y había traicionado a su pueblo. Apretando la mandíbula para no expresar su indignación ante aquella falta de respeto, se quedó quieta, distante y silenciosa, mirando a Syphodubnus durante unos latidos antes de responder.

Está claro que te crees digna de ocupar el lugar de mi marido. ¿Es así?

Syphodubnus sonrió antes de adoptar una expresión más imperiosa. Si es la elección de nuestro pueblo que yo gobierne, entonces es una decisión que honraría con mi vida. Si me convirtiera en rey, sería mi deber juramentado restaurar el prestigio de los icenos y mantener el reino fuera de las garras de Roma".

Varios hombres expresaron su apoyo a esta ambición, y la rápida mirada de Boudica los identificó como sus compinches, nobles y guerreros destacados que le habían seguido en el fallido levantamiento de unos años antes. Habían hecho un gran juego de lo que llamaban su heroica lucha contra Roma. En realidad, había sido un conflicto condenado desde el principio. Muy pocos se habían unido al estandarte de Sifodubno cuando éste había hecho un llamamiento a su

pueblo. En lugar de esperar a presentar el asunto ante Prasutagus y su corte y dejar que los icenos decidieran en conjunto, el noble y su facción habían marchado contra el invasor. Había sido una decisión precipitada.

Boudica levantó una mano para ordenar silencio, y sólo la bajó cuando el último de los seguidores de Syphodubnus se hubo callado.

Hablas del prestigio de los icenos, pero fuisteis vosotros quienes avergonzasteis a nuestro pueblo con la facilidad con que fuisteis derrotados. Ni siquiera fuisteis derrotados por las legiones romanas. Todo lo que se necesitó para aplastar vuestra fuerza fue un puñado de sus cohortes auxiliares respaldados por levas de las otras tribus de Britannia. Soldados de segunda, en el mejor de los casos", añadió con desprecio.

"Al menos luchamos", respondió Syphodubnus. "Luchamos y ganamos honor para nuestro pueblo".

"¿Honor?" Boudica rió amargamente. ¿Qué habéis conseguido? Asaltasteis algunas granjas, quemasteis un puñado de villas y masacrasteis algunas patrullas. Luego, en cuanto los romanos reunieron tropas suficientes para contrarrestar la amenaza, huisteis a la seguridad de un fuerte en los pantanos. ¿Cuánto tiempo resistieron usted y sus valientes guerreros? Recuérdenos a todos...

Syphodubnus la fulminó con la mirada.

¿No tienes nada que decir? preguntó Boudica. Entonces déjame decirlo por ti. Duraste exactamente dos días mientras el comandante romano esperaba que respondieras a su oferta de rendición. Y entonces, cuando no lo hiciste, ordenó a sus hombres avanzar y todo terminó en un momento. Usted y sus guerreros arrojaron sus espadas en el momento en que la puerta fue derribada. Fue una suerte que murieran tan pocos y que el gobernador romano optara por ser indulgente, pero aun así nos costó la mayor parte de nuestras armas y armaduras, así como una indemnización por los daños causados a la propiedad romana y el reclutamiento de doscientos de nuestros mejores jóvenes en las unidades auxiliares romanas. Para colmo, los romanos tienen ahora una serie de puestos avanzados vigilando nuestra frontera". Hizo una pausa para asimilar sus palabras. Y tienes el descaro de llamar a eso ganar honor para nuestro pueblo. ¡Pah!

Si la tribu nos hubiera seguido, habríamos triunfado", replicó Sifodubno. Si Prasutagus hubiera reunido a los guerreros icenos, habríamos aplastado a los auxiliares romanos".

Pero nunca le diste la oportunidad", replicó ella. Terminó antes de que el rey tuviera tiempo de convocar al consejo tribal. En cualquier caso, aunque hubiéramos vencido a los auxiliares, habríamos tenido que enfrentarnos a las legiones". Miró a algunos de los hombres mayores que tenía delante. Sólo unos pocos de nosotros hemos visto a

las legiones en acción. Los que las hemos visto sabemos que sería una temeridad que los icenos les hicieran la guerra. Las legiones nos aplastarían como han hecho con todas las tribus que se les han opuesto en batalla. Incluso el gran caudillo Caratacus no pudo derrotarlos, y fue perseguido, capturado y llevado a Roma encadenado. Tú, Syphodubnus, no eres lo suficientemente viejo para haber visto esto'.

Tal vez la edad hace cobardes a los que temen a Roma", se burló. Tal vez sea hora de que hombres más jóvenes empuñen las espadas de los icenos. Si me eligen para suceder a Prasutagus, juro que le daré a Roma algo que temer. Inspiraremos a las otras tribus a levantarse y expulsar al invasor. Y cuando eso esté hecho, seremos la tribu más poderosa de la tierra".

Atrevidas palabras de alguien que vaciló al dar el primer paso", se burló Boudica. ¿Crees que mi marido no albergaba los mismos sueños que tú? Sin embargo, tuvo el sentido común de saber lo que podía lograrse y lo que era imposible. Sí, puede que llegue un día en que las demás tribus se cansen de vivir bajo el yugo romano y se levanten contra el invasor, pero ese día aún está lejano. Hasta entonces, debemos ocultar nuestra ira; debemos mantener nuestras espadas afiladas pero ocultas. Debemos hacer creer a Roma que los icenos somos lo bastante leales como para que nos dejen gobernar nuestros propios asuntos y pagar el tributo que nos corresponde. Si nos alzamos antes de estar preparados, antes de que las otras tribus encuentren una causa común, estamos condenados a la derrota, y la próxima vez Roma no será tan indulgente. Masacrarán a nuestros guerreros, quemarán nuestras granjas y se apoderarán de nuestro tesoro, y los que sobrevivan serán vendidos como esclavos. Con el tiempo, el propio nombre de nuestra tribu será borrado y nadie recordará que alguna vez existimos. . . ¿Es eso lo que deseas? Boudica abrió los brazos mientras apelaba a los hombres que tenía delante, y luego fijó su atención en Syphodubnus. ¿Es eso lo que deseas? ¿Quieres llevar a nuestros valientes y jóvenes guerreros a la muerte y la destrucción?

Vio el primer atisbo de duda en su expresión, y luego, con la misma rapidez, el retorno de la postura desafiante y arrogante, y se dio cuenta de que no había logrado persuadirle. Aún era demasiado joven para esa medida de experiencia que permitía la sabiduría. Muy bien, decidió. Hay que impedir que se convierta en el sucesor de Prasutagus.

'La voluntad de mi esposo es clara y ha sido afirmada por el consejo tribal. Yo soy tu reina. Tu lealtad es mía por derecho'.

Pero tú eres una mujer', protestó Syphodubnus. Una tribu como la de los icenos debe ser gobernada por un guerrero".

¿Y quién dice que una mujer no puede ser guerrera? He luchado en

al lado de mi marido. He blandido la espada y la lanza y he derramado la sangre de mis enemigos. Mi propia sangre se ha derramado en combate. ¿Puedes decir lo mismo, joven? Eres un guerrero sin sangre, gracias a tu rápida rendición'.

Syphodubnus hizo una mueca y emitió un gruñido audible mientras continuaba.

Me he probado a mí mismo en la batalla. Y así los Iceni son gobernados por un guerrero, tal como dices que debería ser.'

Ya veremos. Estoy en mi derecho de presentar el asunto ante el consejo y dejarles debatir si el testamento es legítimo o no.'

'Y eres libre de hacerlo cuando el consejo se reúna de nuevo.'

Pero para eso faltan meses. ¿Por qué esperar? Podríamos decidir aquí y ahora. El consejo está reunido. No hay necesidad de retrasarlo.

El consejo está aquí para presenciar el fallecimiento de nuestro rey, para honrar su memoria y presentar sus respetos a un guerrero cuyo renombre nunca igualarás, Syphodubnus. Lo lloraremos y lo enterraremos, y luego gobernaré a los icenos hasta que el consejo decida que otro debe tomar mi lugar. Y eso no pueden hacerlo hasta la reunión de invierno, según nuestra costumbre. ¿No es así, mis señores?

Miró directamente a uno de los consejeros más antiguos y respetados de Prasutagus, el druida Bladocus, que asintió y se llenó los pulmones antes de hablar con claridad.

Es verdad. Hasta entonces, juro por todos los dioses que seré leal a la Reina Boudica. Ese es mi juramento.

Y la mía", gritó otro hombre. Muchos más se unieron al grito, ahogando las pocas voces que protestaban.

Syphodubnus vio que le superaban en número, y sus juveniles rasgos se arrugaron en un ceño amargo. Cuando los gritos se apagaron, Boudica se volvió hacia él.

'Los Iceni han hablado. No tienes más remedio que aceptar".

Por ahora.

'¿Pero aceptas?' le insistió Boudica.

"Sí", siseó.

'Entonces dilo. Haz el juramento de lealtad a tu reina'.

Syphodubnus se cruzó de brazos y pareció dolido por un momento antes de anunciar en tono llano: "Juro por todos los dioses de nuestra tribu ser leal a la reina".

'Entonces está hecho', concluyó Boudica. Ahora debemos decir al pueblo que Prasutagus ya no existe y que yo gobernaré en su lugar'.

Hizo un gesto a los dos guerreros que custodiaban la entrada de la sala, que abrieron las puertas y se colocaron a ambos lados mientras los miembros del consejo real y los nobles salían en fila al gran espacio abierto delimitado por una empalizada. La multitud que se

había reunido en torno a las hogueras se puso en pie expectante. Los primeros destellos del alba asomaban por el horizonte oriental mientras una ligera llovizna empezaba a cubrir las capas, túnicas y cabellos de los miembros de la tribu.

Boudica fue la última en marcharse. Miró a su marido por última vez y susurró: "Amor mío... Temo que vayas a una paz que no conoceré mientras viva'.

Luego le tapó la cara con la funda tejida y se volvió hacia las puertas. A pesar de la importancia del momento, ya miraba hacia delante. Aunque por el momento había frustrado las ambiciones de Syphodubnus, no cabía duda de que conspiraría contra ella en los meses venideros, a pesar de su juramento. Era un hombre demasiado peligroso para confiarle el destino de los icenos. Sin embargo, era lo bastante astuto como para jugar con el deseo de la tribu de restaurar la edad de oro descrita en canciones y leyendas. Boudica sabía que su pueblo, como la mayoría de los celtas, prefería regodearse en el sentimentalismo antes que enfrentarse a verdades duras y desagradables. No se equivoque, pensó, Syphodubnus es el enemigo interior. Habrá que vigilarlo de cerca.

Luego estaba la cuestión del enemigo exterior. A pesar del tratado entre los icenos y Roma, siempre había habido tensión, y ella podía sentir que estaba llegando a un punto crítico. Su destino, el de su familia y el de los icenos dependía de la respuesta de Roma a la noticia de la muerte de Prasutagus. No podía deshacerse de sus presentimientos sobre el futuro. En el mejor de los casos, los romanos aprovecharían la situación para aumentar su influencia sobre los icenos. En el peor, decidirían anexionarse la tribu y reducirla a una región de la nueva provincia que habían creado en la isla.

Cuando salió de la sala y subió a la plataforma del carro de su esposo, Bladocus gritó a la multitud: "¡Ha muerto el rey! He aquí a Boudica, reina de los icenos. Que nuestros dioses la protejan y le den prosperidad en la paz y la victoria y el botín en la guerra".

Guerra... Que los dioses nos libren de ella, rezó Boudica en silencio con todo su corazón. Contempló a media distancia mientras la multitud gritaba su nombre una y otra vez y la llovizna daba paso a una lluvia arrastrada por un viento gélido que soplaba con el amanecer.

CAPÍTULO 1

Camulodunum

"¡Sigue apuntando!" gruñó el centurión Macro mientras rechazaba otro débil golpe de su oponente y le daba un fuerte golpecito en el hombro como reprimenda por el pobre esfuerzo del joven. ¿Cómo vas a convertirte en legionario si luchas así? Mierda, ¡he visto gatitos recién nacidos que parecen más amenazadores! Inténtalo de nuevo. Esta vez golpéame como si fuera en serio'.

Retrocedió un paso y se puso en cuclillas, con el peso instintivamente equilibrado para saltar hacia delante o hacia un lado al instante, resultado de más de treinta años de soldado. Levantando su espada de madera, trazó pequeños círculos con la punta roma.

"Ahora, Lucius", le ordenó. "Hazlo bien esta vez".

Frente a él, un niño delgado de unos ocho años, con una mata de rizos oscuros rebeldes, apretó los dientes y adoptó una postura similar mientras se preparaba para atacar. Sus ojos oscuros se entrecerraron y miró fijamente a Macro. Estaban de pie sobre la grava, a un lado del pequeño estanque de azulejos del patio de la casa de Macro. Dos mujeres y otro hombre observaban desde las sillas dispuestas alrededor de una mesa de madera al final del jardín. A los pies del hombre se enroscaba un enorme perro de pelo enjuto, con la larga cabeza estirada entre las patas delanteras. Se calentaban con los leños que ardían en un cesto con marco de hierro colocado ante ellos, y aun así necesitaban capas. Como la mayoría de los romanos que habían venido a establecerse en la nueva provincia de Britannia, no estaban acostumbrados al frío húmedo de los inviernos de la isla. Macro y Lucio, por el contrario, sólo llevaban túnicas sencillas y habían sudado mucho mientras hacían ejercicio en el patio.

Dáselo, Lucius", gritó alegremente una de las mujeres. Era una mujer de complexión robusta, cara redonda y amable, ojos castaños y pelo oscuro.

Macro la miró con el ceño fruncido. "Gracias por tu leal apoyo, esposa".

Petronella se rió y agitó una mano con desdén.

Estaba a punto de responder cuando el muchacho lanzó un grito agudo y se abalanzó sobre él, clavándole un puñal en el vientre. El centurión esquivó el golpe con facilidad y contraatacó apuntando al centro del pecho del muchacho. La espada de entrenamiento más pequeña se movió hacia atrás y golpeó el arma de Macro mientras Lucius se abalanzaba para golpear el estómago de su oponente. A

pesar de su mayor corpulencia, Macro se movió con fluidez para apartarse y la punta de la espada del muchacho cortó el aire a su lado. Estaba a punto de golpear de nuevo al muchacho en el hombro cuando Lucius hizo caer su talón sobre los dedos expuestos del pie adelantado de Macro.

El centurión lanzó un grito de sorpresa y dolor, y retrocedió cojeando un paso. '¿Por qué, pequeño bastardo astuto...'

Cuidado con lo que dices", le gritó su mujer.

Antes de que Macro pudiera responder, Lucio retrocedió un paso y se abalanzó sobre el pecho del centurión. La punta aterrizó justo debajo de su caja torácica, un fuerte pinchazo que sólo hirió su orgullo durante un latido antes de que sonriera y bajara la espada. "¡Eso es! Bien hecho, Lucio".

La expresión feroz del joven se relajó en una mirada de orgulloso deleite, y se volvió hacia el hombre barbudo sentado a la mesa. Rondando la treintena, éste era delgado y tenía los mismos rizos oscuros de que su hijo. Su rostro mostraba una vívida cicatriz diagonal desde la frente hasta la mejilla, pero no estropeaba su sensible buen aspecto. Devolvió la sonrisa, y entonces su boca se abrió para hacer una advertencia, pero llegó demasiado tarde. Macro golpeó a Lucius en la muñeca con la parte plana de su espada de entrenamiento, lo bastante fuerte como para que el muchacho soltara su propia arma.

Gritó y miró con el ceño fruncido al centurión.

'Nunca le des la espalda a tu oponente mientras esté de pie', le amonestó Macro. Cuántas veces te lo he dicho, ¿eh?

Su voz tenía un tono serio y Lucius bajó la cabeza mientras se frotaba la muñeca y murmuraba: "Me ha dolido".

'Eso no es nada comparado con el dolor que sentirás por la espada que se clavará en tu columna si alguna vez haces eso en una batalla real'.

Lucius apretó los labios y su barbilla tembló de orgullo herido. Macro vio que estaba al borde de las lágrimas y no quiso dejar que el chico se avergonzara de sí mismo. Le revolvió el pelo cariñosamente y le habló en voz baja. No pasa nada, muchacho. No hay que avergonzarse por cometer errores cuando se está aprendiendo a usar una espada. A mí me pasó lo mismo cuando empecé. Miró hacia la mesa y sonrió. Tu padre fue uno de los reclutas más inútiles de la Segunda Legión. Más peligroso para sí mismo y para sus camaradas que el guerrero alemán más feroz que jamás haya existido. ¿No es verdad, Cato?

Cato hizo una mueca. "Si tú lo dices, amigo mío".

Y mira cómo ha salido -continuó Macro mientras apoyaba una mano en el hombro de Lucius-. Ha ascendido de optio a prefecto, y en el camino ha servido como tribuno de la Guardia Pretoriana y ha

recibido más condecoraciones por su valentía que la mayoría de los soldados en toda su vida. Uno de los mejores oficiales del ejército, sin duda. Así que sigue practicando, joven Lucius, y algún día podrás conseguir tanto como tu padre, ¿eh?".

La mujer rubia que estaba junto a Cato lo miró con cariño, se acercó y le plantó un suave beso en la mejilla llena de cicatrices. Mi héroe.

Ya basta, Claudia". Cato frunció el ceño. No estaba en su naturaleza aceptar los elogios con facilidad. Hazlo lo mejor que puedas, hijo. Nadie puede pedirte más que eso".

El chico se acercó a la mesa y se puso en cuclillas junto al perro para acariciarlo. El animal movió la cola alegremente y, de repente, levantó la cabeza y le lamió la cara.

¡Cassius! Para ya". El chico se echó a reír, se levantó y se sentó en uno de los taburetes libres, sin llegar a tocar el suelo con los pies. Miró a Cato. Si eres un buen soldado, padre, ¿qué hacemos aquí en Camulodunum? Deberías estar en la frontera, luchando contra los bárbaros y los druidas por el emperador".

Hubo un intercambio de miradas entre los adultos. La verdad era que Claudia había sido amante de Nerón antes de ser enviada al exilio en Cerdeña. Desde entonces había abandonado la isla para estar con Cato y se habían visto obligados a venir al rincón más apartado del Imperio para mantenerla a salvo. La colonia de veteranos de Camulodunum era un remanso tranquilo donde las posibilidades de que la reconocieran y denunciaran eran escasas. Pero no lo suficiente como para arriesgarse a que Lucius revelara inadvertidamente la verdadera razón de su presencia allí.

Tu padre está descansando entre campaña y campaña", dijo Petronella. Tiene que estar preparado para cuando el emperador vuelva a necesitarlo. Además, quiere pasar más tiempo contigo. Te gusta estar aquí, ¿verdad, Lucio?

El niño se lo pensó un momento. En la colonia había otros niños de su edad con los que jugar, y en verano pescaba en el río y cazaba en los bosques que rodeaban la granja de Macro, a medio día de camino. Asintió con la cabeza. Supongo que sí. Pero vuelve a hacer frío'.

Macro suspiró. "Sí, es cierto. El maldito invierno de esta provincia fue creado por los dioses para ponernos a prueba. Frío, húmedo y pegajoso. Los caminos se convierten en un barro espeso que te chupa las botas, y tenemos que comer carne salada y cualquier verdura fresca que podamos almacenar'.

Continúa", dijo Petronella. Estás haciendo un buen trabajo animando al muchacho.

Cato cogió su copa de vino caliente y bebió un sorbo. Vamos, Macro. No es para tanto. Te ha ido bastante bien". Señaló la casa que

rodeaba el patio. Antaño había sido la residencia del legado, cuando se estaba construyendo una fortaleza legionaria. Las obras se abandonaron cuando se decidió instalar la colonia en aquel lugar. En el asentamiento aún quedaban muchos edificios militares, aunque gran parte de la muralla había sido demolida y el foso defensivo rellenado. Entre los edificios existentes había muchas construcciones nuevas, como un foro, un teatro, una arena y un imponente complejo de templos dedicados al culto imperial.

'Tienes el mejor lugar de la colonia, Macro. También tienes una granja rentable en el campo y eres el magistrado principal del senado de la colonia. Por si fuera poco, disfrutas de la mayor de las suertes al tener a Petronella por esposa'. Cato alzó su copa hacia ella e inclinó suavemente la cabeza. Yo diría que estás muy bien sentado. Un buen final para tu carrera militar, amigo mío. Te lo has ganado. Puedes vivir tu retiro en paz y con comodidad".

Petronella sonrió, cogió el brazo musculoso de su marido y lo abrazó.

Supongo que sí', dijo Macro. Aunque algunos días no puedo evitar echar de menos la vida de antes'.

'Estás obligado. Pero no podrías servir en el ejército para siempre'.

Lo sé", dijo Macro con tristeza.

Hubo una pausa antes de que Claudia se aclarara la garganta. Esto es tranquilo, pero no conviene darlo todo por sentado".

Cato se volvió hacia su hijo. ¿Por qué no vas a ver si tus amigos quieren jugar?

La mirada del chico se desvió hacia las espadas de entrenamiento de madera que había sobre la mesa. ¿Puedo llevármelas?

Mientras tengas cuidado", dijo Cato. No quiero oír hablar de huesos rotos ni narices ensangrentadas. ¿Entendido? Y llévate a Parvus contigo'.

Antes de que Cato pudiera cambiar de opinión, Lucius cogió las espadas y salió trotando hacia el bloque de la cocina, en la parte trasera de la casa. Salió un momento después con un muchacho larguirucho unos años mayor que él. Parvus era un mudo que Macro y Petronella habían rescatado de los muelles de Londinium el año anterior y adoptado en su hogar. Los cuatro adultos se quedaron mirando a los chicos mientras corrían por el patio y desaparecían por el pasillo que conducía a la parte delantera de la casa. Macro soltó una risita. Me atrevo a decir que antes de que acabe el día habrá unos cuantos niños que volverán a casa con moratones y rozaduras".

Cato asintió y sonrió débilmente antes de volverse hacia Claudia. No creo que sea prudente hablar de ciertas cosas delante de Lucius. Es un buen chico, pero los niños suelen repetir las cosas que oyen por casualidad".

Lo sé. Lo siento. Se cruzó de brazos. Pero sabes tan bien como yo que el futuro de la provincia pende de un hilo. Se lo oí decir a Nerón muchas veces cuando vivía en el palacio. Odia esta isla. Es una fuga constante del tesoro de y preferiría gastar la plata en entretenimientos en Roma, manteniendo a la mafia feliz. Está tomando mucho más tiempo de lo esperado someter a las tribus que no han aceptado el dominio romano. Cada año, las legiones y las cohortes auxiliares necesitan nuevos reclutas para reemplazar las pérdidas sufridas". Se encogió de hombros y negó con la cabeza. La verdad es que no sé cuánto tiempo más va a aguantar".

Sería un tonto si abandonara Britania", gruñó Macro. Hemos pagado por esta provincia con nuestra sangre. Al menos nosotros, los soldados. Si Nerón deja todo eso de lado, habrá muchos aquí, tanto en las filas como en la colonia, que pensarán que ya es hora de que tengamos un nuevo emperador. Además, la mayor parte del trabajo ya está hecho. Las tribus de las tierras bajas no representan ninguna amenaza. Han sido conquistadas o desarmadas y han firmado tratados con Roma. Los Brigantes en el norte están bajo nuestro dominio y los únicos hostiles restantes están en las montañas al oeste. El nuevo gobernador ha dejado claro que se ocupará de ellos. ¿No es así, Cato?

El hombre más joven asintió. 'Esas son las noticias de nuestro amigo Apolonio en Londinium. Suetonius está concentrando hombres en Deva para atacar las montañas. Será difícil. Macro y yo fuimos parte del intento anterior. No terminó bien.

Eso es porque la campaña empezó demasiado tarde", interrumpió Macro. Si no fuera por el tiempo, habríamos acabado con esos bastardos de las tribus de las colinas. También habríamos tomado Mona y acabado con los druidas".

Pero no lo hicimos", dijo Cato. Y ahora que tienen una victoria sobre Roma en su haber, van a ser aún más difíciles de someter. Si alguien puede hacerlo, Suetonio es el hombre. Tiene experiencia en guerra de montaña. Hizo un buen trabajo en Mauritania hace unos años. Imagino que fue elegido para este trabajo.

O se puso a la cabeza de la cola". Macro sonrió. Una última oportunidad para sellar su reputación. Ya sabes cómo son estos aristócratas. Cualquier cosa para dar lustre al nombre de la familia y superar las hazañas de sus antepasados y sus rivales políticos".

"¿Necesitará este Suetonio llamar a las reservas? preguntó Petronella.

Macro le cogió la mano y se la apretó cariñosamente. No es probable. Aquí somos muy pocos como para cambiar mucho las cosas si nos llamaran a filas. En cualquier caso, aquí nos necesitan. El gobernador sabe lo importante que es contar con una pequeña fuerza de veteranos para asegurarse de que ninguna de las tribus locales

caiga en la tentación de jugar mientras el gato está fuera".

Claudia esbozó una sonrisa irónica. Creía que habías dicho que las tribus de las tierras bajas no suponían una amenaza".

Así que no", respondió Macro con firmeza. Los Trinovantes de Camulodunum son mansos como corderos".

No me sorprende", dijo. Me han dicho que los veteranos de la colonia los han tratado con dureza. Se han apoderado de sus tierras, se han llevado a algunos de sus hombres y los han obligado a servir en las cohortes auxiliares, y he oído que muchas de las mujeres han sido violadas".

Siempre hay problemas al principio", replicó Macro. Los chicos de la colonia están acostumbrados a ser soldados. Tardan unos años en acostumbrarse a ser civiles".

"Y mientras tanto, ¿los miembros de la tribu tienen que aguantarse?

Así son las cosas", dijo Macro. Hemos conquistado este lugar, igual que hemos conquistado tierras desde aquí hasta los desiertos del este. Una vez que acepten su suerte, las tribus se conformarán con formar parte del Imperio'.

Me pregunto. Claudia se volvió hacia Cato. ¿Qué te parece?

Cato hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. No estaba tan convencido como Macro de la seguridad de esta parte de la nueva provincia. La cosecha del año había sido mala, y eso no se tendría en cuenta cuando los recaudadores de impuestos hicieran sus demandas a la población local. El hambre y la pobreza causaban descontento, y aunque los trinovantes parecían bastante dóciles, era difícil imaginar que las indignidades y el sufrimiento que habían soportado a manos de sus recién impuestos amos romanos no les causaran un amargo resentimiento, aunque tuvieran cuidado de no demostrarlo. El hecho de que el gobernador Suetonio y sus legiones estuvieran haciendo campaña en el otro extremo de la provincia podría tentar a los exaltados de las tribus locales a aprovecharse de la situación. Macro y los veteranos de la colonia eran lo bastante duros y capaces de sofocar cualquier pequeño brote, pero un levantamiento concertado supondría un peligro real para los habitantes romanos de Camulodunum.

Se lo pensó un momento más antes de responder a la pregunta de Claudia. Mientras haya legiones en Britania, dudo que haya problemas serios en esta zona. Los Icenos ya han probado lo que significa desafiar a Roma. No estarán ansiosos por repetir la experiencia. En cuanto a los Trinovantes, ¿quién sabe? La mayor preocupación es lo que sucede si Nerón decide retirar las legiones. Hay decenas de miles de romanos y otras personas del Imperio que se han asentado aquí. Serán carne fácil para cualquier tribu que decida atacarlos. Tendrán que elegir entre quedarse e intentar defender lo que tienen, o

abandonar sus hogares, sus propiedades y su futuro aquí y huir de vuelta al otro lado del mar, a la Galia".

Claudia se volvió hacia Macro y Petronella. "Si Nerón saca a las legiones, ¿qué haréis vosotros dos?

Macro miró a su mujer, pero ella no se encontró con sus ojos. No me gustaría dejarlo todo. Todo lo que tenemos aquí, y la media acción de en el negocio de mi madre en Londinium. . . No lo sé. Espero que nunca llegue a eso".

Brindo por ello", dijo Cato, deseoso de tranquilizar a su mejor amigo. Es difícil creer que Nerón vaya a abandonar Britania. Renunciar a ella ahora sería un golpe peligroso para el prestigio romano. Te puedes imaginar cómo reaccionaría la plebe, por no hablar de esos senadores que no paran de decirles lo invencible que es Roma".

¿Ves? Macro le dio un codazo a Petronella. El chaval sabe cómo son las cosas".

Hay otra razón por la que Nerón será reacio a retirar las legiones", continuó Cato. Si las retira a la Galia, el gobernador dispondrá de un número considerable de soldados adicionales. Los que mandan ejércitos poderosos podrían verse tentados a utilizarlos con fines políticos. Así que es más seguro mantener esas legiones atadas aquí en Britania".

Macro se burló. Tienes una mente retorcida, muchacho. Una mente cínica".

Soy realista". Cato se encogió de hombros. Llevamos los dos el tiempo suficiente como para saber cómo funciona el Imperio. Sabes que tengo razón".

Macro cogió su taza. Toda esta charla sobre política me ha dado sed". Levantó la jarra, pero cuando la sirvió, sólo goteó un fino hilillo en su taza. Mierda... Tendré que traer más de la cocina".

Cuando se levantó del taburete, Petronella aguzó el oído hacia el bloque de la cocina, en el otro extremo del patio. ¿Qué es todo eso?

Macro frunció el ceño. Del interior del edificio llegaban voces animadas. Será mejor que me ocupe de ello".

Se alejó con la jarra en la mano y desapareció en el interior. Los demás siguieron escuchando mientras la conversación aumentaba de volumen, hasta que el centurión la interrumpió de repente exigiendo silencio.

Parece que hay problemas entre los criados", comentó Claudia.

Petronella negó con la cabeza. Se llevan bien. Hay dos chicas icenas y el mozo de cuadra es de aquí. Nunca se ha cruzado una palabra entre ellos. Pronto sabremos qué pasa cuando vuelva Macro". Mientras esperaban, cambió de tema. Pronto será Saturnalia. ¿Seguirás viviendo en Camulodunum entonces? Serás bienvenido".

Estaremos aquí un tiempo", respondió Cato. Había alquilado una modesta villa en la colonia. Tenía vistas al río y estaba orientada al sur para aprovechar el sol que daba la provincia. Allí vivían tranquilamente él y Claudia mientras criaban a Lucio. La educación del niño corría a cargo de un hombre que decía ser un erudito griego que había cruzado desde la Galia para establecer una pequeña escuela. Su acento no era el que Cato había oído jamás entonar a un griego, pero era competente, y Lucio aprendía a leer y escribir y los rudimentos del trabajo con figuras. En Roma le esperaba una educación más refinada, una vez que Cato considerara seguro regresar a la capital.

Si algún indicio de que Claudia había sido rastreada hasta Britania llegaba a Londinium, se había acordado que Apolonio les enviaría una advertencia. El liberto griego había servido una vez como espía para Roma antes de conocer a Cato, y los dos hombres se consideraban con respeto, si no con amistad. A Macro le había caído mal desde el principio y lo trataba con recelo, pero Apolonio se había ganado la confianza de Cato y ahora había encontrado un puesto útil en el palacio del gobernador de Londinium.

Es un remanso de paz", continuó Cato. Y eso nos conviene'.

Estaremos encantados de compartir Saturnalia con ustedes". Claudia sonrió. 'Debes decirme qué podemos aportar para la ocasión'.

El ruido de pasos sobre la grava interrumpió el intercambio y se volvieron hacia Macro. El centurión mostraba una expresión preocupada y en sus manos no había ninguna jarra de vino recién llenada.

¿Qué ha pasado?", preguntó Cato.

Me temo que son malas noticias. Macro volvió a sentarse. Morgatha acaba de regresar del mercado. Se encontró con un comerciante de pieles Iceni que viene de la capital tribal. Prasutagus está muerto'.

Cato sacudió la cabeza con tristeza. Tanto él como Macro conocían bien al rey iceno. Habían luchado junto a él poco después de la invasión, cuando la tribu era una firme aliada de Roma. Su reina, Boudica, también era considerada una amiga íntima. La última vez que se habían visto, hacía menos de un año, Prasutagus tenía un aspecto enfermizo, una sombra lejana del poderoso guerrero que había sido en sus mejores tiempos.

Hay más", dijo Macro. Parece que nombró a Boudica y Nerón coherederos en su testamento. Dudo que eso vaya a terminar bien para los icenos".

¿Por qué?", preguntó Claudia.

'Nerón no me parece del tipo que se conforma con la mitad de algo cuando puede tenerlo todo'.

'Entonces seguramente esto es algo bueno para la provincia. Le dará a Nerón una mayor participación en Britania. Más razones para que no saque las legiones.

'O simplemente decidirá saquear el reino Iceni por todo lo que vale y luego abandonar la isla'.

Claudia se volvió hacia Cato. ¿Qué te parece?

No estoy seguro de cómo se desarrollará esto", dijo Cato. Llevará tiempo que la noticia de la muerte del rey llegue a Roma, que Nerón reflexione sobre qué curso de acción tomar y envíe la respuesta al gobernador de Londinium. Si el tiempo acompaña, Suetonio recibirá sus instrucciones a principios del próximo año. Alrededor de al mismo tiempo que la renovación de los juramentos. El contingente iceno estará allí junto con las otras tribus y representantes de los asentamientos romanos para jurar su lealtad al emperador y a Roma. Será entonces cuando se enteren de lo que Nerón ha decidido.

¿Y qué crees que decidirá? le preguntó Claudia.

Sospecho que Macro tiene razón. El emperador lo querrá todo, diga lo que diga el testamento de Prasutagus. Si eso sucede, habrá problemas. Conocemos a los Iceni'. Señaló a Macro con la cabeza. Son un grupo orgulloso con un fuerte sentido de la tradición. Buenos guerreros. Tuvimos suerte de que se pusieran de nuestro lado al principio, y suerte de que sólo un puñado de ellos se alzara contra nosotros cuando Scapula era gobernador. Si Nerón juega mal, puede provocarlos a una rebelión abierta. Lucharán como leones para proteger sus tierras, y me temo que será un baño de sangre".

CAPÍTULO 2

En habían estado rastreando a su presa durante toda la mañana, y el sol del mediodía colgaba bajo en el cielo gris mientras ráfagas de nieve borraban el horizonte. A poca distancia por delante de Macro y Cato había un cazador trinovantiano a pie, vestido con una capa de piel sobre su túnica marrón y polainas. Cato sujetaba la brida de su montura mientras esperaban a que inspeccionara el terreno. El cazador se detuvo a unos treinta pasos y se agachó mientras examinaba un hueco en la maraña de tojos que se extendía a ambos lados. Había muchas huellas de animales en la nieve que se extendían desde el hueco, y era difícil distinguirlas e identificar qué criatura podría haberlas dejado.

Puede que lo hayamos perdido", murmuró Macro mientras apoyaba el grueso asta de la lanza de jabalí contra los cuernos de su montura y cogía su cantimplora. Sacó el tapón, ladeó la cabeza y bebió un trago antes de ofrecérselo a Cato.

Los ojos del prefecto estaban fijos en el cazador, observando cómo el hombre escrutaba la nieve removida. Bebió un sorbo y le devolvió la cantimplora antes de cambiar la lanza a su mano libre. No lo sé. Parece que Pernocatus está tramando algo".

El cazador pasaba los dedos por la nieve y luego por el tallo oscuro del tojo que tenía a su derecha antes de tocar la superficie con delicadeza y luego mirarse la yema del dedo. Se volvió hacia sus compañeros romanos y levantó la mano para que vieran la mancha roja.

Sangre. El jabalí pasó por aquí", anunció en latín gutural.

Pernocatus se había alquilado a cazadores romanos desde la fundación de la colonia, y había aprendido la lengua de los invasores lo suficiente como para hablarla con fluidez. Era muy apreciado entre los veteranos por sus habilidades como rastreador, y cuando se acercaban a matar, su destreza con la lanza y el arco era tan buena como la de cualquier bestiarius del Imperio.

La partida de caza de tres hombres se había encontrado con el jabalí una hora después del amanecer, y apenas habían podido preparar sus lanzas antes de que la bestia se abalanzara sobre ellos y saliera corriendo. Cato había tenido suerte al asestarle un golpe de refilón que le había desgarrado el hombro; no lo suficiente como para dejarlo lisiado, pero sí para hacerlo sangrar y dejar un rastro que seguir por el campo. Las manchas de sangre se habían hecho menos frecuentes a medida que la herida empezaba a coagular, y casi se habían dado por vencidos cuando vieron un puñado de pequeñas

salpicaduras en la nieve, cerca del sendero que conducía al matorral de aulagas. Cato estaba enfadado y frustrado consigo mismo. Herir a una criatura y dejarla escapar para que sufriera era señal de un mal cazador. Le debía al animal terminar el trabajo.

Macro señaló la espesura que tenían delante. "Bueno, si el bastardo está ahí, no podemos acercarnos a él.

Cato miró a su alrededor. El tojo se extendía cincuenta pasos a cada lado y parecía tener el mismo ancho, más allá del cual se alzaban las ramas de un bosquecillo de pinos. El camino a través de la densa masa era estrecho. De mala gana, estuvo de acuerdo con su amigo. No había forma de atravesar la espesura a caballo, y si lo hacían a pie, se engancharían las capas y quedarían atrapados. Si el jabalí cargaba contra ellos en ese momento, no habría posibilidad de esquivarlo. Aún así, había un último truco que podían intentar para provocarlo.

'Pernocatus, quédate aquí mientras el centurión y yo cabalgamos a ver si encontramos por dónde sale la pista al otro lado. Si lo encontramos, te llamaré. Entonces haz todo el ruido que puedas. Usa tu cuerno. Golpea el tojo. Si el jabalí se escapa, lo estaremos esperando'.

El cazador inclinó la cabeza hacia un lado, dubitativo, pero asintió. Como ordene el prefecto.

Había algo en su tono que a Cato le pareció un poco raro, un toque de obsequiosidad poco habitual, y temió haber ofendido al hombre con la brusquedad de su orden. A veces era difícil sacar al soldado del hombre, reflexionó con pesar.

Movámonos", dijo Macro, levantando su lanza y sosteniendo el asta hacia un lado. Antes de que se asuste y salga disparado". Instó a su montura a trotar y se alejó rodeando la línea de aulagas. Cato entregó las riendas del caballo del cazador a Pernocatus con una inclinación de cabeza y salió a galope tendido tras su amigo.

Como había previsto, la espesura no era grande y había un claro hueco entre el otro lado y los pinos. Encontraron fácilmente el lugar donde el sendero abandonaba la espesura, pero Cato, inclinado sobre su montura, no vio señales de sangre.

Todavía está ahí.

Los dos romanos escudriñaron la enmarañada maleza en busca de movimientos o sonidos que pudieran indicar la presencia del jabalí, pero no había nada. Cato preparó su lanza y Macro hizo lo mismo, luego se colocaron a ambos lados del sendero.

¿Listo?' preguntó Cato.

Macro asintió.

"¡Pernocatus! Cato gritó. "¡Comiencen!

La estridente nota del cuerno del cazador cortó el frío aire de . El sonido sobresaltó a algunos pájaros, que salieron de su escondite con

un estridente coro de píos aterrorizados, moviendo las alas furiosamente mientras huían hacia los pinos y desaparecían. Tras unos cuantos toques más del cuerno, el cazador empezó a gritar, y Cato pudo distinguir el débil crujido y chasquido de las ramas al romperse cuando las golpeaban en el otro lado. Entonces lo oyeron, el bufido y el chillido gutural de algún lugar entre ellos y Pernocatus. Un momento después, se oyó el crujido de la vegetación seca cuando el jabalí se dirigió hacia ellos, avanzando por el sendero.

Ahí viene". gritó Macro, con los ojos desorbitados por la emoción, mientras bajaba la ancha hoja de hierro de su lanza y mantenía el asta preparada para atacar. Cato hizo lo mismo, sujetando firmemente las riendas y apretando los muslos contra la silla.

El jabalí salió de la espesura y ambos hombres espolearon hacia delante. Era una bestia enorme y desgreñada, con una línea más oscura de cerdas que crecían a lo largo de su lomo hacia su gran cabeza, donde unos colmillos curvados sobresalían a ambos lados del hocico. Macro fue más rápido en reaccionar, se inclinó hacia delante y se abalanzó, clavando la punta de su lanza en el flanco del jabalí. La bestia abrió las fauces y lanzó un grito de dolor, luego se apartó de la punta de la lanza, se acercó a la montura de Macro y chocó contra las patas traseras del poni. Macro se tambaleó, viéndose obligado a soltar la lanza mientras se agarraba a los cuernos de la montura y se sujetaba con fuerza para no salir despedido. Su poni se tambaleó entre el jabalí enfurecido y Cato, bloqueando el blanco para su amigo.

"¡Mierda! siseó Cato con los dientes apretados mientras tiraba con fuerza de las riendas e intentaba hacer girar a su montura para atacar a la bestia. Sin embargo, antes de que pudiera verlo con claridad, el jabalí giró y se internó de nuevo en la espesura, desgarrando el estrecho sendero en dirección a Pernocatus. Al instante, Cato comprendió el peligro que corría el otro hombre y se dirigió rápidamente a Macro. Coge tu lanza y sígueme".

Sin esperar respuesta, impulsó a su poni al galope por el borde de la espesura, con la sangre retumbándole en los oídos. Siempre había un riesgo en la caza, sobre todo con presas tan mortíferas como el jabalí, y por eso sólo los más temerarios se enfrentaban solos a una bestia así. Mientras guiaba a su montura entre los espinosos tojos, oyó a Pernocatus gritar de alarma.

"¡Está aquí!

Al rodear un grupo de arbustos, Cato divisó al cazador a cien pasos de distancia. Estaba a pie y frente al jabalí, con una daga en la mano. La bestia, con los flancos agitados por el esfuerzo y rodeada de remolinos de aliento exhalado, se interponía entre Pernocatus y su montura. Cuando Cato apretó los talones para obligar a su poni a aumentar el paso, vio que el jabalí embestía, levantando gotas de

nieve mientras se acercaba a toda velocidad a Pernocatus. El poni del cazador se encabritó presa del pánico y se dio la vuelta para huir. Pernocatus se puso en cuclillas y mantuvo su posición hasta el último instante, antes de lanzarse a un lado y acuchillar al jabalí cuando pasaba a su lado. A pesar de su corpulencia, un metro y medio de largo y la altura de la barriga de un hombre, la bestia era ágil, se deslizó hasta detenerse y giró en un santiamén, lista para volver a la carga.

Cato apretó con fuerza el asta de su lanza, pero cuando corría hacia el enfrentamiento, su montura tropezó. El cielo y el paisaje helado giraron a su alrededor mientras hombre y caballo caían sobre la nieve. El impacto le dejó sin aliento, soltó la lanza y rodó a un lado para librarse.

Cuando se puso en pie, jadeante, vio que Pernocatus había soltado su daga y agarrado de algún modo los colmillos del jabalí, e intentaba desesperadamente evitar ser empalado mientras luchaba con la bestia. Pero era una lucha desigual, y el cazador era golpeado y zarandeado mientras el jabalí lanzaba su peso a su alrededor e intentaba desalojarlo. Cato miró a su alrededor en la nieve que le llegaba hasta los pies, pero no pudo ver su lanza.

Sus oídos se llenaron con los ronquidos desgarrados del poni de Macro cuando el centurión pasó corriendo junto a él, firmemente apoyado en su silla de montar mientras se inclinaba hacia delante, con el brazo derecho recogido listo para empujar. El jabalí dio un salto frenético y retorcido y arrojó a Pernocatus a un lado. El cazador voló por los aires y aterrizó pesadamente a varios metros de distancia. Balanceando la cabeza de un lado a otro, la bestia se giró y volvió a ver a su presa, y se lanzó hacia delante, con los colmillos bajados, mientras Pernocatus se alejaba por la nieve a gatas.

"¡No lo harás! rugió Macro. El grito y el movimiento borroso en la periferia de su visión hicieron que el jabalí dudara y se girara hacia la nueva amenaza, exponiendo su flanco. Macro se asomó, tirando de las riendas para evitar una colisión, y golpeó el hombro del animal con la ancha punta de su lanza. La fuerza del impacto hizo que el jabalí se desplomara y cayera de costado, retorciendo el asta de la empuñadura de Macro, de modo que se balanceó de un lado a otro sobre el cuerpo de la bestia mientras ésta se retorcía, salpicando la nieve con brillantes manchas de sangre.

Macro pasó la pierna por encima del cuerno de la silla y se dejó caer al suelo, luego saltó hacia delante y agarró el asta con ambas manos, utilizando su peso para inmovilizar al jabalí mientras resoplaba y chillaba desesperadamente. Pernocatus había recuperado su daga y se lanzó para cortar la garganta del animal. Cato, de nuevo en pie, vio su propia lanza y la cogió antes de apresurarse a ayudar a

sus amigos a completar la matanza.
Todo había terminado antes de que llegara a la escena. Con un último movimiento de sus patas y un violento espasmo, el jabalí se desplomó al suelo derrotado, con la sangre brotando de sus heridas. Tras unos últimos jadeos, dejó de respirar y quedó tendido en la nieve manchada de sangre de . Durante unos instantes, Macro siguió agarrando el asta de la lanza, apoyando su peso en el arma para mantener el cuerpo inmovilizado. Pernocatus estaba a un lado, con la punta de su daga goteando sangre. Cato se acercó y miró a ambos con ansiedad hasta que vio que no parecían estar heridos. Los tres respiraban con dificultad.
Por fin, Macro aflojó, retorciendo el mango de un lado a otro mientras tiraba de él. Sacudió la cabeza. Joder, ha estado cerca". Luego tomó aire y soltó una carcajada de alivio nervioso. Sus compañeros se unieron instintivamente antes de retroceder para contemplar su presa.
Es un gran bruto', dijo Cato. El más grande que he visto'. Miró al cazador. Suerte que escapó.
Pernocatus se lo pensó un momento antes de acercarse a Macro y extenderle el brazo. Sálvame, Centurión".
Chocaron los antebrazos y Macro hinchó las mejillas. Tuve suerte, amigo. Un latido más tarde y...". Se pasó un dedo por la garganta.
El cazador hizo una mueca y le miró fijamente durante un momento antes de inclinar la cabeza. "Te debo la vida...
Lugar adecuado, momento adecuado, eso es todo". Macro sonrió. Podría habernos pasado a cualquiera de nosotros".
Cato vio la expresión de dolor que se dibujó en el rostro del cazador. Se dio cuenta de que sus palabras tenían más peso de lo que Macro pensaba. Había una deuda y Pernocatus consideraba el asunto con la mayor seriedad.
El hombre se inclinó sobre la cabeza del jabalí y cortó el cartílago que rodeaba el hocico, serrando y tirando de los colmillos. Cuando los hubo liberado, los mostró a Macro. Son tuyos. Tu presa. Tu premio". Cuando Macro dudó, limpió su daga en el costado del cadáver y envainó la hoja antes de meter la mano en su túnica y sacar una gruesa cuerda de cuero de la que colgaban varios colmillos. Te traigo buena suerte, centurión".
Cato se lo preguntó, dado que el cazador había escapado de la muerte hace un momento.
Ah... gracias". Macro sonrió con diplomacia, lo que no era poco para él. Sin duda, ser el magistrado de mayor rango de la colonia había potenciado esa faceta de su carácter, pensó Cato.
Una vez guardados los colmillos en la bolsa de Macro, los tres hombres se dedicaron a descuartizar el animal. El jabalí era

demasiado grande para cargarlo a lomos de un poni y había que cortarlo en trozos más manejables. Afortunadamente, el cazador y los dos soldados estaban familiarizados con la engorrosa tarea y se dedicaron a ella con eficacia. Macro había asestado el golpe mortal, por lo que recibió dos de las ancas, mientras que Cato y Pernocatus recibieron una cada uno. Con la carne cargada en las monturas, se limpiaron la peor parte de la sangre y la grasa de las manos frotándolas en la nieve. Luego recogieron sus lanzas, tomaron las riendas de sus ponis y regresaron a pie hacia la colonia.

Habían tardado más de una hora en sacar el cadáver, y el trabajo a través de la nieve hacía que el avance fuera lento, así que no fue hasta última hora de la tarde cuando llegaron a la cresta baja que dominaba Camulodunum, a unos dos kilómetros y medio de distancia, bajo una fina bruma de humo de bosque. La maraña de edificios -una mezcla de estructuras militares reutilizadas, viviendas civiles con tejados de tejas y chozas de paja-rodeaba el centro del asentamiento, donde se estaban construyendo el templo, el teatro y otros edificios cívicos. Ya se habían levantado los muros del recinto sagrado, así como el frontón escalonado y los primeros metros del recinto. Las bases redondas de las columnas estaban colocadas en y los canteros habían cortado las secciones estriadas que se elevarían hasta su posición una vez colocada la grúa.

El templo va a ser un espectáculo cuando esté terminado", dijo Macro con un deje de orgullo. Espero vivir lo suficiente para verlo". Miró a Pernocatus y sonrió. Eres joven. Seguro que lo verás. Te envidio".

"¿Envidia?", dijo el cazador.

Sí, ¿quién no querría ver un edificio tan bello elevándose sobre el paisaje circundante? continuó Macro. Un tributo a la ingeniería y civilización romanas. Seguirá en pie mucho después de que el resto de edificios y cabañas hayan desaparecido".

Cato percibió el malestar del cazador ante las palabras de Macro, y podía entender la causa. El coste del templo y del resto de edificios públicos recaía en su mayor parte sobre los hombros de los Trinovantes. Sus impuestos habían sido aumentados por el predecesor de Macro como magistrado mayor. Un legado venenoso, pensó Cato. El resentimiento de los nativos hacia sus señores romanos era bastante evidente, y la reciente mala cosecha había hecho aún más onerosa la carga fiscal. Siendo la naturaleza humana lo que era, la mayoría de los Trinovantes culpaban al actual titular, Macro, sin tener en cuenta el hecho de que su sufrimiento no tenía nada que ver con él. Sin duda, Pernocatus compartía los sentimientos de su pueblo, aunque parecía disfrutar de la compañía de los dos oficiales romanos y apreciaba la

plata que le pagaban por servirles de guía. Ahora que Macro le había salvado la vida, pesaba sobre él una obligación más. Cato intentó cambiar de tema.

Tengo hambre. Ya puedo saborear el jabalí asado'. Sonrió a los demás. "Y aquí tenemos suficiente para alimentarnos hasta Saturnalia.

Más que suficiente". sonrió Macro mientras empezaban a descender la pendiente hacia la colonia.

A lo lejos, hacia el este, a casi tres kilómetros del extremo de Camulodunum, Cato divisó una columna distante que se acercaba por el camino que conducía a las tierras de los icenos. Había una veintena de jinetes, dos carros tirados por caballos y varias figuras a pie en la retaguardia. Demasiados hombres para un mercader y demasiado pocos para constituir un peligro para los de la colonia. No obstante, le picó la curiosidad y se los señaló a Macro.

Podría ser un destacamento militar. Hay un puesto de avanzada en la frontera con los Iceni. Podrían estar viniendo por suministros. Pronto lo sabremos. Si están aquí por mucho tiempo, podrían unirse a las celebraciones. Sólo los dioses lo saben, nos vendría bien algo de distracción del maldito e interminable frío del invierno en esta provincia'.

A medio camino entre la cresta y la colonia, un sendero se bifurcaba hacia un pequeño grupo de cabañas donde vivían Pernocatus y su extensa familia. En otro tiempo, la tierra que les rodeaba había sido su granja, pero ahora se la había apropiado un oficial romano retirado, uno de los centuriones, que se la había llevado como parte de su prima de jubilación. Pernocatus y los suyos seguían trabajando la tierra, sólo que ahora lo hacían a cambio de una fracción de los productos que cultivaban, y el propietario vendía el resto a los comerciantes de grano de Londinium. Esta era una de las razones por las que el cazador se veía obligado a ofrecer sus servicios a los oficiales romanos. Las monedas que le pagaban le permitían volver a comprar parte del grano para mantener a su pueblo durante el duro invierno.

Los tres se detuvieron en el cruce y Cato sacó su monedero y contó las monedas para cubrir la tarifa que habían acordado. Pernocatus las cogió con un gesto de agradecimiento y las metió en su zurrón.

Otra cosa", dijo Cato mientras levantaba su pierna de jabalí del lomo de su poni y se la ofrecía a Pernocato. Como dijo Macro , tenemos más que suficiente para nuestras necesidades. Toma. Cógelo".

El trinovano vaciló. Como todos los que habían sido guerreros en su tribu, era un hombre orgulloso y le costaba aceptar la caridad de un romano.

Te lo has ganado", dijo Cato. Nunca habríamos sido capaces de rastrear a la bestia sin ti".

Como desee el prefecto", respondió el cazador. Aceptó la carne y la sujetó sobre su montura de modo que una anca colgara de cada lado. Luego se golpeó la frente con dos dedos, a la manera de los britanos, y se volvió para guiar a su montura por el sendero hacia las cabañas.

Volveremos a cazar después de Saturnalia", le gritó Cato. Pernocatus agitó su lanza en señal de reconocimiento, pero no miró atrás.

Macro silbó suavemente. 'Hay gratitud para ti. ¿Por qué le diste eso? Era la mayor parte de tu parte'.

Me queda bastante. Claudia y yo no vamos a pasar hambre. A diferencia de algunos de los lugareños.

'Así que es eso'. Macro negó con la cabeza. No puedes darte el lujo de mostrar lástima a todos los que conoces, muchacho.

No es lástima. Es respeto. Estas tierras una vez pertenecieron a su pueblo. Durante generaciones más allá de la memoria.

Y ahora pertenece a Roma. Por derecho de conquista. ¿Crees que los Trinovantes no se la quitaron a otro en algún momento? ¿Crees que si las posiciones fueran al revés te habría dado su parte de la carne?'

Podría.

Macro condujo a su caballo por el camino principal. A veces realmente no te entiendo, Cato. Has sido soldado durante diecisiete años. Eres la razón por la que Roma tiene un imperio. Somos los soldados quienes lo ganamos para Roma. Luchamos por él, derramamos sangre por él y ahora disfrutamos de nuestro botín.

Es cierto", respondió Cato, siguiendo a su amigo. Pero para mí no se trata de eso. Se trata de los hombres con los que sirvo. Han sido mi familia durante toda mi vida adulta. Lucho por ellos'.

Macro asintió. Lo sé. Lo entiendo, y tienes razón. . . Por eso lo echo de menos. Estoy bastante contento con mi suerte. Tengo una buena mujer, un buen hogar y un puesto importante en el senado de la colonia. Pero que Dios me ayude, echo de menos el ejército. Es una pena que todo haya terminado para mí ahora. No más lucha. Pero al menos hay caza que hacer. ¡Los cojones de Júpiter! ¡Ese jabalí era un monstruo! Por un momento, pensé que nos tenía a los tres en sus manos'.

Cato sonrió. Se alegraba por Macro de haber encontrado su lugar en Camulodunum, donde podría vivir sus días con Petronella en paz. Muchos soldados no sobrevivían para ver tiempos así. Si no les alcanzaba la muerte a manos del enemigo, lo hacían las heridas o la enfermedad. Fue la tenaz tenacidad de Macro, y no poca buena fortuna, lo que le había permitido llegar a este punto. Cato seguía en la lista activa y probablemente algún día sería llamado a filas y recibiría un nuevo mando. Esperaba que Fortuna fuera tan amable con

él como lo había sido con Macro, y que él también viviera su jubilación con Claudia a su lado.

Para entonces, Lucio habría alcanzado la edad adulta, y Cato se preguntó qué le depararía el futuro a su hijo. Tendría más oportunidades de las que el propio Cato había disfrutado. Aunque había ascendido a la clase ecuestre de la sociedad romana, eso sería lo más lejos que podría llegar en virtud de sus humildes orígenes. Lucio partiría de una base más elevada y algún día podría aspirar a convertirse en senador, tal vez incluso en cónsul. La perspectiva entusiasmaba a Cato; ¡haber llegado tan lejos en dos generaciones! Al mismo tiempo, se sentía frustrado por el límite impuesto a su propia capacidad y ambición. A lo más que podía aspirar era a convertirse en prefecto imperial de Aegyptus. La provincia era el principal proveedor de grano de Roma y, como tal, estaba gobernada por un hombre nombrado directamente por el emperador, de rango lo bastante bajo como para no utilizar el cargo para desafiarle. Mientras tanto, tendría que soportar la perspectiva de ver cómo hombres de menor rango conseguían altos cargos políticos y militares sin mejor razón que el accidente del nacimiento, que les otorgaba mayores oportunidades de conseguir poder y riqueza que las que tenía el hijo de un esclavo. Al menos Lucio podría hacer las cosas que a él se le negaban, se consoló Cato.

Siguieron caminando, felices de volver a casa. El vigilante de la puerta de la colonia levantó una mano en señal de saludo cuando se acercaron. A pesar de que la puerta era casi lo único que quedaba de las defensas originales de la fortaleza, había que respetar ciertas sutilezas. La gente entraba y salía de la colonia a través de las puertas igual que en cualquier otro asentamiento romano rodeado por un foso y una muralla.

"¿Buena caza, Centurión?", gritó.

Macro se hizo a un lado para mostrar la carne que colgaba de su montura. 'Tan buena como puede ser, amigo. Los jabalíes no son mucho más grandes en esta isla".

"Sólo en Cerdeña, señor.

Tonterías.

Es verdad', dijo Cato. Los he visto. Algunos son monstruos'.

¡Bah! Macro hizo un gesto desdeñoso al pasar entre los postes y entrar en la colonia. Cato compartió una mirada con el vigilante y ambos pusieron los ojos en blanco.

El crepúsculo se cernía sobre Camulodunum y los olores de las cenas que se estaban preparando llenaban el aire frío, abriendo el apetito de los dos oficiales mientras se dirigían por la calle principal hacia la casa de Macro, en el centro del asentamiento . En dirección contraria, vieron al grupo de viajeros que habían visto antes. Ahora

podían ver que se trataba de guerreros a caballo, hombres corpulentos con gruesos mantos, largas espadas celtas al cinto y escudos colgando de sus monturas. Detrás de ellos retumbaban los carromatos, toscos vehículos con ruedas de madera maciza.

Cerca de la cabeza del grupo montado, una mujer cabalgaba sola con la capucha de su capa esmeralda recogida sobre la cabeza. Era una figura imponente, erguida sobre la silla de montar incluso después de un día de viaje, cuando algunos de sus acompañantes estaban desplomados y cansados. Pronunció una breve orden cuando se acercó a la entrada de la casa de Macro, y el grupo se detuvo. Cuando el mozo de cuadra de Macro salió por la puerta cubierta, se dirigió a él en un latín fluido.

'Muchacho, busca a tu amo y dile al magistrado que necesitamos refugio para la noche'.

Macro se detuvo y esperó a que Cato se pusiera a su lado. "Maldita sea, ¿sabes quién es?

"Inconfundible", dijo Cato. "Boudica, reina de los icenos".

CAPÍTULO 3

Aunque las horas de luz eran cortas, los habitantes de la colonia las aprovechaban al máximo para celebrar la Saturnalia de fin de año. Sobre las puertas y ventanas de las viviendas se colgaban brillantes tiras de tela y ramas de acebo, y el aire se impregnaba del aroma de la cocina mientras los vecinos competían por superarse unos a otros. Los festejos comenzaron al amanecer con el sacrificio de un cordero en el altar del templo inacabado. El sacerdote de la colonia asignado al culto imperial declaró que las entrañas eran propicias y que los dioses estaban complacidos con la ofrenda y habían bendecido las celebraciones del día.

Un lanista ambulante ofrecía un programa de carreras, combates de lucha libre y una exhibición de combate de gladiadores por un módico precio, que era todo lo que la pequeña colonia podía permitirse. En consecuencia, las tres parejas de gladiadores que se enfrentaron en la arena de césped a las afueras del asentamiento ya habían pasado su mejor momento. Los veteranos se burlaban y reían cuando se intercambiaban torpes golpes, y como la tarifa sólo cubría los combates a primera sangre, la exhibición tuvo poco dramatismo. La única herida grave se produjo cuando un retiarius perdió el agarre de su tridente y consiguió ensartarse el pie. El público sentado en las hileras de sencillos bancos de madera rugió de risa cuando su oponente dio un puñetazo al aire para reclamar la victoria, mientras el lanista se apresuraba a acercarse con un pequeño botiquín para curar la herida.

Por la tarde, bajo un cielo despejado, comenzó la fiesta. La gente iba de casa en casa para honrar los pequeños santuarios de los espíritus domésticos antes de probar la comida y el vino que se les ofrecía. La mayoría de los adultos comían y bebían con moderación, pero los niños se atiborraban de comida y bebida y gritaban de alegría mientras se perseguían unos a otros por las calles embarradas. Cuando la luz se desvaneció, los habitantes regresaron a sus hogares para la última etapa de las celebraciones.

En el salón de la casa de Macro se habían colocado dos mesas toscamente labradas, con bancos y taburetes a su lado. Aún no había comprado ningún esclavo, por lo que eran los sirvientes y los invitados quienes serían tratados como amos de la casa esa noche, según la costumbre. A Parvus, las dos sirvientas icenas y el mozo de cuadra se unieron Boudica, sus hijas y sus guardaespaldas, casi treinta almas en total. Era la primera vez que Macro conocía a las hijas de la reina, y le llamó la atención la diferencia entre las dos niñas. La menor, Mérida,

era alta y rubia como lo había sido su padre, mientras que la mayor, Bardea, era más baja y robusta, de pelo y rasgos oscuros.

Macro y Petronella habían estado asando el jabalí sobre un fuego de carbón desde el mediodía, y el rico aroma de la carne cocinada a fuego lento que salía del bloque de cocina hacía la boca agua. Cuando los últimos rayos del sol se desvanecían, Cato, Claudia y Lucius llegaron con el perro, cargados con cestas de pan y pasteles de miel. Cato tiraba de un pequeño carro de mano que contenía dos jarras de vino envueltas en paja para protegerlas de las sacudidas de la calle llena de baches. Cassius levantó la nariz para percibir el aroma del jabalí asado y se acercó cautelosamente al mostrador donde Petronella estaba cortando la carne cocida en porciones manejables.

Le miró con odio. Tendrás algunas sobras más tarde si te portas bien".

Cassius retrocedió y giró el cuello hacia un lado para no perder de vista la carne.

Lucius dejó su cesta de pan con un suspiro exagerado. ¿Puedo ir a reunirme con Parvus, padre?

Cato negó con la cabeza. Sabes que no puedes. Esta noche debes servir a Parvus y a los demás. Igual que el resto de nosotros'.

Lucius frunció el ceño. No quiero.

Es sólo una noche al año". Claudia sonrió alentadora. No te hará daño.

Pero yo no quiero -repitió Lucius con altivez-. Son nuestros sirvientes. Están ahí para hacer lo que les digamos. No me importa Saturnalia".

Cato colocó la cesta en un estante, por encima del alcance de Casio, y se puso en cuclillas frente a su hijo para que sus rostros quedaran al mismo nivel.

Escucha, hay una buena razón para Saturnalia. Nos recuerda que cualquiera que sea nuestro lugar en el mundo ahora, podría cambiar en cualquier momento, por cualquier razón. Fíjate en mí. Soy el hijo de un esclavo. Ahora tengo esclavos en nuestra casa de Roma. Por eso le doy las gracias a Fortuna, y Saturnalia me recuerda lo mucho que tengo que agradecerle. Me recuerda que, de no ser por un giro del destino, yo podría ser un esclavo o un siervo, y quienes nos sirven podrían ser mis amos. Así que esta noche, esperarás a Parvus y contarás tus bendiciones, muchacho".

'Sigue sin gustarme'.

Cato se le quedó mirando un momento antes de volver a hablar. Quieres ser soldado cuando seas mayor, ¿verdad?

Sí.

¿Quieres ser oficial? ¿Quieres dirigir hombres?

Sí, padre. Lucius levantó la barbilla imperiosamente.

'Entonces tienes que aprender lo que el tío Macro y yo sabemos desde que nos dieron hombres para mandar. Un buen líder cuida de sus caballos y mulas antes que de sus hombres, y de sus hombres antes que de sí mismo. Primero alimenta a sus soldados antes que a sí mismo. Si no entiendes eso, Lucio, entonces nunca serás un buen líder. ¿Entiendes?

La mirada del muchacho cayó al suelo, y Cato le levantó suavemente la barbilla para que no pudiera evitar su mirada. "¿Entiendes, Lucio?

'I . . . Supongo que sí'.

Buen hombre. Cato se levantó de nuevo y señaló los cuencos de samianware que había en el mostrador junto a Petronella. Ahora, ¿por qué no le llevas un plato de carne y un poco de pan a Parvus para que empiece el festín? Enséñale cómo un buen líder cuida de sus hombres".

Lucius asintió, endureció el espinazo y echó una generosa porción de carne en el cuenco junto con un cucharón de cebollas fritas y dos panes pequeños. Luego salió de la cocina y se dirigió al vestíbulo.

Es un buen chico", dijo Claudia mientras besaba a Cato en la mejilla. Algún día estarás orgullosa de él".

Ya lo hace.

Macro levantó la vista del escupitajo que seguía girando. "¿Vais a ayudarnos, o sólo vais a haceros los enamorados como una pareja de un romance de teatro barato?

Los miembros de la guardia de Boudica que no estaban familiarizados con las costumbres romanas observaron con perplejidad el cambio de papeles. Al final, los sirvientes y los invitados se saciaron, Macro y los demás se sirvieron lo que quedaba de comida y se sentaron al pie de una de las mesas, junto a Boudica y algunos de sus hombres.

"Espero que hayas comido lo suficiente", dijo Petronella.

La reina icena apenas había recogido la mitad de su plato y parecía cansada y tensa. Intentó sonreír. Nos has hecho sentir orgullosos. Un verdadero festín romano".

Esto no se parece en nada a las fiestas de Roma", intervino Claudia. Pero es lo mejor que se puede hacer aquí, en una frontera al borde del Imperio". Señaló con la cabeza a Petronella. Has hecho maravillas con lo que hay disponible. Nunca he disfrutado de una carne tan suculenta de un jabalí".

Boudica se volvió hacia Macro y Cato. "Tengo que decir que vuestra Saturnalia es una costumbre extraña".

¿No hay nada parecido entre los icenos?", preguntó Macro.

No. Tenemos una casta guerrera, y el resto son agricultores y algunos esclavos. Su deber es mantener tanto a los guerreros como a sí

mismos. Todos saben cuál es su lugar y qué se espera de ellos. Los Iceni nunca jugarían como tú".

Ya veo. Una lástima". Cato indicó a los fornidos hombres de su escolta que estaban sentados cerca. Pero, ¿qué lugar hay para los guerreros de tu tribu ahora que los icenos y Roma están en paz?

Paz... Boudica repitió la palabra con una expresión de desagrado, como si acabara de comer algo horriblemente agrio. Acordamos una alianza con Roma. Hemos cumplido nuestra parte del tratado. Temo que vuestro emperador no haga lo mismo cuando presentemos el testamento de Prasutagus al gobernador en Londinium. He aprendido que algunos emperadores de Roma tienen la costumbre de prometer una cosa y hacer otra. Cuando hagamos un juramento de lealtad junto con las otras tribus en la ceremonia para celebrar el año nuevo, espero que eso sea suficiente para satisfacerlo'.

Yo también lo espero", respondió Cato.

¿Y si no lo es? Boudica lo miró atentamente. "¿Qué crees que hará?

Hubo una pausa incómoda mientras Cato se esforzaba por dar una respuesta diplomática a . Todo depende de cómo interprete la situación el gobernador. Pero haga lo que haga, el asunto tendrá que ser remitido al emperador para la decisión final".

'Así lo entiendo. ¿Y qué crees que decidirá Nerón?

Cato vaciló de nuevo, y esta vez ella se inclinó más hacia él y le tocó el brazo. Por la amistad que nos une y por las veces que hemos luchado juntos, sé sincero conmigo".

Hay rumores -más que rumores-de que Nerón y algunos de sus asesores más cercanos están considerando abandonar Britania. No estoy seguro de estar de acuerdo. Parecería una derrota como quiera que se presente. Pero un rumor es a menudo suficiente para hacer que la gente actúe. Sé que varias tribus de Britania han recibido préstamos de hombres poderosos en Roma. Querrán pedir los préstamos si hay alguna duda de que la nueva provincia sea abandonada. El emperador dará órdenes a sus soldados y oficiales para que saqueen la isla de tanta riqueza portátil como sea posible antes de retirarse. Si Nerón decide mantener la provincia dentro del Imperio, se verá presionado para que pague sus deudas. Sus funcionarios encontrarán todos los medios posibles para recaudar impuestos y apropiarse de tierras y riquezas. En este contexto, temo por tu futuro y el de tu pueblo. La muerte de Prasutagus puede ser el pretexto necesario para anexionarse la tierra de los icenos y confiscar sus riquezas. Rezo para que me equivoque y se cumpla el testamento y Roma os siga tratando como a un aliado leal. De todo corazón".

Boudica se apartó con expresión triste y gastada. Si llega el caso, ¿cómo crees que reaccionaremos mi pueblo y yo?

En tu lugar, sé cómo reaccionaría", intervino Macro. Lucharía.

¿Qué otra cosa haría alguien con sentido del honor si lo trataran así? Pero sería una tontería . Sólo podía haber un resultado. A pesar de su valentía, los icenos no pueden esperar derrotar a las legiones. Serían aplastados y perderían todo junto con sus vidas. Los salvados serían vendidos como esclavos. En diez o veinte años, nadie recordaría que alguna vez existieron'.

Cato hizo una mueca de dolor ante la franca apreciación de su amigo.

La reina icena suspiró. Así que la elección es sumisión o muerte. Si eso es lo que se le presenta a mi pueblo, entonces, independientemente del resultado, elegirán luchar. Y yo elegiré liderarlos en esa lucha. No hay cuestión de sumisión abyecta para los Iceni. Nuestro orgullo, nuestras tradiciones, nuestro honor no lo tolerarán".

'Hablas como la reina. Hablas por los nobles y tus guerreros. ¿Pero hablas por la gente común de tu tribu? Creo que no. ¿Imaginas que su vida cotidiana cambiará mucho si Roma anexa tus tierras y barre con tu nobleza? Lo único que le importa a la gente común es llevar suficiente comida a sus estómagos para sobrevivir. Al final, ¿qué diferencia hay entre que los gobiernen tú y tus nobles o Roma?".

Creo que conozco a mi gente mejor que tú, Cato. Son los Iceni. Están orgullosos de eso. Están orgullosos de nuestras tradiciones. Eso puede no alimentar su hambre si las cosechas fallan, pero los alimenta de todos modos. Preferirían morir de pie contra Roma que arrodillarse en sumisión".

Valientes palabras. Cato sacudió la cabeza. Me rompe el corazón pensar que podrían ser puestas a prueba'.

'Entonces esperemos que eso no suceda. Cato, eres un buen hombre. Un hombre de honor. Un hombre que goza de gran estima entre tu pueblo. Si pudieras hablar en nuestro nombre, si explicaras la deuda que Roma tiene con nosotros por las veces que hemos luchado contigo... . .'

¿Y qué hay de los tiempos en que algunos de los tuyos lucharon contra nosotros?", preguntó Macro.

Eran unos exaltados engañados por tontos. Eran renegados. Prasutagus los denunció en su momento'.

Puede que lo haya hecho", dijo Cato. Pero para los romanos, las acciones de algunos guerreros icenos eran las acciones de todos los icenos. La traición a la alianza por parte de unos pocos fue vista como una muestra de una traición más amplia. Puede que no sea justo, pero así es como se entiende desde el punto de vista de Roma. Una cosa que los romanos saben hacer muy bien es alimentar un agravio. Especialmente sobre algo que ven como una violación de la fe. Como Cartago descubrió una vez a su costo.'

Boudica soltó una risita seca. El griego que me enseñó tu lengua también me enseñó algo de tu historia. Debo decir que me parece sorprendente cuántas veces Roma fue culpable de un quebrantamiento de la fe, sobre todo teniendo en cuenta lo resentidos que son cuando se cambian las tornas".

Es cierto", reconoció Cato. Los grandes imperios tienden a tener una noción flexible de la moralidad con respecto a sus acciones. Sólo intento advertirte de cómo Roma puede jugar a esto. Señalar la hipocresía de los hipócritas consigue poco al final. No hará avanzar tu causa y puede que sólo provoque resentimiento, por muy injustificado que esté. Estarás en doble desventaja porque serás vista como una bárbara, y porque eres una mujer. Sé que las tribus de Britannia están orgullosas de sus mujeres y las tienen en alta estima, pero esa no es la manera de Roma. Es nuestra tradición ser temerosos de cualquier mujer que ejerce el poder político. Puede que te traten con desdén, pero eso estará motivado por el miedo, y los hombres asustados llegarán a extremos extremos para poner a las mujeres en su lugar, tal y como ellos lo ven".

Hay una razón para ello", dijo Macro. Esa fiera de Cleopatra sedujo a César y Marco Antonio, dos de los mejores romanos que han existido, en mi opinión. Estuvo a punto de acabar con el Imperio". Tomó aire y continuó. Las mujeres...

Petronella tosió y le miró significativamente mientras arqueaba una ceja.

Las mujeres... algunas mujeres pueden hacer daño. Pero la mayoría son sabias, y a menudo es mejor que los hombres presten atención a sus palabras y mantengan la boca cerrada y sus pensamientos para sí mismos". Macro sonrió a su mujer. ¿Cómo voy hasta ahora?

No está mal. Todavía se puede mejorar, mi amor.'

Los que estaban al final de la mesa sonrieron ante el momento de ligero alivio, y Boudica volvió a centrar su atención en Cato. En el caso de que el gobernador no haya sido educado con el mismo grado de perspicacia que el centurión Macro, me temo que necesitaré a un romano a mi lado cuando me enfrente a él para defender la voluntad de mi marido. Alguien que entienda la forma de pensar romana y que también sienta cierta simpatía por la postura de los icenos. Como ya he dicho, creo que ese hombre eres tú, Cato. Te lo pido como un amigo leal, como alguien que luchó por tu causa hace sólo un año. Te lo pido como alguien que entiende el bien y el mal y lo que la justicia común demanda. ¿Vendrás conmigo a Londinium y hablarás en nombre de los icenos?

Cato sintió la obligación moral de defender a esta aliada de Roma, con la que Macro y él estaban en deuda personal. Temía que el gobernador Suetonio y el intrigante procurador provincial Catus

Decianus no tuvieran en cuenta a Boudica y a los icenos. Este último en particular. Decio era quien controlaba las finanzas de la provincia y actuaba como agente de los ricos prestamistas de Roma que habían concedido cuantiosos préstamos a los gobernantes de las tribus aliadas de Roma en los primeros años de la invasión. Ninguno de los dos funcionarios romanos había estado en Britania el tiempo suficiente como para comprender las sensibilidades de las tribus celtas que gobernaban: . Existía el peligro de que provocaran inadvertidamente a los icenos, aunque no se propusieran humillarlos deliberadamente. Aunque eso era igualmente posible, dadas las corrientes cruzadas de la política imperial bajo el emperador Nerón.

Intuía que el futuro de la provincia pendía de un hilo. Si Roma gestionaba mal el orgullo de los nativos, habría conflicto. Si era un conflicto costoso, podría convencer a los responsables políticos de que Britannia era una provincia demasiado lejana y que sería más prudente retirarse, cualquiera que fuera el daño que eso pudiera causar al prestigio romano. Por otro lado, si el gobernador Suetonio y el procurador Decio conseguían convencer a los romanos de que trataran a los icenos con respeto, consolidarían la alianza con una tribu poderosa y tendrían una amenaza menos a la que enfrentarse para pacificar el resto de la isla. Las vidas y el sustento de muchos estaban en juego, y era el deber de Cato hacer lo que pudiera para mantener la paz.

Miró a los ojos inquisitivos de Boudica. Lo haré. Iré contigo a Roma para defender tu causa. Que los dioses concedan al gobernador Suetonio la sabiduría de escucharnos".

CAPÍTULO 4

¿Estás seguro de que es prudente?", preguntó Claudia mientras entregaba a Cato la toga ecuestre cuidadosamente doblada para completar el contenido de su mochila de viaje. Colocó la prenda de lana blanca con una estrecha franja roja a lo largo del dobladillo en la bolsa de cuero y le dio la vuelta antes de abrocharla con seguridad.

'Tengo que hacer esto. Es una deuda que debo pagar a Boudica y a la memoria de Prasutagus. Si no fuera por ellos, probablemente seguiría siendo un optio, o un centurión junior en el mejor de los casos. O incluso muerto". La sujetó por los hombros antes de besarla. Tú harías lo mismo en mi lugar. Sé que lo harías".

Espero que sea verdad", respondió ella. En cualquier caso, me salvaste la vida. Sé lo que significa estar en deuda con alguien por eso. Entiendo que debas hacer esto. Sólo pregunto si es prudente. Ya hay gente en Londinium que sabe que estás en la provincia. Puede que haya algunos recién llegados que sientan curiosidad por saber por qué has elegido vivir en una colonia de veteranos tan lejos de Roma. Si llamas la atención sobre ti, puedes llamar la atención sobre mí. Si se descubre que Claudia Acte no murió en Cerdeña después de todo y Nerón se entera...".

No necesitó completar la frase. Por lo que ya le había contado a Cato sobre sus días como amante del emperador, confirmaba la impresión que se había formado de Nerón como un joven vanidoso, caprichoso y celoso. Había enviado a Claudia al exilio a regañadientes, obligado por su madre y la facción senatorial que la apoyaba. Sin embargo, había afirmado amarla. Si se enteraba de que ahora era la amante de Cato, era probable que su inmadura posesividad le hiciera enviar asesinos tras ellos para localizarlos y matarlos. Tenía razón en desconfiar.

Me mantendré al margen todo lo que pueda y sólo hablaré con el gobernador cuando Boudica presente el testamento y pida que Roma cumpla sus condiciones. Volveré tan pronto como esté hecho. Mientras tanto, cuida de mi hijo'.

Por supuesto.

Se abrazaron y volvieron a besarse hasta que Cato sintió que algo se abría paso entre sus piernas y retrocedió sobresaltado. Cassius los miró, moviendo la cola mientras gemía suavemente.

Claudia se rió. Sabe que te vas'.

Cato sacudió la cabeza y jugó con la única oreja buena del animal. No quedaba mucho de la otra, perdida en alguna pelea canina antes de que Cato lo encontrara mientras hacía campaña en la frontera

oriental unos años antes.

'Y cuida de mi perro. Trata de no malcriarlo'.

'No soy yo de quien tienes que preocuparte. Es Parvus. El chico lo malcría. Me atrevería a decir que Cassius se habrá mudado a la casa de Macro para cuando vuelvas'.

Levantó su mochila de viaje y salió al corto pasillo cubierto que recorría la parte trasera de la pequeña casa que habían alquilado. Había una gran sala que ocupaba la mayor parte del edificio, con tres habitaciones en la parte trasera y una pequeña ala con una cocina y una habitación lo suficientemente grande para la pareja de ancianos trinovanos que mantenían el lugar limpio y se encargaban de cocinar. Había un poni enganchado a la barandilla junto a la puerta de la parte trasera del patio cerrado. Cato le echó la mochila al lomo y aseguró las correas a los cuernos traseros de la silla. Comprobó la silla y las riendas y se volvió hacia Claudia.

Volveré pronto.

Ella sonrió y asintió.

Se detuvo un instante, pero supo que era mejor no prolongar la despedida. Agarró los cuernos de la silla de montar y se levantó, balanceando una pierna antes de dejarse caer en la silla con un solo movimiento. Al girar el poni hacia la puerta, vio que Lucius se interponía en su camino, con las manos en las caderas mientras miraba a su padre.

'Tío Macro dice que vas a Londinium.'

Sí.

¿Por qué no puedo ir? El tío Macro también va. Petronella también. ¿Por qué tengo que quedarme aquí?

Necesito que protejas a Claudia y a Cassius mientras estoy fuera.

Lucius miró a la amante de su padre. No necesita protección.

Cato sintió que se le encogía el corazón al ver el resentimiento en el tono del muchacho. Esperaba que Lucius hubiera llegado a considerar a Claudia con más afecto en el tiempo que llevaban los tres juntos. Lo miró con expresión severa. Claudia necesita protección. Cassius también. Elegí al mejor hombre para el trabajo y ese hombre eres tú. ¿Me he equivocado? ¿No estás a la altura, Lucius?

Conocía a su hijo lo suficiente como para saber que el muchacho estaría orgulloso de haber sido elegido y avergonzado de no estar a la altura de lo que su padre esperaba de él. Pero Lucio seguía luchando con la idea de perderse un viaje a Londinium. Tenía amigos en la colonia y había llegado a considerarla su hogar, pero la perspectiva de ver las bulliciosas calles y mercados de la ciudad más grande de la provincia competía con su orgullo de ser el hombre de la casa en ausencia de su padre.

"¿Me llevarás la próxima vez?

Lo haré. Lo prometo". Cato sonrió con cariño. 'Veré si puedo traerte un regalo'.

La oferta selló el trato, y Lucio se hizo a un lado y saludó a su padre mientras cabalgaba y salía a la calle. Cato se lo devolvió y se volvió para saludar por última vez a Claudia antes de impulsar a su poni a dar un rápido paseo hacia la puerta oeste de la colonia.

Macro y Petronela estaban esperando, junto con Boudica y su grupo. Cuando la reina icena vio acercarse a Cato, dio la orden de ponerse en marcha y se colocó detrás de los cuatro guerreros al frente de la pequeña columna. Los romanos se colocaron en la retaguardia y, un instante después, habían atravesado la puerta y seguían a los icenos por el camino que conducía a Londinium, a unos cuatro días de marcha.

Cato miró a Macro. No tenías por qué venir conmigo. Puede que al gobernador no le guste lo que tengo que decir. Preferiría que te mantuvieras al margen. Tienes algo bueno a tu favor aquí como magistrado principal de la colonia. Mejor que no te metas en el lado equivocado de Suetonio'.

He estado en peores situaciones", respondió Macro. Además, aparte de defender a Boudica y a su gente, me dará la oportunidad de ver a mi madre y ver cómo van los negocios".

La madre de Macro, Portia, regentaba una posada y un burdel muy rentables en el corazón del próspero puerto. Macro había invertido parte de sus ahorros y poseía la mitad de la empresa. Entre eso y la bonificación y la concesión de tierras que había recibido al retirarse del ejército, era un hombre de considerable riqueza y estatus en aquellos días. Pero todo ello dependía de la presencia continuada de las legiones en la provincia. Tenía un gran interés en que no hubiera conflictos entre Roma y los icenos.

Era un día frío y soplaba un viento cortante procedente del noreste, que traía consigo una banda de nubes oscuras. Más nieve, temía Cato, mientras se arrebujaba en su capa y se cubría la cabeza con la capucha. Se encorvó hacia delante y miró por entre las puntiagudas orejas del poni hacia los dos carromatos que retumbaban por las heladas roderas de delante. A través de las solapas de la cubierta de piel de cabra podía ver las pieles amontonadas en su interior, así como el pequeño cofre que contenía plata y joyas, el tributo que Boudica esperaba aplacar a los funcionarios romanos cuando presentara el testamento, tras prestar juramento de lealtad junto con los gobernantes de las demás tribus reunidos en el palacio del gobernador. Tal vez fuera suficiente, reflexionó. Quizá no tuviera que defender su caso. Entonces no habría problemas y los icenos podrían vivir en paz con sus señores romanos.

Detrás de la columna, Camulodunum se perdía lentamente en la

distancia y luego se perdía de vista a medida que la carretera descendía por el lado más alejado de una cresta baja. El cielo se oscureció y, al mediodía, la nieve caía con fuerza y cubría la carretera, de modo que los viajeros sólo podían distinguir la ruta por la línea de curvas que se extendía por el paisaje invernal.

Fue Petronella quien los vio primero y llamó la atención de su marido sobre el grupo de hombres que marchaban por un camino que se dirigía hacia la carretera principal. La nieve a la deriva había ralentizado su avance, y ahora era seguro que no llegarían a la estación imperial antes del anochecer. Tampoco había señales de una posada u otra vivienda.

¿Qué te parecen?", preguntó.

Macro se echó la capucha hacia atrás y Cato hizo lo mismo, y los dos soldados entornaron los ojos ante la ligera brisa, parpadeando para alejar los copos de nieve que impactaban suavemente en sus rostros.

El otro grupo estaba a no más de un cuarto de milla de distancia, unas veinte figuras más o menos. A excepción de un jinete, los hombres iban a pie, con algunos perros grandes atados con correas. La mitad de ellos llevaban lanzas y parecían vigilar una hilera de una docena de hombres con las manos atadas a la espalda, unidos por una cuerda que pasaba por una abrazadera de hierro alrededor del cuello.

¿Traficantes de esclavos? reflexionó Macro.

Lo más probable", dijo Cato. Parece que tendremos compañía cuando acampemos por la noche'.

No estoy seguro de que me apetezca", refunfuñó Macro. El comercio de esclavos, aunque muy rentable, era una empresa que la mayoría de los romanos miraban con desdén. Lo mismo ocurría con las escuelas de gladiadores o los préstamos. Los aristócratas que se dedicaban a tales negocios lo hacían a través de mortales inferiores que gestionaban sus asuntos. Afortunadamente para los senadores y los miembros de las clases ecuestres, este arreglo les permitía cosechar los beneficios sin dejar de mirar con distante desprecio a la fuente de sus ganancias.

Macro escrutó las figuras que se acercaban. Es un oficio muy bajo para cualquier hombre que se precie".

Y, sin embargo, has aceptado de buen grado tu parte del producto de la venta de los prisioneros tomados en batalla", señaló Cato. 'Salsa para el ganso y todo eso.'

Tonterías", respondió Macro. Ganar un poco de dinero no es lo mismo que formar parte de ella".

Cato gruñó. Es una forma de verlo. ¿Qué piensas, Petronella?

Intercambiaron una mirada y se rieron. Ahí te ha pillado, Macro", dijo ella. No puedes taparte la nariz con una mano mientras extiendes

la otra para coger la plata".

'Se supone que estás de mi lado.'

Soy tu esposa, no tu esclava. Tengo una mente propia y estoy feliz de mantenerla así'.

"¡Gah! Macro sacudió la cabeza. 'Eres un problema, lo eres.'

Y me quieres por ello". Se inclinó sobre su silla y lo besó torpemente.

El otro grupo se mantenía a la altura de Boudica y su séquito, y Cato vio que llegarían al mismo tiempo al cruce de las dos rutas. A medida que la distancia se acortaba, impulsó a su montura para que se pusiera a la altura de la reina icena.

'Tenemos compañía. ¿Has visto?

No es el tipo de compañía que prefiero tener'.

No podemos ignorarlos. Es casi de noche y tendremos que parar. Ellos harán lo mismo'.

'Pueden hacer lo que quieran mientras mantengan las distancias conmigo'.

Yo me ocuparé de ellos", dijo Cato. Sería mejor evitar problemas en caso de que se dirijan a Londinium y presentar una queja cuando lleguen allí. No queremos que nada complique las cosas entre el gobernador y tú".

Boudica asintió. "Habla con ellos entonces".

Inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y giró su montura para cruzar la corta distancia que separaba a los dos grupos, dirigiéndose hacia el hombre a caballo que lideraba el grupo.

Saludos, amigo", gritó mientras se acercaba trotando, bloqueando el paso del hombre y obligándole a levantar la mano para detener a los que venían detrás. En la penumbra, vio que el jinete era alto y bien proporcionado. Llevaba un casquete de fieltro bajo el que sobresalían mechones de pelo gris, tenía un rostro ancho y delineado y unos ojos marrones de mirada profunda. Llevaba la capa a rayas, al estilo oriental, y una larga espada de caballería colgaba de su cadera.

"Amigo, dices", observó. ¿Qué clase de amigo sería?

"Un compañero de viaje en el camino a Londinium. Prefecto Quinto Licinio Cato". Cato acercó su poni y extendió el brazo.

Prefecto, ¿eh? ¿Un soldado, entonces? El tono del hombre era sospechoso. ¿Qué unidad?

'Ninguno por el momento. Entre comandos". Era una respuesta bastante segura. "¿Y quién eres tú?

El hombre escupió a un lado antes de tomar el antebrazo de Cato. Gaius Hormanus. No tengo rango. No desde que era un optio en la Segunda".

¿La Segunda Legión? Cato soltó su agarre y retiró el brazo. Entonces podríamos ser viejos camaradas. Me alisté como recluta hace

casi veinte años. Mi amigo era centurión". Señaló a Macro. Estaríamos encantados de compartir una botella de vino alrededor del fuego esta noche, si quieres'.

Hormanus sonrió por primera vez, mostrando una buena dentadura. Lo distinguían como un hombre en plena forma, incluso para su edad, que Cato situaba ahora entre los cincuenta y los sesenta años. ¿Vino? ¿Una copa con viejos camaradas? Una oferta que un veterano como yo no puede rechazar. Pero antes tendré que encargarme de ellos". Señaló con el pulgar a los hombres que le seguían.

"¿Esclavos?", preguntó Cato.

Todavía no. Lo serán cuando lleguemos a Londinium. Deudores morosos de los Trinovantes. La mitad no pagó el impuesto debido, el resto no pudo pagar sus préstamos. Así que sus deudas serán pagadas con lo que pueda conseguir por ellos en el mercado de esclavos de Londinium. Menos mi comisión.

Cato echó un vistazo al grupo de encadenados que custodiaban los hombres de Hormanus. Los prisioneros eran de distintas edades, pero todos vestían las sencillas túnicas de lana de los campesinos tribales. Unos pocos llevaban capa, pero aun así permanecían temblando junto al resto de . Un espectáculo lamentable, pero no infrecuente en muchas de las provincias del Imperio. Volvió a centrar su atención en Hormanus.

Pronto acamparemos para pasar la noche. Os invitamos a parar cerca. Estaremos más seguros juntos si hay algún bandido cerca. Una vez que nos hayamos instalado, el centurión Macro y yo iremos a compartir un poco de vino junto al fuego, si os parece bien'.

Muy agradable". Hormanus sonrió. Lo esperaré con impaciencia. ¿Cuál es tu historia, prefecto? ¿Cómo llegaron tú y el centurión al camino con ese grupo de bárbaros?

'Es la reina de los icenos y su séquito de camino a la ceremonia de juramento'.

Ah, realeza. Me atrevería a decir que esa es la razón por la que viniste, para asegurarte de que acampáramos cerca de ti y no contigo, ¿eh? Antes de que Cato pudiera responder, el hombre mayor levantó una mano. Está bien, señor. Estoy acostumbrado a que la gente se burle de lo que hago para ganarme la vida. Me atrevería a decir que incluso tus amigos icenos piensan que su mierda huele mejor".

Algo así', concedió Cato. Lo siento, hermano. No puedo hacer mucho al respecto. Entonces, hasta luego". Asintió con la cabeza y tiró de las riendas de su poni.

Asegúrate de que el vino sea bueno". le gritó Hormanus, y se echó a reír.

Los dos grupos acamparon a poca distancia unos de otros, al borde

de un pinar. Boudica había preparado camas para ella y sus hijas en uno de los carromatos, mientras sus hombres buscaban leña seca para hacer fuego. Su propio alojamiento era más modesto: simples refugios de cuero sostenidos por palos cortados del bosque cercano. Cato y Macro habían traído consigo una vieja tienda militar por si les sorprendían en campo abierto, y la montaron rápidamente a una distancia segura del fuego iceno, pero lo bastante cerca como para disfrutar de su calor.

Pronto se había erigido un trípode de hierro sobre un fuego más pequeño, y una gran olla colgaba de la cadena, calentada por las llamas. La nieve se derritió antes de que Petronella y algunos de los icenos empezaran a añadir cebada y trozos de carne salada. Trabajaban juntos alegremente, y Petronella intentaba conversar en los retazos de la lengua tribal que había aprendido de los icenos que vivían en la colonia. Inevitablemente hubo malentendidos, espectáculos de mímica y carcajadas, fruto de la cálida convivencia de reunirse después de un día de viaje para compartir una comida.

Mientras el estofado empezaba a cocinarse, Cato y Macro cogieron una de las cantimploras de vino que habían traído de Camulodunum y cruzaron el descampado para reunirse con Hormano. El esclavista y sus hombres también tenían un par de viejas tiendas militares, pero se habían contentado con una hoguera, sobre la que estaban asando una pierna de cerdo. El aroma era apetitoso, y los prisioneros observaban hambrientos cómo la carne chisporroteaba sobre las brasas.

Hormanus estaba sentado en un tronco, calentándose las manos, cuando se acercaron, y sonrió al levantarse para saludarles. "¡Bienvenidos, camaradas!

Macro se presentó y los tres se sentaron en el tronco frente al fuego. Macro sacó la cantimplora y le quitó el tapón antes de pasársela a Hormanus. El esclavo husmeó el chorro y enarcó una ceja. Huele de la buena'.

Todo lo bien que se está en Camulodunum", respondió Macro. Que no está nada mal'.

¿Cómo es eso?

Hay un comerciante que trae un buen cargamento de vino de la Galia cuando hace la travesía. Por supuesto, no lo vemos durante el invierno, así que tenemos que abastecernos". Macro miró el frasco con tristeza. Lo gastamos casi todo en Saturnalia. Es casi la última gota del Narbonensis'.

"No te preocupes, Centurión, seré amable con él". Hormanus guiñó un ojo y bebió un trago antes de devolverle la cantimplora. "¡Ah! ¡Un buen trago, eso es!

Macro y Cato tomaron un bocado cada uno antes de que se tapara la cantimplora.

"Cato dice que serviste con la Segunda Legión", dijo Macro.

Así es. Empecé en las filas y terminé como optio del Segundo Siglo, Novena Cohorte cuando me pagaron. Eso fue hace quince años'.

¿Estuviste en la invasión entonces? Como el prefecto y yo.

Sí. Tiempos locos, ¿eh? Esa emboscada en el bosque, y las batallas sobre los dos cruces del río antes de la última aventura fuera de Camulodunum. Es un puto milagro que sobreviviéramos a todo eso'.

Muy cierto". Macro asintió al recordar las amargas luchas de los primeros días de la invasión. "No puedo decir que recuerde el nombre de su centurión en ese momento".

Tintillius. Bueno, él y luego el chico nuevo, Vendosius, después de que un bastardo Dubonni piked Tintillius. Esperaba su lugar, pero promovieron a Vendosius de otro siglo. Una pena. Habría estado bien llegar a centurión antes de que me licenciaran. Un buen pago extra y algunos privilegios que van junto con él. Apuesto a que te ha ido bien, ¿eh, Macro?

¿Centurión Tintillius? Macro frunció el ceño. Creo que me acuerdo de él. ¿Un tipo alto? Perdió la punta de la nariz".

¡Ese es! Duro bastardo, pero un buen soldado'.

Macro miró a Cato. ¿Recuerdas a Tintillius?

En aquella época sólo era un optio. No pasé mucho tiempo en el comedor de los centuriones", respondió Cato. De hecho, recordaba el nombre. Tintillius tenía fama de aceptar todos los sobornos posibles de sus hombres para saltarse tareas o conseguir permisos. Sin duda era una ventaja del rango que disfrutaban muchos centuriones, pero pocos lo hacían a la escala de Tintillius. Cato dudaba que muchos de sus hombres hubieran derramado una lágrima por su muerte.

La Segunda era una buena legión por aquel entonces", reflexionó Hormanus. Una de las formaciones de élite. Si no hubiera sido por nosotros, las cosas habrían sido muy distintas. Me atrevería a decir que la invasión habría fracasado y no estaríamos aquí sentados compartiendo una copa". Miró significativamente la cantimplora y Macro se la entregó.

¿Era una buena legión? preguntó Cato. Desde que se instaló en Camulodunum, había mantenido la cabeza gacha, y las noticias de cualquier tipo tardaban en llegar a la colonia.

Sí. Hormanus bebió un segundo trago antes de devolver la cantimplora y limpiarse los labios con el dorso de la mano. Hoy en día, la Segunda es poco más que una unidad de entrenamiento. Reciben reclutas recién llegados de los barcos galos e intentan convertirlos en legionarios. Las pérdidas que hemos tenido en la lucha contra las tribus de las montañas significan que hay una demanda constante de reemplazos. Los mejores hombres de la Segunda fueron los primeros en ser transferidos a las otras legiones. Ahora queda un

puñado de hombres decentes en la fortaleza de Isca sirviendo como instructores. De vez en cuando voy por allí por negocios y me tomo una copa con los veteranos. Dicen que la legión está en un estado lamentable. No está en condiciones de luchar".

Es una maldita desgracia'. Macro frunció el ceño. Dejar que una buena reputación se vaya al garete de esa manera".

Se recuperarán", dijo Cato. Una vez derrotados los Silures, los Ordovices y sus maestros druidas, la Segunda ya no tendrá que ser una formación de entrenamiento. Los hombres de ganarán experiencia y la legión volverá a estar en forma para luchar. Ya lo verás'.

Espero que tenga razón, prefecto". Hormanus se encogió de hombros. Pero por lo que he oído últimamente en los cuarteles, tenemos muy pocos hombres, por no hablar de los buenos, como para estar seguros de acabar pronto con la lucha en las montañas. Incluso si el nuevo gobernador es el experto en lucha en las colinas que dicen que es'.

Hubo un breve silencio mientras los tres soldados miraban las llamas que salían de la chimenea, reflexionando sobre los retos a los que se enfrentaba Suetonio. Entonces Hormanus señaló hacia el otro campamento.

¿Qué pasa con vosotros dos y la mujer icena? ¿Cómo es que estáis viajando con esa gente?

La reina", respondió Cato con énfasis, "puede que necesite que hablemos en su apoyo cuando se presente ante el gobernador".

¿Por qué hablarías a favor de uno de esos bárbaros? Nos apuñalarían por la espalda a la primera oportunidad que tuvieran".

Estamos cumpliendo una deuda", dijo Macro. Si no fuera por Boudica y sus hombres, es probable que el prefecto y yo hubiéramos muerto en la lucha contra las bandas criminales en Londinium a principios de año".

Hormanus abrió mucho los ojos. ¿Te viste envuelto en eso? Parecía una guerra abierta en las calles, por lo que he oído'.

Cato asintió. Hubo que luchar duro, y la reina y sus hombres estaban en el centro'.

Por eso no nos gusta que se hable mal de los icenos", añadió Macro.

Hormanus levantó las manos. Sin ánimo de ofender, hermano. Sólo es sorprendente ver a un par de romanos dispuestos a arriesgarse a viajar con una banda de nativos en esta parte de la provincia. Eso es todo.

Estamos a salvo, se lo aseguro", dijo Macro. Señaló con la cabeza a los icenos en . Yo les confiaría mi vida".

'Me parece justo, es tu funeral, amigo.'

Macro se quedó mirando al veterano un momento antes de mirar a

Cato. Creo que deberíamos volver. Antes de que se nos enfríe la cena".

Se levantó sin esperar respuesta, y Cato le siguió. "Buen viaje, Hormanus.

Y a ti", respondió el veterano, y señaló a Cato con la cabeza. 'Y a usted, señor'.

Mientras se alejaban del campamento del esclavista, Macro murmuró: "¿Cómo coño vamos a mantener a los lugareños de nuestro lado si gente como él los trata como enemigos todo el tiempo?".

Suelen ser los más veteranos los que se adaptan más lentamente a los cambios", afirma Cato. Lo hemos visto a menudo. No pretendía hacer daño".

'Tal vez, pero estuvo cerca de causarse alguno'.

Petronela estaba sentada charlando con varios de los guerreros icenos, y el ambiente de convivencia en torno al fuego de la cocina era más cálido que la discusión que Macro y Cato acababan de concluir. Se sentaron en sus colchonetas enrolladas y aceptaron agradecidos las humeantes latas de conserva que ella les tendió.

"¿Has tenido una buena charla con tu amigo?", preguntó.

Macro gruñó y sacó la cuchara de su mochila, encorvándose sobre su lata.

Así de bien, ¿eh?

Era un viejo sudaca con todas las opiniones que eso conlleva", explicó Cato. Macro se opuso a algo que dijo sobre nuestros amigos icenos".

¿Lo hizo? Petronella besó la coronilla de su marido.

Levantó la vista. "¿A qué ha venido eso?

Estoy contando mis bendiciones de que no te hayas convertido en un viejo sudoroso como él. Y si lo haces, te empujaré debajo de un vagón y acabaré con esto'.

'Eres una mujer difícil de complacer, mi amor.'

Le señaló con el dedo. "No cambies nunca, ¿eh?

Cato sonrió a los dos, contento de que su amigo hubiera encontrado una mujer a su altura. Sus pensamientos volvieron a lo que había dicho Hormanus sobre las pérdidas que habían sufrido los romanos en su guerra contra las tribus de las montañas. Suetonio se enfrentaba a retos mayores de lo que había supuesto. En un clima político en el que los romanos se replanteaban la conveniencia de invadir Britania, el más mínimo contratiempo en el campo de batalla podía decidir el destino de la provincia.

CAPÍTULO 5

Porque es mi puta tienda". gruñó Macro, y se dio la vuelta, arrastrando consigo la mayor parte de las mantas. Petronella las echó hacia atrás y clavó la rodilla en la columna de su marido.

'Estás teniendo ese sueño otra vez. ¡Despierta, viejo tonto!

Macro se removió, parpadeando mientras miraba el cuero de cabra de la tienda sobre su cara. Había suficiente luz en la hora que faltaba para el amanecer para que pudiera ver. Pensó en volverse hacia Petronella y acurrucarse para dormir un poco más antes de que tuvieran que levantarse y hacer las maletas para el viaje del día. Entonces sintió la incómoda sensación en la vejiga y se dio cuenta de que no podía aplazar el momento de hacer sus necesidades.

A la mierda", murmuró mientras retiraba la piel y la lana que lo cubrían y se abría paso de rodillas junto a su mujer. Más allá de ella, Cato estaba acurrucado, aún dormido. La tienda había sido recortada a partir de una vieja tienda de campaña del ejército en la que antes cabían ocho hombres, y ahora era lo bastante grande para la mitad. Empujando las solapas a un lado, Macro salió con los pies descalzos, haciendo una mueca de dolor por la rigidez matutina de sus articulaciones.

Me estoy haciendo viejo para esto", murmuró mientras se alejaba un buen trecho de la tienda y los refugios icenos antes de levantarse el dobladillo de la túnica. Mientras orinaba, contempló el paisaje nevado de bajo la tenue luz que daba un tono azul a la escena. Un movimiento repentino le llamó la atención: un zorro salió cautelosamente de la arboleda, a no más de cien pasos de distancia, y se quedó helado al verle.

Hola, mirón", sonrió Macro. Guardó su virilidad y levantó los brazos. "¡Bu!

El zorro se puso en movimiento y corrió un trecho por el descampado antes de desviarse en dirección al campamento de esclavos. La sonrisa de Macro desapareció. La tienda de Hormanus, los refugios de sus hombres y la cuadrilla de cadenas que habían dejado a la intemperie habían desaparecido. Un vistazo a los alrededores no encontró rastro de ellos. Una sensación de inquietud se apoderó de él. Era demasiado pronto para que ya se hubieran puesto en camino. Además, habría esperado que Hormanus esperara el tiempo suficiente para despedirse. Algo iba mal.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que era el único que se había levantado. ¿Dónde estaban los dos hombres que deberían estar haciendo de centinelas? Recorrió el campamento y vio dos bultos

oscuros bajo la cama del mayor de los carromatos icenos.

Durmiendo en el trabajo", gruñó, y se dirigió hacia ellos. ¡Eh! ¡Ustedes dos! Despertad, perezosos".

Al ver que no se movían, se agachó entre las sólidas ruedas y sacudió con fuerza al hombre más cercano. El guerrero iceno no respondió, y cuando Macro retiró la mano preparándose para asestarle una patada, el guerrero se desplomó sobre la espalda donde había estado tumbado. Tenía un desgarrón en la garganta y sus ojos miraban sin pestañear al pálido cielo. Una mirada al otro hombre contó la misma historia.

"¡Mierda! Macro se llevó una mano a la boca y gritó por todo el campamento. ¡A las armas! ¡Arriba!

Las primeras figuras somnolientas salieron de los refugios icenos, mirándole confusas mientras pasaba descalzo.

'¡No os quedéis dando tumbos como ovejas! ¡A las armas, malditos tontos!

Cuando llegó a la tienda, Cato ya había salido arrastrándose, con las botas puestas pero sin atar, la espada corta en la mano mientras echaba un rápido vistazo al campamento.

¿Dónde están los demás?', preguntó. ¿Hormanus y su tripulación?

Se fueron por la noche. Macro señaló en dirección a los cuerpos bajo el carro. Después de apuñalar a dos de los chicos de Boudica. O eso parece'.

Cuando la mirada de Cato se desvió en dirección al carro, Petronella se abrió paso a través de las solapas de la tienda y le puso en las manos una capa y las botas de Macro. Póntelas. No servirás de nada si estás demasiado congelado para pensar".

Los dos hombres se ataron rápidamente las botas mientras los guerreros icenos se armaban y formaban un anillo protector alrededor del carro de Boudica. Ella bajó un momento después, acompañada de sus hijas, echándose un grueso abrigo de piel sobre los hombros mientras hablaba con el comandante de su escolta. Macro y Cato se acercaron trotando, este último envainando su espada ahora que no parecía haber peligro inmediato.

¿Cuál es el significado de la alarma? preguntó Boudica.

Los centinelas están muertos. Macro señaló el otro carro. Vi que faltaban cuando me levanté con las primeras luces".

Boudica abrió el camino y se puso en cuclillas para examinar los cuerpos antes de levantar la vista, con una expresión de alarma en el rostro. Levantándose, se apresuró hacia la parte trasera del carro, apartó las solapas de la cubierta y rebuscó entre las pieles, para luego soltar un grito de rabia.

'El cofre, ha desaparecido. . . Han robado el tributo anual'.

Tenemos que encontrar a Hormanus", dijo Cato mientras miraba

hacia el camino a cincuenta pasos de distancia. Sólo pueden llevarnos unas horas de ventaja. Tienen un caballo; no pueden haber ido muy lejos".

No, mira. Boudica señaló las filas de caballos, y Cato vio que faltaban algunas de las monturas icenas. Pensó rápidamente.

'Se han llevado a sus prisioneros, y el cofre les retrasará, aunque se repartan el contenido entre ellos. Todavía hay una oportunidad. Que tus mejores hombres preparen las monturas restantes. No deben llevar nada más que sus espadas. Cabalgaremos más ligeros que Hormanus y sus hombres. Hay muchas posibilidades de que los derribemos y recuperemos tu tesoro'.

Espero que sí", respondió Boudica sombríamente. Temo por el futuro de mi pueblo si no presentamos el tributo anual al gobernador'.

Cato ya había captado las implicaciones y se volvió hacia Macro. "Yo invito".

Condujo al trote a través del campamento hasta la carretera. Había nevado poco durante la noche, y las huellas del día anterior estaban claras; los surcos profundos de las ruedas de la carreta entre las marcas de los cascos y las pisadas. Se paró en lo alto de la ligera loma y miró hacia atrás en dirección a Camulodunum. No había rastro de marcas recientes. Se volvió hacia Londinium. No tardó más de un latido en distinguir las huellas de las ruedas en el hielo compactado. Bajó los ojos por el camino, trazando su curso hacia una cresta baja a unos tres kilómetros de distancia. No había señales de movimiento, salvo un rastro de humo de leña a cierta distancia al norte de la carretera.

Nos llevan una buena ventaja'.

Tal vez". Macro frunció el ceño. Pero los atraparemos. Y cuando lo hagamos, le daré de comer las pelotas de ese bastardo de Hormanus a ese perro tuyo'.

Cuando regresaron al campamento iceno, los jinetes ya habían ensillado sus caballos. Fieles a las órdenes de Cato, sólo llevaban el manto sobre la túnica y el cinturón de espadas a la cintura. Ni escudos ni armaduras. Uno de los hombres de Boudica había preparado las monturas de los oficiales romanos, y Petronella había cogido el cinturón de la espada de Macro. Ella se apresuró a abrochárselo alrededor del vientre mientras él se ponía la capa sobre los hombros y cerraba el broche. Un momento después, las solapas del carro de Boudica se abrieron y ella cayó al suelo con unas polainas atadas y una capa verde brillante sobre la túnica. Llevaba el pelo rojo recogido en una sencilla coleta y un cinturón con una espada. El guerrero al mando de su guardaespaldas habló en tono ligeramente reprobatorio, y ella le lanzó un chasquido y se dirigió hacia los caballos.

Macro abrió la boca para hablar, con la intención de disuadirla,

pero fue silenciado por una mirada de feroz intención.

No hay tiempo que perder", anunció, y se subió a un caballo. ¿Por dónde se fueron esos ladrones romanos?

Cato se tragó su orgullo al oír sus palabras e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Londinium. Con un fuerte tirón de las riendas, Boudica lanzó un grito agudo e impulsó a su montura al galope. El resto de sus hombres y los dos romanos subieron a sus caballos y partieron tras ella, girando a la izquierda al llegar al camino. Petronela, las hijas de Boudica y el puñado de guerreros y sirvientes icenos que quedaban los vieron partir hasta que no fueron más que manchas distantes en el paisaje invernal.

Bien. Petronella se volvió hacia los demás e indicó las tiendas y las ollas. ¿A qué estáis esperando? Empaquemos las carretas y pongámonos en marcha".

Uno de los hombres indicó los cuerpos que aún yacían bajo el carro más grande, y Petronella suspiró con tristeza. Ponlos con las pieles. La reina puede supervisar su entierro cuando la alcancemos'.

Dos horas después del amanecer, según los cálculos de Cato, se encontraron con los primeros cadáveres. Dos de los prisioneros de la banda de Hormanus. Ambos de al menos cincuenta años y delgados y de aspecto frágil. Al igual que los guerreros icenos asesinados, habían sido degollados. Los habían abandonado al borde del camino, justo antes de que éste entrara en un bosque con espesa maleza entre las ramas desnudas de los árboles. Cato bajó del caballo y se arrodilló junto a ellos, quitándose una manopla de cuero para poder palpar la mejilla del prisionero más cercano. La carne estaba fría al tacto.

'Deben llevar aquí un buen rato', dijo mientras se levantaba. Imagino que encontraremos más cuerpos a medida que sigamos su rastro".

¿Por qué matarlos?", preguntó Boudica.

'Estaban reteniendo a Hormanus.'

¿Por qué no dejar que se vayan?

Podrían haber sabido algo que podría habernos ayudado. Podrían haber entendido un poco de latín y haber escuchado los planes de los ladrones. Podría ser cualquier razón. Fueron asesinados sólo para estar seguros.

Macro se inclinó hacia delante en su silla de montar para verlos más de cerca. '¿Por qué retener a alguno de ellos si hay peligro de que nos retengan? Seguramente si Hormanus pretende escapar de la persecución, lo mejor sería deshacerse de todos los prisioneros. Es lo que yo haría en su lugar'.

Boudica le lanzó una mirada amarga. "Gente encantadora, romanos".

"Hormanus es codicioso", razonó Cato. Pensó que podría salirse con

la plata y sus prisioneros. Me sorprende que no hayamos encontrado los cuerpos antes'.

Volvió a montar y observó la maleza a ambos lados de la carretera. Como la mayoría de las carreteras construidas en los primeros años de la invasión, los ingenieros habían despejado el terreno veinte pasos a cada lado para dificultar un ataque sorpresa. A medida que la provincia se iba asentando, la necesidad de tal salvaguardia disminuía, y la maleza había empezado a crecer de nuevo, de modo que sólo quedaba un estrecho margen.

¿Qué te parece?", preguntó Cato, señalando con la cabeza el camino que había por delante.

'Creo que sería un tonto si nos tendiera una emboscada'. Macro carraspeó y escupió a un lado. "Le superamos en número dos a uno.

Cato hizo trotar a su montura mientras se adentraba en el bosque. Una milla más adelante, encontraron al resto de los encadenados en el camino, todavía atados y asesinados de la misma manera. Disminuyó la velocidad al pasar para ver si había alguna señal de vida, pero Hormanus y sus hombres habían hecho su trabajo con eficacia, y ninguno de los prisioneros se movió al trote de los caballos. Poco más allá había un gran claro, donde se encontraron con una encrucijada. Los restos de una torre de señales de madera estaban cerca. El foso estaba cubierto de maleza y la mayor parte de la empalizada se había derrumbado. Los postes de las esquinas seguían en pie, junto con los robustos troncos que formaban los primeros dos metros de la torre. Por encima, el armazón estaba desnudo y lo que quedaba de la plataforma había sido ocupado por nidos de cuervos.

Se detuvieron en el cruce, donde la nieve estaba muy removida. Huellas frescas de cascos se dirigían hacia Londinium, pero también en ambas direcciones por el camino que cruzaba la ruta principal.

Inteligente", concedió Cato mientras miraba a su alrededor. Pretenden dividirnos".

"O han decidido separarse y seguir su propio camino", sugirió Macro. "Con la esperanza de que vamos a ir después de un solo grupo de los hijos de puta.

No quiero que ninguno de ellos escape', dijo Boudica. Hay que recuperar todo lo que han robado'.

Estoy de acuerdo', dijo Cato. No sé adónde lleva el otro camino'.

Sí. Macro señaló hacia el sur. 'Puesto comercial en un río en esa dirección. Por lo menos diez millas. Allí resolví una disputa de propiedad el verano pasado. El norte va a uno de los fuertes auxiliares que vigilan la frontera con los icenos. Hay un pequeño asentamiento civil allí. Demasiado pequeño para que cualquiera del lote de Hormanus desaparezca. Aquellos que se dirijan al río podrían encontrar un bote que los lleve al otro lado, o dirigirse a la costa.

Podríamos fácilmente adivinar la dirección equivocada y perderlos. Yo diría que su mejor opción es llegar a Londinium. Es lo suficientemente grande para que vayan a tierra sin llamar la atención. Mucha gente pasa por allí. Unas cuantas caras más no van a ser notadas. Esa será la ruta que Hormanus ha elegido, si puedo juzgar al hombre'.

Los jinetes se dividieron en tres grupos. Cato y varios de los guerreros continuaron por el camino hacia Londinium, mientras que el grupo de Macro giró hacia el norte y Boudica y los jinetes restantes se dirigieron hacia el sur. Se acordó que si no se encontraba rastro de los ladrones, los tres grupos regresarían a la encrucijada al anochecer.

Mientras cabalgaba a galope constante, Cato consideró las probabilidades. Dependiendo del número de hombres que Hormanus hubiera mantenido con él, él y sus guerreros icenos tendrían ventaja, al igual que Macro y Boudica en cualquier escaramuza. Eso era tranquilizador. Los icenos eran buenos jinetes y sabían cómo sacar lo mejor de sus monturas, mientras que era probable que los hombres a los que perseguían no lo fueran. Esa era otra ventaja. Suficiente para mantener la esperanza de que el tributo de Boudica fuera recuperado para que ella lo presentara al gobernador.

El sol alcanzó su modesto cenit invernal y el cielo adquirió un tono gris acerado al comenzar la tarde. A medida que el camino abandonaba el bosque, el paisaje se abría, salpicado de grupos de chozas nativas y un puñado de pequeñas fincas agrícolas romanas. Los jinetes se detuvieron en una posada junto a la carretera, donde dos hombres con delantal estaban descuartizando un cerdo que colgaba de un bastidor. Los despojos se cocían al vapor en una cuba de madera a un lado.

Cato levantó una mano en señal de saludo. ¿Hablas latín?

Tan bien como cualquier chico del Aventino", se rió el mayor de los dos. "¿Qué pasa, amigo?

De cerca, Cato pudo ver el águila y el tatuaje numérico en el antebrazo del hombre que lo marcaban como otro veterano que se había asentado en esta parte de la provincia, y le hizo un saludo informal para asegurarle que formaba parte de la hermandad de soldados romanos, a pesar de los miembros de la tribu de aspecto feroz que cabalgaban con él.

'Buscamos a un grupo de jinetes que pasaron por aquí hoy temprano'.

Entonces serían Claudinus y sus muchachos. Claro, pasaron por aquí no hace más de una hora. Lo suficiente para comprar algo de comida y llenar sus cantimploras'.

¿Claudino? ¿Es ése su nombre?

El otro hombre asintió y se pasó el dorso de la mano ensangrentada por la frente.

Cato describió brevemente a Hormanus.

Es él. Otro veterano, diría yo. Igual que los muchachos con él.

¿Cuántos?

Seis en total.

¿Dijeron a dónde se dirigían?

¿Por qué lo preguntas, hermano?

Son ladrones y asesinos'. Se dijo sin rodeos. Cato sabía que el código de los legionarios no toleraba que se robaran unos a otros, y que quienes lo hacían eran despreciados y castigados sin piedad.

'Veo. . . Verulamium, me dijo.'

Era tan probable que fuera un engaño desesperado como la mentira sobre su nombre. Pero a Cato aún le causaba cierta duda. ¿Y si Hormanus estaba jugando un doble farol al revelar su destino y era allí adonde tenía toda la intención de ir? Pero aún había tiempo para perseguirlo antes de que llegara a la bifurcación donde los caminos se dirigían hacia sus respectivos destinos.

Gracias, hermano. Adelantó el brazo y obligó a su montura a trotar y luego a galopar, acelerando el ritmo de la persecución.

Tuvieron cuidado de cabalgar por el borde del camino para evitar cualquier surco oculto que pudiera hacer tropezar a sus caballos, y desde donde podían ver claramente las huellas dejadas por Hormanus y sus hombres. Poco después, pasaron junto a un pequeño asentamiento, y ahora a las huellas dejadas por los ladrones se unían las de otros viajeros. Cato maldijo en silencio a medida que se hacía más difícil distinguir las de los hombres que buscaba. Entonces, cuando el camino cruzaba una baja elevación, vio un caballo tendido en la calzada. Aún estaba vivo, y se agitó y relinchó de dolor cuando él se acercó. Vio que tenía la pata delantera derecha torcida y deforme, y se dio cuenta de que debía de haber tropezado y se la había roto. No había rastro del jinete.

Cuando se disponía a seguir adelante, se oyó un grito de protesta por detrás, y se volvió para ver a uno de los icenos señalando a la bestia herida.

No hay tiempo para eso". Cato apuntó con el dedo en dirección al camino, y juntó algunas de las palabras icenas que había aprendido desde que llegó a la colonia. Nos vamos. Ahora.

El guerrero sacudió la cabeza y se bajó de la silla, acompañado por uno de sus compañeros. Avanzó hacia el caballo, hablando en voz baja, antes de arrodillarse junto a su cabeza y colocarle suavemente una mano en el hocico. Los ojos de la bestia se abrieron de par en par en lo que a Cato le pareció una expresión de miedo, y resopló mientras sus flancos se agitaban. El guerrero siguió hablando tranquilamente y el caballo se calmó. Luego, mirando a su compañero, hizo una rápida inclinación de cabeza. La garganta del caballo se cortó

limpiamente en un instante. Ambos hombres retrocedieron apresuradamente mientras la sangre manaba a borbotones y las patas del animal se agitaban violentamente durante unos latidos, antes de que sus fuerzas empezaran a flaquear y quedara inerte.

Los dos icenos volvieron a montar sin decir palabra, pero Cato vio las lágrimas que brillaban en los ojos del primero antes de apartarlas bruscamente con los puños.

Vámonos. Esta vez habló con más suavidad y se pusieron en marcha de nuevo.

El jinete no había llegado muy lejos y cojeaba cuando le vieron por primera vez. Se giró al oír el ruido de cascos, pero no intentó escapar. En lugar de eso, sus hombros se hundieron con resignación y soltó la pequeña bolsa de cuero que llevaba, que cayó pesadamente a sus pies. Los jinetes se cerraron a su alrededor formando un círculo, mientras el hombre de Hormanus, corpulento y con el pelo recortado, se apoyaba en su pierna buena.

¿Dónde está Hormanus? Preguntó Cato. "¿Y el resto de la plata que robaste?

Está con el jefe y los otros muchachos', respondió el hombre en tono desafiante. Nunca los atraparás. Ni siquiera sabes en qué dirección se fueron'.

"Londinium, sin duda", respondió Cato. ¿En qué otro lugar se escondería esa escoria asesina con su botín?".

La expresión del hombre no revelaba nada. Cato desmontó y entregó las riendas a uno de los icenos antes de dar un paso al frente y observar detenidamente al hombre. ¿Es esa la plata de la bolsa?

"Mi parte".

'Me sorprende que tu amigo Hormanus no te matara y se lo llevara cuando se cayó tu caballo'.

'Estoy seguro de que lo habría hecho'. El hombre rió amargamente. 'Pero me había quedado atrás. No lo vio pasar'.

Por suerte para ti.

Creo que no. No tengo ninguna duda de lo que tus amigos Iceni pretenden hacerme'.

Cato miró a su alrededor y vio las expresiones aceradas en los rostros de los guerreros icenos. Su mirada volvió al ladrón. "Me llevaré esa bolsa".

"Adelante. Ven a buscarlo'.

Cato puso la mano en la empuñadura de su espada. "Intenta cualquier truco y te destriparé".

Sin perder de vista a su prisionero, se inclinó hacia delante y sacó la bolsa. Sintió que las monedas se movían en su interior, y el peso le tranquilizó. Retrocediendo, entregó la bolsa a uno de los icenos, que la abrió y miró en su interior antes de colgarla firmemente del cuerno de

una silla de montar.

¿Cómo te llamas, hermano? preguntó Cato, con la esperanza de ganarse algo de la confianza del veterano como preludio para obtener la información que necesitaba.

Legionario Junius Bellocatus, Siglo I, Primera Cohorte, Vigésima Legión. Al menos, lo era.

Cato lo miró de arriba abajo. Bellocatus había servido en la centuria más antigua de su legión. Habría recibido una jugosa bonificación al ser licenciado. Era difícil creer que uno de los miembros de la élite del Imperio hubiera caído tan bajo como para convertirse en esbirro de un negrero, por no hablar de asesino y ladrón. Cuando volvió a hablar, le resultó difícil contener el asco en su voz. "Pito de Júpiter, ¿qué te ha pasado, Legionario Bellocatus?

Lo mismo que los otros con Hormanus. Caímos en las garras de un estafador. Ya sabes lo que pasa cuando hay un gran número de hombres que cobran sus primas de despido. Los estafadores huelen la plata y vienen corriendo, usando todos los trucos del libro para separarnos de los ahorros de toda la vida'.

'Eso es como tal vez. Pero hay un largo camino entre ser víctima de un embaucador y dedicarse al robo y al asesinato'.

'Es fácil decirlo cuando no has tenido que soportarlo'.

'No es demasiado tarde para ti, hermano. Hormanus fue el responsable. Dime dónde encontrarlo y haré todo lo posible para que seas tratado con clemencia'.

Bellocatus resopló con sorna. Debes tomarme por tonto. Soy hombre muerto. No gano nada ayudándote".

Excepto ir a tu muerte con la conciencia más tranquila. No le debes nada a Hormanus. Vas a morir por lo que él decidió involucrarte. ¿Por qué no hacerle pagar por ello?

'Hormanus dijo que tú y tu amigo sirvieron en las legiones. Entonces ya sabes cómo va. No delatas a tus camaradas. No digo nada.'

Cato aceptó que no iba a sacarle ninguna información al ladrón, volvió a subirse a la silla y miró a los icenos. Es todo tuyo.

Los guerreros desenvainaron sus espadas y adelantaron sus monturas. Mientras Cato dirigía su caballo en dirección a Londinium, oyó las últimas palabras de Bellocatus. "¡Vigésima Legión! Hasta el día de mi muerte".

El grito de guerra se vio interrumpido por una serie de golpes y gruñidos mientras los icenos lo hachaban sin piedad, vengando a sus dos camaradas asesinados.

Casi había amanecido cuando Cato llegó al campamento que se había levantado junto a la encrucijada. Mientras los icenos se ocupaban de los caballos, él llevó la bolsa de monedas de plata a

Boudica y se la entregó.

"Alcanzamos a un rezagado", explicó. Luego encontramos una patrulla auxiliar unas millas más adelante. No habían visto ni rastro de Hormanus y sus hombres. Debió de salirse del camino y no lo vimos. La luz empezaba a desvanecerse, así que regresamos. ¿Cómo te fue?

Boudica suspiró. Perdimos el rastro y volvimos a un arroyo que habíamos cruzado. Lo seguimos durante un rato, pero no encontramos nada antes de que diera la orden de volver aquí. Supongo que dejaron el arroyo en algún lugar más adelante antes de reunirse con el resto".

Me hicieron una jugarreta parecida', dijo Macro. Los perdí en un pinar cuando se salieron de la carretera".

¿Qué pasa ahora?", preguntó Petronella mientras se ponía en cuclillas junto a su marido y se ceñía más la capa alrededor del cuerpo.

Continuaremos hacia Londinium. Ahí es donde Hormanus es más probable que sea. Aunque no por mucho tiempo. Si es listo, intentará encontrar pasaje en un barco hacia la Galia y alejarse lo más posible de Britania antes de disfrutar de su botín. Sin embargo, no habrá muchos capitanes dispuestos a arriesgarse a cruzar el mar en invierno. Preguntaremos en el distrito del muelle a ver si alguien sabe algo de él". Miró a Boudica, que tenía la bolsa en el regazo. Aún hay esperanzas".

Sacudió la cabeza y dio un golpecito a la bolsa. Vuestro gobernador se reirá cuando presente esto como tributo. Exigirá saber dónde está el resto".

Entonces háblale de Hormanus", sugirió Macro. Dígale que busque al hombre y que recupere la plata".

¿Crees que escuchará las excusas de una mujer bárbara?", respondió con frialdad.

Quizá nos escuche", dijo Cato.

¿Y crees que eso cambiará las cosas? Levantó la cara hacia la noche y cerró los ojos, frustrada. ¿Aún no lo entiendes? Los romanos quieren aplastar a los icenos y apoderarse de nuestras tierras. Utilizarán la falta de pago del tributo como la excusa que necesitan para llevar a cabo la hazaña. Entraré en Londinium como reina y la dejaré como esclava. Así termina el reino de los Iceni'.

CAPÍTULO 6

En se oían fuertes ruidos de celebración procedentes de la posada del Perro y el Ciervo mientras Macro y Cato se dirigían hacia el patio trasero. La posada y el burdel anexo, propiedad conjunta de Macro y su madre, Portia, eran la piedra angular del creciente imperio empresarial que ella había trabajado duro para establecer en Londinium. También poseía una casa de baños, un bloque de pequeñas tiendas cerca del foro y un almacén junto al río desde el que dirigía un negocio de importación de vino. Era una mujer delgada y de aspecto frágil, con la mente más aguda para los negocios y, cuando la ocasión lo requería, la lengua más afilada. Algunos comerciantes tendían a subestimarla a primera vista, para su desgracia.

El patio había cambiado radicalmente desde la última vez que Cato y Macro visitaron Londinium. Los edificios vecinos habían sido derribados para ampliar el espacio, y ahora un muro de dos metros con un pórtico de tejas daba a la calle, con un vigilante armado en un pequeño refugio a un lado.

"¡Abran! gritó Macro mientras se acercaban.

El vigilante, bastante corpulento pero de aspecto sencillo, se plantó delante de la verja, se metió el pulgar en el ancho cinturón de cuero que llevaba en la cintura y se colgó un garrote tachonado de una correa que llevaba en la muñeca derecha. ¿Quién lo dice?

Habían pasado tres días desde los asesinatos y el robo, y los ánimos de Boudica y su pueblo estaban por los suelos. Sus amigos romanos compartían su estado de ánimo, al que no ayudaba el cambio de tiempo. La temperatura había subido ligeramente, trayendo consigo una lluvia penetrante arrastrada por un viento frío del este. La nieve se había convertido en aguanieve y se derretía a manchones por toda la campiña. Los viajeros estaban empapados y tiritaban mientras avanzaban por las calles embarradas de la ciudad hacia su destino. Había muchos otros gobernantes tribales, representantes y comitivas en Londinium para la ceremonia anual de juramento, y la ciudad parecía más que nunca un puesto fronterizo, donde la civilización romana se mezclaba con los atuendos más primitivos y las rudas lenguas de los bárbaros. Al menos así podía parecerle a un turista de Roma. Hombres más experimentados como Macro y Cato habían vivido entre los pueblos de Britania el tiempo suficiente para comprender y apreciar las costumbres y tradiciones de las tribus. Un tipo diferente de civilización, pero civilización al fin y al cabo.

Macro aumentó el paso para avanzar por delante de los demás. Yo digo. Centurión Lucio Cornelio Macro. Abre.

El vigilante dudó un momento, antes de reconocer el nombre y la brusquedad heredada al mismo tiempo e inclinar rápidamente la cabeza. Sí, señor. Volvió a meterse en el refugio y, un momento después, se oyó un sordo chirrido y las puertas se abrieron hacia dentro.

El vigilante se hizo a un lado para dejarles entrar en el patio, mirando a Boudica y a sus seguidores con una mezcla de sorpresa y recelo. Los jinetes desmontaron y, mientras los carros eran conducidos al rincón más alejado del patio, Macro miró a su alrededor.

'La vieja ha hecho bastantes cambios. El negocio va bien'. Sonrió al contemplar la revalorización de su media acción.

En tu lugar, yo dejaría de lado a la "vieja"", advirtió Petronella cuando se abrió una puerta en la parte trasera de la posada y salió una figura con aspecto de rastrillo, envuelta en una capa de piel.

Aquí hay problemas", murmuró Macro.

"¡Mi querida Petronella! Porcia extendió los brazos y las dos mujeres se abrazaron brevemente. "Veo que has traído a mi hijo contigo, y a ese buen chico, Cato.

Hola a ti también, madre", dijo Macro mientras Cato sonreía a modo de saludo.

Y tantos amigos...". Porcia miró a los guerreros icenos que desensillaban los caballos y retiraban los yugos y las traíllas de las mulas que habían tirado de los carromatos. Entonces vio a Boudica saliendo de entre sus hombres y su actitud cambió bruscamente a una de deferencia. Romana y mujer de negocios de éxito como era, Porcia se inclinaba a sentir temor ante cualquiera que ostentara un título real.

"Reina Boudica, sea bienvenida a mis humildes instalaciones. Es un placer volver a verla".

El placer es mío", respondió Boudica, forzando una sonrisa cansada. Mi séquito y yo necesitamos alojamiento para los próximos días. Si no es mucha molestia".

Sería un honor.

Macro notó la expresión calculadora que apareció en el rostro de la anciana. Como nuestros invitados, madre.

¿Invitados?

'Toma su alojamiento y comida de mi parte de las ganancias'.

Como queráis. La reina y sus hijas pueden tener la mejor habitación de la posada, y yo encontraré alojamiento para ti, Petronella y Cato'. Se volvió hacia Boudica. La mejor habitación es la mía. Es acogedora y cálida, ya que está encima de la cocina. El tejado no tiene goteras y está al final del edificio, lejos del burdel, así que debería ser agradable y tranquila'.

Suena delicioso'. Boudica sonrió. Eres muy amable.

El rostro demacrado de Porcia enrojeció de placer y se volvió para llamar a su manitas y amante ocasional. Denubius. Encárgate de que mi habitación esté preparada para la reina Boudica, y traslada mis cosas a tu habitación por ahora'.

"¿Mi habitación?" Denubius parecía dolido. "¿Dónde debo ir, señora?

Es una posada", respondió escuetamente. Hay otras habitaciones.

Sus hombros se desplomaron mientras se daba la vuelta y volvía al interior para cumplir sus órdenes.

"Imagino que habrá muchas noticias que intercambiar". Portia sonrió. Pero supongo que antes tendréis que poneros ropa seca y comer y beber algo". Levantó la vista cuando empezó a llover de nuevo, haciendo círculos en los charcos del patio. Entremos.

Está en un verdadero aprieto, pobre amor, y no me equivoco", suspiró Porcia una vez que Cato hubo explicado lo que había sucedido en el camino desde Camulodunum. Estaba sentada junto al brasero de su despacho, una ampliación de la posada en uno de los edificios vecinos que había comprado. Cato, Macro y Petronela estaban sentados en taburetes enfrente, sosteniendo vasos de vino caliente. Deberían proteger a los viajeros a lo largo de ese camino", opinó Portia. Para eso pagamos nuestros impuestos. Deberías hablar de ello con el gobernador. Escucharía a alguien de tu rango".

Lo dudo', respondió Cato. Suetonio está demasiado ocupado con los preparativos de la próxima campaña. No querrá repetir los errores de los gobernadores que le precedieron. Esta vez completará el trabajo y acabará con las tribus de las colinas y los druidas. Pero tendrá que reunir a todos los soldados que encuentre y aprovisionar a la fuerza expedicionaria a su paso por las montañas. No es tarea fácil. No tendrá tiempo para ocuparse de garantizar la seguridad de los que están en el camino. Tendremos que cuidar de nosotros mismos". Tomó un sorbo de vino, observando que le habían añadido algunas especias, y enarcó una ceja con aprobación antes de continuar. En cuanto a Boudica, tienes razón. Está en apuros ahora que le han robado casi todo el tributo".

Por eso le sugerí que se quedara en el Dog and Deer", dijo Macro. De lo contrario, el coste de cuidar de su escolta se habría comido lo que queda. Sabía que no te importaría".

'No me importa que salga de tu lado, hijo.'

Madre... Macro le dirigió una mirada de reproche. No me importa pagarlos, pero ¿tienes tan poca memoria? Gracias a la ayuda de Boudica conseguimos acabar con las bandas de Londinium". Señaló la habitación. ¿Crees que habrías podido levantar el negocio como lo has hecho desde entonces si las bandas siguieran llevándose casi todos los sestercios que les sobraban en dinero de protección? Su gente derramó

su sangre por nosotros. Lo menos que podemos hacer es compartir un poco de hospitalidad a cambio.

Portia se lo pensó un momento y asintió a regañadientes. De acuerdo entonces, te daré una buena tarifa para calcular los costes. Después de todo, como usted dice, se lo debemos. Además, con esos pesados suyos por aquí, habría que ser muy valiente para causar problemas en la posada o intentar robar algo del patio'.

"Eres la personificación misma de la bondad, madre".

Hizo una mueca antes de volverse hacia Cato. "¿Y cómo está tu querido hijito?

Ya no es tan pequeño", dijo Cato con un toque de tristeza. Está creciendo deprisa y, naturalmente, quiere ser soldado como su tío Macro'.

Un buen modelo a seguir", dijo Portia con ironía.

Muy bien", respondió Cato con emoción. Ojalá hubiera pasado más tiempo con él en sus primeros años. El ejército cobra su precio en lo que se refiere a la vida familiar".

Petronella asintió con énfasis.

¿Y tu nueva dama?", preguntó Portia. Imagino que le resultará difícil vivir en una colonia de veteranos después de su estancia en el palacio imperial. No estoy seguro de que me apetezca hacer el intercambio".

Podrías si hubieras sido la amante de Nerón. Pero cuanto menos hablemos de eso, mejor. Hasta ahora parece que hemos evitado cualquier atención no deseada. Claudia es bastante feliz en Camulodunum por el momento. Se lleva bien con el joven Lucius. No recuerda a su madre, lo cual es bueno. Los tres mantendremos la cabeza gacha hasta que sea seguro regresar a Roma'.

¿Y cuándo crees que será?

"Cuando Nerón se haya ido.

'Podrías estar esperando algunos años entonces. Es sólo un hombre joven'.

'Cierto, pero también lo era Calígula. No duró ni cuatro años en el cargo. Tengo la sensación de que Nerón puede estar cortado por el mismo patrón. Y luego tiene el problema añadido de qué hacer con Britannia. Los que lo rodean están divididos sobre el tema. Ya sea que elija mantener las legiones aquí o retirarlas y abandonar la provincia, hará infeliz a la gente.

"Me haría muy infeliz si abandonara Britannia". Portia habló con fuerza. Después de todo el dinero y el esfuerzo que he invertido en levantar el negocio. Si ese cretino acaba con la provincia, tendrá que responder ante mí".

Macro puso los ojos en blanco. Estoy seguro de que esa perspectiva le quita el sueño".

'Ríete cuanto quieras, muchacho, pero también es tu medio de vida. ¿Cuánto crees que durarán tus veteranos en la colonia cuando los bárbaros vengan a por vosotros una vez que no haya legiones a las que temer? Piensa en eso antes de hacer más chistes baratos a mi costa".

Cato no quería que ninguna tensión agriara la reunión y carraspeó ruidosamente para distraer a madre e hijo. Hoy en día estamos en el regazo de los dioses, tanto romanos como icenos, y no hay mucho que podamos hacer al respecto. Todo lo que podemos hacer es vivir la vida que tenemos tan bien como podamos durante el tiempo que se nos permita".

Macro sacudió la cabeza y vació su vaso. Muy filosófico por tu parte, muchacho. Deberías garabatear esa gilipollez en la fachada del Senado cuando vuelvas a Roma. Eso les hará pensar. Bueno, no soy de dejar que otros tomen decisiones por mí. Si es necesario, lucharé por mantener lo que es mío en esta provincia, sin importar lo que Nerón y sus compinches decidan. Estoy aquí para quedarme'.

Golpeó el vaso contra el borde del taburete para recalcarlo. Portia asintió con la cabeza y se acercó para rellenarlo.

'Bien dicho, hijo. Tienes tus momentos'.

Que los dioses nos protejan', murmuró Petronella. Están más locos que una caja de galos. Díselo, Cato. Si las legiones se van, la provincia se va. Y si eso sucede, entonces debemos irnos también, tan rápido como podamos. No voy a quedarme para el baño de sangre cuando las tribus se vuelvan contra los romanos que son tan testarudos como para quedarse".

Petronella tiene razón. Hay más en la vida que dinero en el banco y una cartera de propiedades'.

Macro reprendió. Esta noche estás lleno de aforismos, muchacho. Esperemos que tu lengua de plata te sirva cuando vayas a defender a Boudica y a su pueblo. Tengo la sensación de que de ella depende algo más que el destino de los icenos".

Cato dio un sorbo pensativo y asintió. Me temo que tienes razón, hermano'.

A primera hora de la mañana siguiente, Cato y Macro se pusieron capas sencillas sobre sus túnicas y ocultaron los cinturones de sus espadas bajo los gruesos pliegues de lana. Tras una apresurada comida a base de gachas, partieron hacia el distrito de los muelles y almacenes para intentar localizar a Hormanus y su banda. A pesar de los chubascos fríos que caían a ratos de un cielo gris, las calles estaban abarrotadas. Además de las comitivas de las tribus aliadas que habían viajado a Londinium para asistir a la ceremonia de juramento, había quienes habían acudido a presenciar el espectáculo, y vendedores ambulantes que agradecían la oportunidad de intercambiar baratijas

de otras partes del Imperio por pieles y joyas.

Cuando los dos romanos llegaron al muelle que bordeaba el Tamesis, vieron que había unos veinte barcos de carga amarrados a lo largo del muelle y varios más anclados en el río. Se abrieron paso y preguntaron a los capitanes y tripulantes si se les había acercado un hombre en busca de pasaje a la Galia. Ofrecieron una descripción junto con el nombre de Hormanus y el otro nombre que había dado en un intento de despistar a los perseguidores icenos. Tal y como había previsto Cato, sólo un puñado de ellos pensaba zarpar antes de que terminara el invierno, y ninguno había visto a Hormanus y sus hombres.

Tras retirarse a uno de los bares de la carretera principal que sube desde el río, la pareja se planteó el siguiente paso ante una jarra de vino excesivamente caro y aguado.

'Está aquí', insistió Cato. Estoy seguro.

Tal vez". Macro miró cansado su taza. Pero si es así, no ha hecho ningún intento de salir de Londinium por mar".

Entonces tendremos que empezar a trabajar en las posadas, burdeles y casas de baños. Haremos saber que hay una recompensa por información. Alguien estará feliz de venderlo por un puñado de plata'.

'A menos que ese alguien intente que le pague más para que guarde silencio'.

Cato sonrió sombríamente. ¿Crees que Hormanus es del tipo negociador? Acordará un precio para salvar su pellejo y luego acuchillará al feliz informante en cuanto le den la espalda. Si yo fuera un informante, iría a lo seguro y aceptaría el dinero antes que arriesgarme a tratar con un asesino y ladrón".

Tienes razón", concedió Macro. El problema es que no tenemos mucho tiempo. La ceremonia es pasado mañana. Si la moneda no es devuelta a Boudica para entonces...

Bastante". Cato apuró su copa, se levantó y deslizó unas monedas de bronce sobre la mesa. No tenemos tiempo que perder. Pongámonos en marcha'.

Compraron pintura y brochas a un comerciante de materiales de construcción del foro y pasaron el resto del día pintando carteles en las paredes de los edificios enlucidos de la ciudad. El mensaje era breve: *Se pagarán cien sestercios en el Perro y el Ciervo por información sobre el paradero del veterano que se hace llamar Hormanus. Se le busca por asesinato y robo*.

El equivalente a la paga de medio año de un legionario debería bastar para atraer la atención de cualquier transeúnte alfabetizado, razonó Cato. También anunciaron la recompensa en varios bares del centro de la ciudad para que el mensaje se extendiera rápidamente al

resto de Londinium.

Cuando el crepúsculo se cernía sobre el extenso asentamiento, regresaron al Perro y el Ciervo, donde Boudica esperaba impaciente.

¿Ha habido suerte?

Macro se sentó en un banco junto al brasero de la cocina. No hay noticias de él en el muelle. Ni en ninguno de los lugares donde nos detuvimos para pedir información. Si está aquí, se ha atrincherado en algún lugar tranquilo mientras espera su oportunidad de escapar".

¿Por qué no se queda en Bretaña?", preguntó Petronella, que estaba removiendo un guiso en la plancha.

La provincia es un lugar pequeño", explicó Cato. Sólo hay tres grandes asentamientos romanos: Londinium, Verulamium y Camulodunum. Sería un tonto si intentara la última, y Verulamium es demasiado pequeña para que pase desapercibido. Si está en algún lugar, es aquí.

Pareces muy segura de ello", comentó Boudica. Si te equivocas, se acabaron las esperanzas. Incluso si tienes razón, sólo tenemos un día para encontrarle y recuperar nuestro tributo".

Cato estaba a punto de darle ánimos, pero las palabras se le murieron en la lengua. Serían perogrulladas vacías que poco o nada servirían para levantar el ánimo de Boudica.

Al día siguiente, un puñado de forajidos se presentó en el Perro y el Ciervo exigiendo un pago por revelar dónde encontrar a Hormanus. En cuanto quedó claro que su intención era coger el dinero de la recompensa y huir, Macro los echó y amenazó con hacerles lo mismo que pensaba hacer con Hormanus si volvían a aparecer por la posada. Mientras tanto, Cato hacía la ronda por las posadas, burdeles y casas de baños, pidiendo información, sin resultado. Empezó a preguntarse si se había equivocado al suponer que Hormanus se escondía en Londinium. ¿Y si, después de todo, había pasado la ciudad y se dirigía a Verulamium? O tal vez se había refugiado en alguna cabaña nativa abandonada en el corazón de uno de los bosques que cubrían gran parte de la campiña entre la colonia y Londinium. Si ese era el caso, no había ninguna posibilidad de poder salvar a Boudica y a los icenos de las consecuencias de no proporcionar el tributo debido a Roma.

Regresó al Dog and Deer a última hora de la tarde, dolorido y frustrado, mientras informaba a Macro de su fracaso y se enteraba de que la oferta de recompensa había resultado inútil.

"¿Cómo ha estado Boudica hoy?

¿Cómo crees? respondió Macro. No muy contenta. Pasó la mañana en los bancos del foro intentando conseguir un préstamo para cubrir el tributo, pero parece que se ha corrido la voz de que los icenos tienen problemas. En cualquier caso, los agentes que actúan para los inversores de vuelta en Roma están pidiendo más préstamos de los

que están emitiendo. Claramente hay un sentimiento de que el futuro de la provincia es incierto. También lo intentó con algunos de los otros líderes tribales de la ciudad, pero ha sido un año duro y la mayoría de ellos han tenido dificultades para recaudar lo suficiente para pagar sus propios tributos. El único gobernante que está a flote es ese lameculos de Cogidubnus. Ha estado viviendo de los impuestos de importación que recauda por el comercio que pasa por su puerto de Noviomagus Reginorum, y la mayor parte se ha despilfarrado en el palacio que ha mandado construir. Boudica se ha quedado con las manos vacías".

¿Dónde está ahora?

'Con su gente, fuera. Mamá les ha traído un cerdo para asar y están ocupados preparando un pico de carbón para cocinarlo. También les ha traído varias jarras de su vino más barato. Está haciendo todo lo posible para mantener sus mentes ocupadas, bendita sea. Es muy generoso por su parte, y ni siquiera va a descontarlo de mi parte de los beneficios del negocio'.

Cato le dedicó una fina sonrisa antes de acariciarse la mandíbula, pensativo. Me temo que, tal y como van las cosas, va a parecer más un velatorio que una fiesta. Recemos para que los dioses vean con buenos ojos a Boudica cuando se enfrente mañana al gobernador".

CAPÍTULO 7

El primer día del nuevo año, , amaneció con una notable mejora del tiempo. Un sereno cielo azul se extendía por Londinium, y el sol bañaba la ciudad con un cálido tono miel.

En el enorme patio abierto del palacio del gobernador, sirvientes y soldados supervisaban los últimos preparativos para la ceremonia de juramento. Se estaban delimitando zonas para cada uno de los contingentes tribales que debían asistir, así como lugares para los funcionarios cívicos romanos y los comandantes de la mayoría de las legiones y cohortes auxiliares de la provincia, con una sección final acordonada para el pueblo llano de la ciudad. Se había erigido un altar en el estrado de piedra frente a la entrada principal del palacio, las secciones estriadas de cada pilar enviadas desde la Galia gracias a la falta de material local adecuado para la construcción. Los hombres de la escolta del gobernador, soldados seleccionados de las legiones, daban los últimos retoques a su aspecto, puliendo los cascos, las cimeras de los escudos y las medallas de los arneses. Los estandartes de las legiones y de las cohortes auxiliares que habían sido depositados en el santuario subterráneo y en la sala de seguridad bajo el edificio estaban siendo colocados frente al palacio, con el dorado y el rojo de sus caídas bruñidos por la brillante luz del sol.

Fuera de los muros del patio, los vendedores ambulantes disponían sus mercancías, vino y aperitivos listos para la multitud que acudía a presenciar la procesión del gobernador y su escolta y lictores hasta el templo de Roma. Allí Suetonio buscaría la aprobación divina de los augures antes de regresar al palacio para recibir los juramentos de lealtad y el pago del tributo. Sería una muestra pública de la autoridad de Roma y de la lealtad que exigía a quienes servían al Imperio y a quienes eran gobernados por él. En este día, escenas similares se representarían a lo largo y ancho del mundo romano, desde los helados bosques de Germania hasta los abrasadores desiertos de la frontera oriental. Todos se volverían hacia Roma y reconocerían su poder aparentemente invencible.

El patio detrás del Perro y el Ciervo también estaba animado, ya que los icenos se vestían con sus mejores galas y los guerreros se colocaban torcs en las muñecas y alrededor del cuello, otorgados por sus valerosas hazañas, su equivalente a los medallones de los soldados romanos. Mientras Cato los contemplaba, copa de vino en mano, desde la puerta trasera de la posada, se percató de una diferencia reveladora entre los dos códigos marciales. El ejército romano concedía condecoraciones tanto a unidades como a individuos,

coronas de oro o plata o coronas añadidas al estandarte de la unidad, mientras que los celtas sólo recompensaban a guerreros individuales. Ello reflejaba los diferentes estilos de lucha y tal vez sirviera para demostrar el mayor poder de un cuerpo de hombres entrenados sobre el valor fanático en bruto. Hombre por hombre, los mejores guerreros celtas tenían ventaja sobre sus adversarios romanos. Tendían a ser más corpulentos, criados para luchar desde una edad temprana y se regocijaban en su destreza guerrera. El combate se consideraba una prueba para el individuo, lo que fomentaba las tácticas de acometida salvaje que los celtas solían emplear y que se estrellaban contra la férrea muralla de escudos de las legiones. No fue hasta que el astuto Caratacus rechazó las viejas costumbres y dirigió los esfuerzos de los celtas a hostigar las líneas de suministro romanas y los puestos de avanzada aislados, que el avance de Roma a través de la isla se vio efectivamente contestado.

Boudica había salido de su habitación antes del amanecer para supervisar los preparativos de su séquito y, mientras Cato la observaba, sacó el estandarte real de los icenos forrado en cuero y empezó a quitarle la funda. Cuando por fin estuvo libre, desenrolló la larga tira de tela verde brillante con un perro de caza amarillo corriendo a todo correr a lo largo. Luego, levantándola verticalmente, la colocó contra el costado de su carro, con los pliegues ondeando suavemente en la tenue brisa.

"¡Quédate quieto! ordenó Petronella cuando Macro salió al patio. ¿Cómo esperas que te prepare si sigues divagando en cuanto me doy la vuelta? Miró a Cato en busca de apoyo. ¿Siempre fue así en las legiones?

Macro le lanzó una mirada de advertencia y Cato carraspeó ruidosamente para contemporizar mientras se le ocurría una respuesta diplomática.

Era muy estricto con la apariencia, empezando por él mismo.

'Entonces, ¿por qué', Petronella pinchó a su marido en el pecho, 'no puedes molestarte en ser el mismo ahora? Eres el magistrado mayor de una colonia de veteranos. Un hombre importante. No un escudero que se va de despedida de soltero. Tienes que tener más cuidado con tu apariencia".

Macro guiñó un ojo a Cato. "Sálvame, muchacho.

Estás solo, centurión", replicó Cato, dejando caer al patio los restos de su vino caliente. Valoro demasiado mi vida como para cruzar palabras con tu señora".

"¿Qué pasó con lo de no dejar a nadie atrás?

Cato se dio la vuelta para entrar y murmuró a su amigo al pasar: "No es demasiado tarde para que nos alistemos".

'Sólo da la orden, hermano', susurró Macro.

Boudica condujo a su séquito y a sus amigos romanos hacia la puerta del patio del palacio, situándose al final de la fila de grupos tribales que esperaban ser admitidos y escoltados a sus puestos. A su paso, se sucedieron los saludos entre viejos amigos, las burlas de algunos antiguos adversarios y las miradas amargas de los enemigos. En otro momento, y con unas cuantas jarras de vino o cerveza dentro, seguramente habría habido alguna que otra pelea, pero los oficiales romanos habían dejado claro que no debía haber violencia entre los contingentes tribales durante su estancia en Londinium. Así que Boudica y sus compañeros avanzaron arrastrando los pies bajo el estandarte de los icenos mientras se dirigían hacia la puerta.

Cato fue consciente de la rigidez de su postura y de la expresión fija de su rostro, y adivinó su agitación interior al contemplar el resultado de su falta de pago del tributo requerido, así como la decisión del gobernador sobre cómo llevar a cabo los términos del testamento de Prasutagus. Su estado de ánimo se transmitió a su séquito, que guardó silencio mientras se acercaban lentamente a la puerta.

A lo lejos se oyó un repentino toque de trompetas y una gran ovación de la multitud cuando los augures anunciaron que habían leído las entrañas de una cabra blanca inmaculada y que los presagios eran propicios. Los dioses se contentaron con permitir que la ceremonia siguiera adelante. Con su bendición, Suetonio regresaría pronto a palacio para ocuparse de los principales asuntos del día. El centurión de la puerta levantó la vista alarmado y comenzó a procesar a los contingentes tribales con mayor rapidez en un intento de conseguir que todo el mundo entrara en el patio y se colocara en su sitio antes de que el gobernador hiciera su entrada.

Cuando llegó el turno de Boudica, el oficial mantuvo abierta su tablilla de cera, con el lápiz óptico en la otra mano.

¿Tribu?

Se irguió y se dirigió a él con altivez. "Somos los Iceni.

'Iceni . . .' Asintió y marcó una entrada en su tableta. "¿Nombre?

Mi nombre es Boudica. Mi título es Reina. Te dirigirás a mí de acuerdo a mi rango, Romano".

El centurión levantó la vista con expresión divertida. "A la derecha, cuarto bloque de la primera fila".

Boudica lo miró en silencio mientras Macro se adelantaba. Centurión Lucio Cornelio Macro, magistrado mayor de la colonia de Camulodunum. ¡Pónganse firmes!

El centurión echó los hombros hacia atrás y miró por encima del hombro de Macro mientras éste se acercaba a él y hablaba con la voz grave y amenazadora con la que antaño se dirigía a los reclutas humildes. Así me gusta, joder. Te dirigirás a mí como "señor", y a mi

amigo como "Majestad". ¿Entendido?

Sí, señor. La mirada del centurión se desvió hacia Boudica y asintió con un gesto seco. "Majestad".

'Ahora escoltarás a la reina y a su séquito a su lugar, y si hay más de tus malditas tonterías insubordinadas, me aseguraré de tratar el asunto con tu legado. ¿Está claro?

Sí, señor.

Muy bien. ¿Nombre?

El centurión vaciló, y Macro se inclinó más cerca, casi nariz con nariz.

Centurión Gaius Menapilus, señor.

Tomo nota. Ahora corre y cumple con tu deber, Centurión'.

Menapilus se volvió para saludar a Boudica. "¿Me sigue, Majestad?

Cuando los icenos entraron por la puerta, Macro enarcó una ceja mirando a Cato. No he perdido mi toque, ¿eh?

Los dos oficiales romanos se dirigieron al patio. Con su ventaja en altura, Cato pudo ver que los oficiales y funcionarios romanos se encontraban a la izquierda del pasillo que atravesaba la multitud, la cual estaba flanqueada por legionarios en posición de firmes, con escudos y jabalinas en el suelo. Los jefes de las tribus y sus séquitos estaban a la derecha. El espacio acordonado para los plebeyos de Londinium estaba vacío. Sólo se les permitiría entrar una vez que el gobernador y su escolta hubieran ocupado sus puestos. Se despidió de Macro y se colocó junto a Boudica y los suyos, bastante discreto con su sencilla capa marrón, su túnica y su gorro de fieltro. No lo confundirían con uno de los icenos, y algún curioso podría preguntarse qué hacía entre ellos, pero estaba seguro de que el observador casual no lo reconocería como un oficial romano de alto rango. Así evitaría preguntas incómodas sobre por qué alguien de su rango no estaba sentado con sus compañeros en el estrado.

Los últimos participantes en la ceremonia ocuparon sus puestos, y se hizo un silencio expectante mientras escuchaban el sonido de la multitud que aclamaba al gobernador Suetonio, cada vez más fuerte a medida que se acercaba al palacio. Cuando el primero de sus guardaespaldas, marchando a ambos lados del estandarte imperial, entró por la puerta, el aire se llenó con el estridente sonido de los cuernos que sonaban desde las bucinas a ambos lados de la entrada. Un momento después, Suetonio entró a caballo, la imagen misma del poder romano. Su coraza brillaba a la luz del sol y el manto rojo brillante que cubría sus hombros estaba bordado en con un diseño de hojas de roble doradas. De los hombros y la cintura le colgaban tiras de cuero rojo ribeteadas con más hilos de oro. Por debajo de las rodillas calzaba botas de cuero rojo rematadas con borlas. Iba montado en un reluciente semental negro con una silla de montar

fabricada por los mejores marroquineros de Hispania. Una espada con empuñadura de marfil colgaba del bálder que llevaba al hombro.

Cabalgó por la avenida flanqueado por sus legionarios y desmontó al pie del estrado antes de subir el corto tramo de escaleras hasta el asiento acolchado frente al altar donde se depositaría el tributo tribal. Sus lictores formaron frente al estrado, mientras que los portaestandartes de las unidades del ejército de Britannia formaron detrás y enarbolaron sus báculos. Suetonio se volvió hacia la multitud y la observó con severidad durante un momento antes de levantar lentamente el brazo y las bucinas se callaron. La multitud estaba quieta, y el único ruido era el bullicio de la gente común en las calles fuera del palacio.

Cato vio cómo Suetonio bajaba el brazo y respiraba hondo antes de comenzar su discurso.

"¡Leales ciudadanos de Roma! ¡Leales soldados del emperador! Leales aliados del Imperio, os doy la bienvenida en nombre de Nerón. ¡Larga vida al emperador! ¡Larga vida a Roma!

"¡Viva el emperador!", resonaron al unísono soldados, oficiales y veteranos. "¡Viva Roma!

Uno de los guerreros icenos murmuró en su propia lengua una frase que Cato conocía desde hacía tiempo: "Muerte a Roma".

A su alrededor, los representantes de las tribus se unieron en un coro más desgarrado y apagado de "Viva Roma", gracias al desconocimiento del latín y de la ceremonia en muchos casos. Cato pronunció las palabras por costumbre. Suetonio esperó a que el sonido se extinguiera antes de continuar.

Estamos reunidos en este lugar para prestar nuestro juramento anual de lealtad al emperador, al Senado y al pueblo de Roma. Es un juramento sagrado que nos une al servicio del Imperio. Es un juramento que prestamos libremente para poder participar de la protección que nos brinda Roma a cambio de nuestra lealtad, nuestro servicio y nuestro tributo. Prestamos este juramento al emperador como encarnación viva del espíritu y el genio de Roma, según lo ordenado por Júpiter, el Mejor y el Más Grande. ¡Larga vida a Nerón!

Una vez más, la multitud repitió la frase, y el rugido resonó en las paredes del patio y del palacio detrás del gobernador. Suetonio saludó con la cabeza al portaestandarte que sostenía la imagen del emperador, una representación dorada de su rostro rodeada por un sol cóncavo de plata. El portaestandarte subió al estrado junto al gobernador y Suetonio lo sujetó con la mano izquierda mientras ofrecía la derecha a los que estaban reunidos ante él.

"¡Que comience el juramento!

El legado más antiguo de las cuatro legiones que formaban la columna vertebral del ejército en Britania dio un paso al frente.

Arrodillándose ante Suetonio, estrechó la mano del gobernador entre las suyas mientras inclinaba la cabeza y entonaba: "Yo, Petillius Cerealis, comandante de la Novena Legión, la Hispania, juro por la presente obedecer al emperador y servirle a él, al Senado y al pueblo de Roma. Lo juro por mi vida y por la reputación de mi familia. Larga vida a Nerón. Viva Roma". Luego se puso en pie, saludó al gobernador, giró sobre sus talones y marchó a su posición original.

Uno a uno fueron prestando juramento los demás legados, luego los prefectos de las cohortes auxiliares que pudieron ser dispensados de sus mandos para asistir a la ceremonia. Tras ellos, los tribunos de las legiones. Cuando los últimos militares hubieron prestado juramento, llegó el turno de los funcionarios civiles, empezando por el procurador, Catus Decianus, y el resto del personal del gobernador, seguidos por los magistrados superiores de la colonia de Camulodunum y las demás ciudades de la provincia donde se había constituido un senado local. Cato sintió un nudo en la garganta mientras observaba con orgullo cómo su mejor amigo se acercaba al gobernador para prestar juramento en un tono alto y claro como el de un desfile. Macro había servido lealmente a Roma durante casi treinta años y se había ganado el honor de ser el magistrado de mayor rango de la colonia.

Cato vio que Boudica le dirigía una mirada y le dedicaba una breve sonrisa. El gesto le conmovió, le complació que ella reconociera la importancia del momento y compartiera el placer de ver a Macro disfrutando de su honrosa posición en la sociedad.

Cuando el último de los funcionarios romanos regresó a su lugar, se llamó a los primeros representantes de las tribus para que se presentaran ante Suetonio. Algunos de ellos eran reyes, otros eran jefes que asistían en lugar de su gobernante. Aparte de Boudica, sólo había otra reina presente: Cartimandua de los Brigantes, una tribu del norte cuya lealtad a Roma había sido puesta a prueba por facciones hostiles a la alianza de su reina con los invasores.

Un hombre fornido de unos veinte años, rubio y con barba se adelantó. Llevaba una toga y un manto azul de diseño celta colgado de un hombro, en una muestra cuidadosamente calculada de romanización combinada con un gesto hacia las convenciones tribales. Se arrodilló y entonó el juramento de las tribus en un latín apenas acentuado.

'Yo, Torbellinus, rey de los Atrebates, ofrezco mi sumisión a Roma, al emperador y al Senado. Ofrezco mi obediencia incondicional a aquellos que Roma ha colocado en una posición de autoridad sobre mí, y al pueblo Atrebata. Juro por mi vida y por la sangre de mi pueblo obedecer las leyes que Roma considere oportuno imponernos y cumplir con nuestra obligación de pagar los impuestos recaudados

sobre mi pueblo a las autoridades encargadas por Roma de recaudar impuestos en nombre de Roma. También juro pagar un tributo anual a cambio de mi protección y la de mi pueblo, tal y como se establece en los términos del tratado acordado entre Roma y los Atrebates".

Mientras concluía, Cato sintió una agitación en las filas de los miembros de la tribu que le rodeaban. El juramento exigido a las tribus era más opresivo que cualquier otro que hubiera oído antes. Por los airados murmullos que lo rodeaban, estaba claro que los contingentes tribales también se habían dado cuenta de ello. Boudica se dirigió hacia él con expresión furiosa.

¿Qué significa esto? ¿Por qué tu gobernador ha cambiado el juramento? Sus ojos se entrecerraron sospechosamente. "¿Lo sabías, Cato?

"¡No! Juro por todo lo que considero sagrado, que no sabía nada al respecto.

Le miró fijamente durante un instante. "Rezo para que estés diciendo la verdad".

Se dio la vuelta y se dirigió a su séquito en tono tranquilizador, que guardó silencio. En el resto de la multitud, los murmullos continuaron mientras se prestaba el segundo juramento sin ninguna objeción por parte del líder de la tribu. El tercero siguió el mismo camino, y Cato se dio cuenta de que Suetonio se había asegurado de que las tribus más dóciles fueran las primeras en prestar juramento para marcar la pauta a las siguientes. Una tras otra, prometieron obediencia incondicional mientras las demás tribus miraban con abierta repugnancia. Luego hubo una breve pausa, antes de que el gobernador se volviera hacia los icenos y llamara a Boudica. Ella dudó, consciente de que lo que hiciera a continuación pesaría mucho sobre su reputación y la de su tribu.

Cato comprendió su difícil situación. Si prestaba juramento, las tribus que se oponían a sus términos la considerarían cobarde o colaboracionista. Los icenos eran una de las tribus más poderosas y respetadas de Britania. Habían mantenido cierto grado de independencia de la influencia romana y albergaban a muchos guerreros de otras tribus que esperaban tranquilamente el momento oportuno con la esperanza de que una rebelión volviera a encender algún día el espíritu de resistencia. Si Boudica se negaba a prestar juramento, Suetonio lo consideraría un acto de insubordinación civil que no podía tolerarse. Sobre todo si su ejemplo animaba a otros a seguir su ejemplo. Roma se aseguraría de enviar soldados de vuelta al territorio iceno para vigilarlo y erradicar cualquier signo de espíritu rebelde. Desaparecería la oportunidad de defender su caso sobre el tributo robado, o de presionar para obtener un trato favorable a la voluntad de Prasutagus. Era una situación imposible, y estaba

condenada de cualquier manera. Cato compartía su sentimiento de frustración, desesperación e ira.

¿Por qué Suetonio hacía esto? se preguntó. Seguro que comprendía la carga que estaba imponiendo a los que intentaban mantener a sus rebeldes leales a Roma. La única razón que se le ocurría para cambiar los términos del juramento era la necesidad del gobernador de ahuyentar a las tribus en las que creía que no podía confiar mientras concentraba a su ejército para dirigirlo contra las últimas tribus montañesas y fortalezas druidas que desafiaban a Roma. Aunque podría conseguirlo, al mismo tiempo se arriesgaba a incurrir en la amarga hostilidad de aquellas tribus que resentían el nuevo juramento.

Vio la expresión de agonía en el rostro de Boudica mientras se levantaba y se acercaba lentamente a Suetonio. Un tenso silencio llenó el patio, hasta el punto de que se oían sus pasos sobre la grava. Se arrodilló ante el gobernador y le tendió la mano mientras hablaba.

Yo, Boudica, reina de los icenos... . .' Su voz era grave y tensa, e hizo una pausa para aclararse la garganta y respirar hondo antes de reanudar con claridad. "Reina de los icenos, ofrezco mi sumisión a Roma...

Cato sintió que se le hacía un nudo en la garganta de lástima y admiración por su valentía al poner la vida de su pueblo por encima del orgullo que la recorría como una roca. ¿Cuántos otros habrían fracasado en esta prueba? se preguntó. A su alrededor, la comitiva icena y los miembros de las demás tribus que aún no habían prestado juramento miraban como si estuvieran de luto en un funeral.

Una vez hubo terminado, Boudica retiró la mano y volvió a ponerse en pie. Se negó a mirar a Suetonio mientras se daba la vuelta y se reunía con su séquito. Siguió una hosca procesión de los restantes líderes tribales antes de que el gobernador pronunciara sus últimas palabras.

'¡Soldados de Roma, ciudadanos romanos y gobernantes clientes aliados! Hoy hemos reafirmado nuestra lealtad y obediencia al emperador. Los juramentos sagrados se han dado y estamos unidos como uno. Esperemos otro año de orden y prosperidad en la provincia. El año en el que finalmente pondré fin a los bárbaros que aún resisten contra Roma. Una vez que nuestros estandartes ondeen sobre la isla de Mona y se haya derribado la última de las arboledas sagradas manchadas de sangre de los druidas, el pueblo de Britannia conocerá por fin la paz que trae Roma".

Levantó el brazo en señal de saludo y esperó la tradicional aclamación con la que concluía la ceremonia. Pero mientras los romanos y sus seguidores tribales más leales vitoreaban con ganas, Cato observó que los que le rodeaban permanecían en silencio.

Cuando los vítores se apagaron, el procurador subió al estrado para hacer un anuncio.

'El gobernador se retirará a la sala de audiencias del palacio, donde tendrá lugar la entrega del tributo'.

Cato miró a Boudica y vio la expresión atormentada de sus ojos. Para la reina de los icenos, el tormento moral de un momento antes sólo marcaba el comienzo de la angustia del día. Lo peor estaba por llegar.

CAPÍTULO 8

"Tú estabas con el otro oficial, ¿no? El centurión Menápilo miró a Cato con recelo mientras permanecían de pie a un lado de la sala de audiencias.

Las comitivas tribales iban llegando, cada una con pequeños cofres o bolsas ricamente tejidas que contenían su tributo. Se aproximaba al peso en plata y oro definido por el personal del procurador como cantidad adecuada para cada tribu. El cálculo se basaba en el censo que los funcionarios romanos habían realizado en la provincia. En ocasiones, se pagaban discretamente sobornos a los encargados del censo para reducir el valor imponible de un asentamiento. Sin embargo, el margen de maniobra de que disponían era limitado, ya que si el censo posterior arrojaba un notable aumento del valor, los responsables de la cifra inicial podían ser procesados.

'Así es, y necesito hablar con el gobernador urgentemente'.

Siempre es urgente", suspiró Menápilo. 'Si me dieras un sestercio cada vez que un peticionario dijera eso...'

'Mira, no me interesan tus aforismos', interrumpió Cato. Es urgente. Debo hablar con Suetonio de inmediato".

'Tienes una opinión muy alta de ti mismo. ¿Quién dijiste que eras?

No lo hice.

Claro, ¿y yo debería decirle al gobernador que una persona anónima de la calle necesita que le hablen al oído y pensé que eso estaría bien? Tendrás que esforzarte más, amigo. Al menos dime tu nombre'.

Cato apretó la mandíbula con frustración. Cuanta menos gente supiera que estaba en Londinium, mejor. Entonces se le ocurrió una idea. Se quitó una manopla, extrajo el anillo de hierro que indicaba su pertenencia a la orden ecuestre de la aristocracia romana y se lo mostró al centurión. "¿Ves esto?

Menápilo entrecerró los ojos brevemente y luego miró a Cato de una manera más respetuosa. "Muy bien, tiene mi atención, señor".

Bien. Llévaselo al gobernador y dile que debo hablar con él ahora. Antes de que empiece la sesión de tributos'.

El centurión frunció la frente en señal de saludo y desapareció por la puerta del fondo de la sala de audiencias, donde a ambos lados había legionarios de la escolta del gobernador.

Cato se cruzó de brazos y cambió el peso de un pie a otro mientras observaba a los miembros de la tribu que llenaban la cámara. Los icenos no estaban allí. Había pedido a Boudica que esperara fuera con los suyos mientras él pedía hablar con Suetonio, con la esperanza de

que la reina icena se librara de la indignidad de no poder presentar el tributo y se le permitiera defender su caso en privado.

Menapilus reapareció en la puerta y le hizo una seña. Cato se apresuró a pasar entre los dos guardias y entró en una pequeña antesala en la que había bancos alineados en las paredes y un taburete y una mesa a un lado de la entrada al despacho del gobernador.

Mejor que sea rápido. Su plumilla no se puso muy contento cuando le dije que tenías que verle'.

Cato asintió en señal de gratitud y entró en el despacho, cerrando la puerta tras de sí.

El gobernador estaba apoyado en el borde de su escritorio. El procurador estaba sentado en un taburete a un lado, con una tablilla de cera abierta sobre la rodilla.

Tuyo, creo, Prefecto". Suetonio arrojó el anillo de hierro a Cato, que volvió a colocárselo en el dedo antes de quitarse el gorro de fieltro. Vio que Decio abría los ojos al reconocerlo, a pesar de que ahora tenía barba y habían pasado dos años desde la última vez que se vieron. ¿Qué haces aquí?", continuó el gobernador. Creía que te habías marchado de Londinium hace más o menos un año, después de aquella pelea con las bandas criminales. Supuse que habías vuelto a Roma".

'He estado en la colonia de Camulodunum, señor.'

'Difícilmente el lugar para alguien de su rango o clase. Por cierto. ¿Qué es este asunto tan urgente que no puede esperar? Escúpelo.

Cato describió el robo del tributo de Boudica y la infructuosa caza que le siguió. Como ve, señor, no pueden pagar lo que se les ha impuesto. No por un tiempo, al menos".

Qué lástima", comentó Decianus.

Cato ignoró al procurador y mantuvo su atención en Suetonio. Pensé que era importante que lo supieras, antes de que la reina se vea obligada a entregar lo poco que le queda ante las demás tribus y tus funcionarios. Ya se encuentra en una situación difícil, después de haber tenido que dar ejemplo a las demás tribus sobre ese nuevo juramento al que se vieron obligados'.

Una mirada cómplice se cruzó entre el procurador y el gobernador, y éste sonrió con satisfacción. Tal y como pretendíamos, Cato. Los icenos son arrogantes. Hay que ponerlos en su lugar, y que las otras tribus lo vean'.

Entiendo", respondió Cato con frialdad. Lo que me preocupa es que puedas humillarles más allá del punto de ruptura si Boudica no paga el tributo completo a y amenazas con emprender acciones para recuperar el resto. Eso no sentaría bien a las otras tribus, que ya se sienten humilladas por el juramento. Los Iceni se han levantado contra nosotros una vez antes. No sería prudente provocarlos de nuevo".

¿Provocarlos? dijo Decianus con sorna. ¿A quién le importa su

sensibilidad? Los icenos son un reino cliente. Necesitan entender su lugar en el nuevo orden ahora que Britannia es una provincia de Roma'.

Ya basta. Suetonio le lanzó una mirada severa. "Cato tiene razón al señalar el peligro. Estos britanos son muy quisquillosos. Hay que tratarlos con cuidado, sobre todo porque hay que mantenerlos tranquilos mientras acabo con las tribus de las montañas. Muy bien, Prefecto. ¿Qué sugiere?

Deje que Boudica exponga su caso ante usted en privado, señor. Escuche lo que tiene que decir en sus propias palabras y llegue a un acuerdo viable sobre el tributo".

Ya hice una concesión por la mala cosecha cuando el rey Prasutagus me lo pidió hace un año. Los Iceni han sido tratados con considerable indulgencia, pero hay límites'.

El destino no ha sido benévolo con Boudica y su pueblo", replicó Cato. Y la cuestión de los límites afecta a ambas partes. Han tenido que hacer sacrificios para reunir el tributo. Si exiges demasiado con demasiada rapidez, me temo que podrían sublevarse de nuevo'.

Si lo hacen, serán sacrificados de nuevo. Esta vez con más dureza, para que aprendan la lección". Suetonio dejó que su amenaza flotara en el aire un momento antes de cambiar de táctica. ¿Por qué has venido con ellos desde Camulodunum? No podías saber que tendrías que intervenir por ellos en el tributo".

Tenía otra razón", explicó Cato. Además de pagar el tributo y prestar juramento, la reina Boudica también desea solicitarte el testamento de su marido'.

¿Will? se burló Decianus. Estos bárbaros ni siquiera tienen un lenguaje escrito. ¿Cómo podrían redactar un testamento?

Hicieron que un abogado romano lo redactara, por si acaso", dijo Cato. Es un documento legal".

Eso está por ver. Suetonio señaló hacia él. ¿Cuál es tu implicación en este asunto? ¿Por qué estás aquí con ellos, como un vendedor ambulante de baratijas?

Boudica me pidió que hablara por ellos, si era necesario. Necesitaba a alguien familiarizado con el derecho romano y la redacción de testamentos. He tenido mucha experiencia en esto último en mi papel de oficial al mando.

Nunca me han gustado mucho los abogados de barracón", dijo Suetonio. Y menos aún si uno de ellos decide representar los intereses de un grupo de bárbaros".

"Los icenos son nuestros aliados, señor", insistió Cato. Han hecho el juramento. Tienen derecho a recibir un trato justo a cambio, ¿no le parece?

Podría estar de acuerdo, pero no estoy seguro sobre este asunto del

testamento. Tendré que ver lo que dice y luego discutir el asunto con Decianus aquí antes de informar a Roma para una decisión final sobre su legalidad. Muy bien, voy a escuchar lo que la reina Iceni tiene que decir. Ella se presentará aquí en la oficina una vez que las otras tribus hayan entregado su tributo".

Sí, señor. Cato se sintió aliviado. "Gracias.

No me des las gracias tan deprisa -dijo Suetonio-. Tengo otra tarea en mente para ti. Pero primero nos ocuparemos del asunto de los icenos. Ahora, ¿hay algo más?

No, señor.

Entonces puedes retirarte. Ve e informa a la reina bárbara que tanto quieres ayudar. Tráela aquí una vez que hayamos terminado con los demás'.

¿Algo más en mente? Macro frunció el ceño mientras se sentaba con Boudica en uno de los bancos de la antesala. La reina sostenía en su regazo la alforja que contenía lo que quedaba del tributo. ¿Qué crees que quería decir?

Cato se encogió de hombros. Ni idea. Pero no tengo la impresión de que vaya a alegrarme mucho cuando me lo cuente. De todos modos, cada cosa a su tiempo. Estamos aquí para ayudar a nuestros amigos'.

Boudica forzó una sonrisa. Me alegro de que mi pueblo y yo aún tengamos amigos entre los romanos. Y honorables".

No todos somos como esa serpiente, Hormanus -dijo Macro-.

Lo sé. Pero no es el único. Demasiados de los suyos nos tratan como sirvientes o nos ven como incautos para sus afiladas prácticas. Y allá en Roma, sus amos nos consideran meros bárbaros, a un paso del ganado'.

Sus palabras escocieron a Cato. No porque fueran ofensivas, sino porque encerraban la verdad de la relación entre el emperador y los más distantes de sus gobernados con una desconfianza proporcional a su proximidad a la capital.

Eso cambiará con el tiempo. Cuando la provincia esté por fin en paz y pueda disfrutar de todos los beneficios de nuestra civilización".

¿Qué le hace pensar que queremos eso? ¿No cree que no estamos contentos con nuestra propia civilización?

Imagino que sí", admitió. Pero es probable que Roma esté aquí para quedarse, y romanos e icenos deben encontrar la manera de convivir por el bien de todos".

'Entonces esperemos que su gobernador piense lo mismo'.

Se dio la vuelta y miró hacia la ventana enrejada de la pared opuesta. Fuera, el sol se ponía y el último resplandor cálido del marco de madera de la ventana se desvanecía.

El chirrido del pestillo de la puerta del despacho del gobernador

atrajo la mirada de los tres. Decianus se quedó mirándolos fríamente a durante un instante antes de hablar. El gobernador está listo para veros. Miró fijamente a Macro, con un destello de ansiedad en los ojos.

Ah, así que te acuerdas de mí", dijo Macro mientras se levantaba. La última vez que te vi, o mejor dicho, que te vi de espaldas, fue cuando nos abandonaste a mí y a los muchachos de Camulodunum para salir del avispero que habías levantado".

Eso había ocurrido un año antes, reflexionó Cato, cuando el procurador había dirigido una pequeña columna de veteranos en una expedición punitiva contra un asentamiento trinovano responsable del asesinato de un recaudador de impuestos. Deciano fue el primero en derramar sangre y, cuando los miembros de la tribu se volvieron contra Macro y los veteranos, el procurador huyó del lugar con sus guardaespaldas a caballo. Los demás tuvieron que retirarse a pie, acosados a cada paso. Pasaría mucho tiempo antes de que la cobardía de Deciano fuera olvidada por los viejos soldados de Camulodunum.

El procurador hizo una mueca de dolor y les hizo una seña antes de retirarse apresuradamente fuera del alcance de Macro. En el interior del despacho, el gobernador se había quitado la armadura y estaba sentado ante su escritorio con una túnica militar roja y sandalias. Un esclavo se afanaba en añadir combustible al brasero que calentaba la habitación, avivando las brasas hasta que las llamas cobraron vida y empezaron a consumir los troncos partidos que se habían añadido a la cesta de hierro.

Suetonio miró hacia él. "Fuera.

El esclavo hizo una profunda reverencia y retrocedió unos pasos antes de darse la vuelta para salir por una pequeña puerta en la esquina. En la esquina opuesta, Cato vio una pila de cofres bien apilados y bolsas abultadas de tela resistente. Junto a ellos había una amplia mesa sobre la que reposaban un gran libro de contabilidad de pizarra encerada y un estilete junto a un candil. En el otro extremo había un par de balanzas.

Sigamos con esto', dijo Suetonio. Ha sido un largo día y estoy cansado. Saldré de Londinium al amanecer, y quiero que este asunto se resuelva antes de irme'.

Boudica se acercó a su escritorio, flanqueada por Cato y Macro. El gobernador miró a este último con el ceño fruncido.

Te recuerdo. El magistrado mayor de Camulodunum. Centurión...

Macro, señor. Centurión Marco Cornelio Macro.

"Sí. ¿Por qué estás aquí con estos otros?

Son mis amigos, señor. Estoy con ellos.

La Reina Boudica parece tener algunos amigos entre mis oficiales. Espero que recuerde de qué lado está".

Macro respiró agitadamente y Cato intercedió. "Puesto que Roma y

el reino iceno son aliados, señor, imagino que todos somos amigos".

Suetonio guardó silencio antes de asentir. Así es. Y estoy deseoso de que sigamos así, aunque eso puede depender del resultado de esta reunión". Se sentó y miró la alforja en manos de Boudica. Supongo que es el tributo que debemos a Roma".

Lo es.

"Decianus". El gobernador hizo un gesto. "Si es tan amable.

El procurador cogió la alforja y la colocó sobre la mesa antes de abrir los lazos y doblar hacia atrás el dobladillo para revelar el brillo de las monedas de plata. Metió la mano para coger una al azar y la marcó fuertemente con el estilete antes de asentir con satisfacción. A continuación, colocó la bolsa sobre la balanza y ajustó la medida con contrapesos, haciendo una pausa para dejar que se asentaran antes de volverse hacia Suetonio. Menos de la cuarta parte de lo necesario, señor".

Menos de un cuarto", repitió el gobernador mirando fijamente a Boudica. ¿Cómo piensa compensar el déficit?

No puedo", respondió. Mis nobles tuvieron que entregar casi todo lo que tenían para intercambiarlo por la plata que exigías. Vuestros mercaderes de grano pagaron muy por debajo de la tarifa habitual por el grano, y vuestros comerciantes hicieron lo mismo por las pieles y las joyas".

No soy responsable de los tratos a los que ha llegado tu gente", replicó Suetonio.

Cato sintió que se enfurecía. Roma exigía el pago en monedas, mientras que la mayoría de las tribus estaban acostumbradas a pagar los impuestos en grano, o torcas de oro y plata y cosas por el estilo. La situación era a menudo explotada por comerciantes codiciosos, que pagaban muy por debajo de lo normal por los bienes que las tribus se veían obligadas a vender para obtener la moneda exigida. A veces, los comerciantes y los recaudadores de impuestos eran la misma persona, que pagaba la plata por los bienes y luego la recuperaba en impuestos, y se beneficiaba de ambas transacciones. Esta falta de escrúpulos no preocupaba a Suetonio ni a Decio.

Se adelantó medio paso para intervenir. Señor, los icenos cumplieron con su obligación de reunir el tributo. Se os habría entregado hoy de no haber sido por el robo de la plata por parte de un esclavista romano. Los icenos han cumplido con su obligación de buena fe. No deben ser castigados por las acciones de nuestro propio pueblo".

"Suponiendo que el robo haya ocurrido", interrumpió Decianus. Estos nativos nunca dejan de maquinar para evadir sus impuestos'.

Cato se volvió hacia él. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Fui testigo. ¿Me estás acusando de mentir?

Decio dudó antes de responder, no dispuesto a desafiar la palabra de un oficial del rango de Cato. Por supuesto que no, prefecto. Eres un hombre de honor. Tu reputación es bien conocida. Sin embargo, es posible que este Hormanus estuviera actuando de acuerdo con los icenos para engañaros y haceros creer que se había producido un robo".

Eso es una tontería", se burló Cato.

¿En serio? ¿Inspeccionaste las otras bolsas que supuestamente contenían plata?'

No", admitió. ¿Por qué iba a hacerlo?

"¿Entonces admite que no sabe con certeza si alguna vez hubo monedas en ellos?

¿Por qué iba a dudarlo?

Decianus le dirigió una mirada de lástima. Quizá seas demasiado honorable. Demasiado confiado. Un hombre más sabio habría querido asegurarse".

Esto es una gilipollez". Macro echó humo. Viajábamos con Boudica como amigos. Uno no va rebuscando en el equipaje de sus amigos por si acaso las cosas no son lo que parecen. Por el amor de Dios...

Hay algo más que pareces haber pasado por alto", dijo Boudica en voz baja. Los romanos degollaron a dos de mis guerreros antes de llevarse el tributo. ¿Crees que lo permitiría como parte de esta conspiración que estás tratando de pintar?

Es posible", replicó Decianus. Si yo estuviera en tu lugar, se me habría pasado por la cabeza".

'Entonces doy gracias a nuestros dioses porque mi pueblo nunca ha tenido que ser gobernado por un hombre con tan poca integridad como tú'.

¿Cómo te atreves? gruñó Decianus. "Te olvidas de ti misma, mujer".

Soy una reina", respondió con calma. A partir de ahora me llamarás Majestad".

¿Majestad? No haré tal cosa. Tú...

Con eso basta. Suetonio golpeó el escritorio con la mano. "¡Silencio!

El ambiente se tensó durante unos instantes antes de que los demás presentes se volvieran hacia el gobernador y esperaran a que continuara.

'No dudo de la palabra del Prefecto Cato. No dudo de que el tributo fue robado por este hombre Hormanus y su banda. Cualesquiera que sean las fantasiosas especulaciones que el procurador pueda hacer sobre el hecho'.

Deciano abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor.

Sin embargo, el robo de la plata no es de mi incumbencia. Es tu responsabilidad pagar el tributo, Reina Boudica, y no lo has hecho, sea

cual sea la razón. Te corresponde a ti compensar el déficit".

¿Y si no puedo?

Debes hacerlo. Eso es todo. Ese asunto está cerrado". Hizo un gesto lateral con la mano. Queda la cuestión del testamento que desea que considere. Supongo que lo llevas contigo.

Boudica se quedó quieta un momento, luchando por asimilar el abrupto rechazo de sus esperanzas de clemencia por la pérdida del tributo. Luego rebuscó entre los pliegues de su capa, sacó el tubo de cuero que contenía el documento y lo depositó sobre la mesa frente a Suetonio. Éste lo miró antes de volver a hablar.

Para que no tenga que leerlo todo, ¿cuáles son los términos del testamento?

'Mi esposo reafirma la alianza de nuestro pueblo y Roma. Reconoce nuestra gratitud por la protección que Roma nos ha ofrecido a cambio de la alianza. Como gesto de gratitud, confiere al emperador Nerón el honor de ser coheredero del reino de los icenos. Se me nombra como el otro coheredero".

¿El honor? Decianus soltó una risita seca. El honor de heredar media extensión de toscas chozas pobladas por bárbaros que se ganan la vida a duras penas en tierras pantanosas. Estoy seguro de que el emperador se sentirá humillado por tal honor".

Silencio", ordenó Suetonio. Centró su atención en Boudica. Tu marido decidió dejar la mitad de sus bienes a Nerón. Me atrevo a decir que el emperador puede optar por tomar tal decisión al pie de la letra y exigir su parte en su totalidad. Pero me atrevo a decir que eso no es lo que esperabas. Tu marido imaginó que Nerón se sentiría halagado pero que tendría poco interés en heredar media tribu en alguna provincia lejana, y que tu vida y la de tu pueblo continuarían sin cambios. ¿Estoy en lo cierto en esa suposición?

Esperaba que su emperador estuviera agradecido por el honor que se le había concedido y que viera con buenos ojos a mi pueblo y nos tratara con el mismo espíritu de generosidad".

Suetonio sonrió astutamente. Imagino que eso esperas. Entonces ambos debemos esperar hasta que el testamento sea enviado a Roma para que el emperador lo considere y nos haga saber cómo decide responder. Mientras tanto, debemos volver a la cuestión del tributo impagado. Te daré tres meses para compensarlo. Si en ese plazo no lo hacéis, enviaré a Decio a vuestra capital para que haga un inventario de las tierras y posesiones de vuestra tribu, y entonces embargaremos bienes por el valor de la suma necesaria para cumplir con el tributo debido".

¿Tres meses? La voz de Boudica se elevó a un tono chillón y furioso. Nos llevó el doble de tiempo reunir el tributo original".

Suetonio levantó la mano. He tomado mi decisión. Cómo la tomes

es asunto tuyo. El asunto está cerrado. Ya puedes marcharte".

Macro miró a Cato y negó con la cabeza.

"Señor, ¿me permite?

El asunto está cerrado", repitió Suetonio. No pongas a prueba mi paciencia si quieres evitar que haga los términos aún menos apetecibles".

Boudica se dio la vuelta, disgustada, y salió de la sala. Macro vaciló y estaba a punto de seguirla cuando el gobernador se dirigió a él.

Tú no. Quédate donde estás. No he terminado contigo, ni con el Prefecto Cato. Aún tenemos asuntos importantes que atender, caballeros.

CAPÍTULO 9

La respuesta instintiva de Cato a la orden fue temer que se hubiera descubierto la verdadera identidad de Claudia Acte y que estuvieran a punto de ser arrestados y devueltos a Roma para enfrentarse a la ira del emperador Nerón. No se le ocurría ninguna otra razón. Miró a Macro, que se encogió de hombros antes de que ambos se volvieran hacia Suetonio. El gobernador había observado el juego sin palabras con una mirada de diversión.

¿Por qué mis subordinados creen que tienen problemas cuando les pido que se queden después de que otros hayan abandonado una reunión? ¿Tendrán mala conciencia? Pensándolo bien, suele ser así". Hizo una pausa y se echó a reír. Tranquilos, caballeros, no tienen ningún problema. Al menos, no en el sentido que esperaban".

Sus palabras sirvieron de poco para calmar la inquietud de Cato. Algún sexto sentido le hacía tener la certeza de que no acogería bien lo que el gobernador estuviera a punto de decirles. Suetonio volvió la mirada hacia Macro.

Como magistrado superior del centro más cercano del poder romano, te corresponde asistir al procurador en la elaboración de un inventario del reino iceno y garantizar el pago del resto del tributo".

'Eso suponiendo que la reina Boudica no reúna lo pendiente, señor', dijo Cato.

Eso es precisamente lo que supongo, Prefecto. A menos que quieras explicarme cómo va a encontrar lo que necesita". El desafío de Suetonio quedó sin respuesta, y asintió. Podemos estar de acuerdo con mi suposición entonces. Centurión Macro, estarás bajo el mando del procurador y cumplirás con ese deber'.

Macro negó con la cabeza. "Con todo respeto, señor, no lo haré".

¿No lo hará? Suetonio frunció el ceño.

Me niego a servir a las órdenes de ese cobarde". Macro hizo un gesto con el pulgar en dirección al procurador sin dignarse a mirarle. Fue responsable de la muerte de una veintena de buenos hombres y huyó del combate que había iniciado. Si hubiera sido un soldado, lo habrían ejecutado por deserción frente al enemigo".

Pero no es un soldado, Centurión. Es un funcionario civil y estaba cumpliendo con su deber en el incidente al que te refieres. Sí, he oído su versión y estoy convencido de que no habría afectado al resultado si se hubiera quedado con usted y sus hombres. Así las cosas, dio la voz de alarma en cuanto llegó a un puesto del ejército, aunque lamentablemente demasiado tarde para ser de mucha utilidad".

'Me lo dices a mí', gruñó Macro. Como ya he dicho, no serviré a sus

órdenes; si lo hiciera, no podría responsabilizarme de lo que pudiera ocurrirle'.

¡Ya basta, Centurión! No toleraré amenazas de aquellos que sirven a mis órdenes. No me importa mucho el agravio personal que puedas alegar; no tengo tiempo que perder por diferencias insignificantes. Sigues siendo un oficial en la reserva, así como el magistrado de mayor rango de la colonia. Como tal, está obligado a obedecer cualquier orden que le dé. Y te ordeno que ayudes al procurador a asegurar que Boudica y su tribu cumplan con sus obligaciones. Mientras dure ese deber, le obedecerás como lo harías con cualquier otro oficial colocado en una posición de autoridad sobre ti en . ¿Está perfectamente claro, Centurión? ¿O prefieres que te despoje de tu rango y busque a otro que asuma tus responsabilidades y privilegios?".

Macro respiró hondo antes de responder. Está claro, señor.

Por el rabillo del ojo, Cato vio que Decio se cruzaba de brazos con cara de satisfacción.

Muy bien. Suetonius suspiró impaciente. El asunto está resuelto. No tengo más necesidad de usted o el procurador. Pueden retirarse. Centurión, te agradecería que te abstuvieras de moler a palos a Decio en cuanto salgas de la sala. Y Decianus, no sería muy comprensivo si intentaras acosar a Macro o abusar de mi confianza al ponerlo bajo tu mando. ¿Está claro, caballeros? No me molesten más. Ahora fuera.

Decio se dirigió primero hacia la puerta, deseoso de poner distancia entre él y el hombre cuya vida había puesto en peligro. Macro se detuvo, con los puños apretados, antes de saludar al gobernador y salir del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Suetonio cerró los ojos y respiró hondo antes de abrirlos de nuevo para dirigirse a Cato.

'Ya tengo bastante con lo que lidiar sin ese tipo de cosas'.

'Entonces hubiera sido mejor encontrar a alguien más para servir bajo el procurador, señor.'

'Le advierto que no intervenga en el asunto, Prefecto. Mi decisión ya está tomada y esos dos cumplirán con su maldito deber o tendrán que responder ante mí.'

Sí, señor.

'Así que ahora pasamos a mi razón para retenerte'.

Aquí viene, pensó Cato, y apretó las manos con fuerza detrás de él.

Te sorprenderá saber que conocía tu historial antes de ser nombrado gobernador de Britannia. Los senadores de que tienen formación militar suelen compartir sus opiniones sobre los méritos y defectos de quienes han servido a sus órdenes. Tu nombre surgió en varias ocasiones. El legado Vespasiano, por ejemplo, tiene una opinión especialmente buena de ti. Valiente, ingenioso y talentoso fueron las palabras, según recuerdo. De hecho, Vespasiano incluso aventuró la

opinión de que podrías llegar a ser Prefecto de Aegyptus algún día. ¿Estarías de acuerdo con esa opinión?

No fue sólo la modestia profesional lo que impidió a Cato asentir. Se sentía puesto a prueba. Suetonio estaba dispuesto a juzgarle según las siguientes palabras que pronunciara. También se sentía aliviado de que la conversación hasta el momento no hubiera girado en torno a la identidad de Claudia, y estaba dispuesto a no dar al gobernador ninguna razón para que le viera con malos ojos.

Sirvo a la voluntad de mis superiores, señor. Intento cumplir con mi deber lo mejor que puedo y según las mejores tradiciones del servicio. Si mis superiores consideran que he cumplido lo que se esperaba de mí, eso me complace".

Apuesto a que sí. Suetonio sonrió. Vamos, Cato, no seamos tímidos. Yo también me enorgullezco de lo que he conseguido. No hay nada malo en ello. No debe haber falsa modestia entre nosotros. No es casualidad que me dieran este mando. Aunque había ganado cierto renombre por mi victoria en la campaña de Mauretania, no era en absoluto seguro que me eligieran para gobernar Britania. Tuve que pedir todos los favores políticos que me debían y regalar mi villa de Baiae a Nerón para conseguir este premio. Y premio es. Cuando haya derrotado a los druidas y acabado con la resistencia armada en esta tierra, mi nombre estará en boca de todos en todo el Imperio. Ningún cargo político estará fuera de mi alcance y el nombre de mi familia figurará entre los más respetados de Roma".

Hizo una pausa, luego se inclinó hacia delante y fijó sus ojos en los de Cato. Podrías tener una parte de esa gloria. Los dioses saben que te la mereces después de todo lo que has hecho al servicio de Roma. Es hora de que pongas a prueba tus habilidades y tu reputación. Necesito un oficial sobresaliente a mi lado cuando guíe al ejército a las montañas. Necesito a alguien que haya luchado allí antes; que conozca el terreno y pueda anticiparse a los peligros que nos acechan. Necesito a alguien que se haya ganado el respeto de los hombres. Necesito un oficial con la ambición y la determinación necesarias para llegar hasta el final y asegurarse de desempeñar su papel en mi victoria. Creo que tú eres ese hombre, Cato. Has logrado mucho para alguien de orígenes tan humildes, creo que estarás de acuerdo".

Un cumplido por la espalda, si es que alguna vez hubo uno, pensó Cato. Entonces vio que su superior esperaba una respuesta.

¿Cuál es exactamente el puesto que me ofrece, señor? ¿Jefe de su personal?

No. Ese puesto ya está ocupado. Es un buen organizador, pero no un comandante de campo. Tengo algo más acorde con sus habilidades. La unidad que he elegido como vanguardia del ejército es la Octava Cohorte Auxiliar Iliria. Es una de las formaciones más grandes, con

una dotación de más de mil hombres, incluyendo un contingente montado. Los hombres fueron elegidos para el puesto por el anterior comandante, reclutados entre las tribus montañesas de Iliria, y han sido entrenados duramente durante los últimos meses. Un mando selecto, como estoy seguro que sabrás. Ahora es tuyo".

Me pregunto qué dirá el actual comandante al respecto. Él y sus hombres'.

No mucho. El Prefecto Rubrius murió hace diez días. Accidente de equitación. Una simple caída, pero le rompió el cuello.

Una triste pérdida.

'Cierto, pero una buena oportunidad para su sucesor. ¿Aceptas?

Cato no respondió inmediatamente. Sin duda era una oportunidad que habría aprovechado sin dudarlo en otras circunstancias. Sin embargo, significaría separarse de Claudia y Lucio durante varios meses, y sabía por su experiencia previa en las montañas y las tribus enemigas que las controlaban que la campaña sería muy dura. Además, si la victoria era tan contundente como Suetonio esperaba, sería objeto de atención pública en cuanto regresara a Roma. Le resultaría difícil ocultar a Claudia si él estaba en el candelero, y si ella era reconocida y expuesta, eso pondría en peligro a los tres.

Por otra parte, la perspectiva final del mando de la guarnición y la provincia de Aegyptus era muy tentadora, y no sólo porque le colocaría lejos de la atención no deseada. El puesto le haría lo suficientemente rico como para comprar la privacidad que necesitaba una vez que terminara su mandato. Entonces sería cuestión de vivir recluido hasta que Nerón olvidara que su antigua amante había incumplido las condiciones de su exilio, o hasta que muriera y fuera sustituido por un nuevo gobernante o régimen. El republicano en Cato todavía esperaba el día en que el poder supremo volviera al Senado. Nerón y sus antepasados inmediatos, Claudio y Calígula, habían demostrado ampliamente los peligros de poner la autoridad en manos de hombres dementes, fácilmente manipulables o simplemente vanidosos.

¿Y bien? Suetonio frunció el ceño. ¿Cuál es tu respuesta, Cato? Yo habría pensado que un hombre de acción como tú no necesitaría un instante para tomar una decisión así. ¿No eres un hombre decidido?

Cato despreció la pregunta. Impulsaba a responder ingenuamente de forma afirmativa. En realidad, las decisiones dependen de las circunstancias. Pero "depende" no era la respuesta deseada por quienes planteaban la pregunta. Irónicamente, un "no" rotundo, por decisivo que fuera, era igualmente inaceptable. Suspiró para sus adentros.

Acepto, señor.

"Buen hombre, aunque un poco más de gratitud por mi generosa oferta no estaría de más".

"Tengo una condición, señor.

Suetonio respiró agitadamente. Sabes tentar a la suerte, ¿verdad? Prefecto Cato, no puedes poner condiciones. O aceptas o declinas. Si haces esto último, no repetiré la oferta. Ni olvidaré tu arrogancia. Un hombre como tú necesita patrocinadores políticos. Como ya he señalado, conozco bien tu historial". Hizo una pausa. Uno también podría preguntarse por qué un hombre de su rango y reputación ha elegido pasar desapercibido en un oscuro remanso de Britannia...'.

Cato sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Se había enterado Suetonio de lo de Claudia? El gobernador dejó la pregunta en el aire un momento antes de continuar. También sé que te has ganado enemigos y admiradores entre los hombres influyentes. Por ejemplo, el senador Vitelio. Es un hombre que preferiría degollarte a pedir otra jarra de vino. No dudo que su enemistad sea el resultado de celos profesionales o de algún plan suyo que tú hayas podido frustrar. Sin embargo, te tiene manía y está creando una poderosa facción a su alrededor. No es un hombre al que se pueda traicionar. Necesitarás amigos influyentes que te protejan en el futuro. Amigos como yo. ¿Nos entendemos?

Con claridad cegadora, señor.

Suetonio asintió. Comprenderás que no estás en condiciones de exigir condiciones. Sin embargo, como muestra de buena voluntad, estoy dispuesto a considerar cualquier petición que puedas tener. ¿Y bien?

'Necesitaré un segundo al mando. Alguien a quien conozca bien y en quien pueda confiar'.

Déjame adivinar. ¿Macro Centurión?

Cato asintió. 'Hemos servido juntos mucho tiempo. No hay hombre que prefiera tener a mi lado, dada la naturaleza de la lucha que nos espera'.

'Macro no está disponible. Ya le he dado sus órdenes'.

'Con todo respeto, señor, sería mejor desplegarlo donde sus habilidades puedan ser aprovechadas al máximo sin verse comprometido por la tensión que existe entre él y Decianus'.

He dejado claro que no tengo tiempo para esas tonterías. Además, tengo otras razones para asegurarme de que el centurión Macro permanezca en Camulodunum. No me hago ilusiones sobre el descontento entre los icenos que puede resultar de que Decianus imponga el pago del tributo pendiente.'

Yo diría que es una carrera segura", aventuró Cato. ¿Por qué no posponerlo hasta que termine la campaña, señor? Sería mejor no marchar a las montañas mientras hubiera riesgo de problemas en nuestra retaguardia. ¿Por qué no dar a los icenos otro año para reunir el resto del tributo?

'No estoy en desacuerdo con tu punto de vista, Cato. Pero el tiempo es un lujo que no tengo. El emperador espera que el tributo le sea entregado en Roma tan pronto como sea posible. Será tan indiferente como desinformado sobre la situación aquí en la frontera. ¿Te gustaría ser tú el que tuviera que explicarle que no cobramos el tributo por miedo a la reacción de los icenos? Además, si hoy soy indulgente con los icenos, otras tribus pueden resentirse por lo que parecerá un trato preferente. ¿Y *si* exigen más tiempo para pagar? No puedo hacer un ejemplo de todos ellos, pero puedo hacer un ejemplo de los Iceni. Deben pagar o atenerse a las consecuencias, y las demás tribus aprenderán la lección".

¿Y si aprenden la lección equivocada? ¿Y si los icenos se sublevan e inspiran a otros a seguir su ejemplo? Contigo y el ejército lejos en las montañas, ¿quién habrá para hacer frente a una revuelta?

No soy tonto, Prefecto. Quedarán tropas más que suficientes para contener cualquier problema. La mayor parte de la Novena Legión permanecerá en la fortaleza de Lindum, y la Segunda Legión mantendrá el suroeste de la provincia. Además, hay destacamentos auxiliares en la mayoría de los asentamientos principales, además de la guarnición aquí en Londinium y los veteranos de Macro en Camulodunum. Esa es la razón por la que no asignaré a Macro a su nuevo mando. Se le necesita en la colonia. Cuento con que apoye a Decio y esté listo para liderar a sus veteranos contra los icenos en caso de que sean tan tontos como para causar algún problema serio".

Cato sintió una fría punzada de ansiedad en la nuca ante la perspectiva de que Macro y sus veteranos tuvieran que defender Camulodunum. El lugar estaba casi desprovisto de fortificaciones, y allí vivían muchos civiles y mujeres y niños, Lucio, Claudia y Petronela entre ellos.

Señor, es mi deber señalar que la colonia apenas puede reunir suficientes hombres para formar una sola cohorte, ninguno de los cuales tiene menos de cuarenta y cinco años. Son hombres experimentados, sin duda, pero han pasado su mejor momento".

Imagino que a tu amigo Macro no le hará mucha gracia que le describas así. Hace un momento me decías que no había mejor hombre al que quisieras tener a tu lado en la dura campaña que estamos a punto de afrontar'.

Cato se maldijo por haber regalado aquel argumento a su superior y trató de encontrar una salida a la trampa. No es la aptitud de Macro lo que cuestiono, señor. Es la de aquellos a los que tendrá que dirigir. Los hombres mayores y los que arrastran heridas y enfermedades de su paso por las filas. Temo por la seguridad de la colonia. Además, está la situación más amplia. La guarnición de Londinium está compuesta en su mayor parte por la escoria de las cohortes auxiliares

de la provincia. Unos pocos cientos de hombres que serían cepillados a un lado con facilidad si alguna vez se enfrentan a un enemigo decidido. Lo mismo ocurre con la mayoría de las otras guarniciones, ya que imagino que las has vaciado de sus mejores hombres para llenar las filas de las unidades que liderarás contra los druidas y sus aliados. La Segunda Legión es una unidad de combate sólo de nombre. En realidad, es poco más que una formación de entrenamiento, que toma reclutas de la Galia para preparar refuerzos para las otras legiones. Eso deja a la Novena como la única formación efectiva, y me atrevo a decir que también ha sido adelgazada para encontrar hombres para la campaña".

El silencio de Suetonio confirmó su último punto. Cato se dio cuenta de que era imposible intentar cambiar las disposiciones del gobernador. Había movilizado sus fuerzas y no toleraría ningún retraso en lanzarlas contra las tribus de las colinas. Lo mejor que podía esperarse era una rápida conclusión de la campaña y una redistribución del ejército a sus antiguas posiciones antes de que estallara algún problema serio entre tribus como los icenos. Especialmente los icenos.

Ninguno de los dos habló antes de que Cato se removiera. ¿Cuánto tiempo tengo para poner mis asuntos en orden? Tendré que recoger mi equipo de la colonia y asegurarme de que mi hijo está en buenas manos antes de asumir el mando".

No hay tiempo para eso, por desgracia. Partiré de Londinium mañana al amanecer. Cabalgarás conmigo. El Octavo Ilirio está en Deva. Necesitan completar su aprovisionamiento, poner a punto las monturas y practicar tácticas de lucha en la montaña. Es mi intención marchar sobre el enemigo a más tardar a finales de marzo. El invierno habrá terminado y el terreno debería ser lo suficientemente firme para nuestros vehículos de suministro. Debes tener a tus hombres listos para entonces".

Sí, señor. Cato se esforzaba por asimilar estos detalles y, al mismo tiempo, le preocupaba dejar atrás a su hijo y a su amante. "¿Y mi equipo?

Puedes sacar algo de los almacenes de la guarnición por ahora y organizar el envío de lo que necesites a Deva antes de que comience la campaña. En cuanto a tu gente, estoy seguro de que puedes confiar en Macro para que cuide de ellos".

Cato se dio cuenta de que Macro iba a estar muy ocupado cumpliendo las órdenes del gobernador y de Decio. No podía cargar a su amigo con más responsabilidades. Debía encontrar a alguien de confianza que apoyara a Macro en su ausencia.

Suetonio se cruzó de brazos. El día está llegando a su fin. Tienes preparativos que hacer. Preséntate en palacio antes del amanecer, listo

para cabalgar". Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta para indicar que la reunión había terminado.

Sí, señor. Cato saludó, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta con el corazón dolorido, dividido entre el deber y los sacrificios que conllevaba. Debía ir a la guerra de nuevo y marcharse sin poder despedirse de sus seres queridos. Pero Roma le había llamado, y una vez más debía responder.

CAPÍTULO 10

Mientras la noche caía sobre Londinium en , Macro ayudaba al manitas de su madre a encender el fuego, llenando la posada de calor para atraer a los clientes y mantenerlos allí. La cocina, situada en la parte trasera de la posada, desprendía un agradable aroma mientras Portia supervisaba la preparación del estofado de cordero, especialidad del establecimiento. Para cuando empezaron a llegar los bebedores de primera hora de la tarde, él estaba sentado en una mesa esquinera del Dog and Deer esperando a su amigo. Al final, su paciencia se vio recompensada cuando Cato se agachó bajo el dintel y cerró la puerta que daba a la calle.

Empezaba a pensar que te había pasado algo", le saludó Macro, y entonces vio la expresión sombría en el rostro del otro hombre. ¿De qué se trata?

Cato relató brevemente lo que había pasado entre él y el gobernador.

¿Mañana? Macro enarcó las cejas. Mierda. Qué amable el viejo al avisarte con tanta antelación. ¿Insinuó en qué condiciones está el Octavo Ilirio? ¿Nuevos o veteranos?

'Los tiene en alta estima'.

'Claro, eso es lo que te dice para tentarte a aceptar el mando. Apuesto a que son unos novatos que necesitan una buena instrucción". El tono de Macro se calentó. Yo los pondría en forma en tan rápido como unos malditos espárragos hervidos".

Lamentablemente, no tendrás la oportunidad. Tienes tus órdenes.

'Ah, vamos, muchacho. Sabes que soy el mejor hombre para el trabajo. Cualquier tonto podría cuidar a Decianus mientras se ocupa de los Iceni. Francamente, es lo último en lo que quiero participar. Habla con Suetonio y apúntame para la Octava Iliria.

No puedo", respondió Cato con pesar. Ya he preguntado por ti. El gobernador se negó'.

¿Por qué?

Dice que te necesitan en Camulodunum si hay problemas con los Iceni. Estoy de acuerdo con él en eso.

Macro le fulminó con la mirada. A la mierda con eso. ¿Es porque crees que me estoy haciendo demasiado viejo para ser un buen soldado? ¿Es por eso?

No, eso no', respondió Cato con sinceridad. Sin embargo, ahora estás casado con una buena mujer, y creo que nunca te he visto tan feliz como en los meses que han pasado desde que llegué a la colonia. Te has ganado tu jubilación, Macro. Me gustaría verte vivir para

disfrutarla en paz con Petronella'.

Vamos. ¿A quién crees que nos enfrentamos? Un puñado de bárbaros de culo peludo y sus amigos maníacos de túnica negra. Los tendremos en la bolsa y estaremos de vuelta en Londinium repartiéndonos el botín antes de que empiece el verano'.

Cato ladeó ligeramente la cabeza. Ambos sabemos que eso no es cierto. Esos mismos bárbaros nos echaron de las montañas la última vez que tú y yo nos aventuramos allí. Perdimos a muchos hombres buenos en el proceso".

Macro se quedó quieto un momento antes de ceder y asentir. Por eso me necesitas contigo, hermano".

Lo sé. Pero ambos tenemos nuestras órdenes y eso es todo". Cato metió la mano en la bolsa que llevaba bajo la capa y sacó un pequeño tubo de cuero, que depositó frente a su amigo.

¿Qué es esto?", preguntó Macro.

Cartas para Claudia y Lucius. Me hubiera gustado despedirme en persona, pero esto tendrá que bastar. Diles que no tuve elección. He intentado explicárselo todo". Tocó el tubo.

Había elegido escribir en papiro para demostrar el cuidado con el que había plasmado por escrito sus pensamientos, oraciones y tiernas despedidas. Un empleado de Decio le había vendido el material por cinco denarios, un precio exorbitante, pero se contentó con pagarlo. Se había sentado y formulado cuidadosamente cada frase antes de escribirla a la tenue luz de una lámpara de aceite.

'Si me pasa algo, me gustaría que cuidaras de ellos, si estás dispuesta'.

Por supuesto. Pero mira, Cato, volverás. Apostaría mi pensión en ello. Así que no te comportes como un recluta melancólico en la víspera de su primera batalla, ¿eh?

Lo sé. Cato frunció el ceño. No puedo evitarlo. Nunca me había sentido tan inquieto ante una empresa así. Una sensación de presentimiento. Lo siento en mis entrañas.

'Esa es la cocina de mi madre hablando.'

Hablo en serio, Macro. Se inclinó hacia delante con seriedad. Y si me pasa algo, necesito saber que se ocuparán de ellos".

Macro hizo una breve expresión de dolor. De acuerdo. Te doy mi palabra. Aunque no sé qué clase de figura paterna seré para el joven Lucius".

Lo harás bien. Tú me guiaste cuando me uní a la Segunda Legión'.

'Eso era ser soldado. El muchacho necesitará un maestro apropiado para las cosas que tendrá que saber ahora que su padre es miembro de la clase ecuestre.'

Ya lo he pensado". Cato se volvió para mirar hacia la puerta y luego observó el interior de la posada. No veo a nadie del grupo de

Boudica. Pensaba que ya estarían tomando algo".

Se han ido. Se fueron en cuanto ella volvió del palacio del gobernador. Le dijo algo a mi madre sobre querer salir de un lugar contaminado por Roma lo antes posible. No puedo culparla.

"¿Hace cuánto tiempo? Cato sintió una oleada de alarma. Había querido hablar con Boudica y asegurarle que seguiría insistiendo en su caso ante Suetonio mientras estuviera a las órdenes del gobernador. Era importante que ella supiera que no todos los romanos eran iguales y que él y Macro la defenderían. No era difícil prever que su resentimiento seguiría latente, amenazando con estallar en llamas si los icenos se veían sometidos a cualquier provocación intolerable.

Macro se lo pensó un momento. Yo diría que al menos dos horas. Ya estarían a varios kilómetros de la ciudad. Demasiado tarde para hacer algo al respecto'.

'Mira, Macro, sabes tan bien como yo lo delicada que es la situación con los Iceni. Mucho depende de cómo el procurador maneje las cosas. Cualesquiera que sean las órdenes del gobernador, puede llegar un momento en que tengas que anular a Decio y tomar el mando. No se le puede permitir que cause problemas cuando el ejército está tan disperso por toda la provincia. Tienes que hacer lo que sea necesario para mantener a los icenos en paz".

'¿Hacer lo que sea... y quien sea, quieres decir?'

Cato frunció los labios y asintió. "Dado lo que está en juego.

Macro se sentó e hinchó las mejillas. Es un gran paso. ¿De verdad crees que llegaremos a eso?

Puede ser. Es una cuestión de sopesar la vida de un romano contra la de muchos otros si hay un levantamiento. Sólo asegúrate de que no te atrapen'.

Era difícil creer que estuvieran discutiendo el asesinato de un procurador de , reflexionó Cato. Pero el destino de la provincia y de su pueblo pendía de un hilo. Para que Britannia siguiera formando parte del Imperio, Suetonio tenía que lograr la victoria contra las tribus de las montañas y los druidas. Sólo podría hacerlo si no había peligro para su retaguardia. Si el gobernador era derrotado, Decianus sería irrelevante, ya que las tribus más inquietas aprovecharían la oportunidad para sublevarse y derrocar a los invasores romanos. Si el procurador incitaba a los icenos a la revuelta, habría muy pocos soldados disponibles para contenerlos, y si el levantamiento se extendía a otras tribus, Suetonio y su ejército quedarían atrapados entre sus enemigos en las montañas y los rebeldes en su retaguardia y serían aniquilados. En cualquier caso, la provincia estaba condenada. Su futuro dependía de la victoria en las montañas y de la paz en el resto de la provincia. El asesinato de Decianus sería un pequeño precio a pagar para asegurar eso.

De repente, Cato se sintió muy cansado. Se movió incómodo. Me vendría bien un trago mientras esperamos'.

¿Esperando? ¿A qué?

Necesito pedir un favor. He pedido que alguien eduque a Lucio y lo proteja hasta que regrese de la campaña'.

'Pensé que ese era mi trabajo'.

Lo es. Pero, como has señalado, algunos aspectos los manejan mejor otras personas. Además, el chico es difícil de manejar. Necesitará dos pares de ojos sobre él". Cato levantó la mano hacia Portia e indicó que quería algo de beber. Ella asintió y se inclinó para llenar una jarra de una de las ánforas del estante que tenía detrás.

Me pregunto a quién tendrá en mente". reflexionó Macro, que se llevó una mano a la frente e hizo una mueca de dolor. Apolonio...

"¿Se te ocurre un tutor mejor para el chico?

'Sólo si no quieres que Lucius se convierta en una especie de asesino profesional conspirador con una lengua tan afilada como su espada'.

Cato se lo pensó un momento y se encogió de hombros. Útiles habilidades para tener, sin embargo, dado el mundo en que vivimos. Sin embargo, tenía en mente un papel más académico y pedagógico para Apolonio. Entre él y tú, me sentiré satisfecho de que mi hijo esté en buenas manos. Ah, ahí está.

Macro levantó la vista y vio una figura esbelta que salía de la calle y cerraba la puerta tras de sí. Se echó hacia atrás la capucha de su capa de lana para revelar un rostro huesudo con una barba incipiente en la coronilla. Unos ojos grises y acerados recorrieron la habitación antes de avanzar por el interior para reunirse con Macro y Cato. Sus labios estrechos se entreabrieron en una sonrisa lobuna.

Centurión Macro, qué placer. Te vi antes en la toma de juramento. Hoy en día eres un político local respetable".

Y que te jodan a ti también", respondió Macro cuando su madre se acercó a la mesa con una bandeja que contenía una jarra y dos tazas. Su rostro delineado se arrugó en una sonrisa de bienvenida al reconocer al recién llegado.

"Ah, Apolonio. Me alegro de verte de nuevo. ¿Lo de siempre?

¿"Habitual"? Macro frunció el ceño. '¿Es un habitual?'

Uno de mis mejores clientes. Le gusta la comida, da buenas propinas y es educado. Podrías aprender algunas cosas de él sobre buenos modales, muchacho'.

Eres muy amable. Apollonius inclinó la cabeza amablemente. No me plantearía frecuentar ningún otro establecimiento de Londinium. No tiene igual en vino, comida y la simpatía de la dueña".

Portia le dio una palmadita en la mejilla. "Adulador".

Macro puso los ojos en blanco y resopló con disgusto mientras ella

se apresuraba a buscar otra taza.

Bueno, esto está bien. Apolonio se frotó las manos huesudas. Tres viejos amigos reunidos con una jarra de vino. Recibí tu mensaje en el cuartel general, Prefecto. ¿Cuál es el motivo? ¿Vamos a reunirnos los tres en una nueva misión vital contra todo pronóstico?

Lamentablemente, no", dijo Macro mientras cogía la jarra y servía el vino. Ese es el trabajo de Cato. Desgraciadamente, para mí en particular, tiene otra tarea en mente para nosotros dos".

Apolonio frunció el ceño, divertido, y se volvió hacia Cato. ¿Y qué tarea sería esa?

"Te pido un favor. Necesito que hagas algo importante para mí mientras estoy en campaña con Suetonio'.

¿En campaña? Creía que estabas agazapado en Camulodunum".

Así fue. Cato explicó el resultado de su reunión con el gobernador.

¿Un nuevo mando? Bueno, no puedo decir que me sorprenda. Por lo que he oído, Suetonio ha tenido problemas para reunir suficientes hombres, y buenos oficiales para dirigirlos, para cuando se enfrente a los Druidas. Tiene suerte de tenerte aquí en Britannia". Apollonius pensó brevemente. No tan afortunado para ti, sin embargo, dada la razón por la que estás aquí'.

Bastante". Cato miró a su alrededor, pero el cliente más cercano estaba a dos bancos de distancia y parecía estar ocupado charlando con una de las prostitutas.

¿Para qué me necesitas?", preguntó Apolonio. ¿"Exploración"? ¿Interrogatorio? ¿Inteligencia?

Más bien lo contrario", murmuró Macro, disfrutando de la leve expresión de confusión en el rostro del espía.

Quiero que seas el tutor de Lucio mientras estoy fuera', explicó Cato. El muchacho tiene que comenzar su educación formal. Sabe leer y escribir, pero necesita algo más exigente, y tú tienes la erudición necesaria. Tengo una pequeña colección de historias y poesía que me traje de Roma. Puedes empezar con eso una vez que te reúnas con él en Camulodunum. Será cuidado por Claudia, bajo la protección de Macro. Hay una habitación libre en la casa que estoy alquilando en la colonia. Puedes usarla'.

Apollonius parecía decepcionado. No estoy seguro de que sea el mejor uso de mis habilidades, prefecto. Nunca he sido profesor. Más bien he estudiado la vida, el espionaje y la eliminación discreta de personas incómodas".

Cato se inclinó un poco más. Puede que lleguemos a eso. Hay otra razón por la que te pido que asumas el papel. Nadie cuestionará tu presencia en la colonia si llegas como tutor de Lucius. Puede que sientan un poco más de curiosidad si simplemente apareces y te quedas en mi casa con mi hijo y Claudia mientras yo no estoy'.

Me lo imagino.

Puede que aún no hayas oído las noticias", continuó Cato. Los icenos no han pagado su tributo y Suetonio ha encargado a Decianus que se apodere de cualquier riqueza que pueda encontrar para compensar el déficit. Tengo mis sospechas sobre ese hombre. Podría causarnos problemas mientras el ejército está en las montañas. Es posible que provoque un levantamiento de los icenos.

Al espía le brillaron los ojos. "¿Por accidente o a propósito?

Exactamente. De cualquier manera, no se le puede permitir hacerlo. Ya le he dejado clara la posición a Macro. Se le ha ordenado apoyar al procurador y comandará el destacamento de veteranos que lo acompañará. También habrá otros con Decianus. Un pequeño grupo de empleados y algunos guardaespaldas, y parte del contingente de veteranos podrá mantener la cadena de mando si se produce un enfrentamiento entre Macro y el procurador. Por eso te necesito a mano. Cuando llegue el momento, quédate tan cerca de Macro como puedas. Si todo va bien, Decianus hará su trabajo y Boudica podrá contener a los exaltados de su tribu. Pero si Decianus necesita que se le ponga freno y Macro no puede hacerlo, os tocará a vosotros dos manejar las consecuencias. Si es necesario, os veréis obligados a enfrentaros al procurador y a cualquiera de sus hombres que ponga en peligro la frágil paz con Boudica y su pueblo".

¿Tratar con? repitió Apolonio sin voz. "¿Tratar discretamente?

Cuanto más discretamente, mejor", dijo Macro en voz baja. Tenemos que cubrirnos las espaldas cuando el gobernador vuelva a Londinium y haga preguntas".

Cato asintió. Pero esperemos no llegar a eso. Si los dioses quieren, Suetonio derrotará al enemigo y el ejército regresará a sus guarniciones antes de que haya algún problema que no pueda contenerse. De lo contrario... . .' Hizo una pausa para volver a mirar a su alrededor y bajó la voz mientras rellenaba sus copas. De lo contrario, la provincia será destrozada por cualquier levantamiento y nuestros soldados y civiles se verán rodeados por tribus que clamarán por nuestra sangre".

Apolonio levantó su copa y bebió un sorbo pensativo. Pintas un cuadro muy oscuro, prefecto. Y no me extraña. He aprendido algunas cosas interesantes mientras trabajaba en el palacio del gobernador. Hubo un hombre que llegó de Roma hace varios días. Un agente que representa al emperador y a un grupo de senadores que han proporcionado préstamos a algunos de los gobernantes de las tribus de Britannia. Le gusta el buen vino, así que lo traje aquí y me aseguré de que estuviera en sus copas antes de sonsacarle la verdad". Enarcó una ceja mirando a Macro. Gracias a la calidad de la bodega de tu madre, no fue tan difícil. Resulta que le han enviado a pedir los préstamos, y

lleva una orden imperial para asegurarse de que se hace el trabajo".

Cato y Macro intercambiaron una mirada. Macro suspiró. Entonces el emperador está en el ajo. Parece que quiere que la provincia fracase. El bastardo es demasiado cobarde para dar la orden directamente y retractarse de la decisión de Claudio de conquistar la isla. A la multitud no le gustaría eso. Ni un poco.

En efecto", reflexionó Cato. Así que los prestamistas recuperan su inversión, sin duda con intereses, la provincia arde en llamas, y Nerón tiene su excusa para retirar las legiones y argumentar que Roma nunca debería haber malgastado hombres y tesoros en Britania en primer lugar".

¿Qué pasa con los que nos quedamos atrás? Preguntó Macro. Los veteranos de la colonia. Los mercaderes y comerciantes de Londinium, como mi madre. Y los que han construido granjas y negocios. ¿Qué será de nosotros?

¿Qué te parece? respondió Apolonio secamente. O te quedas aquí y luchas por lo que tienes, y lo más probable es que perezcas en el intento, o te retiras con las legiones y asumes las pérdidas".

Estaríamos arruinados', gruñó Macro. Hasta el último sestercio que tengo está invertido aquí".

"¿Crees que eso preocupa a Nerón?

Debería, si sabe lo que le conviene. Si el ejército lo ve arrojando veteranos como yo y los otros muchachos en Camulodunum a los lobos, van a cuestionar el valor de ser leal al emperador y a los que lo rodean. No es como si las legiones no se hubieran amotinado en el pasado".

Macro había hecho una observación reveladora, pensó Cato con una creciente sensación de preocupación. Desde que la Guardia Pretoriana había asesinado a Calígula y colocado a Claudio en el trono, había quedado claro que el ejército, especialmente las unidades más cercanas al emperador, tenía el poder de hacer o deshacer a un gobernante. Nerón, a pesar de su inmadurez, lo entendería. ¿Pero contaba con que el descontento de los que estaban lejos de Roma no tendría mucho impacto en su popularidad en la capital? ¿Pensaba que organizando algunos espectáculos extra de gladiadores y carreras de cuadrigas distraería a la multitud de la vergüenza de la retirada de Britania? Era posible. El pueblo tiende a tener poca memoria y se distrae fácilmente de las malas noticias con entretenimientos y ceremonias espectaculares. Los senadores no eran mejores, y aquellos que pudieran estar descontentos serían comprados con lucrativos nombramientos políticos o lujosos regalos. Mientras tanto, los que se habían visto obligados a huir de Britania y dejar atrás sus propiedades tendrían que sobrevivir como pudieran.

Pero, ¿y si Nerón hubiera calculado mal? ¿Y si el descontento por

la pérdida de la provincia se extendía por las filas de las legiones y por las calles y salones de Roma? Los motines y las guerras civiles acechaban al Imperio, y la perspectiva de un retorno al derramamiento de sangre de la época del Segundo Triunvirato aterrorizaba a los conocedores de la historia. Por muy dominante que fuera el Imperio Romano, siempre fue vulnerable a las ambiciones de poderosos generales, políticos y sus facciones. La pérdida de Britannia podría ser la chispa que provocara una nueva conflagración que desgarrara el Imperio. Si se quería evitar tal destino, tenía que haber paz entre las tribus bajo el dominio de Roma mientras Suetonio se aseguraba una victoria rápida y aplastante contra los druidas y sus aliados. Cato sintió la delicadeza del momento y la facilidad con la que el destino de Roma podía deslizarse hacia un orden pacífico continuado o hacia la división y el conflicto salvaje.

Pareces preocupado, muchacho. Macro irrumpió en sus pensamientos.

Cato removió y escurrió su taza. Tengo motivos para estarlo. Que los dioses nos protejan'.

CAPÍTULO 11

El grupo del gobernador de se separó al llegar a la enorme extensión de terreno abierto donde estaba reunido el ejército. Era el final de la tarde y la luz del sol proyectaba largas sombras sobre el bruñido paisaje. Mientras Suetonio y su personal se dirigían a la fortaleza de la Decimocuarta Legión, Cato se dirigió al campamento de la Octava Iliria. La fortaleza se había ampliado para dar cabida a los contingentes de las legiones XX y IX, y se extendía por una amplia zona. La rodeaban una serie de campamentos de marcha más pequeños, cada uno de ellos protegido por un foso y una muralla coronada por una empalizada. Estos campamentos habían sido construidos por las cohortes auxiliares que se habían concentrado alrededor de Deva para preparar la próxima campaña.

Además de la fortaleza y los campamentos, había otras zonas fortificadas donde se estacionaban los carros de suministros, se acumulaban las reservas de alimentos y equipos y se encerraban miles de mulas, bueyes y monturas de caballería. Los centinelas patrullaban las pasarelas o vigilaban el paisaje circundante mientras las partidas de forraje iban y venían y las columnas de suministros entraban en la zona de movilización. El inevitable vicus, un modesto poblado de chabolas con edificios construidos a toda prisa, se alzaba a un lado, establecido por los seguidores del campamento, mercaderes, comerciantes, prostitutas y otros entretenedores dispuestos a explotar a los soldados fuera de servicio con dinero para gastar y pocos lugares donde gastarlo.

El campamento de la Octava Iliria era mayor que el de las demás unidades auxiliares, ya que la cohorte comprendía un contingente de caballería además de casi quinientos soldados de infantería. Los hombres a caballo estaban divididos en cuatro escuadrones, cada uno de ellos formado por tres tropas de treinta jinetes, y con los herradores, arrieros y personal del cuartel general adicionales, el nuevo mando de Cato rondaba el millar de soldados. Las unidades auxiliares de tal tamaño eran raras y estaban al mando de hombres elegidos a dedo. El prefecto anterior, Cayo Rubrio, había sido un hombre así, según le habían dicho a Cato. La cohorte ya se había ganado una reputación envidiable desde su llegada a la provincia, y su diligente entrenamiento había mejorado aún más la unidad.

Por ese motivo, Cato estaba ansioso por demostrar que era un sustituto digno cuando se acercó al campamento de marcha de la cohorte diez días después de abandonar Londinium con Suetonio y su séquito. A cien pasos de la puerta principal, se detuvo para

inspeccionar la línea regular del foso y la muralla, y a los jinetes que se ejercitaban en el campo abierto del exterior. Bajo la atenta mirada de sus oficiales, los jinetes se movían entre las hileras de estacas, golpeándolas a derecha e izquierda con sus espadas. Cato pudo distinguir el brillo de las medallas en los arreos que llevaban algunos de los decuriones, y deseó llevar sus propias medallas y armadura. Habría causado una buena impresión inicial en los hombres, reflexionó con pesar, pero por el momento no podía hacer nada al respecto.

Se sentía cohibido por su aspecto. Llevaba una sencilla capa militar sobre la túnica y las polainas que había sacado de los almacenes de la guarnición del palacio del gobernador. Su espada y la ropa de repuesto que se había traído de Camulodunum estaban en las bolsas de cuero que colgaban de los cuernos desgastados de su silla de montar, . No había tenido tiempo de comprar equipo ni otros artículos necesarios antes de partir, y sería afortunado si los objetos que había enviado a buscar le llegaban antes de que el ejército marchara hacia las montañas. La plata de su bolsa apenas le alcanzaba para comprar un casco y una armadura adecuados. A menos que el intendente del gobernador estuviera dispuesto a adelantarle algo de paga, se enfrentaría a la humillante posibilidad de tener que pedir a otro oficial que le prestara dinero para completar el equipo y los suministros necesarios para la campaña.

Había llegado a conocer a un puñado de sus compañeros de viaje: la mezcla habitual de jóvenes tribunos entusiasmados con su primera operación militar y un puñado de oficiales más veteranos, algunos de los cuales reconocía de su anterior periodo de servicio en Britania, siete años antes. De estos últimos descubrió que, aunque las legiones estaban infradotadas, aún quedaban muchos en las filas con mucha experiencia en la lucha contra las tribus de las montañas. La moral era alta en la mayoría de las unidades elegidas para la campaña y en la escuadra naval asignada para apoyar al ejército. Tras una sucesión de gobernadores que se habían contentado con defender el territorio ya sometido, los soldados de Roma estaban ansiosos por culminar la conquista de la isla.

Aunque a Cato le complacía observar su confianza, sabía que, aunque se destruyera el bastión druida de la isla de Mona, aún quedaban tribus en las tierras altas del norte que seguían siendo implacablemente hostiles a Roma y ofrecerían una enérgica resistencia cuando las legiones avanzaran contra ellas. Aunque la invasión había comenzado diecisiete años antes, las tribus de Britannia seguían oponiendo resistencia, y se preguntaba si llegaría algún día en que la provincia conociera la paz y la prosperidad sin sobresaltos. Mientras tanto, el emperador y sus consejeros deliberaban sobre su destino. Su

decisión bien podría depender del resultado de la próxima campaña en . Una victoria daría un respiro a la provincia, mientras que una derrota, o un largo periodo de conflicto, podría inclinar la balanza a favor de los políticos que abogaban por el abandono de Britania. Así pues, Cato se había sumado al optimismo de sus compañeros y había ofrecido palabras de aliento a los jóvenes tribunos que le habían buscado en torno a la hoguera para pedir consejo a un veterano.

Sonrió. Llevaba tantos años sirviendo que le costaba recordar lo que había sentido siendo un recluta novato. El joven inexperto y ansioso que había llegado a la fortaleza de la Segunda Legión temblando de frío y lluvia era un extraño para él hoy en día. De hecho, ahora tenía más o menos la misma edad que Macro cuando se conocieron. Podía recordar el respeto nervioso con el que una vez había mirado a su mejor amigo y camarada. Las canosas facciones de Macro y las arrugadas cicatrices blancas de sus extremidades y rostro le daban un aspecto temible. A Cato le divertía pensar que él mismo era ahora una figura similar de veneración para los reclutas y los jóvenes oficiales que le rodeaban. Desde luego, llevaba tantas cicatrices como Macro, y tenía el mismo aire de guerrero experimentado.

Animado por ese pensamiento, volvió a impulsar a su caballo hacia la estrecha calzada que cruzaba la zanja y conducía al campamento. El centinela de la puerta se interpuso en su camino y detuvo su jabalina.

"¡Alto! ¿Nombre y profesión?

Cato pasó la pierna por encima de los cuernos de la silla y se dejó caer al suelo. "Prefecto Quinto Licinio Cato. He sido nombrado para comandar la Octava Iliria". Levantó el tubo que contenía la carta de nombramiento de Suetonio para mostrar el sello del gobernador.

El centinela lo miró de arriba abajo antes de asentir y hacerse a un lado. Puede pasar, señor.

Cato condujo su montura hacia delante. Al otro lado de la garita, se detuvo para contemplar las ordenadas hileras de cabañas de césped y madera y las filas de caballos. Varios edificios grandes dominaban el centro del campamento. La ausencia de tiendas indicaba que la cohorte había estado en posición el tiempo suficiente para construir cuarteles de invierno. El reciente deshielo había convertido los caminos entre los edificios y el terreno despejado tras la muralla en tramos de barro y charcos que chirriaban bajo los pies mientras se dirigía al edificio del cuartel general, en el corazón del campamento.

Los hombres que estaban a la intemperie no le prestaron mucha atención. Sin ninguna señal de su rango, podría haber pasado por un humilde mensajero o incluso por un civil que venía a realizar alguna gestión. No intentó llamar la atención y se contentó con tomar notas mentales al pasar junto a los barracones de madera y adobe y los

cobertizos con tejados de tejas de corteza. Los hombres parecían estar en buena forma, desde los jóvenes auxiliares de rostro fresco hasta los veteranos de rasgos marcados, con pocos que parecieran demasiado jóvenes o demasiado viejos. El anterior comandante había hecho un buen trabajo eliminando a aquellos que no podrían soportar los rigores de la campaña en las montañas. Contrariamente a los comentarios de Macro, no parecía necesario poner en forma a la Octava Iliria. Parecían fuertes y listos para la acción.

El cuartel general y el alojamiento del comandante formaban tres lados de una plaza abierta, con el edificio más grande en el centro. Cato se acercó a la barandilla situada junto a la entrada y llamó a un soldado que pasaba por allí.

'¡Tú ahí! Sobre mí.

La autoridad de su voz hizo que el hombre cruzara trotando y saludara.

Que me lleven las maletas a los aposentos de los prefectos y luego que desensillen, acicalen y alimenten a mi montura antes de unirme a las filas de caballos'.

Sí, señor.

Intercambiaron un saludo antes de que Cato se ajustara la túnica y la capa. Sacó la espada y la vaina de la mochila y se pasó la correa por el hombro, dejando que el arma colgara cómodamente a su lado antes de volver a abrocharse la capa en el hombro. Luego se dirigió hacia la entrada del edificio más grande.

El interior comprendía una zona abierta que ocupaba la mayor parte del espacio, con un puñado de salas en cada extremo. Varios hombres trabajaban en mesas de campaña cargadas de tablillas y pergaminos de cera. La mayoría de estos últimos sobresalían de pequeños tubos de cuero, y Cato los reconoció por lo que eran: testamentos militares a la espera de un sello oficial antes de ser añadidos a los cofres de registros de la cohorte para su custodia. La mayoría de los hombres hacían testamento antes de embarcarse en campaña. Algunos optaban por no hacerlo, tal vez temerosos de tentar a la suerte, y si no regresaban, sus efectos personales y su equipo serían subastados por sus unidades para recaudar fondos para las personas a su cargo que tuvieran.

Cato se acercó al optio sentado en un taburete al final de la fila de mesas. 'Busco al oficial al mando temporal'.

¿Centurión Galerio? Está en el despacho del prefecto'. El optio miró a Cato antes de continuar. "¿Cuál es su negocio con el centurión?

Soy el nuevo prefecto", explicó Cato mientras presentaba la carta de nombramiento del gobernador. "Quinto Licinio Cato, asumo el mando de la cohorte".

El optio se levantó apresuradamente de su taburete y se puso en

posición de firmes. Sí, señor. Te llevaré directamente con el centurión. Por aquí, señor. Se dirigió a la puerta central de las oficinas de la derecha y llamó a la puerta.

¡Ven!

El optio abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a Cato. El despacho del prefecto era un modesto espacio de unos tres metros de ancho, con el suelo entarimado e iluminado por una ventana en la pared del fondo. Una sencilla mesa de campaña, un puñado de taburetes y algunos arcones con documentos constituían el único mobiliario. Un hombre de hombros anchos, pelo castaño ralo y ojos castaños oscuros levantó la vista de la tablilla de cera que había estado examinando.

"¿Sí? Su ceño se frunció ligeramente. "¿Y tú eres?

Cato quitó la tapa del tubo de cuero mientras daba dos pasos para llegar a la mesa. Sacó el pergamino que contenía y se lo entregó al centurión.

"Soy el Prefecto Quinto Licinio Cato, designado para reemplazar al Prefecto Rubrio.

Galerio asintió con la cabeza, extendió el documento, lo leyó rápidamente y estampó el sello del gobernador. Parece que su autoridad está en regla, señor". Le tendió la mano y los dos oficiales estrecharon sus antebrazos. Bienvenido a la Octava Iliria, Prefecto Cato. Por la presente cedo el mando". Su tono era formal y llano. "Haré que despejen el escritorio y lleven mis papeles a mi antigua oficina de inmediato, señor".

Sin esperar respuesta, miró más allá de Cato hacia el optio que esperaba fuera. "Callopius, mover este lote de al lado.

Sí, señor.

Mientras el optio se ponía manos a la obra, Galerio hizo un gesto a Cato para que se acercara al taburete que había detrás de la mesa y cogió uno de los que sobraban a un lado de la sala. "¿Le importa si me siento, señor?

Cato asintió y los dos pasaron a la fase más informal de presentarse.

'Me alegro de que haya llegado, señor. Me preocupaba un poco que el ejército marchara antes de nombrar un sustituto. Nunca es fácil tomar el mando de una unidad sobre la marcha. Así las cosas, sólo va a tener unos pocos días para encontrar sus pies antes de que comience la campaña.'

No se puede evitar". Cato se encogió de hombros. No me avisaron del nombramiento hasta el día antes de salir de Londinium con Suetonio. Tendré que sacar algún equipo de oficial de los almacenes mientras espero a que llegue mi equipaje'.

Galerius cogió una tableta y un lápiz óptico que había sobre la

mesa e hizo una nota. ¿Algún otro requisito, señor?

'Un buen caballo, el mejor hombre que tengáis entre el personal del cuartel general para que actúe como mi secretario, y las relaciones de fuerzas de cada una de las centurias y escuadrones de la cohorte'.

Sí, señor.

'También querré reunirme con todos los oficiales y optios aquí en el cuartel general cuando suene la guardia de la noche'.

Galerio miró hacia la luz que entraba por la ventana y Cato leyó su expresión. "¿Algún problema para reunirlos a esa hora?

'Hay una patrulla montada en las colinas, y un grupo de forrajeo. Puedo hacer que el decurión y el optio te informen cuando regresen'.

Ocúpate de ello". Cato miró atentamente al otro hombre antes de continuar. "¿Cuánto tiempo has servido, Galerio?

Veintiún años, señor. Diez en el rango actual y he sido centurión superior durante los últimos tres años'.

"¿Y tu hoja de servicios?

Galerio ordenó sus ideas antes de empezar. Empecé en la Decimoquinta Primigenia cuando el emperador Calígula formó la legión, señor. Fuimos reclutados para la invasión de Britannia, pero cuando ésta se retrasó, nos destinaron al Rhenus. Serví en algunos barridos a través del río antes de ser ascendido a optio. Después de eso, la legión fue trasladada a Vetera, y serví en varias operaciones anfibias a lo largo del río antes de que se corriera la voz de que se necesitaban oficiales para una nueva cohorte auxiliar que se estaba formando. Presenté mi solicitud, fui aceptado y ascendido a centurión. Llevo en la Octava desde entonces. La cohorte sirvió en la frontera del Danubio antes de ser enviada aquí el verano pasado".

Cato lo asimiló por un momento. La mayor parte de la experiencia de Galerio, y la de la cohorte, parecía ser a lo largo de los grandes ríos que formaban la frontera norte del Imperio. Era posible que no hubieran sido probados en condiciones de montaña. ¿Y Rubrio? ¿Cuánto tiempo estuvo al mando de la Octava?

Cinco años, señor.

Ya veo.

El tiempo suficiente para haber forjado una relación sólida con los hombres y los oficiales, lo que era una especie de bendición mixta, reflexionó Cato. La cohorte había disfrutado de un periodo de continuidad y se había forjado en un arma que su antiguo comandante podía empuñar con facilidad. Sin embargo, eso significaba ahora que Cato tendría que acostumbrarse a las disposiciones que había heredado e imponer su propia forma de mando a la cohorte a su debido tiempo. Sus hombres y él mismo necesitarían un periodo de adaptación mientras se acostumbraban los unos a los otros. Había mandos a los que les gustaba cambiar las cosas de golpe. Algunos lo

llevaban bien, pero muchos sólo conseguían provocar el resentimiento de sus subordinados, sobre todo si los cambios parecían no servir para nada más que para el cambio en sí.

"Un buen comandante, espero.

Uno de los mejores, señor", respondió Galerio con franqueza. Su muerte fue una triste pérdida para los muchachos. Nos había estado entrenando duro para la próxima campaña. Tenía a los hombres listos para ganar la primera condecoración de su unidad".

Ya veo.

"Señor, ¿puedo hablar libremente?

Cato miró al centurión con recelo. Acababa de conocerlo y no quería que Galerio le diera consejos que pudieran sentar un precedente para que él cuestionara las decisiones de Cato. Sin embargo, si rechazaba su consejo, podría parecer arrogante y distante y crear tensiones entre él y el hombre que era su segundo al mando.

Se aclaró la garganta. Gracias a lo repentino de mi nombramiento, no has tenido ocasión de enterarte de nada sobre mí en el cuartel general. No tengo ninguna duda de que rectificará esa situación lo antes posible".

Los dos hombres compartieron una sonrisa antes de que Cato continuara. Permítame que le ahorre tiempo. Este no es ni mucho menos mi primer mando. He sido prefecto de varias cohortes en todo el Imperio. Tampoco es el primer mando que ejerzo en Britania. De hecho, se podría decir que corté mis dientes en esta provincia. La invasión fue mi primera campaña. Luché fuera de Camulodunum cuando derrotamos a Caratacus. Estaba con la Segunda Legión cuando sometimos los fuertes de las colinas del suroeste. He luchado en dos campañas en las montañas a las que nos dirigimos, la última de las cuales terminó en retirada en pleno invierno. Conozco las montañas. He luchado contra las tribus que las habitan, y si hubiera tenido la oportunidad de recoger mi equipaje antes de abandonar Londinium, tendría las medallas en mi arnés para demostrar los años de buen servicio que he prestado a Roma, junto con las cicatrices que llevo en el cuerpo". Señaló la marca blanca y viva que se extendía desde su frente hasta su mejilla, suavizando la voz al concluir. Centurión Galerio, soy un soldado hasta la médula y me he ganado mi rango a pulso. No defraudaré a los hombres de la Octava Iliria. Tienes mi palabra. ¿Nos entendemos?

Galerius guardó silencio durante un rato antes de asentir. "Eso es todo lo que quería oír, señor".

Bien. Entonces pasa la voz de que quiero a todos los oficiales reunidos aquí esta tarde. Les diré lo que te he dicho a ti. No quiero que haya ninguna duda sobre mi compromiso con los hombres de la cohorte, o su compromiso con su nuevo oficial al mando. Haré honor

a la memoria del prefecto Rubrius y juntos ganaremos esa condecoración para el estandarte que él les prometió".

Sí, señor. Galerio se levantó y saludó formalmente. Bienvenido a la Octava. Esta vez había calidez y sinceridad en el saludo.

Gracias, Centurión. Continúe.

CAPÍTULO 12

Mientras un esclavo encendía los fuegos que ardían en los braseros de cada esquina de la sala del cuartel general, los oficiales de la Octava se fueron presentando a Cato uno a uno. Además de Galerio, al mando de la Primera Centuria de la cohorte, había otros cinco centuriones de infantería: Minucio, un hombre moreno y delgado más o menos de la misma edad que Galerio; Anio, alto y rubio con sorprendentes ojos azules, el más joven de los centuriones; Velio, unos años mayor, con sobrepeso y aspecto nervioso; Decio, un veterano sólido y seguro de sí mismo que a Cato le recordaba a Macro; y luego Flaco, un gigante barbudo con antebrazos que parecían jamones.

El contingente de caballería de la cohorte estaba comandado por el centurión Tubero, otro oficial de aspecto rudo que parecía mirar a los oficiales de infantería con cierta indiferencia. No era raro que los miembros de la caballería se comportaran así, ya que disfrutaban de más paga y se consideraban por encima de los soldados de a pie. Los comandantes del escuadrón de Tubero, los decuriones Ursinus, Albinus y Ventidius, rondaban la treintena, hombres de pelo oscuro y piel bronceada que habían sido reclutados de la misma tribu de Macedonia.

Parecían un grupo de oficiales tan profesionales como cualquiera de los que Cato había encontrado en las cohortes auxiliares del ejército y, sin embargo, percibió en ellos un cierto nerviosismo al formarse su primera impresión de su nuevo prefecto. Siempre era una prueba cuando un comandante y sus subordinados se encontraban por primera vez, reflexionó Cato. Se llevó las manos a la espalda y respiró tranquilamente.

'Vosotros, hombres, habéis tenido la suerte de contar con un hombre como Rubrius al mando de la cohorte cuando ésta necesitaba estar preparada para los retos a los que nos enfrentamos en los próximos meses. He conocido a las tribus a las que nos enfrentamos y sé lo duros y hábiles que son en la lucha en las montañas. He experimentado las penurias de sus tierras y me hago pocas ilusiones sobre los peligros a los que nos enfrentamos juntos. Cuando me nombraron para sustituir a Rubrius, me informaron de lo bien que había preparado a la Octava Iliria. El propio gobernador me dijo que la cohorte era la mejor unidad auxiliar del ejército y que había sido elegida para encabezar la vanguardia en territorio enemigo. Es un gran honor el que os ha concedido, y es un gran honor el que me ha hecho a mí al nombrarme vuestro comandante. Juntos honraremos la memoria de Rubrius. Él contemplará nuestros triunfos desde las

sombras y se alegrará de que su duro trabajo y su buen ejemplo hayan hecho posible que la Octava gane la fama que nos pertenece".

Hizo una pausa para que sus palabras calasen hondo, y se sintió gratificado por el vivo brillo en las expresiones de sus oficiales. Habían respondido bien a la apelación emocional de su retórica; ahora era el momento de ganarse su razón. Cato se volvió hacia la mesa y desenrolló una gran tira de piel de cabra curada sobre la que había marcado un tosco mapa trazado de memoria de la desastrosa campaña anterior en la que había luchado contra las tribus de las montañas y sus aliados druidas.

Reúnanse", ordenó.

Los hombres se acercaron formando un círculo alrededor de Cato y el mapa. Colocó la lámpara en una posición en la que su luz iluminara los detalles. Este es Deva". Indicó su posición a . Al oeste, la costa se extiende hacia la isla de Mona, aquí. Como pueden ver, hay un estrecho canal entre el continente y la isla. Es lo más lejos que llegó el ejército romano la última vez que intentamos destruir a los druidas y pacificar a las tribus de las montañas. Es un obstáculo formidable, pero esta vez Suetonio ha ordenado la construcción de botes plegables que nos permitan cruzarlo. También contaremos con el apoyo de un escuadrón de la armada. Aunque la toma de Mona es el objetivo final de la campaña, el gobernador pretende aplastar lo que quede de resistencia entre los deceangli y los ordovices". Señaló las zonas del mapa que indicaban las tierras de las dos tribus.

'Suetonio me esbozó su plan de campaña mientras estábamos en el camino de Londinium. Su intención es dividir el ejército en dos columnas. La primera se dirigirá a la costa y la seguirá hasta Mona. Esta columna llevará consigo los barcos, la artillería y el equipo pesado necesarios para el asalto a la isla. Se abastecerá desde el mar a medida que avance. La columna estará compuesta por la Decimocuarta Legión y dos unidades auxiliares bajo el mando general del legado de la Decimocuarta. La segunda columna, la más poderosa de las dos, estará formada por los contingentes legionarios de las legiones Vigésima y Novena y las restantes cohortes de auxiliares, incluida la nuestra. La columna principal estará comandada por Suetonio y marchará hacia el sur hasta Viroconio, aquí, y luego girará hacia el oeste para cruzar las montañas y destruir los reductos ordovícicos restantes. Haremos retroceder al enemigo hacia Mona, donde nos uniremos a la otra columna y terminaremos el trabajo cruzando el estrecho y conquistando la isla".

Cato se enderezó al pronunciar su conclusión. La campaña terminará a principios de verano como muy tarde. Si todo va según lo previsto", añadió con un toque de ironía, y provocó algunas risitas secas entre los demás oficiales. Como sabemos, los planes tienen una

habilidad infalible para tropezar y caer en el momento en que dejan la puerta de salida. Imagino que tienen algunos puntos que plantear, caballeros. Pueden hablar libremente".

Era una invitación calculada. Sus subordinados no estarían dispuestos a hacer ningún comentario a su nuevo comandante que pudiera interpretarse como una crítica al gobernador. Al mismo tiempo, Cato no quería parecer el tipo de superior que se negaba a escuchar los argumentos razonados de sus oficiales.

Galerio habló primero. 'Por experiencias anteriores, no sería prudente dividir nuestro ejército, señor. Podría tentar al enemigo a intentar derrotarnos en detalle'.

Era la observación obvia, y la que Cato había ofrecido a Suetonio cuando el gobernador había esbozado por primera vez su plan. Sin embargo, Suetonio tenía una respuesta preparada.

'El gobernador ha determinado que la columna del norte contará con el apoyo adecuado de nuestros buques de guerra. Para cuando salga de Deva, nos habremos adentrado en las montañas y atraído al enemigo hacia nosotros antes de que se percate del avance de la otra columna'.

El centurión Tubero soltó una carcajada seca. Parece que nosotros vamos a estar en el meollo mientras los demás se pasean por la playa".

'Ya tendrán bastantes problemas para asegurarse de que el tren de equipajes avanza según lo previsto', respondió Cato. Pero tienes razón, nos enfrentaremos a la resistencia más dura. Y la Octava Iliria será la punta de lanza de la ofensiva romana en territorio enemigo. Seremos los primeros en entrar en contacto, y la atención del gobernador y del resto del ejército estará puesta en nosotros para ver cómo actuamos. Suetonio espera que despejemos el camino a la columna, que exploremos por delante y por los flancos, y que inmovilicemos a las bandas enemigas para que la infantería pesada pueda acabar con ellas.

Somos los ojos, los oídos y los dientes del ejército, caballeros. El éxito de la campaña dependerá de lo bien que cumplamos con nuestro deber. Si lo hacemos bien, la Octava ganará la condecoración de la que sé que está sedienta. ¿Quién sabe? Si nuestra contribución a la victoria se menciona en el informe del gobernador al emperador, puede que esa condecoración sea la menor de nuestras recompensas. A todos los miembros de una cohorte auxiliar se les ha concedido la ciudadanía romana por hechos destacados en el pasado. Haz que tus hombres piensen en eso. Y puesto que seremos la vanguardia del ejército, es más que probable que tengamos la elección de cualquier botín que nos encontremos".

Dejó que la perspectiva de honores y riquezas tentara por un momento la imaginación de sus oficiales. En realidad, era consciente del peligro de que la cohorte ganara demasiada fama en Roma.

Podrían hacerse preguntas sobre su nuevo oficial al mando, dado que seguía en la lista activa de la Guardia Pretoriana y, por tanto, debía residir en Italia. Por otro lado, nada disculpaba tanto como el éxito. Si llevaba a la Octava Iliria a la victoria y la gloria, sería difícil que Nerón y sus consejeros le complicaran la vida. Los gobernantes necesitaban victorias y los héroes mantener contenta a la plebe, igual que un hombre necesitaba respirar aire. Si Cato y sus hombres salían bien parados de la campaña, el motivo de su presencia en Britania podría pasarse por alto. Por supuesto, eso no eliminaba la necesidad de seguir ocultando la verdadera identidad de Claudia.

Uno de los otros centuriones le llamó la atención y Cato asintió.

"Sobre la cuestión del botín", comenzó Decio, "¿cuál es el acuerdo esta vez?

El reparto de las riquezas derivadas de una campaña era competencia del comandante del ejército. Algunos aprovechaban su posición para reclamar para sí la parte del león y recompensar a los soldados con las migajas del festín. Otros, con la vista puesta en el ascenso político , donaban la mayor parte de las ganancias al emperador o las utilizaban para pagar agasajos públicos y banquetes con los que ganarse al populacho. Los generales que deseaban una carrera militar más larga solían asegurarse de que sus tropas se beneficiaran al máximo para mantener su moral y, lo que es más importante, su lealtad. En el caso de Suetonio, el reparto del botín era un asunto mucho más fácil de resolver, dada la pobreza de las tribus montañesas. Habría algunas joyas de oro y plata, quizá también algunas monedas. Aparte de eso, la principal fuente de riqueza procedería del producto de la venta de prisioneros como esclavos. Las recompensas no serían suficientes para tentar a Suetonio a reclamar para sí más de lo prudente. Su generosidad le costaría poco, mientras que sus soldados le alabarían por el dinero del premio que les permitiría beber hasta caer en el olvido cuando regresaran a Deva.

El gobernador ha determinado que el botín será compartido por todos los rangos, en proporción a los niveles de pago", anunció Cato. "Confío en que eso te satisfaga, Decio.

El centurión asintió, y hubo murmullos de aprobación ante la perspectiva de una recompensa que, si bien no era lo bastante grande como para cambiar la vida, era sin embargo bienvenida.

Huelga decir que el botín habrá que ganárselo. Dado que la Octava será la primera en entrar en combate, vamos a sufrir las primeras bajas, y puede que la mayoría cuando se haga el balance final de la carnicería'.

Esa era la aleccionadora realidad a la que se enfrentaba la cohorte, y Cato necesitaba que los oficiales comprendieran y prepararan a los hombres en consecuencia. Se aclaró la garganta antes de continuar.

'Asegúrense de que cada hombre que lo desee haga su testamento. Transmitidlo esta noche. Nuestra columna marchará en cuestión de días, y necesitaré los testamentos escritos, firmados, atestiguados y entregados en el cuartel general antes de partir. Así que si ustedes, caballeros, tienen propiedades en que deseen dejar a sus esposas, novias o ambas...". Hizo una pausa para que los demás se rieran del viejo chiste antes de mirar a su alrededor. "¿Alguna otra pregunta o comentario?

Ninguno de los agentes habló.

Muy bien. Sé que mi nombramiento se hizo con poca antelación y eso no es lo que ninguno de nosotros desearía en circunstancias normales. No se puede evitar. Es la primera oportunidad que tenemos de conocernos. Nos conoceremos mejor en los próximos días. Mientras tanto, si hay algún asunto que desee poner en mi conocimiento, hábleme libremente. En mi experiencia, un buen comandante necesita un oído abierto además de una voz de mando". Levantó de la mesa el tubo de cuero que contenía el nombramiento de Suetonio. Habrá un desfile completo por la mañana cuando presente mi autoridad a la cohorte. Eso es todo por ahora. Pueden retirarse.

Galerius permaneció mientras los demás abandonaban la sala antes de volverse hacia su nuevo comandante.

Cato arqueó una ceja. "¿Centurión?

"Sólo quería decirle que creo que ha ido bien, señor. Me recuerdas a Rubrius. La misma manera directa y una comprensión de sus hombres. Por si sirve de algo, creo que nos hará sentir orgullosos.

Cato no se sintió cómodo con el tono demasiado familiar del comentario, por elogioso que fuera. Se obligó a mantener una expresión neutra al responder. Debemos sentirnos orgullosos el uno del otro, Galerio. Yo dirijo desde el frente y no ordenaré a un hombre que haga algo que no esté dispuesto a hacer yo mismo. A cambio, exijo lo mejor de aquellos bajo mi mando. No toleraré nada menos. Asegúrese de entenderlo, y asegúrese de que los hombres también lo entiendan; así la cohorte hará lo que se le pide. Buenas noches.

Galerio saludó y salió de la sala, cerrando la puerta tras de sí. Cato se acomodó en el taburete detrás del escritorio y miró el mapa. Era lo más exacto que podía recordar de su conocimiento previo del paisaje, y había hecho una anotación en la esquina basándose en el itinerario preparado por el oficial de inteligencia del gobernador. Calculó que la columna tardaría cuatro días en recorrer las sesenta millas hasta Viroconium. Después, las distancias y los tiempos eran estimaciones aproximadas. Otras ochenta millas desde Viroconium hasta la costa, a través de montañas donde cada obstáculo natural sería obstinadamente contestado por el enemigo, aunque éste hiciera todo lo posible por hostigar a la columna. Una vez que la columna llegara

al mar, giraría hacia el norte para marchar las últimas sesenta millas hasta unirse a la columna de equipaje y a la escuadra naval frente a la isla de Mona. Cato sabía que la marcha sería dura. Haría todo lo posible por no someter a sus hombres a peligros innecesarios, pero era obvio que la Octava Cohorte iba a sufrir grandes pérdidas antes de que terminara la campaña. Se preguntó si la verdadera razón por la que Suetonio lo había elegido no era por la reputación que pudiera haberse ganado entre los altos y poderosos de Roma, sino más bien porque era prescindible.

Cualquiera que fuera la razón, se le encomendó la responsabilidad de los hombres bajo su mando, y juró en privado que haría todo lo posible por llevarlos a la victoria y traer a tantos de vuelta a Deva con él como fuera posible. Suponiendo que siguiera vivo al final.

Rubrius no había sido el tipo de oficial al mando que se permitía caprichos, y aparte de su despacho, su único alojamiento había sido la pequeña habitación contigua, donde había una sencilla cama con armazón de madera y un colchón de paja, y un atril con un aguamanil y una esponja. Las alforjas de Cato habían sido colocadas junto a la puerta, y éste desempaquetó con cansancio sus escasas pertenencias. La coraza de escamas que había sacado de los almacenes de la guarnición la tendió sobre el taburete junto al lavabo, junto con su capa militar. El cinturón de la espada lo colgó de una percha en la parte posterior de la puerta, y el casco de oficial con su cresta de crin descolorida lo dejó con cuidado en el extremo de la cama. A la mañana siguiente tendría que sacar algunas cosas de los almacenes de la cohorte para completar su equipo militar.

No podía dejar de preguntarse qué pensarían los hombres de su nuevo mando de su prefecto con su armadura deslustrada y la mugrienta túnica y capa que llevaba desde que abandonó la colonia militar de Camulodunum. Tal vez fueran tontos al juzgarlo tan superficialmente, pero lo juzgarían. Esperaban un oficial con las mejores galas que un hombre de su rango social podía permitirse, no un personaje vestido y equipado con lo que hubiera en los almacenes de intendencia. Cato sabía por su propia experiencia en las filas que los soldados esperaban que sus comandantes procedieran de entornos privilegiados y acomodados, y el respeto que concedían automáticamente a tales aristócratas tendría que ganárselo él.

Deseaba saber más sobre el hombre al que sustituía. Nunca había oído hablar de Rubrius antes de su nombramiento. ¿Procedía de una familia aristocrática? ¿Había sido uno de esos hombres bien peinados, de acento suave, buen aspecto y encanto fácil que se consideraban con derecho a los privilegios de su clase, características que por alguna razón despertaban la admiración de la plebe y de los soldados rasos de sus unidades? ¿O había sido como el propio Cato? Un hombre de clase

social baja que se había abierto camino a través de los rangos. Resultaba tentador saber más sobre él para comprender lo que los hombres esperaban de su sucesor.

Desechó la idea. Él era su propio hombre, con su propia manera de hacer las cosas. Debía confiar en eso y no intentar ser otra persona, la persona que creía que sus hombres querían que fuera.

Echaba de menos tener a Macro a su lado. Era mucho más fácil mandar cuando tenía un aliado tan poderoso que reforzaba su autoridad y al que podía hablar y pedir consejo en confianza. Pero Macro se había retirado del servicio activo, y no estaba bien resentirse por el hecho de que su camarada pudiera vivir el resto de su vida en paz. Incluso echaba de menos la compañía de Apolonio, a pesar de que nunca se había sentido completamente a gusto con el antiguo espía que había decidido servir con él en los últimos años. La habilidad de Apolonio con las armas era letal, y su sagaz inteligencia resultaba a menudo útil, incluso cuando se exhibía ante los demás. Ahora Cato estaba solo, lejos de sus amigos, su amante y su hijo, y los añoraba a todos.

A la tenue luz de la lámpara de aceite que colgaba de un soporte sobre la cama, la mirada de Cato se desvió hacia la pequeña alcoba en la pared que había servido de santuario al anterior prefecto. Se levantó para examinarlo más de cerca, y por primera vez se fijó en las pequeñas figuras de una mujer y dos niños detrás del puñado de iconos tallados que Rubrius había venerado. Estaban pintados con finas líneas oscuras sobre el pálido yeso, y vio que incluso había un perro acurrucado a sus pies. Sintió una oleada de tristeza al verlo. Probablemente la familia de Rubrius aún no se había enterado de su muerte, e incluso ahora esperaban celebrar su regreso de Britannia. Tales eran las realidades y tragedias de la vida militar en todo el Imperio.

Cogió las imágenes de Fortuna, su dios favorito, y de Júpiter, se las llevó a la frente y cerró los ojos mientras rezaba.

'Fortuna, por favor, concédeme la gracia de la buena fortuna para que pueda librarme de mis enemigos y volver a casa con mi familia y amigos. Que también concedas tu favor a los hombres bajo mi mando para que ellos también puedan regresar de la guerra con sus seres queridos. Júpiter, el mejor y más grande de los dioses, te suplico humildemente que pueda servir con valor y devoción al deber y que haga honor a mi cohorte y al Senado y al pueblo de Roma. Te pido que guíes mi espada y mi escudo para vencer a mis enemigos y me protejas de cualquier daño. Te lo pido no sólo por mí, sino por la paz que sigue a la victoria. Te lo pido por todos aquellos que han derramado sangre y han dado su vida para traer estas tierras al abrazo del Imperio. Rezo para que aquellos en Roma a los que has tenido a



bien nombrar para gobernarnos no traicionen la memoria de aquellos que han muerto, y que su noble sacrificio no haya sido en vano".

CAPÍTULO 13

Marzo AD 61

"No podía pedir un objetivo más tentador", dijo Macro mientras miraba hacia la colonia.

A su lado, Apolonio asintió con la cabeza mientras el centurión levantaba su bastón de vid y señalaba la puerta principal. La estructura era bastante formidable: de doble arco, con dos pisos y una plataforma almenada en la parte superior. La calzada cruzaba un foso ancho y profundo que antaño rodeaba la fortaleza legionaria sobre la que se había construido la colonia. Sin embargo, apenas quedaban seis metros de muralla a ambos lados de la puerta, antes de desmoronarse hasta el nivel del suelo, donde las murallas habían sido abandonadas y utilizadas para construir edificios civiles. El mismo destino habían corrido la mayoría de las estructuras militares. Las que sobrevivieron sirvieron de viviendas, tiendas y establos.

"¿Para qué coño sirve una garita si ya no hay murallas a ambos lados?".

Bueno, sí, bastante", comentó Apolonio mientras su mirada seguía la dirección que Macro había indicado. No podemos contar con que un enemigo respete las sutilezas habituales a la hora de entrar en la ciudad en ausencia de otras fortificaciones".

La seca respuesta no dio en el blanco y Macro le miró con el ceño fruncido. Le agradeceré que contenga su humor mientras tratamos en el asunto de las defensas de la colonia".

Mis disculpas". Apollonius inclinó la cabeza y ambos volvieron la vista hacia la ciudad que se extendía en campo abierto bajo ellos. Hacía tiempo que las líneas regulares de la antigua fortaleza habían quedado subsumidas por el crecimiento del asentamiento, que desbordaba la zona fortificada y se extendía a lo largo de las rutas que llevaban al oeste, a Londinium, y al norte y al sur, a las tierras de labranza que antaño habían pertenecido a los Trinovantes, pero que ahora estaban en manos de los veteranos romanos a quienes el emperador había concedido las tierras. El río rodeaba la parte norte de la ciudad antes de serpentear hacia el sureste en dirección al mar. Un afluente más pequeño flanqueado por pantanos fluía a lo largo del sur de la colonia. Ninguno de los dos tramos estaba atravesado por puentes, ya que había vados en las proximidades.

Con el cambio de estación, los primeros barcos de carga procedentes de la Galia habían hecho la travesía, y ahora varios estaban amarrados junto al muelle, con sus mástiles sobresaliendo por

encima de una hilera de almacenes de poca altura. A doscientos pasos del río se encontraba la obra del teatro y el templo iniciada bajo el reinado del emperador Claudio. El avance había sido lento, y sólo se habían levantado el frontón escalonado y no más de la mitad de las columnas alrededor del santuario interior. La zona pavimentada alrededor del frontón estaba apilada con materiales de construcción, y mientras Macro y Apolonio observaban, un equipo de hombres con túnicas toscas trabajaba en una de las grúas mientras un ingeniero dirigía el descenso a su lugar de una de las secciones de una columna. Hacia el sur fluía un río menor que se unía al primero al este de la colonia.

No son sólo los muros -continuó Macro-. También se ha rellenado la mayor parte de la zanja. Un hombre podría cruzar fácilmente el resto. Como he dicho, el lugar es un objetivo tentador".

"Suponiendo que haya alguien con intenciones hostiles".

Hay muchas intenciones hostiles por aquí". Macro señaló a los hombres que arrastraban los tirantes de la grúa. Son de la tribu local. Mano de obra reclutada, mal alimentada y mal pagada, y obligados a erigir un templo dedicado al emperador que los conquistó. Puedes imaginarte lo bien que les está yendo. Mientras tanto, a sus parientes se les niega la ayuda para trabajar en las granjas que siguen en manos de la tribu. Eso es antes de considerar a los Iceni al norte. Ahora que se les ha encargado encontrar una nueva fuente de tributo, no van a estar muy contentos. Y todos ellos saben que el gobernador y la mayor parte de la guarnición de la provincia están marchando al culo de Britannia, dejando sólo fuerzas esqueléticas en la mayor parte del resto de la provincia". Macro golpeó el suelo con su bastón. Si va a haber problemas, será entonces".

"¿Qué propones hacer al respecto, Centurión?

Tenemos que poner en orden nuestras defensas. Ha habido demasiada complacencia en los últimos años y el senado de la colonia ha permitido que el lugar se vaya al garete. Esperaba algo mejor de los veteranos a cargo de Camulodunum. Ahora que soy el magistrado mayor, va a haber algunos cambios. El lugar necesita orden y disciplina".

Apolonio hizo una mueca. Ya no es una fortaleza. Hace tiempo que dejó de serlo. Es una ciudad de provincias como cualquier otra. Sospecho que te va a costar convencer a la gente de la necesidad de un cambio. Por mucho que se necesite en este momento'.

Tal vez", reconoció Macro. Me ocuparé de ellos cuando haya elaborado un plan de defensa".

¿Qué tienes en mente?

Los ríos cubren los accesos desde el norte y el sur. No hay puente que defender, lo que ayuda. Sin embargo, si el enemigo tiene barcos,

tendremos que usar los almacenes como primera línea de defensa en . No hay esperanza de ejecutar fortificaciones alrededor del resto de la colonia. Cubre demasiado terreno para eso. Tendremos que hacer el uso que podamos de las líneas de la fortaleza legionaria original. Podemos poner algunas defensas a lo largo de la orilla del río hacia el sur, aunque los pantanos deberían ser un obstáculo suficiente para desalentar cualquier ataque desde esa dirección. Luego fortificaremos los accesos occidental y oriental. Será más pequeña que la fortaleza original, pero es todo lo que podemos defender con los hombres de que dispongo".

Apolonio lo consideró. Eso no es más que la mitad del tamaño de la colonia. Me pregunto cómo reaccionarán los que están fuera de las líneas de defensa que propones".

No tendrán de qué preocuparse a menos que haya problemas. Si los hay, imagino que tendrán cosas más importantes en las que pensar, como mantener la cabeza. Me atrevería a decir que no se detendrán a pensar dónde están las líneas de defensa, siempre y cuando estén dentro de ellas".

Es justo. ¿Qué pasa si las nuevas líneas no se pueden mantener o no se terminan a tiempo?

Macro indicó el recinto del templo. Si es necesario, nos plantaremos allí. Los muros del recinto son lo bastante sólidos y podemos elevarlos unos metros con bastante rapidez para crear un parapeto de combate. También estaremos defendiendo una línea mucho más corta. Y si no podemos mantenerla, podemos construir defensas en el frontón como último reducto. Espero que no lleguemos a eso. Podríamos ser capaces de mantener la colonia durante unos días antes de que llegue la ayuda. De lo contrario, nuestras cabezas estarán decorando los dinteles de las chozas de los guerreros'.

El espía dio un respingo ante la sugerencia. Prefiero no acabar mi vida como un trofeo macabro'.

Yo tampoco. Por eso debemos estar preparados. Por si acaso algún loco o druida decide aprovechar la ausencia de Suetonio para provocar la ira de los nativos'.

'O algún funcionario romano los empuja demasiado lejos.'

Sí. Macro asintió solemnemente. "Eso también".

Hubo un breve silencio mientras ambos hombres recordaban la contingencia de la que había hablado Cato antes de separarse en Londinium.

Si se da el caso", dijo Apolonio en voz baja, "sería mejor que me dejaras ocuparme del problema. Es el tipo de trabajo en el que tengo experiencia".

Macro le miró con desagrado. Lo sé.

Apolonio se rió. Ustedes los soldados pueden ser tan preciosos. Un

enemigo muerto es un enemigo muerto, no importa cómo se consiga. ¿Realmente crees que importa si la espada entra por delante o por detrás, o quién la empuña?

A mí sí. Como ya sabes. Eso no va a cambiar'.

'Y sin embargo, mientras sea yo quien haga lo que tú consideras el trabajo sucio, puedes vivir con ese arreglo'.

Macro se encogió de hombros. Tus palabras, no las mías".

'Pero ciertamente eso es lo que está en tus pensamientos, ¿estoy en lo cierto?'

Muy bien, sí. Bien hecho por leer mi mente.

No es la más difícil de las tareas". Los finos labios de Apolonio se entreabrieron divertidos. "Lo que en cierto modo es un cumplido".

Oh, claro.

No, estoy siendo sincero, Centurión. He servido a varios amos antes de conocer a Cato y a ti. Casi todos ellos eran hombres venales, ambiciosos y sin escrúpulos que mentían y maquinaban con la misma facilidad con la que respiraban. No recuerdo que se preocuparan nunca por la moralidad de sus acciones o de las órdenes que me daban. Yo me conformaba con seguirles la corriente por la única razón de que me pagaban bien y, de paso, aprendía nuevas habilidades e idiomas". Hizo una pausa. Tu amigo Cato es una excepción interesante. Es un hombre de principios, pero tiene una vena pragmática y no teme ser despiadado cuando es necesario. Me fascina ver si conserva su integridad en caso de que siga subiendo de rango, o si sigue el camino de mis antiguos maestros".

Macro miró al espía. Todo es un juego para ti, ¿verdad? Sentado ahí y mirando como si fuera una obra de teatro barata".

"Teniendo en cuenta lo que sabes de mí y los peligros que hemos compartido, no es muy acertado presentarme como un miembro del público, ¿no te parece?".

Macro pensó en los últimos años y cedió. Tienes razón. Le pido disculpas".

¿Disculparse? Centurión Macro, es un gran honor. Se lo agradezco.

"Sí, bueno, no tientes a la suerte". Macro ladeó la cabeza. Lo que no entiendo es qué ganas con esto. No puede tratarse sólo de preguntarte cómo va a salir el chaval Cato'.

'Oh, pero lo es. Veo muchas similitudes entre él y yo. Si él puede mantener su integridad a pesar de todo, entonces yo puedo aspirar a las mismas cualidades'.

Macro sonrió irónicamente. Un poco tarde para eso, diría yo. Teniendo en cuenta todo lo que ya has hecho".

Te equivocas. Nunca es demasiado tarde. Sólo necesito pruebas de que es posible'.

'No me jodas pero eres un extraño. ¿Por qué no puedes dejar de

pensar y empezar a vivir, eh? Conténtate con comida en la barriga, un techo sobre tu cabeza y una mujer cálida a tu lado'.

"¿Como tú?

A mí me funciona.

Pero yo no soy tú. Nunca lo seré. Tengo otras ambiciones".

Como quieras. Pero no creo que te hagan feliz nunca'.

Apolonio rió entre dientes. "Eso lo averiguaré yo".

'Bueno, buena suerte con eso'. Macro estiró los hombros. Será mejor que volvamos a la colonia. Puedes ayudarme a redactar el plan de las defensas para que pueda presentarlo al senado cuando se reúna mañana por la mañana. No les va a gustar el trastorno ni el coste de las obras, pero espero que tengan el sentido común de ver que es lo mejor". Miró al cielo. Parece que va a llover. Vámonos.

El resto de la mañana se dedicó a redactar los planos de las defensas de la colonia y, por la tarde, llegaron Lucio y Claudia con el perro de Cato, Casio. Se había convertido en rutina que Apolonio enseñara al niño mientras Claudia y Petronella trabajaban juntas en el telar, tejiendo trozos de tela mientras charlaban con Macro, y Parvus se sentaba en un rincón con Cassius a jugar a tirar de una cuerda. Pero aquella tarde, Macro estaba preocupado por la necesidad de poner remedio a las defensas de la colonia y las demás medidas que serían necesarias en caso de problemas. Al final, Petronella no pudo soportar más su humor melancólico, dejó su zarzo y se volvió hacia él.

¿Qué tienes en mente, amante? ¿Es ese asunto con el procurador?

La perspectiva de formar parte del trabajo sucio de Decianus había sido discutida por ellos varias veces desde el regreso de Macro de Londinium.

Tiene que ver con eso, sí. Me preocupa el estado de las defensas de la colonia'.

Petronella frunció el ceño. "¿De verdad crees que nos pueden atacar?

El instinto protector de Macro se puso a la altura de las circunstancias y trató de sonar tranquilizador al responder. Es el soldado que hay en mí. Nos gusta prever cualquier contingencia, por improbable que sea, para que no nos pille por sorpresa. Las murallas de Camulodunum están en un estado espantoso. Ya es hora de que se haga algo con ellas, aunque sólo sea para que no resulten tan desagradables a la vista. Ya has visto las zanjas. Llenas de basura. Y apestan. Tenemos que arreglarlas. Voy a plantear la cuestión cuando el Senado se reúna mañana".

Petronella lo miró fijamente y luego sacudió la cabeza. Puede que seas un buen soldado, Macro, pero eres un mentiroso terrible. Ya veo lo preocupado que estás. Llevas muchos días pensando en esto".

Lo sé, lo siento.

Está bien. Sé que quieres mantenernos a salvo. Pero puedes ser sincero conmigo y con los demás". Señaló a Claudia y Parvus. "¿Crees que Camulodunum está en peligro?

Me temo que sí", admitió. Se están dando todas las condiciones para un levantamiento. El gobernador está decidido a conseguir su victoria en el oeste, aunque eso signifique debilitar su retaguardia. La mala cosecha del año pasado ha dejado a la gente hambrienta, y han tenido dificultades para pagar sus impuestos y tributos. Si van a atacar, lo harán cuando seamos más vulnerables. Es por eso que la colonia tiene que mirar a sus defensas. Antes de que sea demasiado tarde".

Claudia se apartó del marco y se giró sobre su taburete para unirse al intercambio. ¿Y si *es* demasiado tarde? ¿Qué pasa si las defensas no están listas a tiempo?

Entonces habrá que tomar una decisión. O nos quedamos y luchamos, o abandonamos la colonia y nos retiramos a Londinium'.

Sonrió. Tienes el don del soldado para usar un lenguaje ordenado. Dudo que sea una retirada, Macro. Correremos para salvar nuestras vidas. Habrá mujeres, niños y ancianos en el camino. ¿Cómo esperas que se mantengan por delante de un enemigo que busca nuestra sangre?

Entonces esperemos que nos avisen con tiempo. Suficiente para asegurarme de que puedo llevar a la gente a salvo a tiempo".

'¿Y si no puedes y los nativos enemigos nos alcanzan? ¿Hay suficientes veteranos para protegernos?'

Esperemos que sí", respondió Macro.

La mañana siguiente amaneció clara y luminosa, como si anunciara la llegada de la primavera. Los miembros del senado de la colonia entraron en la sala del antiguo cuartel legionario que ahora servía de lugar de reunión para el pequeño cuerpo de veteranos que se ocupaba de las necesidades administrativas de Camulodunum. Eran diez en total, además de Macro, todos antiguos centuriones. Algunos llevaban allí desde la fundación de la colonia y estaban resentidos por el ascenso de Macro a magistrado mayor por su servicio en la Guardia Pretoriana. Se acomodaron en los taburetes dispuestos en arco alrededor de su asiento, y se produjo un suave bullicio mientras intercambiaban saludos y cotilleos mientras la luz se colaba por las ventanas situadas en lo alto de los frontones a cada extremo de la sala. La conversación se apagó cuando Macro y Apolonio salieron de la pequeña cámara situada en uno de los extremos, que servía de despacho al alto funcionario.

Apolonio estaba de pie a un lado, con un rollo de cuero bajo el brazo, mientras Macro se acomodaba en su silla y echaba un vistazo a

los demás miembros del senado. La mayoría eran canosos o calvos, y uno tenía un parche en el ojo, mientras que otros lucían cicatrices en la cara y las extremidades. Cuando los legionarios ascendían a las filas del centurionado, ya habían demostrado ser hombres que lideraban el combate desde el frente y eran los últimos en abandonar el campo en caso de retirada. A los centuriones se les exigía valor y devoción al deber, y se habían ganado con razón la reputación de ser la columna vertebral del ejército romano. Eran hombres a los que se debía respeto, aunque su servicio previo como soldados no fuera garantía de un éxito similar como administradores. En la mayoría de las colonias militares de las que Macro tenía constancia en , el gobierno solía correr a cargo de los secretarios mientras los miembros del senado rememoraban los viejos tiempos tomando vino. Camulodunum no era una excepción, pero esperaba poder inculcarles la urgente necesidad de mejorar las defensas de la colonia.

Se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante. Hermanos, os agradezco a todos vuestra asistencia al consejo de hoy. Comprendo que no debíamos reunirnos hasta finales de mes, pero confío en que comprenderán la importancia de hacerlo cuanto antes después de escuchar lo que tengo que decirles.

Como todos ustedes saben, el gobernador Suetonio se ha embarcado en una campaña en las montañas al oeste de la provincia al frente de un ejército que comprende la mayor parte de las tropas estacionadas en Britannia. Los hombres que ha dejado atrás para guarnecer las ciudades y fortalezas en el resto de la provincia podrían considerarse adecuados en mejores circunstancias. Roma ya ha sido testigo de un levantamiento de una facción de los icenos, cuando Ostorio era gobernador y libraba una guerra contra las tribus de las montañas. Por lo tanto, debemos estar en guardia contra un posible retorno de los elementos rebeldes entre los Trinovantes y los Iceni".

Centurión Macro, ¿me permite? El hombre del parche en el ojo, un veterano de la Novena Legión, levantó una mano y Macro asintió con la cabeza. El levantamiento al que se refiere fue hace más de diez años. Incluso entonces fue un asunto pequeño. No había más que unos cientos de bribones, que causaron pocos daños antes de ser aplastados. Desde entonces, el único problema que hemos tenido fue el asesinato del recaudador de impuestos el año pasado, y eso nunca supuso ningún peligro para la colonia. La verdad es que las tribus que mencionas han aprendido la lección. Saben que si causan algún problema, Suetonio se asegurará de castigarlas cuando termine su campaña. Con todo respeto, no creo que haya nada de lo que debamos preocuparnos'.

Espero sinceramente que tengas razón, Ulpius. Sin embargo, no puedes haber dejado de notar el cambio de actitud entre los lugareños.

Hay algo en el aire'.

'Siempre lo hay con los de su clase. Los bárbaros viven como cerdos y huelen igual de mal'.

Se oyó una suave carcajada y Macro sintió que su temperamento subía de tono.

No obstante, hay motivos de preocupación, y eso debería centrar nuestras mentes en el deplorable estado de las defensas de la colonia".

Macro repasó las deficiencias que él y Apolonio habían observado durante su inspección de lo que quedaba de las fortificaciones. Una vez concluida la inspección, se volvió hacia un lado. "Apolonio, por favor.

Apolonio dejó la piel de cabra curtida en el suelo y la desenrolló para mostrar un mapa de la ciudad con las defensas que Macro proponía. Se levantó de la silla mientras los demás miembros del senado se inclinaban hacia delante para inspeccionar el diagrama, y utilizó su bastón de vid para señalar los detalles mientras hablaba.

Como puedes ver, la colonia ha superado las líneas originales de la fortaleza. La mayor parte de la muralla ha sido derribada y el foso rellenado. En mi opinión, llevaría demasiado tiempo intentar restaurar las estructuras originales, así que propongo que limitemos la extensión de las nuevas fortificaciones a un tamaño que podamos defender fácilmente y que pueda contener a la población de la colonia. Del último censo anual, veo que tenemos ochocientos cincuenta veteranos, con cuatro mil quinientos dependientes, otros seiscientos cincuenta ciudadanos romanos dedicados a negocios, y alrededor de dos mil no ciudadanos, la mayoría de los cuales proceden de las tribus locales. Ocho mil en total. Nuestra prioridad es la protección de los ciudadanos romanos. Con los números que he mencionado, creo que sólo necesitamos dos líneas de defensas para cubrir el terreno abierto entre los ríos. El muelle y los almacenes pueden ser fácilmente fortificados si es necesario y la orilla sur puede ser protegida con estacas. Además, el terreno es demasiado pantanoso para un ataque frontal. Restaurar los fosos y las murallas significará eliminar los edificios construidos sobre las defensas. También necesitaremos una gran fuerza de construcción para llevar a cabo el trabajo".

Ulpius sacudió la cabeza mientras repasaba el diagrama y luego miró a Macro, con el ojo que le quedaba mirándole fijamente con una intensidad penetrante. Esto es una locura. Tu zanja atraviesa mi casa y mi establo. No soy el único. Mira ahí, Stellius. Lo mismo te digo a ti".

El centurión que estaba a su lado se inclinó hacia delante y frunció el ceño. Tiene razón.

¡Silencio! ordenó Macro. Dio un golpecito con la punta de su bastón mientras esperaba a que se callaran. Comprendo que esto no les guste, pero tenemos el deber de proteger a los habitantes de la

colonia en situaciones de emergencia. El Senado lleva años incumpliendo ese deber, y ya es hora de corregirlo. Claro que habrá que derribar algunas casas y negocios, pero los propietarios serán indemnizados".

¿Compensado con qué? preguntó Ulpius. Nuestras reservas no cubrirían más que una fracción de las sumas que habría que pagar. ¿Y qué hay del coste de la mano de obra y los materiales? ¿Vas a arrancar la plata de algún árbol mágico para pagarlo, Centurión Macro? La colonia no puede permitírselo".

Macro se esforzó por contener su mal genio. Entonces tendremos que imponer un nuevo impuesto para pagar las obras. La verdad es que la colonia no puede permitirse *no* mejorar sus defensas. No si su gente valora sus vidas por encima de las protestas de los tacaños".

Ulpius apretó la mandíbula de tal forma que Macro pudo ver los músculos trabajando furiosamente bajo la piel. ¿Cómo te atreves?", espetó a . Te olvidas de ti mismo, Macro. Estás hablando con hombres que han luchado por Roma. Que derramaron sangre por el pueblo de Roma". Levantó el borde de su parche para mostrar la piel arrugada alrededor del vacío donde había estado su ojo. Lo perdí luchando contra Caratacus y su Catuvellauni, así que no te atrevas a sermonearme sobre el valor de la vida".

Varios de los otros veteranos refunfuñaron su apoyo mientras Ulpius dejaba caer el parche en su sitio y se echaba hacia atrás con una fina sonrisa.

Nadie cuestiona tu sacrificio ni el de ninguno de los presentes", respondió Macro. Mi propuesta pretende garantizar que no se sacrifiquen vidas en el futuro. Si no podemos defender la colonia cuando sea necesario, corremos el riesgo de perderlo todo'.

No se trata de *cuándo*, sino de *si*", dijo Ulpius. Y en mi opinión, el peligro de un levantamiento es remoto. Hemos dado una buena paliza a los nativos de la colonia y no volverán a por más si saben lo que les conviene. Sería una completa pérdida de esfuerzo y dinero prepararnos para algo que probablemente nunca ocurrirá".

Apolonio se rió entre dientes. Estoy seguro de que se dijo lo mismo de la posibilidad de que Aníbal cruzara los Alpes en elefante, y sin embargo...".

Ulpius se volvió para mirar brevemente al espía antes de dirigirse a Macro. ¿Quién es?

Este puede hablar por sí mismo", dijo Apolonio con calma.

Ulpius lo ignoró mientras sus labios se alzaban en una mueca de desprecio. ¿Tu esclavo? ¿O tu sirviente? En cualquier caso, deberías enseñar a tus subordinados a ocuparse de sus asuntos en presencia de sus superiores".

¿En qué sentido podrías considerarte mejor que yo? preguntó

Apolonio con expresión inocente.

Ulpius abrió el ojo que le quedaba y giró la cabeza rápidamente. ¿Qué has dicho?

'Creo que tú, y todos los demás, me habéis oído'.

El veterano observó la complexión enjuta de Apolonio. Creo que tengo que darte una lección".

Macro logró intervenir. Este hombre es mi consejero. Es Apolonio de Tarso'.

Ulpius frunció el ceño. Lo dices como si debiera haber oído hablar de él'.

'Permítame decirle que debería estar agradecido de *no haber* oído hablar de él. De lo contrario, no habrías sido tan tonto como para sugerir que podrías darle una lección. Muchos lo han intentado. La mayoría han muerto".

Ulpius volvió a mirar de cerca a la figura sin pretensiones que había junto a Macro y resopló con sorna, pero no volvió a dirigirse a Apolonio.

Tendremos que someterlo al senado de la colonia. Puede que seas el magistrado de mayor rango de la colonia, pero sólo tienes un voto, como el resto de nosotros'.

Es cierto", aceptó Macro. Y por eso lo planteo hoy. Si fuera por mí, ya habría dado la orden de empezar. No creo que tengamos mucho tiempo para preparar las defensas antes de que se necesiten. Si por algún milagro no se produce un levantamiento este año, aumentarán las probabilidades de que lo haya el año que viene, dada la carga que estamos imponiendo a las tribus de esta isla". Hizo una pausa y dejó escapar un profundo suspiro. Al fin y al cabo, el problema es el mismo al que se han enfrentado todos los romanos a lo largo de nuestra larga historia. Si queremos vivir en paz, debemos prepararnos para la guerra. Aunque tengas razón, Ulpius, es mejor que reconstruyamos nuestras defensas y no las necesitemos a que las necesitemos y no las tengamos.'

Ulpius levantó las manos con desdén. Bonitos sentimientos, Macro. Pero intenta decírselo a aquellos cuyas casas y negocios serán demolidos para hacer sitio a tu proyecto favorito. Intenta decírselo en a la gente que tendrá que pagar impuestos más altos para costear las obras. Yo digo que lo sometamos a votación ahora mismo". Se levantó, dio la espalda a Macro y se dirigió a los demás. "¿Los que estén a favor de la propuesta de Macro de gastar dinero en nuevas defensas para la colonia?

Los miembros del Senado permanecieron inmóviles durante unos instantes, hasta que uno de los veteranos levantó la mano, inseguro. Un segundo hizo lo mismo antes de que Ulpius se apresurara a hablar de nuevo. ¿Los que están en contra?

Al instante, los que habían estado sentados más cerca de él levantaron la mano, y el resto de los que aún no habían votado hicieron lo mismo. Ulpius se volvió hacia Macro con expresión triunfante. Ocho a dos contra ti, Macro. O tres, si deseas registrar tu propio voto. Tu propuesta ha sido rechazada". Volvió a su taburete y se sentó con los brazos cruzados. ¿Había algo más en el orden del día?

Macro miró fijamente a Ulpius. Rezo para que tengas razón y para que nunca necesitemos defensas. Rezo para que todos vivamos una vida larga y pacífica y muramos de viejos en nuestras camas. Dicho esto, rezo para que si tú y tus compinches os equivocáis, os vayáis a la tumba atormentados por el conocimiento de que vuestras muertes, y las de vuestras familias, recaen únicamente sobre vuestras conciencias. No es que me consuele que me den la razón. Mi familia y yo pagaremos el mismo precio por su error. Váyanse. Fuera de mi vista.

Ulpius y los demás se dieron la vuelta para abandonar la sala. El primer hombre que había apoyado la propuesta de Macro se quedó atrás.

¿Qué pasa, Vulpino?", preguntó Macro.

Señor, yo soy el responsable de hacer públicos los detalles de estas reuniones. ¿Desea que haga constar el debate y la votación?".

Sí, maldita sea. Haz tu trabajo.

Espera", dijo Apolonio. Se dirigió a Macro en voz baja. ¿Qué sentido tiene? Si se demuestra que tienes razón, los registros arderán con el resto de la colonia. ¿Quién lo sabrá? ¿Cuál es el valor de una victoria tan vacía?

Macro lo miró con expresión sombría antes de tragar saliva y asentir. Puedes irte, Vulpinus. No hace falta que pierdas el tiempo con este asunto'.

Sí, señor. El veterano inclinó la cabeza y salió de la sala. Macro se inclinó hacia delante para echar un último vistazo al diagrama.

Los malditos tontos. Piensan que soy demasiado cauteloso. Demasiado temeroso'.

'Si te sirve de algo, prefiero seguirte a ti al peligro que a todos ellos juntos'.

Macro levantó la vista sorprendido por el cumplido antes de que Apolonio sonriera. Por supuesto, preferiría no tener que seguirte en una situación así".

Te agradezco el detalle. Ahora enrolla eso y vamos a emborracharnos para intentar olvidar esta tontería, al menos durante unas horas".

CAPÍTULO 14

El buen tiempo de continuó durante los días siguientes, con lluvias ocasionales que pasaron rápidamente antes de que el sol volviera a iluminar la colonia y los alrededores. Unos cinco días después de la reunión del Senado, Macro estaba sentado en el jardín de su patio, con los ojos cerrados, disfrutando del calor y escuchando distraídamente el canto de los pájaros y la algarabía de los sonidos de la ciudad: las bromas de la gente que pasaba por la calle, los gritos de los comerciantes, el tintineo de los metalúrgicos y el rumor de las ruedas de los carros. Tras dos días de cavilaciones por no haber conseguido convencer a los demás miembros del Senado, se resigna a esperar que sus temores por la seguridad de la colonia sean exagerados.

Oyó un golpe seco en la puerta principal de la casa. Desde la cocina, donde estaba horneando, Petronella ordenó a Parvus que viera quién estaba en la puerta. Se oyó el tintineo del pesado pestillo de hierro antes de que hablara una voz de hombre. Macro no pudo captar las palabras. Un momento después, Parvus salió al patio. Se detuvo frente a Macro y gesticuló excitado, gruñendo y gimiendo de forma incomprensible.

Más despacio", le ordenó Macro.

¡Peem! Lob a peem abador!'

¿Gente? Macro gimió ante la interrupción de su momento de apacible relajación. Se levantó y siguió a Parvus hasta la puerta. Afuera vio a Vulpinus de pie frente a una pequeña multitud de veteranos y civiles romanos que se habían reunido en la calle.

"¿De qué se trata?", preguntó. "Vulpinus, explícate.

Señor, se ha corrido la voz en la colonia sobre lo que pasó en la reunión del Senado. Yo estaba en la sala cuando llegaron estas personas exigiendo hablar con usted sobre sus planes para mejorar las defensas de Camulodunum".

Macro apretó los dientes. Parecía que Ulpius no se había contentado con ganar la votación, sino que ahora estaba agitando a los habitantes de la colonia, tal vez con la intención de echar a Macro de su puesto de magistrado mayor para poder reclamar el cargo para sí.

Bueno, ¿y qué?", respondió irritado. El Senado ha votado para evitar que paguéis más impuestos. Puede que os cueste la vida, claro, pero al menos no os perjudicará el bolsillo, ¿eh?".

Hubo algunos murmullos de enfado entre la multitud, y entonces un hombre de unos veinte años se adelantó. Mire, Centurión, no queremos preocuparnos de que nos claven un cuchillo por la espalda

si algunos nativos causan problemas. Tengo mujer e hijos. No está bien que el senado haya votado dejarnos indefensos'.

Otros gritaron apoyando su comentario, y las protestas no tardaron en aumentar de volumen. Macro levantó las manos y las agitó para intentar calmar a la multitud, sin éxito.

"A la mierda", murmuró; luego, tomando aire, bramó: "¡SILENCIO, maldita sea!".

La multitud se marchitó al instante bajo su mirada y sus lenguas se callaron. Macro esperó a tener su atención antes de continuar. No puedo ayudaros. No puedo impugnar la votación".

Vulpinus negó con la cabeza. Señor, eso es lo que les dije en la sala . Pero no han venido por eso. No han venido a exigirte que impugnes la votación. Han venido a ofrecerse voluntarios para hacer el trabajo ellos mismos".

¿Qué? Macro frunció el ceño. ¿Voluntarios?

Sí, señor.

El joven que había hablado un momento antes asintió enérgicamente con la cabeza. Si esos políticos no quieren cuidar de nosotros, tendremos que hacerlo nosotros mismos. Soy uno de los albañiles del templo. Tengo las herramientas para el trabajo. Lo mismo ocurre con muchos de los que están aquí. Y hay más gente en toda la colonia que nos ayudará cuando empecemos".

"¡Sí! Un anciano cercano levantó el puño. "Le mostraremos a Ulpius y a esos otros bastardos.

La multitud vitoreó y Vulpinus se volvió hacia Macro con una sonrisa. ¿Qué dice, señor?

Macro sintió un pinchazo en la espalda y miró a Petronella, que miraba ansiosa a la multitud con las manos cubiertas de harina. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Macro la rodeó con un brazo y sonrió mientras le explicaba. Parece que la gente de Camulodunum tiene más sentido común que la mayoría de los que la representan".

Ella asintió. No hay sorpresas, mi amor. Bueno, si vas a arreglar todo esto, lo menos que puedo hacer es darles de comer. Vamos a necesitar una bolsa más grande de harina...

En los días siguientes, Macro y Apolonio organizaron los trabajos que podían realizarse sin derribar edificios: despejar tramos del foso original y reconstruir la muralla. Cada mañana, nuevos reclutas se unían a los equipos que trabajaban para reparar las defensas de la colonia, trayendo sus propias herramientas o las que les habían prestado. Muchos de los veteranos aún conservaban las piquetas de sus días en el ejército, una pieza tan valiosa para un soldado como su espada. Petronella se había encargado de alimentar a los trabajadores, y algunos panaderos y posaderos a los que había

convencido para que se ofrecieran voluntarios montaron una cocina de campaña junto a la zanja. La perspectiva de una buena comida a cambio de trabajo atrajo incluso a algunos miembros de las tribus locales. Macro no pudo evitar esbozar una sonrisa irónica al pensar que las mismas personas que estaban ayudando a reconstruir las defensas de Camulodunum podrían un día estar entre las filas de los que intentaban desbordarlas.

Él y Apolonio trabajaban junto a los voluntarios para limpiar la zanja, desnudos hasta la cintura mientras removían estiércol, fragmentos de cerámica rota y huesos de animales. De vez en cuando, Ulpius o alguno de sus compinches pasaban con expresiones burlonas y meneaban la cabeza ante el espectáculo del magistrado más antiguo de la colonia, sucio hasta las rodillas y manchado de tierra. Macro alzaba la vista, devolviendo las expresiones de desprecio, antes de reanudar su trabajo con renovado empeño, consciente de que quedaban pocos días para que venciera el plazo dado a los icenos para pagar el resto del tributo. Mientras trabajaba, esperaba que su ejemplo y el de los que trabajaban a su lado pudiera avergonzar a los demás magistrados y hacerles cambiar de opinión. Si no cambiaban de opinión, sería imposible terminar la obra, ya que los edificios a horcajadas sobre el nuevo foso que había proyectado no podían ser retirados a menos que el senado accediera a permitirlo. Además, había un límite a lo que se podía hacer sin que se proporcionaran fondos para los materiales de construcción necesarios. Al mismo tiempo, en la ciudad se palpaba una división entre los que percibían la necesidad de prepararse para los problemas y los que se negaban a pagar más impuestos para protegerse mejor.

Hacia finales de mes, el tiempo cambió. Un grueso cinturón de nubes entró por el este y trajo una lluvia helada. Cuando los tramos despejados de la zanja se llenaron de agua, Macro ordenó detener los trabajos hasta que pasara el tiempo húmedo. Mientras tanto, centró su atención en las obras de construcción del complejo del templo. Ataviados con gruesos mantos impregnados de grasa para mantener la lluvia a raya, él y Apolonio inspeccionaron el lugar, donde un puñado de trabajadores seguía ocupándose de las tareas que podían llevarse a cabo incluso bajo el fuerte aguacero que brillaba sobre las grandes piezas de mampostería y las tejas apiladas y convertía el suelo removido en una capa de barro pegajoso que succionaba las botas de los hombres. El muro del recinto estaba casi terminado, con unos dos metros y medio de altura, construido con piedra caliza; sólo faltaba terminar de rematarlo con losas angulares.

Es bastante sólido", observó Macro mientras palmeaba la piedra húmeda. Pero bastante fácil de escalar, a menos que podamos hacerla más alta. Por supuesto, no duraría mucho contra un ariete decente".

Apolonio asintió e hizo una anotación en su tablilla de cera antes de sacudir el agua y cerrarla con un chasquido. Echemos un vistazo al interior".

Avanzaron por la muralla bajo una lluvia torrencial hasta que llegaron a la esquina y se encontraron con la fuerza del viento. Sus capas se desplegaron a su alrededor y ambos hombres se esforzaron por recoger los pliegues y mantenerlos apretados mientras se acercaban a la puerta del recinto. Aunque tenía un arco de aspecto impresionante, la estructura nunca se había diseñado pensando en una fortificación, y la parte superior, a unos seis metros del suelo, era plana y no ofrecía protección a nadie que se parara en ella. Tampoco se había colgado ninguna puerta en las pesadas bisagras de hierro fijadas a la piedra. Los dos hombres se apresuraron a entrar para protegerse del viento y, de espaldas a la muralla, examinaron el lugar y repasaron las observaciones que habían hecho desde la colina de Camulodunum a principios de mes.

El lado positivo es que aquí hay mucho material que podemos utilizar en para construir las defensas del recinto si llega un momento en que lo necesitemos", dijo Macro.

Por otro lado, esos materiales son propiedad del culto imperial que encargó el templo", replicó Apolonio. Si queremos apoderarnos de algo de esto, necesitaremos el permiso del sacerdote del culto en Londinium. ¿Cuánto tiempo llevará?

Macro refunfuñó algo incomprensible ante la pregunta retórica antes de toser. Maldita lluvia. Últimamente siempre me resfrío".

Lamento oírlo", respondió Apolonio mientras volvía a centrar su atención en las piedras apiladas que esperaban a que se les diera forma antes de ser colocadas en posición en el frontón. Si tenemos que utilizar los suministros de los constructores, yo diría que la posibilidad de pedir permiso al culto va a ser un tema delicado".

Macro asintió. En ese caso, pueden emprender acciones legales contra mí cuando se calmen los ánimos, suponiendo que antes encuentren lo que queda de mí".

"¿Sabes cómo va la campaña del gobernador?", preguntó Apolonio.

La última noticia que recibí fue la de un mensajero que me traía las últimas cifras de veteranos que se instalarán aquí el año que viene. Eso fue ayer. Parece que Suetonio dio la orden de marchar hace sólo diez días". Recordó el terreno de su memoria de la lucha en la región e hizo un cálculo rápido. Todavía no habrán penetrado mucho en las montañas. Si están sufriendo el mismo clima que nosotros, la marcha será lenta. Me pregunto cómo le irá a Cato con su nuevo mando'.

'Desearías estar ahí fuera con él, ¿verdad?'

Mejor que tener que lidiar con gente como Ulpius y sacar mierda de una zanja derrumbada. Esperaba tener menos penas cuando colgué

la espada y me retiré del ejército. En hay momentos en los que desearía volver a ponerme el uniforme y estar con los muchachos una vez más".

Puede que tengas que volver a blandir esa espada", dijo Apolonio sombríamente. Ten cuidado con lo que deseas, Macro". Levantó la vista hacia las nubes grises y apartó las gotas de lluvia que le caían en la cara. ¿Te importa si continuamos cuando mejore el tiempo?

"¿Hora del vino caliente?

¿No es siempre así?

Macro se rió y le dio una palmada en el hombro. Me estás gustando, espía. Algún día serás un soldado medio decente".

'Los dioses no lo permitan. He vivido mi vida en desacuerdo con esa gente. No voy a cambiar ahora'.

Volvieron a atravesar el arco y se dirigieron por la calle principal hacia la villa de Macro, en el corazón del asentamiento. A lo lejos, pudieron ver una columna de hombres a pie encabezada por un grupo de jinetes que atravesaba la puerta de Londinium.

"No es el mejor tiempo para estar en el camino", reflexionó Apolonio. Son bastantes. Me pregunto cuál es su negocio en Camulodunum".

El corazón de Macro se hundió al adivinar la identidad de los recién llegados y su razón de estar en la colonia.

Cuando no les separaban más de diez pasos, el jinete que encabezaba la pequeña columna echó el freno y se echó la capucha hacia atrás lo suficiente para ver con claridad lo que le rodeaba y para que Macro le reconociera.

Decianus", murmuró con amargura. Cuando llueve, diluvia, joder".

"¡Vosotros dos! Decianus los señaló. "¿Dónde puedo encontrar al magistrado jefe?

Macro se acercó los últimos pasos antes de echarse hacia atrás su propia capucha. Lo encontró, Procurador.

Decianus enarcó una ceja y se inclinó hacia delante en su silla de montar. Así es. Encantado, centurión Macro. Te tomaba por una especie de jornalero, vadeando este barro con esa capa mugrienta'.

¿Qué quieres?

"Un saludo tan escueto no es apropiado para un funcionario imperial de mi rango".

Macro le devolvió la mirada sin pronunciar palabra mientras la lluvia silbaba a su alrededor. Encogiéndose de hombros, Decianus se enderezó en la silla.

'Quiero refugio para mis hombres, establo para los caballos y comida'.

Macro habría ofrecido a casi cualquier otro visitante la hospitalidad de su propia casa, pero tenía ciertas normas y Decio no

las cumplía. La sala de administración debería ser lo suficientemente grande para tus necesidades. Hay un establo en el patio. En cuanto a la comida, sé dónde puedo conseguir pan fresco, pero te costará'.

'Encárgate de ello entonces.'

"Pago por adelantado".

Decianus metió la mano bajo su capa y sacó una pequeña bolsa de cuero. Se la lanzó a Macro, que la cogió con destreza y abrió los cordones para ver el brillo de la plata en su interior.

'Eso debería cubrir el pan, y algo de carne y queso y vino además. Que tu hombre se encargue de ello. Necesito hablar contigo. Puedes mostrarme el camino a la sala'.

Macro entregó la bolsa a Apolonio y habló en voz baja. Una pequeña fortuna. Asegúrate de que Petronella gaste lo menos posible en estos canallas y se quede con el resto. Ella puede usar el pan duro".

Seguro que sí. ¿Desea que me reúna con usted en el vestíbulo después?

No. Dudo que haya sorpresas.

Mientras el espía se alejaba, Macro se volvió hacia Decianus y su columna de empleados y guardaespaldas de aspecto desaliñado. Seguidme.

La sala se llenó de los ruidos de los hombres de Decianus mientras encontraban un lugar para su equipo y se disponían a encender los braseros para entrar en calor y empezar a secar sus ropas. A Macro le complació ver al procurador estremecerse mientras arrojaba su capa empapada en brazos de uno de sus guardaespaldas.

"¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

Macro señaló con la cabeza la puerta del despacho asignado al magistrado decano. Ahí dentro.

Decianus abrió la puerta y echó un vistazo a la pequeña habitación. Servirá". Señaló con la cabeza el brasero del rincón, con su pequeña reserva de leña y troncos partidos a un lado. Será mejor que lo pongas en marcha, centurión. Estoy helado hasta los huesos".

Macro se negó a dejarse incitar por su superior. Se dirigió a la puerta y llamó al empleado más cercano. Usted. Ven aquí. Enciende el fuego para el procurador'. Se hizo a un lado para dejar paso al hombre, cuya túnica mojada se le pegó mientras se ponía manos a la obra.

Una vez que el secretario hubo abandonado la sala, Decianus permaneció de pie frente al brasero, con las llamas iluminando su rostro y sus manos extendidas en un suave tono rojo sangre. Macro miró la cabeza abovedada y los ojos intensos del procurador con desagrado, mientras recordaba la vez en que Decianus se había alejado de Macro y de un grupo de veteranos, dejándoles enfrentarse a un conflicto desesperado que el procurador había provocado. Sí que

había sangre en las manos de Decio, reflexionó Macro con amargura mientras maldecía las órdenes del gobernador de obedecer a aquel hombre.

"Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? Decianus lo miró.

Puedo adivinarlo.

'Es hora de hacer una visita a nuestros amigos icenos y sujetarles los pies a las llamas para asegurarnos de que pagan el resto del tributo'.

Esperemos que no llegue a eso. Esperemos que hayan conseguido encontrar la suma que deben y entonces no habrá necesidad de problemas". Macro se acercó un poco más. Problemas que causaste la última vez que saliste de detrás de tu escritorio en Londinium".

"¿Todavía me pides cuentas por esa pequeña escaramuza tuya?

Buenos hombres murieron por tu culpa. Eso nunca se olvidará, ni se perdonará, mientras yo, o cualquiera de los veteranos implicados, siga vivo'.

'Es una lástima, Centurión. A veces se cometen errores, y eso es lamentable. Pero ambos debemos hacer el trabajo que el gobernador nos asignó ahora. Voy a contar con tus habilidades y tu obediencia en los próximos días. Sería mejor que no me defraudaras".

'Haré lo que deba'.

Sí, lo harás. Decianus lo miró con dureza. Y si me das el más mínimo motivo de insatisfacción, puedes estar seguro de que se incluirá en los informes que presente al gobernador y al palacio imperial".

'Presentaré mi propia cuenta si es necesario', respondió Macro. Como he dicho, esperemos que los icenos paguen y puedas seguir tu camino tranquilamente".

Decianus se echó a reír. "¿De verdad crees que serán capaces de reunir la suma que deben?

Será difícil", reconoció Macro. Pero si no pueden, ¿qué pasará?

'Entonces tendremos que ejecutar la voluntad del difunto rey Prasutagus y apoderarnos de lo que queda pendiente. En cuyo caso, necesitaré algo de músculo para respaldar mis demandas. Ahí es donde entráis tú y tus veteranos. Ya tengo cincuenta auxiliares extraídos de la guarnición de Londinium. Te necesito a ti y a cien de tus veteranos para asegurar que los Iceni no tengan ideas tontas de disputar cualquier reclamo que yo haga sobre su propiedad. Una demostración de fuerza pondrá a esos bárbaros a raya y se asegurará de que no haya problemas".

¿Cien? Vamos allí a saldar una cuenta, no a invadir el maldito lugar'.

Te ordeno que me proporciones cien de tus veteranos. Encárgate de ello.

¿Algún otro requisito?

'Si se me ocurre alguna, te lo haré saber'.

"¿Y cuándo nos necesitas listos?

Decianus esbozó una de sus frías sonrisas. Mañana por la mañana estará bien. Será mejor que acabemos con este asunto cuanto antes".

CAPÍTULO 15

La columna había cruzado la frontera hacia territorio ordovícico el último día de marzo. El sol había salido y brillaba en un cielo despejado. Una pantalla de patrullas de caballería de la Octava Iliria encabezaba la marcha, explorando el terreno y buscando señales del enemigo. Tras ellos marchaba el resto del nuevo mando de Cato, los hombres a caballo restantes a la cabeza de la columna, seguidos por la infantería y la modesta caravana de mulas cargadas y pequeños carros que transportaban tiendas, pienso y raciones. Cien pasos por detrás de la retaguardia de la cohorte marchaba la primera de las cohortes legionarias, infantería pesada cargada con sus armaduras y armas, mientras sus grandes escudos y el resto del equipo colgaban de los yugos sujetos a sus hombros.

Después de muchos meses en los cuarteles de invierno preparándose para la campaña, los hombres se sentían aliviados por no tener que seguir encerrados en el campamento y estaban entusiasmados con la perspectiva de la acción y el botín que iban a ganar. Estaban animados cuando salieron por la ruta que conducía de Viroconio a las colinas. Cato recordó sus primeros días en el ejército y la emoción de vestir el uniforme y cargar con el equipo mientras marchaba junto a sus camaradas, ansioso por poner a prueba su entrenamiento. Entonces, nada parecía imposible, y la vejez y la perspectiva de la muerte, o peor aún, una lesión que le incapacitara, habían estado muy lejos de su mente. El recuerdo de una época que nunca podría recuperar le tentaba y se burlaba de él, y se obligó a volver a la forma de pensar alerta y calculadora que había adoptado como hábito. Más de quince años de experiencia le decían que la euforia de los hombres que partían a la guerra no sobreviviría por mucho tiempo a días de agotadora marcha, a la incomodidad de acampar a la intemperie, a la inevitable escasez de raciones y, una vez comenzada la lucha, a la pérdida de camaradas a los que habían llegado a considerar más cercanos que hermanos.

Desde algún lugar de las filas de la unidad de vanguardia de la legión que marchaba detrás de ellos, una voz empezó a entonar una canción popular de marcha y, en unos instantes, sus camaradas inmediatos se habían unido antes de que el canto se extendiera al resto de la cohorte. La letra y el estruendo de las botas de marcha clavadas en el pedregoso camino resonaban en las rocosas laderas de las colinas situadas a ambos lados.

Cato se giró sobre su montura para mirar atrás con una sonrisa afectuosa mientras hablaba con Galerio, que marchaba a su lado.

¿Oyes eso, Centurión? Creo que nuestros hombres podrían hacerlo mejor'.

Galerius se rió y asintió. Creo que sí, señor.

Se apartó de la pista y se volvió hacia los auxiliares que pasaban a zancadas, respiró hondo y se lanzó a cantar otra canción de marcha. Los hombres se unieron rápidamente y cantaron con entusiasmo.

Los soldados de Roma,
No conocen hogar,
A través de la montaña y el río embravecido,
Vienen de muy lejos.
En la pizarra hacen su signo
Luego fórmense y hagan cola.
Convertirse en hermanos para toda la vida
A través de la batalla y la lucha,
Cantando en tiempos buenos y malos:
"¡El mejor puto trabajo que he tenido nunca!

Los auxiliares rugieron la última línea y luego rieron a carcajadas. Detrás de ellos, la cohorte legionaria respondió cantando más alto, y los hombres de la Octava volvieron a alzar la voz, acompasando el ritmo a su marcha mientras se esforzaban por superar a los legionarios.

Galerio los dejó solos y trotó a lo largo de la línea para reunirse con Cato. Los dos oficiales compartieron una sonrisa.

Están de buen humor", observó Cato.

Sí, señor. ¿Quién no lo estaría en un buen día como este? Después de todo el frío y la lluvia y de estar encerrados en barracones, por fin estamos de camino a Mona'.

La mención de la guarida del culto druida hizo que la sonrisa de Cato se desvaneciera al recordar a los druidas con los que había luchado en el pasado y su feroz odio hacia Roma. Las atrocidades de ambos bandos aún le helaban hasta los huesos.

"¿Has luchado contra ellos antes?" le preguntó a Galerio. ¿Los Druidas?

No, señor. Había rumores de druidas entre las tribus del Rhenus, pero nunca vi a ninguno. He oído que echan espuma por la boca como si estuvieran poseídos por espíritus malignos, y que pueden luchar con la fuerza de diez hombres y usar magia contra sus enemigos. Pero usted seguramente sabrá más de eso que yo, señor, dados los años que lleva sirviendo en Britannia'.

Son fanáticos", respondió Cato, "pero luchan, sangran y mueren como el resto de nosotros. No he visto pruebas de su magia, pero ayuda a su causa que sus seguidores crean que pueden lanzar hechizos. Ayuda aún más si sus enemigos también lo creen. Así que no le demos importancia a esas tonterías, ¿eh? Si oyes esos rumores en la

cohorte, intervén y corrige a los hombres. No quiero que salten sobre las sombras. ¿Entendido?

Sí, señor.

Bien. Cato cabalgó en silencio un momento antes de volver a hablar. Voy a alcanzar a Tubero. Tú toma el mando aquí'.

Intercambiaron un saludo y Cato impulsó a su caballo al galope, adelantándose a la infantería y luego a los hombres que habían desmontado para caminar con sus caballos por la áspera pista. A media milla de distancia, pudo ver uno de los escuadrones en lo alto de una colina junto a la pista. El estandarte del contingente de caballería era claramente visible contra el cielo, marcando la posición donde se encontraría Tubero. Apartando su montura del camino, Cato subió la pendiente y se detuvo junto al centurión y su portaestandarte.

Buenos días, señor", le saluda Tubero. Ha llegado en un momento oportuno. Hemos avistado al enemigo por primera vez". Levantó el brazo y señaló hacia una cresta paralela a la pista, a más de una milla de distancia.

Cato forzó la vista, escudriñando las rocas y los macizos de arbustos y árboles esparcidos por el terreno que se alejaba de la línea de la cresta. Entonces los vio mientras cambiaban de posición: varios hombres montados en ponis.

Los veo.

¿Qué debemos hacer, señor? Puedo enviar una patrulla tras ellos. Podríamos tomar algunos prisioneros.

Lo dudo. Conocen el terreno y probablemente evadirían cualquier intento de llevarlos a tierra. Son demasiado pocos para hacer daño. Harán lo mismo que tú, Tubero, vigilando sus fuerzas e informando de nuestros movimientos a sus jefes. La iniciativa la tienen ellos por ahora. Mantén un ojo en ellos, y ver si hay más. Si ves algún grupo de más de cincuenta hombres, avísame".

Sí, señor.

Cato centró su atención en el camino que la columna romana seguía serpenteando hacia las montañas. Dos millas más adelante, la cresta por encima de la ladera donde había visto a los exploradores ordovícicos se curvaba suavemente hacia el norte, cerrándose en otra cresta a la derecha de la pista y creando un estrecho desfiladero. Los pinos y la espesa maleza crecían cerca a ambos lados.

No me gusta el aspecto que tiene. Llamó la atención de Tubero sobre el lugar. Buen sitio para una emboscada. Envía un escuadrón a ocupar la cresta a cada lado y avanza por ella hasta el final. Que informen de cualquier cosa sospechosa".

Tubero escudriñó las crestas. 'No lo sé, señor. Parece un terreno difícil para los caballos".

'Difícil o no, los quiero allí arriba antes de que el resto de la

cohorte llegue al desfiladero', dijo Cato con firmeza.

El centurión dio las órdenes mientras Cato seguía observando el paisaje que les rodeaba. Pronto divisó más enemigos en cada flanco, observando a los romanos desde lo alto de las colinas, a varios kilómetros de distancia. Las diminutas figuras estaban tan quietas que se preguntó si no serían maniquíes colocados para inquietarles o alejar a las patrullas de la columna principal.

Los mensajeros de Tubero descendieron la colina hacia dos de las patrullas que barrían las laderas sembradas de cantos rodados y bosquecillos a ambos lados. En cuanto se dieron las nuevas instrucciones, los decuriones al mando de las patrullas hicieron girar a sus hombres y comenzaron la ardua ascensión a las crestas, desmontando de vez en cuando para guiar a sus monturas por un terreno demasiado peligroso como para arriesgarse a cabalgar sobre él. La cabeza de la Octava Cohorte había llegado a la altura de la colina, y Cato estaba a punto de descender y reunirse con la columna en cuando uno de los hombres de Tubero extendió el brazo y señaló hacia delante.

¡Señor! Allá abajo. ¡El enemigo!

Cato se irguió sobre la silla mientras sus ojos seguían la dirección que indicaba el auxiliar. Una veintena de hombres vestidos con capas y polainas ligeras y armados con lanzas habían salido de un grupo de rocas desordenadas junto a la pista y corrían por ella hacia el barranco. Tubero se volvió hacia Cato. Señor. El honor del primer contacto es nuestro. ¿Cuáles son sus órdenes?

Cato observaba cómo el enemigo corría a refugiarse en los árboles que bordeaban el barranco. Una veintena de hombres a pie no iban a ser rival para el escuadrón de treinta de Tubero. Había que hacer prisioneros e interrogarlos para obtener información antes de atarlos y enviarlos de vuelta a un corral en Viroconium y, finalmente, venderlos como esclavos. Sería bueno para la moral de los hombres una victoria tan fácil, tan rápida, por insignificante que fuera.

¿Señor? le apremió Tubero. El enemigo se acercaba a los árboles y la oportunidad de tomarlos podría perderse si Cato actuaba con demasiada lentitud.

Muy bien. Asintió con la cabeza. Si podéis alcanzarlos antes de que lleguen a los árboles, cogedlos. Si no, déjalos ir y espera a que la columna los alcance. No correremos riesgos tontos. ¡Adelante!

Los hombres de Tubero observaban ansiosos, y en cuanto su centurión levantó el brazo, impulsaron a sus monturas hacia delante.

¡Primer escuadrón! ¡Sobre mí!

Tubero bajó a galope su caballo por la ladera y sus hombres le siguieron, desparramándose por ambos flancos. Cato estuvo tentado de cargar con ellos, pero sabía que su deber era permanecer al mando

de la vanguardia del ejército en lugar de salir corriendo para unirse a la cacería. En cualquier caso, parecía que el enemigo contaba con una ventaja suficiente para llegar a los árboles antes de que los alcanzaran los auxiliares. Confiaba en que el centurión obedeciera sus órdenes y suspendiera la persecución en cuanto el enemigo desapareciera. De lo contrario, le daría una reprimenda pública delante del resto de los oficiales una vez que la columna se hubiera detenido y acampado para pasar la noche.

Los jinetes llegaron al pie de la colina y se lanzaron a campo abierto mientras corrían para alcanzar a los guerreros ordovícicos. Al cabo de unos instantes, Cato pudo comprobar que la carrera estaba perdida. El enemigo casi había llegado al lugar donde el camino pasaba entre los pinos que crecían en bosquecillos a ambos lados, entremezclados con arbustos y pardas manchas de helecho. De un momento a otro, iban a desviarse y correr al abrigo de los árboles para escapar. Pero, en lugar de eso, siguieron corriendo a lo largo de la pista, mirando con frecuencia hacia atrás, hacia los jinetes que se les echaban encima. Cien pasos por delante de ellos, la pista se curvó en dirección al desfiladero y se perdió de vista.

Al instante, Cato se maldijo por no haber sido más específico en las órdenes que había dado a Tubero. Aún cabía la posibilidad de que el centurión tuviera la sensatez de suspender la persecución, pero Cato se dio cuenta de lo difícil que era para los soldados de caballería abandonar la persecución cuando el enemigo huía ante ellos. Tenían la sangre a flor de piel y era necesario un alto grado de disciplina y autocontrol para detenerse. Cuando los ordovicios corrieron hacia el recodo de la pista y empezaron a desaparecer uno a uno, Tubero y sus hombres se cerraron en columna y continuaron la persecución. Cato sintió que se le revolvían las tripas de ansiedad, esperando que los árboles arrojaran cientos de guerreros en cualquier momento para estrellarse contra los flancos de los auxiliares, pero no había señales de movimiento en las sombras. Sin embargo, su alivio fue momentáneo al comprender la verdadera naturaleza de la astucia del enemigo.

Cuando Tubero y sus hombres se lanzaron por la pista hacia la curva y se perdieron de vista, Cato susurró: "Mierda...". Luego hizo girar su caballo y galopó ladera abajo hacia los hombres que conducían los caballos a la cabeza de la Octava Cohorte.

"¡Montad!", gritó al acercarse. "¡Monten!

Los auxiliares se subieron a sus monturas y prepararon sus escudos y riendas mientras esperaban la siguiente orden.

Cato se dirigió hacia Galerio, que había detenido a la infantería a poca distancia detrás de la retaguardia del contingente montado.

¿Qué pasa, señor?

Cato decidió que no había tiempo para explicaciones. "Tan pronto como me lleve la caballería hacia adelante, usted trae el resto de la cohorte, formación cerrada.

Señor, yo no...

Hazlo". Hizo girar a su montura hacia delante y pisó a fondo el acelerador, galopando junto a la larga hilera de hombres montados y deteniéndose antes de girar sobre sí mismo para enfrentarse a ellos. Obedeceréis mis órdenes al pie de la letra. No perseguiréis a ningún enemigo sin que yo os lo ordene. ¡Adelante!

Dio un tirón de las riendas para poner a su caballo al galope, y los otros dos escuadrones de hombres montados avanzaron tras él, avanzando a toda velocidad por la pista en dirección al desfiladero. Cato se encorvó hacia delante, agarrando las riendas y apretando los muslos contra los flancos de su montura mientras los cuernos de ésta le sujetaban firmemente la cintura. No veía ni rastro de los hombres de Tubero, ni del enemigo, y se sentía enfermo de ansiedad. Debería haber sido más claro con el centurión y haberle prohibido cualquier forma de persecución temeraria del enemigo.

A medida que los árboles y la maleza se cerraban a ambos lados del camino, miró a izquierda y derecha, pero no había ningún movimiento entre las sombras desde donde había temido en un primer momento que el enemigo pudiera tender una emboscada. Instó a su montura a seguir adelante, tranquilizado por el sonido de los cascos de los jinetes que le seguían de cerca. Cuando no estaba a más de cien pasos de la curva, apareció un caballo sin jinete. Tenía una salpicadura de sangre en el flanco y la silla de montar estaba torcida, lo que desequilibraba al caballo, que se desviaba, se enderezaba y volvía a desviarse mientras galopaba hacia Cato y los jinetes que venían detrás. Cato tuvo tiempo de apartar a su montura, pero el jinete que venía detrás no tuvo tanta suerte. Los cuernos de la montura del caballo que venía en dirección contraria alcanzaron a los suyos e hicieron girar a ambos animales antes de que cayeran hacia un lado, aplastando al jinete bajo ellos. Cato le dedicó una rápida mirada, pero no había nada que hacer por él. El resto de los jinetes se apresuraron a tirar de las riendas para esquivar a los animales que se retorcían y mantenerse alejados de sus cascos.

Al llegar a la curva de la pista, vio al escuadrón de Tubero cincuenta pasos por delante, luchando por sus vidas. Los guerreros ordovícicos a pie corrían entre ellos, empujando con lanzas y cortando con sus largas espadas celtas. Más allá de la masa hirviente, un abatis toscamente cortado bloqueaba el camino. Uno de los auxiliares intentaba liberar su escudo del agarre de un emboscador y levantó la espada para golpear al hombre. Pero no llegó a asestar el golpe, ya que le clavaron la espada por detrás entre los omóplatos. El impacto le

hizo abrir los brazos antes de ser arrancado de la silla y caer al suelo, donde fue masacrado por los miembros de la tribu.

Cato desenvainó su espada corta y la sostuvo a un lado, listo para empujar o cortar según fuera necesario. Tubero y varios de sus hombres estaban reunidos en torno al estandarte, luchando salvajemente por mantenerlo alejado del enemigo. La distancia hasta la escaramuza se acortó en pocos latidos, y Cato levantó la espada mientras elegía su objetivo: un guerrero de gran tamaño de que lucía un reluciente casco romano, trofeo de una de las fallidas campañas del pasado. La atención del hombre ya había sido atraída por el estruendo de los cascos cuando Cato y los demás auxiliares se lanzaron al combate. Ahora se giró y se preparó, levantando su escudo y apuntando con su lanza a la cintura de Cato cuando el romano cargó hacia él.

Sin escudo que le protegiera, Cato apretó los dientes mientras se acercaba. En el último momento, tiró bruscamente de las riendas y el caballo se tambaleó hacia un lado, lanzando la grupa hacia el guerrero, que se vio obligado a apartarse de un salto antes de que pudiera atacar. Cato se retorció y lanzó un tajo con su espada, pero su oponente era demasiado rápido y la hoja cortó el aire por encima del casco inclinado del hombre. Espoleando a su caballo, eligió a otro enemigo, que fue abatido de un golpe en el cuello incluso antes de darse cuenta del peligro. Cada vez más auxiliares participaban en la lucha, abatiendo a los guerreros ordovícicos a medida que la balanza se inclinaba a favor de los romanos.

Al otro lado de la escaramuza, Cato vio a un guerrero con una capa verde brillante a la cabeza de varios hombres que llevaban cotas de malla y cascos. El guerrero se volvió para gritar una orden, y uno de sus hombres se llevó un cuerno a los labios y emitió un estridente aullido que se entremezcló con el ruido de las espadas, los relinchos y resoplidos de los caballos y el rechinar de cascos y pies sobre las piedras sueltas del camino. Al instante, el enemigo rompió el contacto y retrocedió antes de darse la vuelta para correr hacia los árboles del lado izquierdo de la pista. El guerrero enemigo -su líder, comprendió Cato-esperó un momento y luego hizo un gesto al grupo de hombres que lo acompañaban para que se dirigieran hacia la arboleda. En unos pocos latidos, el enemigo había desaparecido; sólo se veían sombras que revoloteaban bajo los árboles y nada más. Los jinetes romanos miraron un momento a su alrededor con las armas en alto por si volvían, pero no había rastro de ellos en la repentina calma que reinaba a lo largo del camino.

Cato dio unas palmaditas a su caballo para calmarlo y habló con suavidad antes de gritar: "¡Llevad a los heridos a la retaguardia! Recoged a nuestros muertos". Miró a su alrededor. ¡Centurión Tubero!

Ven conmigo'.

El comandante del contingente de caballería envainó su espada y se acercó con su caballo. "¿Señor?

No había necesidad de preguntar qué había ocurrido; todo estaba demasiado claro. El enemigo había atraído a las tropas auxiliares a lo largo de la pista, la base se había colocado en su sitio y los guerreros habían irrumpido a cubierto por ambos flancos y les habían cortado el paso.

Cato envainó su espada y miró al centurión. "Tus órdenes eran no perseguirlos hasta los árboles".

Tubero aún respiraba con dificultad por el esfuerzo y tenía la cara enrojecida. Señor, no los perseguí hasta los árboles. Huyeron por la pista y...

"¡No discutas conmigo! interrumpió Cato. Mis órdenes fueron lo suficientemente claras. Nada de riesgos. Pero tú seguiste adelante y caíste en su trampa".

Señor, casi los tenemos", protestó Tubero.

¿Casi? No hubo casi, tío. Te atrajeron y mordiste el anzuelo como el más novato de los oficiales. Como resultado, has perdido a varios hombres". Cato miró más allá del centurión hacia donde sus hombres estaban dejando a las bajas a un lado de la vía. Contó rápidamente. Ocho muertos y otros heridos. Si no hubiera venido con el resto del contingente montado, es probable que tú y todos tus hombres estuvierais muertos o prisioneros. Y créeme, ser hecho prisionero por los Ordovicios y sus aliados Druidas es a menudo un destino peor que la muerte. Todo porque te apresuraste.

Tubero bajó la mirada. Hizo ademán de responder, pero cerró la boca.

"Cierra tu escuadrón y espera a que la infantería te alcance".

Sí, señor.

Cato bajó la voz y se inclinó un poco más cerca. Le doy a mis oficiales una advertencia, Tubero. Si vuelves a cagarla así, serás sustituido. No permitiré que los hombres de mi cohorte corran peligro innecesariamente. ¿Está claro?

Sí, señor.

"Retírese".

Tubero volvió a su estandarte y dio orden de que los hombres que quedaban montaran en columna de dos en dos, excepto los que estaban ayudando a los heridos a volver en dirección al tren de equipajes de la cohorte, y que la sección se abriera paso por encima del enemigo caído para rematar a los que seguían vivos con rápidas estocadas en la garganta o el corazón. Las monturas de los heridos fueron recogidas y puestas al cuidado de dos auxiliares desmontados.

Hubo un tenso retraso mientras los jinetes esperaban a que el

centurión Galerio y la infantería llegaran hasta ellos. A ambos lados se alzaban las laderas cubiertas de pinos, y Cato sintió un cosquilleo en la nuca mientras buscaba cualquier señal de movimiento por si el enemigo había decidido reanudar el ataque. Pero todo estaba en silencio, salvo el arrastrar y resoplar de los caballos. Los hombres miraban a su alrededor con ansiedad, manteniendo sus escudos preparados mientras sus manos derechas descansaban en los pomos de sus espadas, preparados para desenvainar sus armas en el instante en que se diera la orden.

Por fin oyeron el ruido de botas, y Galerio apareció con el escudo pegado al cuerpo, guiando a las seis centurias de hombres por la curva. Se detuvo mientras Cato trotaba a su encuentro.

'La primera sangre para el enemigo', comentó al ver a los auxiliares muertos junto a la vía.

'Los honores fueron bastante parejos'. Cato indicó los cuerpos enemigos que aún quedaban en la pista. 'Pero nos dieron una desagradable sorpresa . Espero que Tubero y sus hombres hayan aprendido la lección. Ahora estamos en territorio enemigo. Conocen esta tierra y saben cómo luchar mejor contra las legiones. Podemos esperar que vuelvan a intentar este tipo de emboscadas, y los oficiales y hombres de esta cohorte van a tener que actuar con más cautela si queremos evitar cometer errores. Se supone que la Octava Iliria es una de las mejores cohortes del ejército. No dudo del coraje de los hombres, pero el coraje que no está templado por la disciplina y la cautela es peligroso. Especialmente cuando nos enfrentamos a los guerreros de estas montañas. Los hombres que luchan por su libertad tienen poco que perder. Necesito que usted y el resto de los oficiales lo entiendan".

Galerio inclinó la cabeza. Sí, señor. Me aseguraré de que se corra la voz en la cadena de mando".

Muy bien. A Cato no le gustó pronunciar el breve sermón ante su centurión superior, pero era importante que su mensaje y el razonamiento que lo sustentaba penetraran hasta el rango más bajo.

Se dio la vuelta para examinar las laderas que se extendían hasta las crestas. La arboleda daba paso a un terreno rocoso a no más de doscientos pasos a cada lado. Más allá, cerca de la línea del horizonte, podía ver a los jinetes de las dos patrullas que había enviado antes, montados de nuevo y avanzando con cuidado. Un kilómetro y medio más adelante, la cresta de la izquierda daba paso a unos riscos, y allí podía ver figuras lejanas. Decenas de ellas. Más que suficientes para bloquear la patrulla. Desviando la mirada hacia la cresta opuesta, pudo distinguir un grupo de tamaño similar. Siempre que no hubiera más enemigos escondidos cerca, las dos fuerzas no representaban un gran obstáculo para su infantería. Si se mantenían en pie y luchaban,

los apartarían. Si huían, como esperaba que hicieran, causaría un fastidioso retraso. Que era lo que pretendían los Ordovices, supuso, dándoles tiempo para avisar a sus dispersos pueblos tribales del avance romano y permitiendo a sus guerreros concentrarse y dar batalla. Si conseguían retrasar y hostigar a la columna romana, y cortar sus líneas de comunicación, Suetonio se vería obligado a dejar hombres atrás para proteger las columnas de suministros que venían de Viroconio. Con las fuerzas romanas así debilitadas, las probabilidades mejorarían para los Ordovices y sus aliados.

Sus pensamientos volvieron a la situación inmediata. Sería necesario despejar el bosque a ambos lados de la pista de cualquier enemigo restante para no impedir el avance de la columna principal. Una vez superado el desfiladero y la pista volviera a salir a campo abierto, podría volver a formar la cohorte a la cabeza de la columna.

'Galerio, quiero que las tres primeras centurias formen una línea por la ladera a la izquierda, el resto de la infantería a la derecha. Cuando la línea esté lista, debes avanzar hasta que despejes esos árboles. Si ven o se enfrentan al enemigo, quiero que me envíen un informe de inmediato. Avanzaré con la caballería por esta pista en tándem hasta que lleguemos al otro lado del desfiladero y salgamos de los árboles. Encárgate de ello.

Sí, señor.

Se transmitieron las órdenes, y los hombres más destacados de la Primera Centuria giraron y se internaron entre los pinos. Cato oyó el sordo crujido de la maleza pisoteada y el chasquido de ramitas y pequeñas ramas cuando los auxiliares treparon por la ladera. Las dos centurias siguientes siguieron su ejemplo antes de que las demás unidades se adentraran en los árboles de la derecha. Cuando todo estuvo listo, Cato dio la orden de avanzar. La caballería avanzaba lentamente, deteniéndose con frecuencia para que la infantería pudiera seguir el ritmo. Era un proceso laborioso, admitió, pero la única forma de garantizar que la columna pudiera atravesar el desfiladero sin ataques de hostigamiento desde la cobertura de los árboles.

La pista se inclinaba suavemente a medida que las crestas se cerraban a ambos lados. Los árboles empezaron a ralear y, por primera vez, Cato vislumbró a sus hombres en campo abierto. No se oía ningún combate ni había noticias de contacto con el enemigo. El ritmo del avance se había acelerado notablemente, y se sintió aliviado ante la perspectiva de no retrasar el avance de la columna principal. Se volvió para llamar por encima del hombro.

"¡Primera tropa, Primer Escuadrón, conmigo!

Instó a su caballo a trotar suavemente y los ocho hombres de la tropa le siguieron de cerca. A un kilómetro y medio de la pista, se

produjo una fuerte subida y el desfiladero se estrechó, con acantilados y rocas en la cima y laderas de pedregal por debajo. Cato esperaba que la elevación del terreno proporcionara un buen punto de vista desde el que ver la ruta que quedaba por delante, y tal vez encontrar suficiente terreno abierto en el que acampar para pasar la noche.

Espoleó a su caballo hasta lo alto de la subida, tiró con fuerza de las riendas y se detuvo bruscamente. Doscientos pasos más adelante, donde el desfiladero era más estrecho, se había levantado un tosco muro de piedra sobre el terreno abierto. Delante había una zanja, aunque no era posible ver su profundidad. En medio de la muralla se alzaba un reducto de unos doce metros de ancho. Pudo ver que la muralla estaba forrada de hombres y erizada de lanzas y arcos. Muchos cascos brillaban a la luz del sol de la tarde y un largo estandarte rojo ondeaba con la brisa. Cuando los guerreros divisaron a Cato y a su tropa montada, lanzaron un fuerte rugido que resonó en las laderas de las escarpadas laderas de ambos lados.

Cato levantó una mano en señal de saludo. "Así que, amigos míos", murmuró, "aquí es donde empieza en serio".

CAPÍTULO 16

¿Qué estás esperando, Prefecto Cato? Preguntó el gobernador Suetonio. 'Quita a esa chusma de mi camino para que la columna pueda avanzar'.

Estaban en la cima de la colina por la que Cato había subido casi una hora antes. Cerca de ellos, un oficial de Estado Mayor sujetaba sus caballos. Diez de los guardaespaldas de Suetonio estaban apostados treinta pasos por delante, frente a la muralla enemiga. Detrás de ellos, justo debajo de la elevación, la Octava Cohorte estaba dispuesta en línea de batalla: la infantería en el centro y la caballería en las alas. Los lanzavirotes de la cohorte, montados en carros, se habían adelantado y se colocaban a ambos lados de los dos oficiales. La tripulación había quitado las fundas de cuero y estaba montando las armas y preparando la munición. Debido a la escasa anchura de las defensas enemigas, no más de cien pasos de extremo a extremo, los hombres y jinetes de la cohorte se encontraban en filas profundas, esperando órdenes.

Cato indicó los riscos. He enviado dos escuadrones para despejar al enemigo de los riscos a cada lado. Debería estar hecho muy pronto, señor'.

Suetonio entrecerró los ojos a la luz del sol. No veo a nadie.

"Sin embargo, el enemigo tiene hombres allí arriba, señor. Honderos y arqueros.

¿Cómo puedes estar seguro de eso?

Cato señaló el terreno cubierto de hierba a medio camino entre ellos y la muralla. Se veían los cuerpos de tres auxiliares y un caballo. El caballo seguía vivo y de vez en cuando daba débiles coces. Me adelanté con una tropa para ver más de cerca. Tuvimos suerte de que el enemigo no tuviera la disciplina de esperar a que estuviéramos a tiro, de lo contrario habríamos perdido más hombres. Si mi cohorte intenta un ataque frontal mientras los Ordovices aún mantienen las alturas, nuestras pérdidas serán cuantiosas incluso antes de llegar al foso.'

Suetonio consideró la situación con expresión frustrada. Cato comprendía su estado de ánimo. Era el dilema al que se enfrentaban todos los comandantes que se adentraban en territorio enemigo: equilibrar la necesidad de seguir avanzando con la de asumir riesgos que costaran la vida a los hombres.

Muy bien. El gobernador tomó una decisión. 'Esperaremos un poco más, pero si no hay señales de que tus flanqueadores hayan hecho su trabajo para entonces, guiarás a tus hombres hacia adelante y tomarás

ese muro.'

A pesar de sus reservas, Cato no podía hacer otra cosa que aceptar la orden.

Sí, señor. Como ordene.

Suetonio lo miró de cerca, percibiendo el atisbo de disconformidad en su subordinado. "Prefecto, parece que no fuiste tan precavido hoy cuando enviaste a tus hombres a esa emboscada".

Cato estuvo tentado de explicar que Tubero se había excedido en sus órdenes. Al mismo tiempo, era consciente de que no había inculcado lo suficiente al centurión la necesidad de ser precavido ante una trampa. Además, consideraba impropio excusarse echando la culpa a uno de sus oficiales. En su opinión, cuando un hombre asumía el mando de una unidad, se hacía responsable de las acciones de los que estaban bajo su mando. En había visto a oficiales al mando intentar eludir las críticas alegando que sus hombres les habían defraudado. Eso no les hacía ningún favor. Tanto sus hombres como sus superiores les despreciaban por ello, y ese comportamiento les perseguía como un mal olor durante lo que les quedaba de carrera en el ejército.

Fue un error mío, señor. Consideré que valía la pena correr el riesgo de capturar a algunos enemigos para interrogarlos con fines de inteligencia. La responsabilidad por los hombres perdidos en la emboscada es mía'.

Me parece justo. Prefiero que mis oficiales se enfrenten al enemigo en lugar de ser demasiado cautelosos. Pero no se acostumbre a perder hombres innecesariamente".

Sí, señor.

El intercambio terminó con un grito de alarma desde arriba, y Cato y Suetonio miraron hacia los riscos. Un instante después, se oyeron más gritos, luego un débil sonido de espada contra espada y golpes que caían sobre los escudos. Por el momento, ninguno de los oficiales podía ver señales de la lucha que tenía lugar en lo alto de los peñascos. Entonces aparecieron dos figuras, oscuras contra el cielo, un auxiliar intercambiando golpes con un guerrero, antes de que éste se doblara repentinamente y dejara caer su espada. El auxiliar clavó aún más su estoque, obligando a su enemigo a retroceder hasta situarse al borde. Entonces, con un potente tirón, liberó su espada y propinó una patada en el pecho al guerrero. El hombre se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó, dando tumbos hacia atrás, con los miembros agitados, mientras caía en picado y se estrellaba contra las rocas al pie del peñasco. Aparecieron más hombres en lo alto de los peñascos: auxiliares, por lo que Cato pudo ver. No se oyó más el sonido de la lucha y los hombres lanzaron un lejano grito de victoria.

Uno menos", comentó Suetonio, y se volvió hacia la derecha para

mirar hacia la otra cresta. Allí se veían más figuras, esta vez con las capas y el pelo alborotado del enemigo.

Cato escrutó la línea de la cresta hasta que divisó a sus hombres. Estaban a más de media milla de su objetivo, y podía ver la razón de su retraso. La cresta de la derecha estaba más sembrada de rocas y los auxiliares se vieron obligados a abrirse paso a pie a medida que se acercaban.

¿Qué diablos los retiene? murmuró Suetonio, sin dejar de mirar al enemigo en lo alto de los riscos.

Allí, señor. Cato señaló el segundo escuadrón de flanqueo.

'No podemos permitirnos esperar más si queremos atravesar ese muro e instalar el campamento de marcha antes del anochecer. Deben atacar ahora'.

El primer instinto de Cato fue intentar persuadir a su superior de que esperara a que la escuadra tomara los riscos de la derecha, pero intuyó que Suetonio no toleraría demoras e insistiría en la orden. Se resignó a sacar lo mejor de una situación difícil.

Sí, señor. Saludó y se volvió hacia los hombres que le esperaban, formulando un plan mientras lo hacía. Un asalto frontal era la opción más inmediata, y sobre todo la más costosa. Los hombres del flanco derecho sufrirían una andanada de proyectiles desde el peñasco mientras cruzaban el descampado para llegar a la muralla. Al acercarse al enemigo, se enfrentarían a otra andanada desde el frente. Cuando llegó hasta los oficiales reunidos en torno al grupo de color, Cato había descartado la idea de un ataque frontal y había tomado una decisión diferente.

Suetonio nos ha ordenado tomar la muralla ahora", informó a Galerio y a los demás.

Los centuriones miraron en dirección al enemigo y a los riscos, y Galerio dijo: "No va a ser el hueso más fácil de roer, señor".

Bastante. Especialmente con el peñasco sobre el flanco derecho aún en manos enemigas'.

Podríamos usar los lanzaproyectiles para hacerles agachar la cabeza", sugirió Flaccus.

Cato ya lo había pensado y negó con la cabeza. El ángulo es demasiado grande. Incluso si no lo fuera, tendrían mucha cobertura entre las rocas". Miró a sus centuriones mientras continuaba. "Pero hay otra forma de hacerlo".

Se volvió y señaló a la izquierda de la muralla. 'Galerio, quiero que tomes las primeras cuatro centurias y avances por la base de los riscos. Estarás fuera del alcance de los hombres de la derecha. Puede haber algún disparo afortunado, pero eso es todo. Necesito que fuerces tu camino sobre la pared. Esfuerzo máximo. Haz todo el ruido que puedas mientras lo haces. En cuanto hayáis ganado el muro, empezad

a rodar por su flanco y dirigíos al reducto.

Cato miró al optio a cargo del pequeño contingente de artillería de la cohorte. Rubio, ¿verdad?

Sí, señor. El joven oficial asintió.

Quiero que concentres tu bombardeo en el reducto para animarles a agachar la cabeza hasta que estemos listos para atacar por ambos lados. Una vez tomado, el muro será nuestro y podremos abrir el camino al resto de la columna'.

¿Ambos bandos? preguntó Galerio.

Así es. La mejor manera de estar seguro de completar el trabajo. Tomaré la quinta y sexta centuria a la derecha, a lo largo de la base de los riscos, una vez que tu ataque entre y la atención del enemigo se centre en ti.'

'¿Qué pasa con los Ordovices en la parte superior? Estarás a su merced'.

'Tendrán problemas para apuntar verticalmente hacia abajo. Seguro que tirarán algunas piedras, pero tendremos que soportarlo'. Cato vio que Suetonio se impacientaba. Bien, caballeros, ya tienen sus órdenes. Adelante'.

El grupo se dispersó, trotando hacia sus respectivas posiciones, y el aire se llenó de gritos de órdenes. Rubio fue el primero en entrar en acción, ordenó que sus seis lanzaproyectiles apuntaran al reducto y luego gritó la orden de disparar. Hubo una serie de crujidos superpuestos cuando los brazos lanzadores liberados se lanzaron hacia delante, descargando con sus cabezas de hierro los mortíferos ejes de dieciocho pulgadas. La trayectoria de los proyectiles era mucho más baja que la de una flecha o una jabalina ligera, y la mayoría de los defensores de la muralla nunca habían visto un arma semejante, y mucho menos habían estado en el extremo receptor. Como resultado, la primera andanada les pilló por sorpresa. Cato vio explosiones de astillas cuando dos proyectiles impactaron en la piedra. Tres de los otros debieron de salir disparados, pero uno alcanzó a un defensor en la cara y se produjo un estallido de sangre al salir despedido hacia atrás por la pared y perderse de vista.

"¡Buena puntería! gritó Cato en señal de ánimo.

El optio dio la orden de seguir disparando a discreción. Cato observó por un momento los lanzaproyectiles y vio que estaban surtiendo el efecto deseado. Sólo un puñado de rostros aparecían ahora a lo largo de la muralla, agachándose para perderse de vista cuando el siguiente proyectil se dirigía hacia ellos. Mientras tanto, las centurias bajo el mando de Galerio se alineaban a la izquierda antes de formar una estrecha columna cerca del pie de la pendiente que conducía a los riscos de arriba.

Cerca de allí, los centuriones Decio y Vellio casi habían terminado

de formar a sus hombres en columna, y Cato trotó para unirse a Decio a la cabeza de la unidad principal.

'Esperaremos hasta que Galerius tenga un punto de apoyo en la pared antes de hacer nuestro movimiento.'

Sí, señor.

Por encima del continuo chasquido de los lanzaproyectiles, Cato oyó las órdenes de Galerio resonando en las laderas. Un momento después, las primeras filas de la columna avanzaban, con el centurión animando a sus hombres desde el frente. La respuesta fue una sonora aclamación antes de que las filas se callaran y avanzaran hacia la muralla. Algunos de los defensores se arriesgaron a mostrarse y lanzaron insultos a los auxiliares en un coro de desafío.

Cuando la distancia entre los auxiliares y la muralla se estrechó, la primera honda se arqueó sobre las defensas. Cato se dio cuenta de que el enemigo disparaba a ciegas cuando el primer proyectil se quedó corto. Galerio ordenó a sus hombres que colocaran sus escudos al frente y los inclinaran sobre sus cabezas para desviar los proyectiles entrantes. Más disparos y flechas empezaron a caer cerca y sobre los escudos, astillando o perforando las superficies.

Cato vio caer al primero de los auxiliares, herido en el tobillo por una flecha. Se apartó de la línea y se agazapó tras su escudo mientras envainaba la espada e intentaba arrancar la flecha. Una reacción natural, pero una tarea casi inútil, Cato lo sabía. Era casi imposible hacer retroceder la cabeza de púas a lo largo de la herida de entrada; en su lugar, había que romper el astil y empujarlo.

El enemigo se había dado cuenta de que los lanzadores de proyectiles apuntaban al reducto, y ahora los hombres estaban preparados para mostrarse a lo largo de la muralla a ambos lados, disparando a los auxiliares que se acercaban. Varios hombres más de la centuria en cabeza fueron abatidos o cayeron fuera de la formación. Cato vio la cresta de Galerio perderse de vista mientras cruzaba el foso. Algunos de los defensores estaban lanzando piedras, ya que el objetivo estaba demasiado cerca para fallar, y las piezas más grandes derribaron los escudos de los auxiliares más cercanos. Galerio apareció de nuevo, medio agazapado junto a la muralla mientras hacía señas a sus hombres para que subieran a ambos lados. El portaestandarte de la centuria se había detenido al otro lado del foso, listo para ser llamado en el momento en que se hubiera ganado un punto de apoyo en la muralla y hubiera menos peligro de que el enemigo se apoderara del estandarte. Una pérdida así, , habría sido una mancha permanente en la reputación no sólo de la Primera Centuria, sino de la cohorte en su conjunto, y Cato juzgó que Galerio tenía razón al ser precavido.

Varios hombres se colocaron de espaldas a la muralla, apoyaron sus escudos en el suelo y ahuecaron las manos, dispuestos a izar a sus

compañeros para atacar a los defensores. El enemigo estaba allí concentrado, decidido a mantenerse firme. Cato pudo ver que algunos de los guerreros más avanzados se movían para reforzar el flanco más alejado, y se preparó para liderar la segunda fuerza más pequeña. Uno de los escuadrones montados estaba cerca, así que se acercó y ordenó al hombre más cercano que le entregara su escudo. Así equipado, volvió a colocarse a la cabeza de la Quinta Centuria, junto a Decio.

"¿Ahora, señor?

No. Esperaremos hasta que el estandarte de Galerio sea colocado en la pared. Esa será nuestra señal para partir.

El primero de los auxiliares fue levantado por sus camaradas para abrirse paso por encima del peto de piedra. Recibió un golpe de refilón en el escudo antes de clavar la espada. El golpe fue bloqueado y luego un hacha le hizo retroceder el escudo, de modo que perdió el equilibrio y cayó al foso. Al instante, otro hombre ocupó su lugar y dos más fueron izados a ambos lados, entonces Galerio trepó hasta el final de la muralla, donde tenía la mejor oportunidad de ganar un punto de apoyo. Cato vio cómo rechazaba un golpe y luego derribaba a su oponente, antes de enganchar su escudo en el peto y elevarse. Inmediatamente fue atacado mientras luchaba furiosamente por mantenerse en pie. Con la espalda cubierta por el extremo de la muralla, golpeó con su escudo hacia delante y empujó al enemigo hacia atrás, dejando espacio para que un segundo hombre le siguiera, y luego otro, empujando hacia delante tras sus grandes escudos ovalados.

En unos instantes había al menos diez auxiliares en el muro de detrás de su centurión, mientras que otros más alejados luchaban por pasar por encima, algunos heridos y cayendo o bajando mientras que otros eran empujados hacia atrás para caer sobre sus camaradas apretujados en la zanja. Cato vio que Galerio le hacía señas y el estandarte avanzó hacia el muro.

"Eso es todo", le dijo a Decio. Es hora de movernos. Vamos a doblar a lo largo de la base del acantilado hasta el final de la pared ".

El centurión se volvió para dirigirse a sus hombres. '¡Quinto Centurión! A paso ligero. . . ¡Adelante!

Con Cato y Decio a la cabeza, la centuria comenzó a subir la ligera pendiente hacia el pie de los riscos, con el tintineo de sus botas sobre las piedras sueltas y los matojos de hierba. Al instante se oyó un grito desde lo alto y, un instante después, una flecha atravesó el suelo casi verticalmente a tres metros del lado de Cato. Ya estaban lo bastante cerca como para dificultar el lanzamiento con honda, aunque un puñado de enemigos lo intentaron, estrellando sus proyectiles contra el suelo aún más lejos. Sin embargo, la centuria siguiente no fue tan afortunada, ahora que el enemigo estaba alertado del avance del

segundo grupo de auxiliares, y tres de ellos fueron abatidos antes de llegar al fondo del acantilado.

"¡Seguid avanzando! gritó Cato mientras aumentaba el ritmo. Sabía que los enemigos de arriba ya debían de estar cambiando de proyectiles con los que bombardear a los atacantes. Un momento después, oyó el ruido de piedras sueltas y una roca del tamaño de la cabeza de un hombre cayó a pocos pasos delante de él.

"¡Escudos arriba! Gritó el centurión Decio.

Sus hombres obedecieron su orden y siguieron trotando hacia el muro, que ahora estaba a no más de cien pasos. Cayeron más rocas, algunas desviadas hacia fuera al chocar contra un obstáculo, de modo que se estrellaron hacia la izquierda. El primero de los hombres de Decio, tres filas por detrás de los dos oficiales, , fue aplastado por una roca que atravesó su escudo y golpeó su casco, tirándolo al suelo mientras la sangre brotaba del metal pulverizado. Otros también murieron o resultaron heridos por las rocas que caían de los riscos.

El foso estaba ahora diez pasos por delante, otros cinco a través, y luego estaba el muro, no más de ocho pies de rocas encajadas toscamente, y por encima de él las cabezas y los hombros del enemigo mientras preparaban sus armas. El avance había sido lo bastante rápido como para aprovechar la preocupación de los defensores por la acción en el otro extremo, y sólo un puñado de flechas y hondas habían sido lanzadas en su dirección.

Cuando Cato llegó a la zanja, se detuvo e hizo señas a Decio y a los primeros hombres para que se adelantaran, luego llamó al portaestandarte.

¡Aquí! ¡Sobre mí!

Haciendo lo posible por cubrir a ambos con el escudo prestado, observó cómo el centurión salía de la zanja y empujaba a sus hombres a izquierda y derecha para izar a los que le seguían. En el reducto, algunos de los enemigos que se atrevían a levantar la vista entre los disparos de los lanzadores de proyectiles se percataron de la nueva amenaza que se cernía sobre su posición, y gritaron e hicieron señas a sus compañeros para que se desplazaran a lo largo de la muralla a fin de reforzar a los pocos que se encontraban en el lugar para hacer frente a la segunda fuerza de asalto.

"¡Rápido, Decio! le llamó Cato, deseoso de aprovechar la disparidad numérica.

El centurión lo miró y luego levantó su bota hacia las manos del primer hombre. Otro le levantó y le sostuvo mientras se elevaba por encima del peto. Inmediatamente blandió su espada en un arco para hacer retroceder a cualquier defensor, giró la otra pierna, cubierta por su escudo, e intentó ponerse en cuclillas en el lado opuesto. No lo consiguió. Un guerrero que blandía un gran garrote tachonado con

ambas manos lo golpeó salvajemente contra la cabeza de Decius ( ), que se quedó inerte al instante. Un instante después, su cuerpo se echó hacia atrás y cayó pesadamente al pie del muro.

Los hombres que le rodeaban se quedaron paralizados y uno de ellos empezó a retroceder. Cato sabía que el pánico podía cundir en un santiamén. Tenía que actuar o el ataque fracasaría antes de que apenas hubiera comenzado.

Se volvió hacia el portaestandarte. "¡Toma mi escudo y no te muevas!

Soltando el agarre y empujando el escudo contra el hombre, se precipitó hacia delante, bajando por la pendiente exterior del foso y abriéndose paso entre los hombres que tenía delante antes de subir por la pendiente más lejana a gatas hasta situarse sobre el cuerpo de Decio. El centurión estaba claramente fuera de peligro y, sin vacilar, Cato desenvainó su espada y clavó su bota en las manos del auxiliar, que tenía la espalda apoyada en la pared.

"¡Súbeme ahí!", gritó.

El hombre lo levantó con un gruñido, y Cato extendió la mano izquierda y se agarró a la parte superior del muro. Cuando se acercó a la última capa de piedras, vio al guerrero con el garrote. Sus miradas se cruzaron brevemente y el hombre empezó a levantar el garrote con las dos manos. Esforzándose con el brazo izquierdo para levantarse con más rapidez, Cato golpeó con su espada hacia delante en el momento en que ésta superó el muro. Fue un golpe instintivo más que uno entrenado con peso detrás, pero la punta alcanzó al hombre bajo la barbilla y se hundió en su garganta barbuda hasta la mandíbula. La sangre le brotó de los labios cuando bajó el garrote. Cato agachó la cabeza justo a tiempo y el arma se estrelló contra la piedra. Sintió que unas astillas le golpeaban el costado de la nariz. Levantó la cabeza y golpeó con la espada, girando una pierna y atrapando el garrote bajo su torso. Su oponente retrocedió un paso, mientras intentaba arrancar la hoja con las manos. Al perder el equilibrio, cayó de espaldas sobre la pasarela ( ) y, cuando la espada se liberó, Cato la blandió a derecha e izquierda para hacer retroceder al enemigo más cercano.

"¡Sobre mí!", gritó. "¡Sube aquí!

Sólo había dos guerreros a su derecha, al final del muro. Uno era un hombre de unos cuarenta años con el pelo recogido con una cinta trenzada. Llevaba un hacha en una mano y una daga en la otra. Su rostro era delgado y sus ojos de un azul penetrante. El joven que estaba detrás de él tenía los mismos rasgos. Padre e hijo, decidió Cato. Mientras el siguiente legionario trepaba por el muro tras él, Cato gritó por encima del hombro: "¡A la izquierda! ¡Izquierda!

Cuando dio la orden, el hachero se abalanzó sobre él, blandiendo el arma en diagonal hacia su cabeza. El guerrero esquivó el golpe con

un sonoro estruendo y le clavó la daga en la cintura. La punta se clavó en la coraza de escamas, pero sintió el impacto del golpe incluso a través del acolchado de la túnica que llevaba debajo y lanzó un grito explosivo. Los dos hombres se separaron y Cato levantó la espada, preparado para hacer frente a cualquiera de las dos armas. Esta vez el guerrero hizo una finta con la daga. Cato se estremeció, pero no clavó la espada, y cuando el hacha volvió a blandirse, se inclinó hacia delante y asestó un hachazo en el interior del codo del guerrero. El golpe derribó el brazo del hombre, y el hacha cayó de entre sus espasmódicos dedos mientras miraba conmocionado la herida, que había atravesado el músculo hasta el hueso e inutilizado su brazo. Cato le propinó un gancho de izquierda en un costado de la cara y luego lo empujó fuera de la pasarela.

El hijo del guerrero sostenía una lanza corta, que ahora blandía débilmente hacia delante. Cato vio que no tenía más de quince años. El terror en su expresión era evidente y sus miembros temblaban nerviosos mientras lanzaba otra estocada poco entusiasta, que fue desviada con facilidad.

Respirando hondo, Cato abrió la boca en un gran rugido.

El muchacho retrocedió y perdió el agarre de la lanza, de modo que la punta se estrelló contra la pasarela. Cato se dispuso a golpear, y el muchacho lanzó un aullido y saltó de la pared, cayendo en un montón junto a su padre. Se levantó en un instante, dividido entre el instinto de correr y el deseo de ayudar a su padre. Luego se agachó y se esforzó por levantar a su padre y apartarlo de la pared, gritando con voz aguda en su lengua materna.

Cato se volvió para ver a uno de sus hombres que caía detrás de la muralla, con su escudo. Un fornido guerrero, desnudo hasta la cintura, blandía una larga espada celta mientras avanzaba para ocuparse del siguiente auxiliar. Cuatro romanos más habían llegado a la muralla, y el primero de ellos levantó la espada cuando el ordovícico la blandió hacia abajo. Atravesó la moldura y mordió profundamente la madera laminada. El soldado se arrodilló, golpeando débilmente con la espada, pero sin acertar a su oponente. Sin embargo, el guerrero no pudo liberar su espada del escudo y, mientras la empuñaba con furia, el siguiente hombre avanzó, cortando la muñeca del hombre y casi seccionando la mano, de modo que soltó la empuñadura de la espada y quedó colgando de un colgajo de cartílago. El ordovícico retrocedió, agarrando la mano con la otra y aprisionándola contra su pecho mientras se daba la vuelta y se tambaleaba hacia el reducto. El auxiliar lo siguió y lo apuñaló por la espalda, arrancándole la espada y asestándole varias estocadas salvajes más antes de que el guerrero se tambaleara pesadamente contra el muro, desprendiendo algunas de las piedras y cayendo con ellas a la zanja que había más allá.

"¡Empujen! Cato ordenó. "¡Adelante!

Los auxiliares que iban delante de él corrieron hacia el enemigo, liderando con sus escudos y echando su peso a sus espaldas para hacer retroceder a los ordovices. Cada paso que daban ganaba más espacio para que los hombres de la centuria de Decio escalaran la muralla. Cato se inclinó y llamó al portaestandarte.

¡Aquí arriba! ¡Deprisa!

Más auxiliares se acercaron, y entonces el abanderado fue izado y se colocó junto a Cato.

Mantenlo alto'. Cato indicó el estandarte de la centuria, consciente de la inspiración que daría a los hombres de la unidad, y a la Sexta centuria que esperaba para seguirle.

La mitad de los hombres de Decio estaban ahora en la muralla, haciendo retroceder al enemigo hacia el reducto, que seguía siendo bombardeado por proyectiles de ballesta. Más allá, Cato podía distinguir puntas de lanza y de espadas alzadas y, a lo lejos, el estandarte del Siglo I, mientras los hombres de Galerio se abrían paso hacia el reducto. La moral del enemigo ya se estaba desmoronando, y varios habían saltado del muro para huir. La pendiente detrás de la defensa apresuradamente montada descendía hacia una espesa zona boscosa a medida que las crestas se abrían de nuevo, y estaba claro que la mayoría escaparía por allí a menos que se les impidiera hacerlo.

Cato se volvió para mirar por encima de la muralla y el foso, donde Vellius y sus hombres se disponían a cruzar.

¡Velio! Envía un hombre a la batería de artillería. Diles que dejen de disparar'.

El centurión se golpeó el borde del casco en señal de saludo y dio la orden a uno de sus hombres, que se dirigió hacia la batería.

Cato se detuvo un momento para concentrar su mente y preparar sus próximas órdenes. El enemigo había perdido el control de la muralla, y pronto los que se refugiaban en el reducto se verían rodeados y tendrían que rendirse o morir. En cuanto al resto de la banda, podrían escapar y vivir para luchar otro día. Sería mejor intentar destruirlos o capturarlos antes de que pudieran huir. La Quinta Centuria ya estaba comprometida luchando a lo largo de la muralla, así como desparramándose por el suelo de abajo. En cuanto Vellius estuvo lo bastante cerca, Cato se dirigió a él.

"Lleva a tus hombres detrás del muro y forma una pantalla en la ladera para cortar la línea de retirada. Tomen prisioneros donde sea posible. Los necesitaremos para interrogarlos, y después para el botín'.

Vellius sonrió con aprobación y ordenó a sus hombres que formaran. Tras prepararse para cerrar la trampa, Cato bajó de un salto y recogió un escudo que había junto al cadáver de un auxiliar, luego

se dirigió a toda prisa hacia la escaramuza que se había formado a poca distancia del reducto. Por el camino se encontró con varias bajas más de la centuria de Decio y una veintena de ordovicios, algunos de ellos heridos y tratando de arrastrarse hasta un lugar seguro, otros yacían gimiendo o en silencio mientras se desangraban. El enemigo había retrocedido ante el ataque inicial en el extremo de la muralla, pero los números estaban más igualados a medida que los que estaban más cerca del reducto se lanzaban a la lucha.

Con Decio muerto, la centuria necesitaba un líder al frente de la lucha. Cato se abrió paso a empujones por el centro de la desigual línea de batalla, donde la cresta de su casco tenía más posibilidades de ser vista por los auxiliares. Por encima del estruendo del metal chocando y de los golpes de las armas contra los escudos, gritó al portaestandarte que se colocara detrás de él y luego llamó a los hombres que tenía a cada lado.

'¡Adelante el siglo V! ¡Por Roma! ¡Por Decio! ¡Adelante!

Al avanzar, se encontró de repente cara a cara con uno de los enemigos, un hombre corpulento, calvo y con barba, armado con una espada corta romana y un broquel redondo. El guerrero golpeó el broquel hacia él, pero fue recibido por el jefe del escudo del auxiliar caído, y se oyó un crujido quebradizo y luego un ruido sordo mientras cada hombre ponía a prueba la fuerza del otro. Cuando Cato sintió que retrocedía un poco, levantó el antebrazo de su oponente y la presión sobre su escudo disminuyó mientras el guerrero se retiraba con una maldición siseante. En ese momento, Cato vislumbró la espada del hombre. Levantó el escudo para desviarla y los dos hombres se separaron un instante.

Había una mirada de recelo en los ojos del hombre mientras levantaba el broquel con una mueca y alzaba la espada. Cato estaba a punto de embestir cuando su oponente se movió primero, el broquel yendo rápido hacia la izquierda de Cato, superando el borde del escudo auxiliar. Demasiado tarde, Cato comprendió su intención, pero antes de que pudiera responder, el guerrero dio un salvaje tirón que hizo girar el escudo de Cato y le obligó a girar hacia su derecha, dejando al descubierto su costado izquierdo. Al instante, el guerrero blandió su espada y la punta se clavó en el bíceps expuesto de Cato. Sintió el impacto del golpe como si le hubieran dado con un martillo, el desgarro de la carne y el rechinar de la punta en el hueso, y luego el dolor punzante como si le hubieran clavado un atizador al rojo vivo. Todo en menos tiempo del que tardó en respirar. Su escudo se aflojó y cayó al suelo con un ruido sordo antes de inclinarse hacia delante y golpear la cintura del guerrero. Éste retorció la hoja de su espada, provocando una nueva agonía, luego la arrancó y se preparó para asestar otra estocada. El brazo izquierdo de Cato colgaba inútilmente

mientras levantaba la espada para bloquear el siguiente ataque.

Un auxiliar se interpuso entre Cato y el guerrero y golpeó al hombre con todo su peso. El ordovícico retrocedió tambaleándose y chocó contra uno de sus camaradas, y ambos cayeron al suelo. El auxiliar apuñaló al guerrero en la cara y luego de nuevo en la garganta antes de tirarlo al suelo de una patada.

Retrocedió frente a Cato, cubriéndolos a ambos con su escudo. 'Está herido, señor. Vaya a la retaguardia'.

El dolor en el brazo era punzante, y Cato tuvo que apretar los dientes. Gracias.

El auxiliar asintió bruscamente sin apartar la vista de su frente y se adelantó para volver al combate mientras la línea romana avanzaba. Cato retrocedió varios pasos hasta encontrarse en campo abierto y envainó la espada antes de inspeccionar la herida. La sangre manaba de la oscura boca del desgarro. Sintió que goteaba más por la parte posterior del brazo, donde había surgido la punta. Sentía la extremidad extrañamente entumecida y sus dedos se negaban a responder a sus órdenes.

El portaestandarte había retrocedido con él, y ahora clavaba en el suelo la punta de hierro de la base del asta.

Déjeme ver, señor. Levantó el brazo de Cato para examinar la herida, luego metió la mano en su bolsa y sacó una tira de tela. Yo diría que es una herida superficial. Aunque desagradable.

Sacó más tela y la dobló para formar una guata antes de presionarla sobre el brazo, y luego empezó a envolverlo bien con el vendaje. La presión aumentó el dolor, y Cato apretó los dientes y luchó contra un ataque de náuseas. Para distraerse, observó la acción frente a él. La lucha se había decantado a favor de la cohorte en el lado cercano del reducto, y los ordovices estaban retrocediendo. A su derecha, ladera abajo, la Sexta centuria extendía una línea para cortar el paso a los defensores. Un puñado de ellos ya había escapado y corría a refugiarse entre los árboles, mientras que otros intentaban abrirse paso a cuchilladas, pero eran rápidamente abatidos por los hombres de Vellius. Mientras Cato observaba, el primero de los guerreros enemigos arrojó sus armas y cayó de rodillas en señal de rendición.

Cuando un auxiliar avanzaba para escoltar al prisionero hasta la parte trasera de la centuria, de repente fue arrojado hacia atrás como si una mano invisible lo hubiera derribado. Cuando su cuerpo cayó al suelo, Cato vio el astil de un proyectil de ballesta que sobresalía de su pecho. Otro proyectil de sobrepasó el reducto, pasando entre dos hombres de Vellius antes de caer en la hierba más abajo.

El portaestandarte había terminado de atar el vendaje, y Cato se soltó y corrió de vuelta a la muralla, maldiciendo mientras usaba su

brazo bueno para ayudarse a subir a la pasarela y ponerse en pie. Pudo ver que la batería de artillería seguía concentrada en cargar y disparar sus armas. A unos cincuenta pasos de los lanzaproyectiles yacía el cuerpo de un auxiliar, boca abajo, con el escudo a poca distancia a un lado. Cato supuso que era el hombre enviado a Rubio con la orden de que la batería dejara de disparar. Levantó la vista hacia los riscos y vio a varios enemigos mirando, algunos con hondas colgando de las manos.

Agitó el brazo bueno de un lado a otro y llamó a Rubio a gritos. ¡Deja de disparar! Dejad de disparar". Pero el optio estaba mirando en dirección al reducto, observando la caída de los disparos, y no le vio.

Iba a intentarlo de nuevo cuando se oyó un fuerte impacto en las piedras a su izquierda y fragmentos de roca golpearon su costado. Cato se sobresaltó. Al levantar la vista, vio que dos de los ordovícicos que estaban en el peñasco hacían girar sus hondas mientras otro colocaba un disparo en su bolsa. Los dos disparos siguientes se produjeron casi al mismo tiempo. Oyó un chasquido cuando uno de ellos pasó cerca, y luego vio cómo el cuerpo de uno de los defensores de la pasarela, a poca distancia, se tambaleaba al recibir el impacto.

¡Rubio! Maldito seas, Rubio!" Volvió a saludar. Esta vez lo vio uno de los de la ballesta y alertó al optio.

Cato se llevó la mano buena a la boca y bramó: "¡Dejen de disparar!".

Rubio ladró una orden y las tripulaciones se apartaron de sus armas. No hubo tiempo para que Cato se sintiera aliviado cuando otra honda pasó zumbando. Saltó de la pasarela y corrió hacia la melé que se desplazaba implacablemente hacia el reducto. Una vez que se sintió fuera de alcance, se volvió y vio que la tropa montada que avanzaba por la cresta casi había alcanzado el peñasco y lo despejaría del enemigo en breve.

Al acercarse a los hombres de Decio, pudo ver que la lucha a este lado del reducto estaba prácticamente terminada. Un puñado de los guerreros más valientes luchaban hasta el final, espalda contra espalda en un pequeño nudo rodeado de auxiliares. El resto del enemigo había caído o se había rendido. Estos últimos fueron maltratados hasta el pie de la muralla y arrojados boca abajo al suelo, donde quedaron bajo vigilancia.

Hubo un movimiento en la retaguardia del reducto y vio a Galerio trotando hacia él con un pelotón de sus hombres, con los escudos en alto mientras vigilaban el muro del reducto. Más allá, los hombres de Vellius estaban reuniendo a los prisioneros y, tras una rápida exploración del terreno, Cato se sintió aliviado al ver que ninguno de ellos había caído víctima de los lanzadores de proyectiles.

Galerio saludó con la cabeza al acercarse y vio el vendaje en el

brazo de Cato. "¿Se encuentra bien, señor?

¿Parece que lo estoy haciendo?" Cato forzó una sonrisa. ¿Cómo van las cosas por tu parte?

El muro está en nuestras manos. Los bastardos dieron una buena pelea, pero al final acabamos con la mayoría. No más de un puñado escapó antes de que Vellius los detuviera'.

Muy bien. Eso sólo deja a nuestros amigos en el reducto. No tiene sentido desperdiciar más vidas atacándolo. Les ofreceremos la oportunidad de rendirse primero.

Sí, señor.

"Haz que tus hombres retrocedan y formen frente a Vellius.

Mientras Galerio regresaba trotando a su fuerza en el otro extremo del reducto, Cato vio cómo los últimos guerreros que resistían a los hombres de Decio eran abatidos y rematados bajo una breve lluvia de golpes de espada . La escena quedó en silencio, salvo por algunos gritos de alarma de los ordovicios en lo alto del peñasco, y los hombres con hondas se dieron la vuelta y desaparecieron. Cato buscó el casco emplumado del segundo del siglo y lo llamó.

Forme a sus hombres cincuenta pasos atrás. Lleva a los heridos a pie contigo y que les curen las heridas'.

Sí, señor.

Cuando los auxiliares se retiraron, Cato se quedó solo en el descampado, ahora cubierto de cadáveres, escudos y armas. Todavía quedaban muchos vivos que se movían débilmente, algunos gritando de agonía, otros murmurando plegarias o gimoteando. Sintió que los latidos de su corazón empezaban a ralentizarse mientras observaba la carnicería, y luego dirigió su atención al reducto. Había una veintena de hombres a la vista ahora que los lanzadores de proyectiles habían dejado de disparar. Uno de ellos empuñó una lanza y apuntó a Cato con el brazo.

"¡Espera! ordenó Cato, levantando la mano derecha.

El guerrero enemigo vaciló, luego su cuerpo se tensó y se preparó para lanzar su arma. Cato se mantuvo firme, pero preparó los pies para saltar a un lado.

Se oyó un grito desde más allá del reducto, y Cato vio a uno de los defensores, un guerrero de capa verde al que reconoció de la emboscada anterior, haciendo señas al hombre que estaba a punto de arrojar su lanza. Éste retrocedió y bajó el arma. Cato volvió su atención hacia el guerrero embozado.

"¡Se acabó! Indicó los cuerpos antes de continuar. Es hora de que os rindáis. No hay nada que ganar luchando. ¡Rendíos!

Los defensores lo miraron sin comprender, aunque Cato estaba seguro de que debían de entenderlo. Desenvainó su espada e hizo la mímica de arrojándola a sus pies. Ríndanse". Luego se giró para

apuntar hacia los cadáveres que había fuera del reducto. O morid". Clavó la espada para enfatizar el gesto antes de envainarla y mirar fijamente al líder enemigo.

Éste lo miró un momento y luego se volvió para observar la línea de auxiliares que bloqueaba su retirada. Sus hombros parecieron hundirse antes de encararse a los supervivientes de su banda de guerra y empezar a dirigirse a ellos. Cato se quedó esperando, con la esperanza de que no fuera necesario derramar más sangre. Había sido inútil que el enemigo intentara bloquear el avance de la columna de Suetonio con un obstáculo tan endeble, y se preguntó por qué lo habían intentado. ¿Una primera muestra de desafío, tal vez? ¿Un gesto para demostrar a los romanos que se les opondría resistencia desde el principio? Sin duda, le había costado a Cato varios hombres y uno de sus centuriones, y el contundente encuentro haría mella en la moral de la columna, que había salido tan animada aquella misma mañana. Ahora sabrían que se enfrentaban a hombres que defenderían sus tierras valientemente contra grandes adversidades. Quizás el enemigo había conseguido hoy una pequeña victoria.

Hubo un acalorado intercambio de palabras desde el interior del reducto antes de que las voces callaran y el guerrero de la capa verde se volviera hacia Cato y desenvainara su espada. La levantó lentamente y apuntó directamente al cielo mientras hablaba con claridad y valentía en su propia lengua. Por un momento, Cato temió que sus palabras significaran una negativa a ceder. Entonces, levantó el brazo y lanzó la espada hacia Cato. La espada cayó al suelo a medio camino entre ambos. A regañadientes, los demás siguieron su ejemplo, bajaron del reducto y se reunieron en torno a su líder, que inclinó la cabeza y se arrodilló.

Gracias a los dioses", murmuró Cato.

Cuando la columna principal llegó al desfiladero, los hombres de Cato habían derribado una sección del muro improvisado y utilizado las piedras para rellenar la zanja frente a la brecha. Se apresuraron a apisonar la tierra y a colocar una pana de troncos sobre la calzada resultante. Una cohorte de la Decimocuarta Legión encabezaba la marcha, y los legionarios observaban el campo de batalla con curiosidad profesional al ver los cadáveres esparcidos tras el muro, el grupo de más de ochenta prisioneros sentados juntos bajo guardia junto a la vía, y las armas y armaduras apiladas por una sección de los hombres de Vellius. El resto de la infantería de Cato descansaba mientras se atendía a los heridos. La caballería había sido enviada al mando de Tubero para vigilar a los ingenieros, que ya se habían adelantado para elegir un lugar adecuado para que el ejército durmiera esa noche. Más allá de los árboles, a tres kilómetros de distancia, el desfiladero se ensanchaba y daba paso a un suave valle

donde había un puñado de granjas, abandonadas a la primera señal de los romanos que se acercaban.

Cato estaba de pie junto al reducto mientras concluía su informe al gobernador Suetonio, que sólo había visto la acción desde el otro lado de la muralla.

"La Octava se ha comportado bien hoy", comentó Suetonio. "Tú y tus muchachos hicieron un buen trabajo".

Gracias, señor.

'Por supuesto, eso fue después de la decepción de caer en la emboscada inicial', continuó. No podemos permitir que eso vuelva a ocurrir".

No, señor.

'Las órdenes dadas a tus hombres deben ser inequívocas en el futuro, Prefecto Cato.'

A Cato le dolieron las críticas de su superior. Estaba furioso consigo mismo por el descuido y por no haber tenido en cuenta en el carácter testarudo de Tubero. Había tenido tiempo suficiente para conocer a sus oficiales y debería haber previsto la posibilidad de que Tubero no fuera capaz de contenerse e ir tras lo que parecía una presa fácil. El hecho de que la orden tuviera que darse deprisa no era excusa.

Entiendo, señor.

Bien. Entonces puede decir a sus hombres de mi parte que su general está orgulloso de ellos. Si las demás unidades auxiliares luchan tan bien como la Octava, la campaña habrá terminado antes de que acabe el verano". Suetonio señaló el brazo de Cato. ¿Qué tan malo es eso?

Una herida superficial, señor.

¿Cómo ha ocurrido?

"Estocada de espada, señor.

"¿Doloroso, imagino?

Cato mantuvo una expresión neutra, incluso cuando la herida palpitaba, y se encogió de hombros.

Suetonio sonrió. Enviaré a mi médico personal a tu tienda en cuanto termine la marcha. Aprendió su oficio tratando gladiadores en Capua, así que lo solucionará'.

Cato dio las gracias con la cabeza. Por encima del hombro del general vio acercarse a Galerio, con una tablilla de cera en la mano. El centurión se detuvo a una respetuosa distancia y se quedó esperando.

Suetonius volvió a mirar la escena y sonrió. La primera sangre para nosotros. Esperemos que todas nuestras victorias sean tan fáciles, ¿eh? Te veré abajo en el campamento, Prefecto'.

Cato saludó y el gobernador se giró para dirigirse a grandes zancadas hacia el pequeño grupo de oficiales de Estado Mayor que

permanecía junto a la vía mientras dos legionarios sujetaban las riendas de sus monturas.

"¡A la silla! Suetonius llamó. "Ya hemos perdido bastante tiempo aquí.

Los oficiales tomaron sus riendas y montaron, y el gobernador condujo a su séquito ladera abajo antes de unirse a la pista detrás de la cohorte legionaria de cabeza. Galerio se acercó a Cato y le tocó el borde del casco.

"Ruego informar, señor. Tengo la factura del carnicero'.

La mirada de Cato se desvió hacia la hilera de cadáveres junto al camino. Cuando llegara el tren de equipajes de la cohorte, los cargarían y los llevarían al campamento de marcha para los ritos funerarios.

¿Cuántos?

Galerio abrió su tablilla de cera. Nueve muertos y once heridos del contingente montado. Veintiocho muertos y cuarenta heridos del contingente de infantería. La mayoría de las heridas son leves, por suerte. Un optio perdido de la Tercera Centuria. Y el centurión Decio".

La imagen de la cabeza pulverizada del centurión saltó a los pensamientos de Cato, que la apartó. ¿A quién recomiendas para sustituirlo? ¿Su optio, Metellinus?

No, señor. El muchacho acaba de ser ascendido. Necesita más experiencia antes de llegar a centurión'.

¿Quién más, entonces?

Rubio, señor. Tiene lo que se necesita. Del tipo que lidera desde el frente.

Rubio, entonces", aceptó Cato. Será mejor que se lo hagas saber. Dile que elija al mejor hombre de los lanzadores de proyectiles para sustituirle. ¿Algo más?

No, señor.

"Retírese".

Mientras Galerio se alejaba, Cato pensó en el joven optio Metelino. Parecía que iba a adquirir toda la experiencia que necesitaba para convertirse en centurión antes de que acabara la campaña. Siempre y cuando viviera tanto.

CAPÍTULO 17

A medida que la columna del procurador se acercaba a la capital icena, Macro observó las expresiones hostiles en los rostros de los habitantes de las tribus. En cada asentamiento y granja a lo largo de la ruta desde Camulodunum, los lugareños se habían retirado a sus cabañas y se negaban a saludar. En el pasado había habido quienes deseaban comerciar con los viajeros romanos, ofreciéndoles pieles, baratijas, lanzas de caza y perros, pero ahora reinaba un hosco silencio. En un puñado de ocasiones fueron recibidos con insultos airados, la mayoría procedentes de grupos de hombres jóvenes que se encontraban a una distancia prudencial. Una vez, un hombre alto y digno, de unos sesenta años, supuso Macro, se interpuso en su camino y les reprendió amargamente mientras les hacía señas para que dieran la vuelta. Decianus se rió y ordenó a uno de sus guardaespaldas que le diera una lección. Un puñetazo en las tripas y un golpe en un lado de la cabeza hicieron que el nativo cayera de rodillas. Sacudió la cabeza y se levantó tembloroso antes de reanudar su protesta. Esta vez, el hombre de Decianus lo derribó con una serie de golpes y patadas brutales. Los romanos lo dejaron sangrando y gimiendo mientras seguían su camino.

Deciano y veinte guardaespaldas a caballo encabezaban la marcha, seguidos de un pequeño equipo de oficinistas con una mula que transportaba sus archivos y material de escritura. Luego venía el resto del contingente de hombres procedentes de la guarnición de Londinium. La escoria del ejército, observó Macro. La mayoría de ellos no estaban en forma y eran desaliñados, por lo que apenas intentaban marchar de forma ordenada o cuidar de su equipo. Detrás de ellos avanzaban los carros que transportaban la tienda de Decianus y otros equipajes personales, así como varios cofres vacíos destinados a ser llenados con cualquier tributo que se pudiera exprimir de los icenos. En la retaguardia marchaban Macro y sus veteranos, la única parte de la columna que tenía un porte genuinamente militar. Aunque sus armas y equipo eran viejos, se habían mantenido bien. Sus cascos relucían y sus escudos estaban protegidos de las lluvias ocasionales por fundas de piel de cabra.

Macro había ordenado que el estandarte de la colonia, concedido en el momento de su fundación, fuera sacado del sanctasanctórum bajo la sala de administración y llevado a la cabeza del contingente. Uno de los veteranos elegidos para el grupo, Flaminio, había sido abanderado de la Decimocuarta Legión durante los últimos cuatro años de su carrera y ahora portaba con orgullo el estandarte de la

colonia. A su lado marchaba Vulpino, a quien Macro había elegido como su segundo al mando.

El primer día de marcha desde Camulodunum les había llevado hasta los restos de la fortaleza de Combretovium, ahora poco más que un banco cubierto de hierba en forma de rectángulo. Se encontraba cerca de la frontera con las tierras icenas, y había preocupado a Macro que el estado de ánimo de los trinovantes con los que se habían cruzado fuera inequívocamente hostil. Había una tensión palpable en toda la región, agravada por las nubes sombrías y los frecuentes chubascos ligeros que amenazaban con convertirse en tormenta, pero nunca lo hacían.

El segundo día entraron en territorio iceno. A Macro le pareció más bien que marchaban por tierras enemigas que por las pertenecientes a tribus que habían jurado ser aliadas de Roma. Aquella noche habían acampado junto a un río y, mientras levantaban las tiendas, vio que un grupo de jinetes los observaba desde la cima de una estribación de , a apenas una milla de distancia. Aunque los hombres llevaban lanzas de caza, no se veían cascos, ni estandartes de batalla, ni ninguna otra señal de que estuvieran vestidos para la guerra. No obstante, dio órdenes de que se redoblara la guardia durante la noche. Algún sexto sentido le impedía dormir más que de un tirón, y se levantó en tres ocasiones para asegurarse de que los centinelas estaban despiertos y vigilantes antes de volver a su cama.

Era el final de la tarde del tercer día cuando divisaron la capital icena. Estaba registrada como Venta Icenorum en el itinerario oficial romano; el nombre local del asentamiento se traducía como Valle de los Guerreros a Caballo, o así se lo había dicho una vez a Macro un comerciante de ganado iceno. Cientos de cabañas redondas se extendían por un terreno abierto junto a un río que serpenteaba hacia el noreste y era claramente navegable. Había tres barcazas con las velas enrolladas amarradas a lo largo de un corto tramo de muelle. Cerca había varias cabañas más grandes y una modesta sala, rodeada por una empalizada. Junto a las cabañas había muchos corrales de distintos tamaños con ovejas, cerdos y algunas reses, así como numerosos establos. Los caballos pastaban en los prados fuera del asentamiento, aprovechando la hierba fresca de primavera. De vez en cuando salía humo de las cabañas de paja hacia el cielo.

Mientras contemplaba el bucólico entorno, el corazón de Macro se llenó de presentimiento y compasión por Boudica y su pueblo. Temía el resultado si no presentaban el tributo debido a Roma. Sus ojos se desviaron hacia Deciano, que había echado el freno y se había apartado a un lado del camino para permitir que sus guardaespaldas cabalgaran delante de él. Macro miró al procurador con odio irrefrenable. No era la primera vez que se veía obligado a servir bajo

las órdenes de un superior que desaprobaba. Algunos habían demostrado ser incompetentes, otros cobardes, y unos pocos encarnaban ambos defectos. Deciano pertenecía a una categoría totalmente distinta. Sólo mostraba desprecio por los que estaban por debajo de él en y adulaba a los que estaban por encima. Mientras que los oficiales del ejército, por muchos defectos que tuvieran, al menos anteponían los intereses de Roma, aunque la ambición personal y el ansia de fama les seguían de cerca, Deciano era totalmente egoísta y veía a los que le rodeaban como meros instrumentos para usar y tirar en la búsqueda del poder y la riqueza que conllevaba.

Y si a sus subordinados los consideraba prescindibles, a los icenos los consideraba poco menos que animales, perros a los que azotar hasta la sumisión o golpear hasta la muerte si se negaban a darse la vuelta. También había una vena cobarde en el carácter del procurador. La ira aún ardía en Macro, y en muchos de los veteranos que marchaban detrás de él, cuando recordaban cómo Decianus los había abandonado para enfrentarse a la furia de los trinovantianos el año anterior. Sólo los dioses sabían los problemas que causaría a Boudica y a los icenos.

"Júpiter, el mejor y el más grande", murmuró Macro. Por mi sagrado honor, te sacrificaré un cordero sin tacha si ves el camino despejado para hacer que ese bastardo resbale de su montura y se rompa el puto cuello... Dos corderos", añadió con nostalgia.

¿Señor?

Macro miró a su alrededor y vio a Flaminio en su hombro, con una ceja levantada y una leve sonrisa.

'Yo, eh, sólo estaba ofreciendo una oración para que Minerva y Fortuna concedan al procurador sabiduría y buena fortuna en sus tratos con los icenos'.

Ya veo. Muy considerado por tu parte, Centurión", respondió Flaminio. "Estoy seguro de que sus sentimientos son compartidos por todos nosotros.

Los dioses, como era su costumbre, se negaron a responder a la petición de Macro, y Decio y su columna llegaron a la capital icena sin novedad. Delante de ellos, las madres reunían a sus hijos en y los apartaban del camino de los romanos. Los hombres, viejos y jóvenes, se colocaron a ambos lados y observaron en silencio. Para Macro estaba claro que tanto ellos como sus vecinos trinovanos esperaban desde hacía tiempo el momento en que Roma extendiera una mano para exigir el pago mientras la otra blandía una espada para dejar claro lo que supondría no pagar.

El sol colgaba bajo en el cielo y sus rayos iluminaban los tejados de paja de las cabañas con un tono ardiente, mientras largas sombras se proyectaban sobre las calles embarradas del asentamiento. El silencio

que rodeaba a los hombres que marchaban era opresivo, y Macro sintió que unos alfileres helados le subían por la nuca mientras miraba a un lado y a otro en busca de señales de peligro. Cuando la cabeza de la columna se aproximaba al pórtico de madera que protegía la entrada al recinto real, un grupo de hombres embozados con pesadas lanzas de jabalí les cerró el paso y obligó a los guardaespaldas de Decianus a detenerse.

La columna se detuvo y el procurador se llevó una mano a la boca y gritó: "¿Quién se atreve a impedirme el paso?".

El más alto de los icenos dio un paso adelante y habló en un claro latín. "¿Quién se atreve a entrar en la capital de los icenos sin invitación?

Decianus tiró de las riendas y acercó su caballo al trote a la puerta. Soy Catus Decianus, procurador imperial nombrado por el emperador en Roma. No necesito invitación. Estoy aquí para negociar con vuestra reina, Boudica. Me obstruyes a tu propio riesgo ".

El iceno parecía imperturbable. Se volvió para intercambiar un comentario en voz baja con uno de sus hombres, y el grupo se echó a reír. Luego se volvió hacia el procurador.

Espera aquí. Veré si Boudica te recibe'.

El hombre pasó junto a sus compañeros y se adentró en el recinto de . Decianus trotó hacia él y le tendió la mano. ¡Tú, ahí! Detente".

Los compañeros del hombre alzaron sus lanzas y dieron un paso adelante. Ya no había alegría en sus expresiones, sino una férrea determinación. Los guardaespaldas del procurador echaron mano a sus armas, y el pulso de Macro se aceleró al ver desenvainada la primera espada.

'Vulpinus, toma el mando. Voy al frente. Si hay algún problema adelante, forma a los hombres en una caja y espera a que regrese'.

Sí, señor.

Macro trotó junto a los carros, pasando junto a los hombres del contingente de Londinium, que parecían nerviosos y temerosos. Al llegar junto a los guardaespaldas, gritó: "¡Mantened las espadas envainadas o tendré vuestras tripas como cordones de botas!".

Un puñado de hombres de Decio vacilaron y miraron al procurador en busca de órdenes mientras Macro recorría los últimos pasos para reunirse con él.

Esos hombres me desafían". Decianus señaló a los guerreros que bloqueaban su camino. "Centurión, encárgate de ellos".

Macro se obligó a mantener la calma. No queremos un comienzo violento, ¿verdad?", dijo en voz baja. Mantengámoslo en paz, ¿vale?".

'Soy el representante del emperador, el hombre más poderoso del mundo conocido, y no seré desafiado por una banda de apestosos bárbaros. Si estos hombres se niegan a moverse, hay que darles una

lección. Les daré una última advertencia antes de ordenarte que los mates'.

Nadie está reduciendo a nadie". Macro frunció el ceño. La única lección que se está dando hoy es cómo comportarse diplomáticamente y no como un aristócrata recién salido de la cuna. Puede que en Londinium seas el representante del emperador en , pero aquí eres el repugnante contable que me han ordenado que cuide. Conseguiremos lo que vinimos a buscar sin derramar sangre y volveremos a casa sanos y salvos. Si pones nuestras vidas en peligro, como hiciste la última vez, te juro que no cometeré el error de dejar que vivas para lamentarlo. ¿Nos entendemos?

¿Cómo te atreves a hablarme así?

'Muy fácilmente, como sucede. Ahora serás un buen procurador y te comportarás si sabes lo que te conviene'.

Decianus quiso replicar, pero las palabras se le quedaron en los labios al ver el brillo en los ojos de Macro. Miró hacia la puerta y esperó en silencio el regreso del guerrero que había ido a anunciar su llegada a Boudica.

Siguieron esperando mientras el sol se ocultaba bajo los tejados de las cabañas redondas y un sombrío crepúsculo se cernía sobre la columna romana. Finalmente, el hombre regresó y dio una orden a los lanceros, que se apartaron.

"La Reina Boudica le concederá una audiencia.

"¿Una audiencia? resopló Decianus. Hizo un gesto a la columna para que le siguiera.

"Sólo tú, Romano", replicó el guerrero. Tú y el centurión Macro. El resto espera aquí'.

Macro se sobresaltó. ¿Cómo se conocía su nombre? Pensó un momento y obtuvo la respuesta. La columna había estado bajo observación desde el momento en que cruzó el territorio iceno. Varios seguidores de Boudica conocían su rostro. Le divirtió pensar que se habían dirigido a él por su nombre, a diferencia de la referencia más escueta a Decianus.

Decianus se volvió hacia él. ¿Están locos? ¿Quién entraría en un lugar así sin protección?".

'Tú y yo. Bájate del caballo y vamos a conocer a la reina'.

Pero... ¿es seguro?

Sólo hay una manera de averiguarlo", respondió Macro, sonriendo ante la incomodidad del procurador. Vamos, hombre. ¿De verdad crees que nos harían daño, dadas las consecuencias? Muestra un poco de valor y haz que Roma se sienta orgullosa. Vámonos.

Se dirigió hacia el guerrero de la puerta. Al cabo de un rato, Decianus pasó la pierna por encima de los cuernos de su montura y se echó al suelo antes de indicar a uno de sus hombres que cogiera las

riendas de su caballo. Se apresuró a alcanzar a Macro y se puso a su lado mientras los conducían a través del recinto hasta la sala del otro lado. Mientras caminaban, Macro miró a su alrededor y observó a los hombres que trabajaban con fuelles en una herrería situada en la esquina más alejada. Desde esta distancia era imposible ver si estaban fabricando puntas de lanza, puntas de flecha o algo prohibido, como hojas de espada. A su derecha había una hilera de establos, con las cabezas de los caballos sobresaliendo de sus cuadras. Había otra cuadra en el lado opuesto del recinto con mallas de mimbre en las aberturas, todas menos la última. A la luz mortecina, pudo distinguir la forma de un carro de guerra en el lúgubre interior.

A la entrada de la sala había dos guerreros más, armados con lanzas de jabalí y vestidos con las capas azules de la casa real. Uno de ellos levantó la mano y el hombre que los escoltaba se volvió hacia Decianus. Tendrás que dejar aquí tu espada. La reina no permite que vayas armado a su presencia".

Esto es intolerable", replicó Decio.

Sin embargo, es su voluntad, Roman. Tu espada, por favor. El iceno extendió su mano.

Decianus desenvainó su espada y la arrojó al suelo, a los pies del hombre, obligándole a agacharse para recogerla.

¿Y él? El procurador indicó a Macro.

'Centurión Macro es bien conocido por nosotros, y de confianza de la reina. Puede conservar su espada'.

"Recuerda lo que dije en la puerta", murmuró Macro. "Después de usted, Procurador.

Decianus abrió paso bajo el dintel de roble, decorado con ornamentadas tallas de caballos, ciervos y otros animales de caza. El interior estaba tenuemente iluminado por lo que quedaba de luz diurna que entraba por una ventana en el extremo opuesto y por las humeantes llamas de las velas de sebo colocadas en soportes de hierro a lo largo de las paredes laterales. Bajo la ventana, Boudica estaba sentada en el más pequeño de los dos tronos de madera sobre un estrado. El otro estaba vacío, en honor de su difunto esposo. La luz de la ventana proyectaba un halo sobre su cabello rojo, que brillaba como el fuego, al tiempo que ocultaba sus rasgos. A ambos lados, en sillas más pequeñas, se sentaban sus hijas, y detrás de ellas sus nobles y consejeros.

Os doy la bienvenida, romanos, en nombre de mi pueblo", anunció en tono llano. "Acercaos y explicad el motivo de vuestra presencia en mi capital".

Macro se adelantó y Decio vaciló antes de seguirlo al hombro del centurión. Cuando estaban a menos de tres metros del estrado, dos guardias de la reina se adelantaron e indicaron a los romanos que se

detuvieran. Macro inclinó formalmente la cabeza. Majestad.

"Centurión Macro, me decepciona verte en compañía del procurador.

Había una pizca de dolor en su tono, y Macro respondió con cierta culpabilidad. Créeme, preferiría no estar en su compañía, pero el gobernador me ordenó que le proporcionara escolta".

Tenía entendido que te habías retirado del ejército.

'Retirado, sí, pero sigo en la lista de reservas, al igual que los hombres que forman la escolta. Estamos obligados a responder a la llamada si el gobernador requiere refuerzos de último recurso'.

Entonces le faltan hombres", reflexionó Boudica, y dirigió su atención a Decianus. "Procurador, explique su presencia aquí.

Decianus dio medio paso hacia delante para situarse al lado de Macro, y trató de adoptar un aire digno que sólo consiguió ser altivo. Reina Boudica, ya sabes por qué estoy aquí. He venido a cobrar el saldo del tributo que se debía en la ceremonia de juramento. Mi propósito es claro, y tu deber es pagar la suma pendiente, en plata o en especie".

Boudica se inclinó hacia delante. Mi primer deber es velar por el bienestar de mi pueblo. Sólo cuando ese deber esté satisfecho, estaré obligada a honrar mi alianza con Roma".

'El término correcto es lealtad'.

Los que estaban a su lado y entendían latín se agitaron al oír la respuesta de Decianus, y un momento después el resto hizo lo mismo mientras el intercambio se traducía en susurros.

Eso no fue muy inteligente", dijo Macro, lo suficientemente alto como para que el otro romano lo oyera. Estamos aquí por su sufrimiento. Ten cuidado con lo que dices'.

A medida que la luz seguía apagándose en el exterior, el brillo del cabello de Boudica disminuyó y Macro pudo distinguir con mayor claridad los detalles de su rostro. Vio que la reina icena sonreía fríamente mientras respondía.

'Mi pueblo firmó un tratado de amistad con Roma, y sin embargo nos consideras siervos'.

'Firmasteis un tratado que garantizaba que Roma os protegería de vuestros enemigos a cambio de tributo. Hemos cumplido nuestra parte del acuerdo. Vosotros aún tenéis que cumplir la vuestra".

Es un acuerdo vacío, Procurador. ¿De qué enemigos nos protegería Roma? Habéis subyugado a todos aquellos contra los que hemos luchado en estas tierras. La única protección que parecemos necesitar es de hombres como tú, que saquearían nuestras tierras con el pretexto de que nos defendéis.'

'A pesar de lo que pueda parecer, los términos del tratado que aceptaste voluntariamente son claros y deben cumplirse'.

"¡De buena gana! se burló Boudica. Roma vino a nosotros con un ultimátum: firmar el tratado o ser destruidos".

'Entonces tu pueblo hizo una sabia elección y firmó'.

Macro decidió intervenir. Majestad, ha sido un largo día de marcha para el procurador y sus hombres. ¿Puedo pedir humildemente que se nos dé permiso para acampar esta noche? Podemos empezar las negociaciones por la mañana con la mente fresca'.

Decianus miró enfadado a Macro. "Creo que...

Cállate", siseó Macro en voz baja. No pienses. No hables. Cállate".

Boudica mantuvo el rostro serio durante varios latidos antes de asentir. Muy bien. Vuestro procurador está tan cansado que se olvida de sí mismo. Tal vez se sienta más inclinado a dirigirse a mí de una manera acorde con mi rango cuando haya tenido la oportunidad de descansar. Tiene nuestro permiso para acampar fuera de la capital. Podéis volver por la mañana para continuar las negociaciones". Hizo un gesto con la mano hacia la entrada, al fondo de la sala. "Puede retirarse de nuestra presencia".

Macro dirigió a Decianus delante de él. Vamos.

No miraron atrás mientras se marchaban, y sólo cuando los dos hombres se encontraban a medio camino del recinto, el procurador se dirigió a Macro con enfado. ¿Qué demonios crees que haces tratándome así delante de esa zorra bárbara?

Macro se abalanzó sobre él y le clavó un dedo en el pecho. Si vuelves a decir algo así, te arrancaré los dientes. Escucha, tonto. Conozco a la reina mejor que cualquier romano de Britania. Lo suficiente como para saber que si la empujas demasiado lejos, cosecharás el torbellino. Había una mirada en sus ojos que no había visto antes. Te lo digo, estamos en gran peligro, todos nosotros. Tenlo en cuenta cuando hables con ella mañana y mantén una puta lengua civilizada en tu cabeza. Ahora saquemos a nuestros hombres de aquí y pongamos el campamento bajo vigilancia antes de que cambie de opinión".

CAPÍTULO 18

Macro pasó la madrugada siguiente preocupado por la reanudación de la audiencia con la reina Boudica. Había advertido a Decio que eligiera sus palabras con más cuidado la próxima vez que hablara con ella. El procurador había enviado a su esclavo a traer una jarra de vino de su equipaje y había bebido mucho para superar su frustración anterior por no haber podido poner a la reina icena en su lugar. Su actitud le irritaba porque era bárbara y mujer. También estaba enfadado por las duras palabras y el trato despectivo de Macro.

¿Realmente crees que puedes dirigirte a mí así y salirte con la tuya?", había preguntado después de su quinta copa de vino, con la voz ya arrastrada.

La lluvia golpeaba la tienda de cuero y una brisa fría hacía ondear suavemente los laterales. En otro momento, Macro se habría contentado con aceptar el vino que Decianus le había ofrecido al principio, a pesar de que lo despreciaba. Pero aquella noche no. Comprendía lo delicado de la situación. También estaba furioso consigo mismo por el comentario sobre la escasez de soldados de Suetonio. Había visto la mirada ansiosa de Boudica después de que se le escapara, y esperaba no haber echado más leña al fuego.

Me has forzado", respondió. Si te hubiera dejado continuar con como cebo, habrías puesto en peligro nuestras vidas".

¿"Cebo"? No estaba provocando. Simplemente estaba poniendo a esa perra arrogante en su lugar. Se hace llamar reina, pero no se parece a ninguna reina que haya conocido en Roma". Decianus bebió otro trago de vino. ¿Reina de qué? De una horrible casucha en medio de un grupo incivilizado de chozas de barro que, en comparación, harían que el vicus más mezquino pareciera una gran ciudad. ¿Cómo se atreve a tratarme con tanto desdén? Soy el representante de Nerón y sólo respondo ante Suetonio en esta provincia arruinada. Será un gran placer humillarla".

Sea lo que sea lo que te plazca pensar, ella es la reina de los icenos y la soberana de la tierra en la que estamos acampados a su antojo. Recuérdalo.

Decianus cogió la jarra para rellenar su vaso. La mano de Macro se cerró primero sobre el asa y depositó la jarra en el suelo junto a sus pies.

Escúchame. Hace poco que has llegado a la provincia. Has pasado la mayor parte del tiempo en el palacio del gobernador en Londinium y tienes poca idea sobre las tribus de esta isla. Poca idea de sus costumbres y tradiciones. Estas eran sus tierras antes de que fueran

nuestras y he visto con qué valentía y tenacidad lucharon para mantenerlas lejos de nosotros. Puedo decirles, como alguien que ha luchado para Roma durante más de veinticinco años, desde el Rin hasta Egipto y desde Siria hasta Britania, que nunca he encontrado un enemigo más peligroso que los guerreros de esta isla".

¿En serio? ¿Esos brutos incivilizados? No son más peligrosos que una manada de perros salvajes'.

Sabes que no es cierto", respondió Macro con amargura. O lo sabrías si no nos hubieras abandonado a mí y a los demás veteranos el año pasado, antes de que empezara la lucha de verdad".

La mirada de Decianus vaciló. "Fui en busca de ayuda".

¿Todo el camino hasta Londinium? Ambos sabemos lo que hiciste, Decianus, y apesta. Nos dejaste luchar para salir. Y si piensas tan poco de los guerreros de estas tierras, entonces ¿cómo es que todavía estamos luchando contra ellos casi veinte años después de que los invadimos por primera vez? Roma ha perdido muchos buenos hombres tratando de domar esta isla, algunos de ellos amigos míos. Cuando Suetonio se haya ocupado del último de los que aún resisten en las montañas y haya eliminado a los druidas de Mona, por fin tendremos paz. Y me he ganado esa paz. Me he ganado el derecho a llamar a esta provincia mi hogar y me he ganado el derecho a disfrutar de los frutos de mi servicio a Roma y vivir el resto de mis días sin problemas. Así que te agradeceré que no pongas todo eso en peligro provocando a Boudica y a su pueblo".

Por un instante, Macro recordó las palabras de Cato antes de que se separaran en Londinium. Era posible que la mejor forma de evitar el peligro fuera matar a Deciano. Estaban solos en la tienda. El más cercano de los guardaespaldas del procurador estaba demasiado lejos para salvarlo si Macro actuaba con rapidez y golpeaba antes de que Decio pudiera gritar pidiendo ayuda. Pero un hombre no asesinaba a uno de los procuradores del emperador sin pagar un precio, y en ese momento, el precio era demasiado alto. Una mejor oportunidad podría presentarse, decidió. Una en la que pudiera atacar sin ser identificado como el culpable.

No importa si la provoco o no". Decianus soltó una carcajada seca. Si paga, todo irá bien. Si no, y causa problemas, será destruida. No hay diferencia en el informe que entregaré a Roma ni en las recomendaciones que haré. Ahora devuélveme mi vino".

El cansado ingenio de Macro se reavivó bruscamente. Llenó la copa del procurador. ¿Qué recomendaciones?

'Oh, vamos, Macro, esta provincia nunca tuvo muchas posibilidades de pagar su camino. Le cuesta a Roma mucho más para mantener el ejército aquí que Britannia contribuye a la tesorería. He visto las cifras. ¿Quieres saber lo que recomiendo? Saqueamos el lugar en

busca de cualquier cosa de valor y luego cortamos y huimos".

¿Y nosotros? ¿Los romanos que nos hemos instalado aquí?

'Tú eliges. Te vas con las legiones, o te quedas e intentas mantener la paz con los nativos'.

Mierda. Macro se inclinó más cerca. 'Entonces será mejor que te asegures de mantener la paz mañana. ¿Entendido?

Eso depende de Boudica, ¿no?". Decianus levantó su taza y derramó parte del contenido. Por la paz".

Mientras el sol de la mañana calentaba el campamento romano, Decio salió de su tienda, pálido pero vestido con sus mejores galas: una túnica y una capa verdes a juego, ambas ricamente bordadas con hilo amarillo brillante. Macro había decidido dejar a la mayoría de los veteranos para proteger el campamento y los carros y equipajes, mientras él se llevaba a diez hombres para acompañar al procurador y a sus guardaespaldas al encuentro con Boudica.

Decianus pidió su caballo y su esclavo le ayudó a montarlo. Cogió las riendas y se colocó entre los guardaespaldas a caballo y los soldados de infantería de la guarnición de Londinium. Macro y su pequeño grupo formaron en la retaguardia de la columna.

"¡Adelante! Ordenó Decianus.

Abandonaron el campamento y avanzaron con paso firme por el asentamiento hacia el recinto real. Les observaba en silencio más gente que la tarde anterior, como si toda la población de la capital hubiera acudido a bordear la ruta. Parecía una señal ominosa. No les detuvieron a la entrada del recinto, y la columna marchó dentro y se detuvo frente al vestíbulo.

Macro se dirigió a uno de sus hombres, Varius, y le ordenó en voz baja a que se posicionara junto a la puerta y estuviera preparado para cerrarla si surgían problemas. Mientras tanto, Decio había desmontado y se acercó al oficial a cargo de su escolta. "Tienes tus órdenes, Atalo".

Esperó a que Macro se uniera a él antes de indicarle la entrada a la sala. ¿Vamos?

Aquella mañana, el procurador mostró una audacia que sorprendió a Macro. Asintió con la cabeza. "Después de usted".

Decianus entró en el vestíbulo con Macro al hombro. El sol brillaba a través de la abertura situada por encima y por detrás de Boudica y un haz difuso descendía hasta el suelo de losas. Al igual que antes, Boudica estaba flanqueada por sus hijas y consejeros, y a ambos lados del estrado había fornidos guardias armados con lanzas de caza. Observaron a los dos romanos acercarse en silencio. Decio se detuvo a unos tres metros de la reina y levantó la barbilla mientras Macro inclinaba la cabeza en señal de deferencia hacia ella.

Reina Boudica, fue desafortunado que nuestro encuentro de ayer tomara un cariz díscolo", comenzó el procurador con calma. Lo

achaqué a mi cansancio tras un largo día de marcha".

Acepto tus disculpas", respondió. Confío en que hoy podamos resolver las cosas con mejor humor".

Ese es también mi deseo. También creo que el mal comienzo de las negociaciones de ayer fue atribuible a su falta de comprensión de la situación más amplia en la que usted y su pueblo se encuentran. Esperemos que esto se aclare como resultado de lo que ocurra hoy".

Macro sintió que se le aceleraba el pulso. La conversación ya estaba tomando un giro desafortunado, y había una amenaza no tan velada tras las palabras de Decianus.

'No perdamos tiempo en formalidades, Reina Boudica. El gobernador de Britannia me ha enviado a recoger el saldo del tributo que los icenos no pagaron en su totalidad en la ceremonia de juramento. Te agradecería que me lo entregaras ahora'.

Boudica hizo un gesto a uno de sus consejeros, y el hombre recogió un pequeño cofre que estaba a sus pies, lo llevó hasta Decianus y lo puso a los pies del procurador antes de retirarse a su lugar detrás del trono. El cofre no medía más de dos pies de largo por uno de fondo y otro de alto, y estaba hecho de roble atado y tachonado de hierro. Era obvio que sólo podía contener una fracción de la plata que había robado Hormanus. Macro miró a Decianus y vio que el procurador tenía una expresión divertida.

¿Qué es esto?

El saldo del tributo que los icenos pueden pagar este año", declaró Boudica.

Decianus deslizó hacia atrás el pestillo antes de abrir la tapa. Macro vio que el contenido consistía en un lecho de monedas de plata rematado con varios torques de oro, broches y otras pequeñas joyas. Nada parecido a la cantidad que les habían enviado a recoger.

¿Dónde está el resto?", preguntó el procurador.

Eso es todo lo que hay, Roman. Si hay una buena cosecha este año, tal vez podamos vender algo de grano para pagar un tributo mayor el año que viene'.

Eso no es aceptable. El gobernador dejó claro que tenías hasta finales de marzo para compensar. Tres meses para reunir la suma necesaria. Esto", golpeó la caja con la punta de la bota, "esta colección de adornos no vale más que una cuarta parte de la suma necesaria. Le sugiero que me entregue el resto de inmediato".

Es todo lo que podemos y todo lo que pagaremos", respondió Boudica. No puedes pedir más cuando no existe. Toma el cofre y vete'.

Roma no estará satisfecha con una compensación tan mísera. Si no pagas todo de una vez, habrá consecuencias'.

¿Te atreves a amenazarme en mi propia sala?" Boudica se subió al trono. Levantó el brazo y señaló la entrada. Tómalo y vete antes de

que mis hombres te echen'.

Si esa es tu respuesta, que así sea". Decio se volvió hacia la entrada y gritó: "¡Atalo! ¡Ahora!

El jefe de la guardia gritó una orden, y un instante después los soldados romanos irrumpieron por la entrada, apartando a los dos guerreros que montaban guardia y tirándolos al suelo. Atalo dirigió a sus hombres a la carrera, con las espadas desenvainadas.

¿Qué coño estás haciendo? exigió Macro.

Boudica se puso en pie mientras sus consejeros e hijas la miraban asombrados. Los dos guerreros con lanzas se adelantaron y bajaron las puntas hacia los romanos que corrían hacia ellos. Atalo y sus hombres rodearon rápidamente a los del estrado.

Diles que depongan las armas', ordenó Decianus.

¿Cómo te atreves? Boudica habló en un tono claro y llano. "Tendré tu cabeza por esto".

No harás nada de eso", replicó Decianus.

Macro se interpuso entre ellos y fulminó con la mirada al procurador. ¿Qué estás haciendo? Esto es una locura. ¿Intentas empezar una guerra, idiota?

Sal de mi camino, Centurión, antes de que te arreste por insubordinación. Ya he escuchado bastante tus balidos sobre la necesidad de respetar a esta chusma. Hazte a un lado, u ordenaré a Atalo que te obligue'.

Por el rabillo del ojo, Macro vio al comandante de los guardaespaldas dar un paso hacia él. Se sintió desgarrado por la necesidad de actuar para detener a Decianus, pero ya era demasiado tarde. El procurador lo apartó y volvió a dirigirse a Boudica.

Dile a tus hombres que suelten sus lanzas.

No haré tal cosa. Os ordeno que cojáis a vuestros matones y abandonéis mi capital de inmediato, si valoráis vuestras vidas'.

Decianus señaló a los dos guerreros. "Atalo, desármalos".

¡Primera sección! ¡Cogedlos! espetó Attalus.

Ocho de sus hombres levantaron sus escudos y se acercaron al estrado. Los dos guerreros que defendían a su reina empuñaron sus lanzas con firmeza y el que estaba a su izquierda lanzó una estocada a su oponente más cercano. El romano desvió el golpe, mientras que otro saltó y clavó su espada en el costado del guerrero. El iceno dio un grito ahogado e intentó girarse para golpear a su atacante, pero el hombre golpeó con su escudo y cayó a los pies de la reina, soltando la lanza al caer. El guerrero que quedaba lanzó un feroz grito de guerra y sacó la lanza mientras se lanzaba desde la tarima. Saltó sobre el escudo de uno de los guardaespaldas y ambos cayeron al suelo. En un instante, los romanos de ambos lados clavaron sus espadas en el cuerpo desprotegido del guerrero antes de ayudar a su camarada a

ponerse en pie.

Mierda", susurró Macro. Miró el cadáver antes de desviar la mirada hacia el estrado, donde Boudica estaba arrodillada, acunando la cabeza del otro guerrero mientras se llevaba una mano a la herida del costado. La sangre palpitaba entre sus dedos y Macro pudo ver que se estaba desangrando. Detrás de la reina, su séquito y sus hijas miraban con expresión horrorizada. Algunas parecían a punto de lanzarse sobre los romanos, aunque estaban desarmadas.

Macro agarró del brazo al procurador y le dio un tirón para que quedaran frente a frente. ¡Tonto! ¡Maldito imbécil! ¿Qué haces?

Decianus se liberó. 'Estoy cumpliendo mis órdenes, y tú tienes que hacer lo mismo, Macro. No vuelvas a cuestionarme o empezaré a matar al resto de estos perros bárbaros'.

El guerrero herido tosía sangre y convulsionaba, y Boudica tomó su mano libre entre las suyas y la sujetó con fuerza mientras le susurraba palabras tranquilizadoras. Un momento después, el guerrero se ahogó, sufrió espasmos y se quedó sin fuerzas, con la cabeza inclinada hacia un lado. La reina permaneció inmóvil y luego se inclinó para besarle la cabeza antes de levantarse, con su larga túnica salpicada de sangre. Macro pudo ver que temblaba, cerró las manos en puños y dio un paso hacia la fila de guardaespaldas que se interponía entre ella y Decianus. Te mataré. . . Os mataré a todos".

Silencio", gritó el procurador. Mantendrás la boca cerrada o esos dos hombres serán los primeros en unirse a sus antepasados. Asiente si lo entiendes'.

Abrió la boca.

"¡Ni una palabra! advirtió Decianus. Sólo asiente.

Los labios de Boudica se cerraron mientras su mandíbula se crispaba.

Eso está mejor. No pagaste el tributo cuando era debido. No compensaste el déficit incluso después de que el gobernador magnánimamente te diera tres meses para hacerlo. Por lo tanto, he sido autorizado a ejecutar el testamento de tu marido sobre las siguientes bases. En primer lugar, el emperador tomará posesión de la mitad del reino iceno según los términos del testamento. En segundo lugar, Roma tomará posesión de la mitad restante de los bienes de Prasutagus en lugar de la suma pendiente de pago. Por lo tanto, el reino iceno será anexionado por Roma y dejará de existir a partir de este momento. Para asegurar la conformidad del pueblo iceno, tomaré como rehenes a la reina Boudica y a sus hijas, que regresarán conmigo a Londinium. Tan pronto como el gobernador Suetonio regrese de la campaña, volveré para evaluar el valor de sus propiedades y las asignaré al control de los asentamientos romanos que se fundarán en estas tierras. Ese es el destino de los Iceni. Si alguien intenta hacerme

daño a mí o a mis hombres, o liberar a la antigua reina y a sus hijas, lo pagará con su vida". Se volvió hacia Atalo. "Apresadla a ella y a sus dos cachorros".

Atalo subió al estrado a los hombres que se habían ocupado de los dos guerreros. Agarraron los brazos de Boudica y la arrastraron hasta el centro de la sala. Una de sus hijas gritó por ella y tuvo que ser retenida por un consejero canoso. Otros icenos gritaban y gesticulaban furiosamente, pero se mantenían a distancia de los hombres con las espadas desenvainadas que los rodeaban.

El estómago de Macro se cerró en un puño y sintió náuseas cuando Boudica pasó a su lado. Sus miradas se cruzaron y él sacudió la cabeza con impotencia, tratando de indicar que no sabía lo que Decianus había planeado. Ella le devolvió la mirada y le escupió en la cara. Se estremeció cuando el esputo le golpeó la mejilla y la ceja, y experimentó una humillación como nunca antes había conocido, acompañada de repugnancia y vergüenza por las acciones del procurador y su propia impotencia para hacer algo para detenerlas.

Los guardaespaldas de Deciano estaban arrancando a las hijas de Boudica del séquito que se encontraba detrás del trono. Macro vio a dos hombres, entre ellos el consejero de más edad, golpeados con los planos de las espadas para hacerlos retroceder mientras las niñas eran cogidas por el pelo y arrastradas fuera del estrado para reunirse con su madre bajo guardia en medio de la sala. Atalo dio la orden de que sus hombres retrocedieran y se formaran alrededor de los rehenes.

Decianus sonrió. Creo que con esto concluyen las negociaciones. Macro, recoge el cofre'.

Macro negó con la cabeza. Hazlo tú mismo o que lo recoja uno de tus matones. Yo no tengo nada que ver con esto".

¿De verdad lo crees? ¿Crees que esa gente de ahí piensa que eres diferente a mí? Deja de comportarte como un tonto romántico , Macro. Eres un oficial romano. Hiciste un juramento de servir a Roma y a aquellos con autoridad sobre ti. Lo que está sucediendo aquí es la voluntad de Roma, y no sólo eres cómplice de ella, estás obligado a defenderla. Ahora recoge esa caja, o haré que uno de esos bárbaros lo haga por ti".

La rabia de Macro se retorcía y tensaba cada vez más en su interior, como las cuerdas de torsión de una ballesta. Necesitó todo el autocontrol que poseía para no estrangular al procurador. Apretando los dientes, se inclinó para recoger el cofre y lo guardó bajo el brazo izquierdo, dejando libre la mano de la espada.

"Atalo, sigamos nuestro camino", ordenó Decio.

Cuando los guardaespaldas rodearon al procurador, a Macro y a los rehenes, la pequeña formación salió de la sala y se dirigió hacia los veteranos, cerca de la puerta del recinto. Varius los vio llegar y llamó

a los demás para que formaran. Se colocaron en la retaguardia de la pequeña columna y Macro retrocedió para unirse a ellos.

"¿Qué pasa con las mujeres? preguntó Varius en voz baja.

"No cualquier mujer", dijo Macro. "La reina Boudica y sus hijas".

Los ojos del veterano se abrieron de par en par, luego miró a su alrededor cuando el primero de los que habían sido retenidos en el vestíbulo salió corriendo, gritando en voz alta. Mierda.

Bastante". Macro asintió. Ahora estamos en ello.

A medida que avanzaban por la embarrada vía principal de la capital icena, la gente empezó a congregarse en respuesta al alboroto. Cuando vieron a su reina y a sus hijas retenidas por los hombres de Decianus, al principio se mostraron sorprendidos, luego algunos gimieron consternados y otros empezaron a gritar airadamente. Boudica caminaba con paso firme, con los hombros echados hacia atrás y la barbilla levantada, mirando al frente como una mártir que camina sin miedo hacia su ejecución. Detrás de ella, las dos niñas sollozaban y tenían que ser arrastradas por entre sus guardias. Cuando uno de los lugareños intentó abrirse paso hasta la reina, fue abatido por un golpe de empuñadura de uno de los hombres del procurador. En ese momento, Boudica se volvió hacia la multitud y les gritó implorando que se retiraran y dejaran que los romanos continuaran sin ser molestados.

Varius miró a Macro. He oído lo que pasó el año pasado. ¿Y si ese bastardo de Decianus huye y nos deja para enfrentarnos a ellos?

No lo hará", respondió Macro. Esta vez está en el corazón de territorio hostil, y su única esperanza de salir con vida es asegurarse de que mantiene a los rehenes y al resto de nosotros con él".

Espero que tenga razón, señor.

Cuando la columna abandonó el asentamiento y se dirigió al campamento de marcha, Macro vio que Vulpino ya había dado la voz de alarma, y los veteranos que quedaban para vigilar el campamento se apresuraban a formar mientras los demás se acercaban.

"¡Centurión Macro! Decianus llamó. "Ven aquí.

Macro trotó hacia delante y se puso al lado del procurador.

Quiero que pongas el cofre en uno de los carros. Haré que mis hombres lo custodien después. Luego levantaremos el campamento y regresaremos a Camulodunum. Necesitamos alejarnos lo más posible de este lugar hoy. ¿Alguno de tus hombres habla Iceni?'

Conozco algunas palabras. He aprendido algo del idioma'.

No es suficiente. Necesito a alguien que pueda hablarles con claridad. No quiero que esos bárbaros malinterpreten el mensaje'.

'Vulpinus puede hablar su lengua lo suficientemente bien para eso.'

"Vulpinus entonces". Decianus señaló a la multitud de tribus que seguían a la columna. Cuando lleguemos al campamento, que les diga

que vuelvan a sus chozas de barro. Que diga que si nos siguen o intentan rescatar a la reina, les irá mal a ella y a sus hijas. Si veo la menor señal de que algún guerrero nos persigue, haré que azoten a sus hijas. ¿Entendido?

Macro asintió.

'Entonces ocúpate de ello. Asegúrate de que lo entienden'.

Macro retrocedió hasta sus hombres y transmitió la orden. Vulpinus sacudió la cabeza. Está loco. ¿Tiene idea ese tonto de la tormenta que está provocando?

'Lo sabe, y no le importa', respondió Macro. Ahora estamos en manos de los dioses, amigo mío. Reza para que nos muestren misericordia'.

CAPÍTULO 19

La columna romana se alejó por el camino que conducía al sur, y Macro se sintió aliviado al ver que no intentaban seguirla. Más de mil personas del pueblo de Boudica, según sus cálculos, se quedaron mirando cómo se la llevaban. La mayoría guardaba silencio. Algunas mujeres lloraban, mientras que muchos hombres gritaban su nombre o proferían insultos desafiantes contra Deciano y su séquito. Por orden del procurador, Boudica y sus hijas habían sido encadenadas nada más llegar al campamento, y ahora caminaban detrás del carro que transportaba el cofre del tributo. Decio cabalgaba al frente de los vehículos, sus hombres montados iban delante de él, mientras que los soldados de a pie se cerraban a ambos lados. Macro y los veteranos formaban la retaguardia, como habían hecho en la marcha hacia la capital icena.

Macro miró a las tres mujeres con el corazón encogido. La vergüenza que había sentido antes era más aguda que nunca. No le cabía duda de que las acciones de Decio anunciaban un desastre. Aunque Boudica y sus hijas fueran retenidas como rehenes en Londinium, su pueblo era lo bastante orgulloso como para no someterse nunca al destino que Decianus había pronunciado. No dejarían que el reino iceno cayera en el olvido sin presentar batalla. De un modo u otro, el conflicto estallaría y la sangre de muchos icenos y de los romanos enviados a luchar contra ellos llegaría a las manos del procurador.

De acuerdo con las órdenes de Deciano, la columna avanzó lo más rápidamente posible para alejarse del territorio iceno. Los hombres avanzaban por la pista lanzando miradas cautelosas a ambos lados en busca de cualquier señal de problemas. Aunque se había advertido a los icenos que no siguieran a los romanos, Macro estaba seguro de que estaban ahí fuera, a cierta distancia, observando mientras decidían si atacar o no. A medida que avanzaba el día y no había señales de persecución, la tensión comenzó a disminuir en las filas romanas y, a primera hora de la tarde, Decio permitió una breve parada para descansar. Mientras sus veteranos bajaban las mochilas, Macro se acercó a Boudica y le ofreció su cantimplora. Ella lo miró fríamente y, por un momento, él pensó que podría negarse, pero entonces ella asintió a sus hijas, apoyándose en la parte trasera del carro.

Deja que ellos tomen primero.

Las chicas engulleron el agua con avidez, compartiendo la cantimplora entre ellas hasta vaciarla. Macro volvió a cogerla y deslizó la correa sobre su cabeza.

¿Cómo puedes permitir que nos traten así?", exigió Boudica.

Macro miró a su alrededor para asegurarse de que no les oían. No tenía ni idea de que planeaba apresarte. Lo juro por todo lo que considero sagrado. Buscaré al gobernador en cuanto pueda y le pediré que te libere".

¿Y mi pueblo? ¿Mi reino? ¿Qué pasará con ellos si Decianus hace realidad su intención de anexar nuestras tierras? Conoces a los Iceni, Macro. Ellos morirán para proteger nuestra forma de vida'.

Por eso debo liberarte. Puedes hacerlos entrar en razón. Haz que se den cuenta de que no pueden ganar contra Roma. Si luchan, morirán, puedes estar seguro de eso. Al mismo tiempo, puedes defender tu caso con Suetonio. Él estará tan interesado en salvar vidas romanas como tú lo estás en salvar las vidas de tu propio pueblo".

Ella negó con la cabeza. Se equivoca. Oíste cómo me habló tu procurador en la sala. Nos llamó bárbaros. Cree que somos poco mejor que animales. Esa es la visión romana. ¿Realmente crees que Suetonio es diferente?

Eso espero. En verdad, Decianus no es Roma'.

'Y sin embargo, él representa a Roma. Representa a tu emperador, al Senado y al pueblo de Roma. Al igual que su gobernador. Y actúa bajo las órdenes de Suetonio. No, Macro, no creo que pueda esperar ninguna ayuda del gobernador. Los únicos romanos en los que realmente he confiado son tú y Cato. Hemos luchado juntos, derramado sangre juntos, y tú y yo fuimos cercanos una vez.'

Macro recordó la breve relación que habían mantenido en los días posteriores a la toma de Camulodunum por los romanos. No había durado mucho, pero el deseo que sentía por ella había ardido en sus venas, y aún ahora, después de tantos años, podía percibirse. Era un impulso peligroso, y se apresuró a apartar el recuerdo cuando ella continuó en tono melancólico.

'Si las cosas hubieran sido diferentes, tal vez yo podría haber sido tu esposa, y estas niñas, mis hijas, podrían haber sido tuyas'.

Lo sé.

Su expresión se endureció y se apartó de él todo lo que le permitieron sus cadenas. ¿Pero ahora? Para mí estás muerto, Macro. Digas lo que digas, sientas lo que sientas, eres parte de esto".

Pero está mal', insistió Macro con vehemencia. Esto no es Roma. Esto no es obra mía'.

Por supuesto que lo es. ¿Cómo puedes decir eso cuando estás ahí de pie con ese uniforme? ¿Cuando has jurado lealtad a Roma y al emperador? Si realmente crees que está mal, entonces haz algo al respecto. Haz algo que marque la diferencia". Bajó la voz. Encuentra una manera de sacarnos de estas cadenas y ayudarnos a escapar. Tienes una opción.

Antes de que Macro pudiera considerar el asunto, Decianus dio la orden de reanudar la marcha y los hombres asignados a custodiar el cofre se pusieron en pie con cansancio y retrocedieron hacia el carro donde se encontraba con los rehenes. No tuvo oportunidad de responder a su desesperada petición, y se limitó a asentir con la cabeza antes de reunirse con sus hombres y reanudar la marcha. Sus palabras le habían dolido. Al igual que su propia admisión de que su secuestro había sido un error le había remordido la conciencia.

Por primera vez, Macro se dio cuenta de que albergaba serias dudas acerca de la causa a la que había servido tan fielmente y sin rechistar durante la mayor parte de su vida adulta. Estaba tan acostumbrado a acatar sin pensar las órdenes para las que había sido entrenado, que nunca había reconocido sus recelos sobre los motivos que impulsaban las ambiciones de Roma y había aceptado alegremente que debían obedecer a algún propósito mayor. Había estado demasiado ligado a la hermandad de soldados que se había convertido en una segunda familia para él como para mirar más allá. ¿Y ahora? Ahora tenía que elegir. Peor aún, estaba obligado a tomar una decisión, a pesar de que cada grano de su ser deseaba no tener que hacerlo. Debía seguir aceptando ciegamente el mundo que le había creado o traicionarlo y hacer lo correcto.

La columna reanudó su marcha a lo largo del camino, abriéndose paso a través de las frondosas tierras de labranza de los icenos mientras el sol brillaba desde un cielo despejado y los bañaba en un calor que pronto resultó más que agradable al ritmo que había impuesto Decio. Hacia la mitad de la tarde, los soldados de infantería del procurador empezaron a flaquear. La mayoría de ellos estaban en la fuerza de la guarnición de Londinium porque eran demasiado viejos o no estaban en condiciones de servir en una unidad activa. A las hijas de Boudica se les permitió sentarse en el carro, mientras la propia reina continuaba a pie. Los veteranos de Macro, acostumbrados desde hacía tiempo a las penurias, mantuvieron el ritmo mientras alcanzaban a un rezagado, un hombre corpulento de unos treinta años cuyo rostro estaba blanco por el cansancio.

Yo que tú me quedaría con la columna", le dijo Macro. No es buena idea ser un romano solo en medio del territorio iceno".

No estoy hecho para esto", jadeó el hombre, y luego resopló. Su voz indicaba que estaba muy resfriado. Hace cinco años que no salgo de Londinium'.

Su armadura estaba manchada de óxido, las correas de cuero estaban mates y desgastadas y sudaba copiosamente. Se desabrochó la correa de la barbilla y se quitó el casco y el forro, mostrando finos mechones de pelo pegados al cuero cabelludo. Un soldado desaliñado, pensó Macro. Si hubiera sido un legionario, o incluso un auxiliar, le

habría dado una reprimenda y le habría devuelto a la fila, empujándole con su bastón de enredadera para que se moviera. Pero era uno de la escoria y no merecía la pena el esfuerzo.

Quizá deberías haber hecho más ejercicio y comer menos. Buena suerte'.

Avanzaban y el hombre se quedaba cada vez más atrás. Cuando la columna coronó una cresta, Macro miró hacia atrás y vio que se había detenido y sentado en el tocón de un árbol junto al camino. No había ni rastro de su escudo ni de su casco, y se dio cuenta de que el hombre se estaba deshaciendo de su equipo. Entonces la senda descendió por el lado opuesto de la cresta y el rezagado desapareció de su vista. Su mejor oportunidad de sobrevivir dependía ahora del llamamiento de Boudica a su pueblo para que dejara en paz a los romanos, pero Macro no podía evitar temer que, por sí solo y con sólo una espada para protegerse, pudiera ser un objeto tentador para que cualquier iceno que les siguiera se vengara de ellos.

Habían recorrido unas veinticinco millas, según los cálculos de Macro, y marchaban a lo largo de un río de curso lento cuando Decio dio la orden de detenerse y acampar. Ya estaba anocheciendo y Macro eligió un lugar en un meandro del río que les protegería por tres lados y les proporcionaría agua para los hombres, los caballos y las mulas. Los carros se formaron a lo largo del espacio abierto y los huecos se rellenaron con estacas afiladas cortadas de un bosquecillo cercano. Boudica y sus hijas fueron desencadenadas del carro y se sentaron apoyadas en las ruedas mientras descansaban y se frotaban los pies doloridos.

Mientras el trabajo se ponía en marcha, Decio se acercó a Macro. Uno de mis hombres ha desaparecido. Fascus".

"Volvió hace unas horas.

"¿Dejaste que se quedara atrás?

Macro se encogió de hombros. Es uno de los tuyos. Tu responsabilidad. Deberías vigilar mejor a tus hombres. Aunque sean un desperdicio de espacio'.

'Quiero que tomes a algunos de tus veteranos y vayas a buscarlo. Antes de que los Iceni lo hagan'.

Envía a tus chicos, no a los míos.

Decianus se cruzó de brazos. Centurión, te estoy dando una orden. Y puesto que tus hombres son los únicos soldados de verdad aquí, como te complace señalar, son los mejores hombres para el trabajo. Llévate a diez veteranos y asegúrate de volver al campamento antes de que anochezca'. Miró al cielo. Una hora más o menos de ida y una hora de vuelta debería ser factible. Siempre que vayáis inmediatamente'.

Macro hizo un saludo burlón. Como ordene, *señor*.

No tienes que quererme ni respetarme, Macro. Gracias al gobernador Suetonio, sólo tienes que hacer lo que yo diga, por mucho que se te atasque en la garganta y por mucho placer que me dé. Ahora vete".

Macro ya no sentía el impulso de golpear al hombre en la cara. Su odio y desprecio habían ido más allá. Se dio la vuelta con una sensación plomiza y volvió con sus hombres. Se oyeron gemidos airados y cansados cuando esbozó la tarea y eligió a su grupo antes de llevarse a Vulpinus a un lado.

Mientras estoy fuera, asegúrate de que se establece una buena vigilancia en el momento en que las defensas estén listas". Señaló con el pulgar a los guardaespaldas de Decianus y al destacamento de la guarnición de Londinium. No confío en que hagan un trabajo decente, así que si hay problemas, dependerá sobre todo de nuestros muchachos. No debería haberlos, no si la palabra de Boudica tiene peso entre los suyos. Sólo mantén los ojos abiertos hasta que regrese'.

¿Crees que encontrarás al rezagado?

Macro se lo pensó un momento. Lo dudo. No estoy seguro de querer hacerlo si el otro bando llega a él primero. No va a ser bonito". Luego ocupó su lugar con el pequeño grupo de veteranos reunidos frente a las defensas. "Bien, terminemos con esto".

Se dirigió de nuevo a la pista y giró hacia el norte, acelerando el paso a medida que la rigidez de sus piernas empezaba a remitir. Mientras caminaba, reflexionó sobre sus últimas palabras con Vulpinus. Los icenos ya se habían convertido en el "otro bando" en su mente, y había dudado de cómo tratarían a Fascus si lo encontraban primero. Se dio cuenta de que ya había aceptado que el conflicto entre romanos e icenos era inevitable.

Decianus subió al carro que contenía el cofre y observó cómo Macro y su grupo se alejaban y desaparecían en el pequeño bosque por el que pasaba el camino. Sonrió ante la idea de prescindir de la presencia del centurión durante unas horas. Por mucho que disfrutara de su poder sobre Macro y se sintiera más seguro teniendo a un soldado experimentado a sus espaldas, no dejaba de sentirse incómodo en presencia de soldados competentes y respetados. Recordó su breve periodo de servicio como tribuno subalterno unos diez años antes, cuando empezaba su carrera política. Había eludido toda oportunidad de enfrentarse al peligro y se había ganado entre los centuriones y legionarios de su unidad la reputación de cobarde. Incluso había descubierto que tenían un apodo para él: "Desenganche Deciano".

Aquello aún le escocía. En aquel momento, y desde entonces, había justificado su comportamiento basándose en que estaba destinado a ocupar un alto cargo. No tenía sentido arriesgarse en el campo de batalla, donde su pérdida sería insignificante y la pérdida para Roma

de su futuro servicio sería considerable. Hombres como Macro eran prescindibles. Hombres del calibre de Decianus no lo eran. Y, sin embargo, tenía un sentimiento de inferioridad cuando se comparaba con el centurión. Podía ser más inteligente, más rico y socialmente superior, pero no se sentía el hombre que era Macro. Macro parecía estar a gusto en su propia piel, mientras que Decianus a menudo no lo estaba, y vivía con la perpetua ansiedad de que esto fuera evidente para los demás.

Percibió el olor del estofado que su esclavo estaba preparando fuera de su tienda y se dio cuenta de que tenía hambre. Se arrodilló, abrió el cofre y examinó algunas joyas que había sobre las monedas. Estas últimas eran una mezcla de monedas de plata acuñadas por los icenos y las que habían recogido en el comercio de los mercaderes. Los diseños de las monedas nativas eran burdas imitaciones de las primeras monedas que les habían llegado del mundo civilizado, y Decianus las miraba con diversión. Aquellos bárbaros eran como niños en muchos aspectos, deseosos de imitar las costumbres de los adultos en su desesperación por ser considerados iguales. Su débil sonrisa se desvaneció al cerrar el cofre. El gobernador no se alegraría cuando supiera lo poco que había cobrado de la deuda pendiente. La anexión del reino de resultaría más valiosa a largo plazo, pero llevarla a cabo sería un proceso largo y arduo, con escasa recompensa para Decianus en términos del capital político que podría acumular supervisando la tarea.

'Eso es dinero manchado de sangre, y vosotros los romanos pagaréis el precio de lo que habéis tomado con vuestra sangre'.

Miró a su alrededor y vio a Boudica, de pie al final del carro, observándole.

¿De verdad? ¿Realmente crees que tu tribu de salvajes supone una amenaza seria para los intereses romanos? Perteneces al pasado, mujer. Tú y tu pueblo. La civilización ha llegado a Britania y tú la abrazarás o serás aplastada bajo las botas de nuestras legiones. Eso es todo lo que te depara el futuro. De cualquier manera, dentro de cien años será como si nunca hubieras existido".

'Si no me liberas a mí y a mis hijas, y si sigues violando nuestras tierras, entonces estarás muerto mucho antes de que me olviden. Igual que ese hombre que enviaste a Macro y a sus camaradas a buscar. Pronto irá camino de la otra vida mientras mis guerreros se divierten con él, y su cabeza adornará el dintel de una choza icena. Puedes estar seguro de ello".

Decio bajó del carro y se enfrentó a ella. Sus hijas le miraron nerviosas desde donde estaban sentadas contra una rueda. Boudica, sin embargo, se mantuvo firme.

La miró pensativo antes de volver a hablar. Me pregunto qué haría

falta para humillarte. Darte una lección sobre la realidad de este mundo y el pequeño papel que desempeñas en él. Pareces creer que tienes derecho a ser tratada con el mismo respeto y reverencia que mi emperador. Sin embargo, él vive en un gran palacio mientras que tú vives en una tosca choza. Él viste ropas de la mejor calidad, mientras que tú vistes poco más que harapos y pieles. Él cena con los lujos más selectos de mientras que tú comes una dieta digna de cerdos. Dondequiera que va Nerón, le acompaña su corte, es aclamado por la multitud y adorado como un dios, mientras que a ti te acompaña un minúsculo séquito de bárbaros y te arrastras ante tus pequeñas deidades".

Eres un tonto si juzgas a una persona por su apariencia", replicó. Eres aún más tonto si te burlas de mí porque soy mujer. Puede que tus mujeres romanas sean criaturas mansas, poco más que esclavas, pero entre mi pueblo se nos considera con honor y, si se nos llama a luchar, estaremos codo con codo con nuestros hombres en la línea de batalla. Me subestimas por tu cuenta y riesgo, romano".

"Ya he oído bastante de tu cháchara fanfarrona". Le dio una bofetada y otra con el dorso de la mano. El labio se le partió y la sangre le corrió por la barbilla. Con el siguiente golpe, su anillo la alcanzó en la mejilla y se la abrió. Boudica jadeó de sorpresa, pero se negó a gritar de dolor mientras recibía el castigo. Decianus dio un paso atrás, respirando con dificultad. A poca distancia, sus hombres más cercanos y algunos veteranos de Macro observaron la conmoción.

Decio se volvió hacia Atalo. Trae uno de los látigos de los arrieros. Es hora de que esta perra bárbara aprenda modales".

La mirada de Boudica se clavó en él. "No te atreverías...

Atalo se acercó con un látigo de arriero enrollado y Decio señaló a la reina icena. "Azotadla".

El comandante de la escolta pidió ayuda a dos de sus hombres. Agarraron a Boudica y la obligaron a inclinarse hacia delante sobre la parte trasera del carro, luego le ataron los brazos a los postes traseros. Boudica forcejeó violentamente, pero no fue rival para los hombres. Atalo sacó su daga y le hizo un corte en la parte trasera de la túnica, desgarrando el material y dejando al descubierto la carne de su espalda.

Su hija menor gritó alarmada e intentó correr en ayuda de su madre, pero Attalus la empujó al suelo y la señaló con el dedo.

¡No lo hagas! O recibirás el mismo trato'.

Boudica llamó a sus hijas en tono autoritario, y la mayor rodeó a su hermana con los brazos y la estrechó contra sí.

"¡Comiencen! ordenó Decianus.

¿Cuántos golpes, señor?

'Tantas como sean necesarias hasta que te diga que pares.

¡Adelante!

Attalus sacudió el látigo y le dio una sacudida para comprobar su peso y alcance. Luego, separando los pies, movió el brazo derecho hacia un lado y hacia atrás antes de lanzar un violento golpe. El duro y pesado cuero salió disparado hacia delante como una serpiente y golpeó la pálida piel de la espalda de Boudica. Ella se sobresaltó y echó la cabeza hacia atrás, emitiendo un gemido agudo entre los dientes apretados. Los músculos del cuello y los hombros se pusieron rígidos mientras se tensaba preparándose para el siguiente golpe. Cuando Attalus agitó el látigo para prepararse, las primeras gotas de sangre brotaron de la roncha roja que corría diagonalmente desde su omóplato derecho. El látigo la golpeó por segunda vez, y ella jadeó antes de fijar la mandíbula y mirar fijamente hacia delante.

Atalo mantuvo un ritmo constante, lacerando su carne con una serie de rayas rojas. Los hombres de Decio empezaron a reunirse en arco para presenciar el espectáculo. Algunos se pasaban odres y se oían gritos de aliento.

¡Abridla! ¡Veamos sus huesos!

Tras veinte golpes, Decio gritó: "¡Alto!".

Atalo bajó el brazo y se limpió la sangre que le había salpicado la cara, y el procurador se adelantó para dirigirse a Boudica desde el lado del carro. Su espalda era un entrecruzamiento de líneas rojas ensangrentadas y su respiración era agitada mientras temblaba en el frío aire del atardecer.

Me pregunto si ya hemos aprendido la lección. reflexionó Decianus. Veamos. Repite después de mí. Roma es mi amo. Dilo.

Apretó la mandíbula y miró al frente.

Dilo. Roma es mi amo'.

Aún así, se negó.

¡Dilo!

"¡Vete a la mierda! Gritó Boudica. '¡Que se joda Roma! ¡Muerte a Roma! ¡Muerte al emperador! Muerte a todos vosotros". Su voz se apagó en un gemido de dolor. Juro por Andrasta", dijo en voz baja, "que te mataré, Procurador. Haré que tu muerte dure días. Alimentaré con tu corazón a mis perros".

Parece que aún no has aprendido la lección", reprochó Decianus. Se volvió hacia sus hombres. Muchachos, ¿qué hace falta para domar a estas salvajes mujeres bárbaras? Puedes azotarlas hasta dejarlas sin vida y aún así se abalanzan sobre ti como un perro rabioso'.

Necesita más látigo", gritó una voz, y los demás hombres se rieron.

No", respondió Decianus. Necesito mantenerla con vida. No puedo dejar que se desangre hasta morir. Además, tendrá un buen precio cuando todo esto termine. Ella y sus cachorros'.

Bastardo. ¡No te atrevas a tocar a mis chicas!

Uno de los hombres que sostenía un odre se mofó e imitó su voz al repetir el comentario, y se oyó otro estruendo de risas. Decianus se unió brevemente y luego miró a las hijas de Boudica con aire calculador.

'Si no puedo arriesgarme a matarte, tal vez haya una forma mejor de completar la lección. Una que cause un tipo diferente de humillación y dolor. ¡Muchachos! ¿Les gustaría probar algunas mujeres Iceni?

Se oyó un aullido de aprobación ebria, y el más cercano de los hombres agarraron a las muchachas y las arrastraron hasta ponerlas en pie. A pesar de sus heridas, Boudica luchó contra sus ataduras con todas sus fuerzas, retorciéndose las muñecas para intentar aflojarlas; las venas de sus músculos sobresalían como cuerdas. Cuando sus hijas empezaron a gritar, le pidió a Decianus que tuviera piedad de ellas, que se la llevara en su lugar. Pero él se rió.

¿Por qué iba a ofrecerles una vieja bruja como tú cuando pueden tener algo sin mancha?

Los gritos y sollozos continuaron mientras los hombres de los procuradores se animaban unos a otros antes de tomar su turno. Al final, las fuerzas de Boudica se agotaron y quedó colgando de las correas. Las lágrimas bañaron su rostro mientras clamaba lastimosamente a los dioses de su tribu pidiendo clemencia y venganza, mientras el sol se ponía sobre las tierras de su pueblo.

CAPÍTULO 20

Macro estaba a punto de ordenar a sus hombres que dieran la vuelta cuando encontraron a Fascus. Habían seguido la pista a través de un bosque durante media milla cuando se toparon con un pequeño claro a un lado. Fue el olor lo que les alertó primero: un fuerte olor a carne asada y humo de leña. Pequeñas llamas seguían ardiendo entre los restos de la hoguera. Fascus había sido atado a una rama robusta y suspendido entre dos grandes troncos con el torso directamente sobre las llamas. Desde los muslos hasta el pecho, la parte delantera de su cuerpo estaba calcinada. No había rastro de su ropa, su espada ni ninguna otra pertenencia. Sólo quedaba una tira de tela atada a la cabeza a modo de mordaza.

Los veteranos formaban un arco alrededor de la escena, algunos se llevaban las manos a la boca y se tapaban la nariz para evitar el hedor. Macro sintió su sabor en la lengua al respirar y luchó contra las arcadas. Apartó la mirada y escrutó la arboleda circundante. No había señales de movimiento, pero era posible que los asesinos de Fascus aún estuvieran cerca.

Se aclaró la garganta. "Los primeros cuatro hombres, a diez pasos y vigilen.

Mientras los hombres asignados se dirigían a sus puestos, uno de ellos, , señaló el cadáver. "¿Qué vamos a hacer con eso, señor?

¿Eso? Macro rodeó al veterano. Fue soldado una vez. No un buen soldado, pero uno de los nuestros. Lo cortaremos y lo enterraremos aquí y luego volveremos al campamento e informaremos de su muerte'.

"¿Tenemos tiempo para eso?

Lo tenemos", decidió Macro. Empecemos. ¿Voluntarios para cortar el cuerpo?

Ninguno de los veteranos dio un paso al frente, así que señaló a los dos hombres más cercanos. Ayudadme. Los demás, empezad a cavar la tumba'.

El grupo de trabajo dejó sus escudos. Sólo habían traído sus armas, y sus picos estaban con el resto de su equipo en el campamento, así que tuvieron que raspar la tierra y cortar raíces con sus espadas. Mientras se ponían manos a la obra, Macro se acercó al cadáver y desenvainó su daga, tratando de no respirar profundamente.

'Uno de ustedes tome sus pies, el otro sus hombros, mientras yo corto las cuerdas.'

Fascus había sido atado en cuatro sitios: los tobillos, los muslos, la parte media del vientre y los hombros. Macro empezó por los tobillos,

serrando las toscas ataduras donde estaban tendidas sobre la rama. El primer conjunto se separó y las piernas blancas y regordetas de Fascus se hundieron. Estaba claro que el cuerpo iba a caer sobre las brasas, así que Macro las extendió con sus botas antes de continuar. Cuando la cuerda que rodeaba los hombros se separó, el cadáver cayó boca abajo con una bocanada de ceniza.

Llévenlo a la hierba", ordenó Macro, y los dos veteranos gruñeron mientras ponían a Fascus boca arriba. Tenía los ojos muy abiertos y desorbitados, lo que sorprendió a Macro. Había esperado que estuvieran fuertemente apretados mientras el hombre soportaba la agonía de ser quemado vivo en . Se agachó, desató la mordaza y se enderezó con cara de asco.

Joder. .' murmuró uno de los otros hombres.

Explica por qué no se llevaron su cabeza", comentó Macro.

Fascus tenía los labios entreabiertos. Entre ellos sobresalía el extremo encogido de su pene, introducido a la fuerza en su boca junto con sus testículos antes de que la mordaza hubiera sido atada para mantenerlos en su sitio.

Hay una lección objetiva en nunca dejarse convertir en un rezagado en territorio hostil", dijo Macro. Ahora ayuda a los demás y acabemos con esto'.

Los hombres habían cavado un metro cuando Macro les ordenó que se detuvieran y depositaran el cuerpo en la tumba. La zanja era demasiado estrecha para la circunferencia de Fascus, y hubo otro retraso mientras la ensanchaban a su altura. Los veteranos rasparon apresuradamente la tierra sobre él, proporcionando un pie de cobertura que Macro esperaba que impidiera a las bestias del bosque excavar y preocuparse por el cuerpo. Pronto hubo un montículo no lejos de las cenizas del incendio, y ordenó a sus hombres que recogieran sus escudos y volvieran a la pista.

En el tiempo que habían pasado talando y enterrando a Fascus, el sol se había puesto y apenas había luz suficiente para ver el camino de vuelta fuera del bosque. Macro calculó que oscurecería mucho antes de que regresaran al campamento.

Dejaron atrás el claro y salieron a paso rápido, ansiosos por alejarse de aquel lugar. A ambos lados, la oscuridad bajo las ramas de los árboles era impenetrable y cada ruido ponía los nervios de punta a Macro. Sólo sintió una ligera disminución de la tensión cuando salieron a campo abierto y continuaron por el sendero. Nadie hablaba mientras sus botas crujían suavemente sobre el barro seco y la guijarros. Era más que probable que quien había matado a Fascus estuviese vigilándolos y siguiéndolos. Quizá esperando a que otro rezagado se quedara atrás en . Si eso ocurría, resolvió Macro, tendría que matar al hombre para evitarle las mismas agonías que había

sufrido Fascus.

Tres millas más adelante, divisó por fin el resplandor de las hogueras y sintió cierto alivio. Esperaba con impaciencia la cena y contar con la seguridad de muchos más hombres a su alrededor. Decidió asegurarse de que Boudica y sus hijas también recibieran comida y estuvieran lo más cómodas posible durante la noche. Habían soportado un día terrible, y estarían hambrientas y agotadas tras su terrible experiencia. No eran responsables de la muerte de Fascus. Eso era culpa de Decianus, razonó Macro. Había sido él quien había enfurecido a la gente de Boudica y les había provocado para que se desquitaran con el desventurado rezagado. También era culpa de Decio haber elegido a hombres tan poco aptos para servirle de guardaespaldas.

La reacción del procurador ante la noticia de la muerte de Fascus era preocupante. Era posible que decidiera tomar algún tipo de represalia contra Boudica, y Macro tendría que asegurarse de que eso no ocurriera. Ya se había hecho suficiente daño, y si había alguna esperanza de mantener la paz entre Roma y los icenos, necesitarían que Boudica persuadiera a su pueblo contra más violencia.

A medida que el destacamento se acercaba al campamento, Macro pudo ver a los hombres sentados alrededor de sus hogueras y pudo oírles cantar y reír. Se sintió reconfortado por su buen humor. Tal vez, después de todo, había entre ellos algunos con madera de buenos soldados. Miró por encima del hombro a los hombres que tenía detrás. Parece que algunos de los muchachos han traído vino. Tomad un poco mientras podáis, ¿eh?

Hubo algunos gruñidos de aprobación, que contribuyeron a aliviar el sombrío ambiente.

A cien pasos de la hilera de carros, un centinela salió de entre las sombras para desafiarles. "¡Alto! ¿Quién va ahí?

"Centurión Macro y el destacamento de búsqueda". Macro se acercó al hombre y se detuvo para intercambiar un saludo antes de asentir hacia el campamento. Parece que lo están celebrando. ¿Qué pasa?

Ni idea, señor. He estado de guardia desde que te fuiste. Aún no me han relevado.

Macro frunció el ceño. Vulpinus ya debería haberse ocupado de eso. Sintió el primer pinchazo de ansiedad.

Muy bien, enviaré a alguien. Mantén los ojos abiertos. Los Iceni están cerca.

Sí, señor.

En el momento en que el destacamento entró en el campamento, Vulpinus se acercó dando zancadas, con expresión tensa de preocupación. Gracias a los dioses que ha vuelto, señor. Necesito hablar con usted, ahora".

¿Qué demonios pasa?

"Señor, por favor...

Un momento. Macro despidió al destacamento y los hombres se dirigieron cansados hacia las hogueras de los veteranos de Camulodunum. Esperó a que estuvieran fuera del alcance de sus oídos antes de dirigirse a su optio. "Escúpelo".

'Ocurrió poco después de que usted se fuera, señor. Mientras estaba con algunos de los hombres buscando leña, de lo contrario habría intentado intervenir". Vulpino se apresuró a repasar el enfrentamiento entre Deciano y Boudica, que había desembocado en la flagelación de ésta y la violación de sus hijas. Macro escuchaba con creciente horror. Cuando Vulpino hubo terminado, miró por el lado de los carros.

¿Dónde están?

Por aquí, señor. Vulpinus lo condujo al carro que llevaba el equipaje de Decianus. La parte trasera estaba vacía, aparte de un fardo bajo una funda de piel de cabra. Macro sintió que su corazón se estremecía.

"¿Están muertos?

Vulpinus negó con la cabeza. Caminando por el lateral del carro, levantó suavemente un extremo de la piel de cabra y la echó hacia atrás para revelar a Boudica agazapada contra un cofre con una hija bajo cada brazo. Las túnicas que llevaban cuando las sacaron de la sala aquella mañana estaban rasgadas, y la piel expuesta de sus brazos tenía magulladuras y arañazos. Se oyó un ruido sordo de cadenas y vio que las habían encadenado. Los tres temblaban. Miraron a Macro con temor antes de que Boudica lo reconociera por la luz de las estrellas.

"Déjanos en paz, por piedad.

Levantó las manos para intentar tranquilizarlas, pero la niña más pequeña se apretó más contra su madre y gimoteó: "Por favor, no vuelvas a hacernos daño. Por favor...

No lo haré. Lo juro. Estoy aquí para ayudar". Macro se sintió culpable al pronunciar estas palabras. Después de lo que habían soportado, otro soldado romano no era la persona adecuada para ofrecer consuelo. Si Petronella estuviera allí. Ella sabría qué decir. Ella sería una presencia confiable para lidiar con su trauma. Pero Petronella estaba de vuelta en Camulodunum, y Macro sabía que debía hacer lo que pudiera. Ojalá hubiera estado allí para protegerlos de Decianus y sus hombres. Miró a Boudica y le habló con suavidad. "¿Te han curado las heridas?

Dudó un momento, mirándole con desconfianza, y luego negó con la cabeza. Macro se volvió hacia Vulpinus. Necesitamos algo que ver por aquí. Enciende una antorcha y quita esas cadenas, luego quiero que encuentres dos buenos hombres para vigilar el carro'.

Vulpinus dudó. "No están en condiciones de intentar escapar,

señor.

Para proteger el carro de los matones de Decianus, idiota. Entonces dales agua para limpiar sus heridas, y vendas. Y encuéntrales algunas túnicas de repuesto para vestir, así como comida y algo de beber. Encárgate de eso mientras yo informo a Decianus.

"¿Encontraste a Fascus?

Lo que quedaba de él", respondió Macro antes de dirigirse a la tienda de Decianus.

Un tenue resplandor provenía de las lámparas de aceite que ardían en el interior. Uno de los guardaespaldas montaba guardia y se puso delante de Macro cuando el centurión se dirigió hacia las trampillas de entrada.

Fuera de mi camino', ladró Macro.

Lo siento, señor. El procurador dio órdenes de que no se le molestara'.

'Apuesto a que sí. Fuera de mi camino.

No, señor. El guardia adelantó su lanza para enfatizar sus palabras.

No tengo tiempo para esto". Macro arrebató la lanza de las manos del hombre, la giró y le golpeó en la ingle con la culata. El guardia gimió, se dobló y cayó al suelo. Macro arrojó la lanza a un lado y se abrió paso a través de las solapas.

El interior de la tienda medía cuatro metros, con espacio suficiente para la cama de viaje plegable del procurador, una mesa y tres sillas. Decianus estaba sentado a la mesa comiendo de un cuenco de plata mientras su esclavo esperaba a que terminara de comer.

Dejó el cuchillo y se sentó, mirando a Macro con una sonrisa. Centurión Macro, me preguntaba si harías una entrada forzada. Confío en que no hayas herido de gravedad al guardia que estaba fuera de mi tienda".

"Estúpido bastardo escurridizo". Macro se acercó a él, con los puños cerrados. ¿Por qué dejaste que pasara eso? ¿Entiendes lo que has hecho? Debería arrancarte el puto corazón con mis propias manos, así que ayúdame'.

Sería una tontería hacerlo delante de un testigo. ¿Por qué no te sientas y tomas una copa de vino mientras haces tu informe?

Decianus chasqueó los dedos y el esclavo metió la mano en una caja, sacó una copa de repuesto y la dejó sobre la mesa. Macro la barrió con el puño.

'Antes me arrancaría los ojos que volver a beber contigo'.

Tú te lo pierdes. Decianus recogió su propia taza antes de que Macro tuviera oportunidad de lanzarla por los aires. "¿Encontraste al rezagado?

El cambio de tema no hizo más que avivar la rabia de Macro. Le hemos encontrado. Fascus está muerto. Lo asaron vivo antes de

cortarle la polla y las pelotas y asfixiarlo con ellas".

Desagradable.

'Está muerto por tu culpa. Porque arrebataste a su reina y a sus hijas. Ellos le hicieron eso y es tu culpa, Decianus. De nadie más. Su sangre está en tus manos'.

Decianus se examinó las uñas. 'No. Yo no fui quien lo mató. Fueron esos animales Iceni. Poco mejor que bestias. ¿A quién crees que culpará la gente en Londinium y Roma? ¿A un procurador bien conectado y prometedor que trabaja diligentemente para ascender? ¿O a las tribus bárbaras sin límite a su salvajismo?

La ira de Macro le estaba dominando. Aun así, era lo bastante consciente de sí mismo como para saber la verdad tras la pregunta retórica de Decianus. Pero la cuestión más importante seguía pendiente.

'¿Cómo crees que reaccionarán los icenos cuando sepan que azotaste a su reina y que tus hombres violaron a sus hijas? La sangre de Fascus será una gota en el océano comparada con la muerte y la destrucción que sembrarán'.

Y si están tan locos como para seguir ese camino, puedes estar seguro de que la mayor parte de la sangre derramada será suya. Suetonio volverá sus legiones contra ellos y los icenos serán aniquilados.

¿Cómo lo sabes? Preguntó Macro. Suetonio está de campaña. Todos los legionarios que pueden ser escatimados están con él. ¿Quién protegerá esta parte de la provincia de los icenos cuando vengan a cazar romanos?

Suetonio se habrá ocupado de los Ordovices y sus amigos Druidas mucho antes de que los Iceni se organicen lo suficiente como para representar un peligro real. Verás, Macro, de cualquier manera le he hecho un buen servicio a Roma. Si los icenos se comportan y se someten a la anexión, entonces puedo liberar a Boudica, o continuar manteniéndola como rehén durante el tiempo que sea necesario para asegurar la cooperación de su pueblo. Si se sublevan, serán aplastados y habrá mucho botín para las legiones que hagan su trabajo, y mucha tierra libre para que se asienten más colonos romanos. Y si los icenos nos causan suficientes problemas, habrá motivos razonables para que el emperador se retire de Britania. En cualquier caso, yo salgo bien parado". Decianus dejó su copa. Ahora, si no te importa, terminaré mi comida y me iré a dormir. Mañana tenemos que madrugar si queremos salir del territorio iceno".

Macro se sintió horrorizado por el cinismo del hombre, y lanzó un gruñido furioso mientras se acercaba a la mesa. Agarró el borde con una mano y colocó la otra sobre el cuchillo un instante antes de tirar la mesa con un rugido. La copa, la jarra de vino y el cuenco volaron

por la tienda y Decianus retrocedió con una maldición, mientras el esclavo que estaba detrás de él se encogía y se daba media vuelta. Antes de que el procurador pudiera responder, Macro salió a grandes zancadas de la tienda, pasando por delante del centinela, que volvía a estar en pie y respiraba profundamente. Más allá se encontraban algunos de los hombres de Decio, que se habían levantado de sus puestos junto al fuego al oír la conmoción en la tienda. Macro los ignoró y se dirigió hacia el carro que contenía a los rehenes.

Vulpinus sostenía una antorcha de junco mientras Boudica y sus hijas curaban sus heridas. Los dos hombres asignados como guardias permanecían a un lado. Al acercarse, Macro deslizó el cuchillo que había cogido de la mesa tras una de las correas del arnés de su medalla. Hizo una mueca al ver las brillantes líneas rojas que atravesaban la columna vertebral de la reina. Ella soltó un grito y luego lo cortó y gimió suavemente mientras Bardea le hacía un corte en el omóplato. Macro olió el sabor del vinagre que se había añadido al cubo de agua traído del río. La hija menor de Boudica, Mérida, estaba sentada más atrás, vestida con una limpia túnica militar de lana que cubría su esbelta figura.

¿Cómo está? preguntó Macro.

Boudica miró hacia atrás por encima del hombro. Siento como si me ardiera la espalda'.

Macro negó con la cabeza. Siento mucho no haber estado aquí para protegerte. De verdad".

¿Protegernos? Probablemente te habrías unido'.

Macro sintió como si la acusación le hubiera golpeado físicamente. Tragó saliva. Sabes que no es verdad.

¿Yo? Le miró fijamente un momento antes de suspirar con amargura. Sí, supongo que sí. Si tú fueras el romano con el que se miden los demás romanos".

Entonces el Imperio estaría en un estado sangriento". Macro intentó bromear, pero ella le miró con tristeza.

'¿Y quién más se afligiría por eso?'

Bardea bajó la tira de tela al cubo. Ya está. Es lo mejor que puedo hacer'.

Macro asintió mientras Boudica recogía la túnica que le habían traído y apretaba los dientes con fuerza antes de bajársela por la cabeza y el cuerpo. Mientras se acomodaba junto a sus hijas, Macro cogió una de las cuerdas enrolladas que había al final del carro. Les ataré las manos'.

¿Atar? Vulpinus señaló hacia las esposas. "¿No deberíamos volver a ponérselos?

La cuerda estará bien. Mantén la linterna encendida para que pueda ver lo que estoy haciendo'.

Macro subió al carro y se agachó. Mientras cogía las manos de Boudica y le cruzaba las muñecas, se inclinó hacia delante y susurró con seriedad: "Si quieres ser libre, confía en mí".

Ella no dijo nada mientras él le ataba las manos firmemente a la vista de Vulpinus. Cuando hubo asegurado a las dos muchachas y atado a las tres mujeres con una cuerda corta a una argolla de hierro en el suelo del carro, volvió a bajar.

Miró a Vulpinus, que asintió.

'Bien, entonces hemos terminado aquí. Puedes irte'.

Vulpinus colocó lo que quedaba de la antorcha improvisada en el suelo, luego se dio la vuelta y se dirigió a las hogueras de los veteranos cerca del río. Macro miró a los hombres asignados para proteger el carro. 'Que nadie se acerque a ellos hasta que os releven, ¿entendido? Quiero decir nadie. Ni siquiera el procurador. Si aparece, uno de vosotros debe ir a buscarme inmediatamente. Si vuelven a sufrir algún daño, no querréis que os haga personalmente responsables...'

Dejó la amenaza en el aire. Sabía lo que tenía que hacer e intentó consolarse pensando que también era lo correcto.

De vuelta al campamento de veteranos, encontró a un hombre que aún tenía algo de vino y se lo compró antes de instalarse cerca de una de las hogueras.

Esperó a que la mayoría de los demás hombres se cubrieran con sus mantos y se acurrucaran de espaldas a las llamas mortecinas de las hogueras. Algunos siguieron hablando durante un rato en antes de que Atalo les ordenara callarse. Los veteranos fueron los primeros en dormirse, un hábito que habían aprendido sirviendo en muchas campañas. Sólo Macro permaneció despierto. Mientras esperaba su momento, consideró las implicaciones de liberar a Boudica y a sus hijas. La violación era una característica bastante común del proceso general de invasión, pero Macro, que llevaba toda la vida intolerando la intimidación, la consideraba una práctica despreciable. Más indignante en este caso, ya que se suponía que Boudica y sus hijas eran aliadas de Roma, con derecho a protección.

Si eran llevados a Londinium, no se sabía cómo serían tratados una vez que Macro y sus veteranos abandonaran la columna en Camulodunum. Podrían ser maltratados de nuevo, alimentando su odio hacia Roma. En ese caso, no habría ninguna posibilidad de que Boudica actuara como influencia moderadora si era devuelta a su pueblo. La única esperanza de limitar el daño ya causado, razonó Macro, era liberarla ahora. Con sus acciones demostraría que no todos los romanos eran iguales y que Deciano y sus hombres eran la aberración y no la regla. En el fondo, deseaba que eso fuera cierto, aunque la experiencia le dijera a menudo lo contrario. Lo importante

era que Boudica tuviera alguna prueba que la persuadiera de intentar mantener la paz entre su pueblo y Roma. También era posible, admitió, que regresara a su tribu y la incitara a una rebelión abierta. No había forma de saber las consecuencias de lo que pretendía hacer. Parecía ser el peor curso de acción y nada más. Intentó imaginar qué haría Cato en su lugar, pero no encontró inspiración ni otra respuesta.

Cuando Vulpinus se levantó del suelo para cambiar a los centinelas, Macro se acercó a él. No pasa nada. Yo me encargo. En cualquier caso, necesito mear".

Vulpinus asintió agradecido y volvió a tumbarse mientras Macro cruzaba el campamento en dirección a la fila de carros. Los hombres que custodiaban a los rehenes y el cofre del tesoro se enderezaron al ver el brillo opaco de las medallas en el arnés del centurión.

¿Algo que informar?", preguntó Macro.

No, señor. Callados como corderos. Algunas lágrimas. Malos sueños tal vez.

Muy bien. Ya pueden irse. Vuestros sustitutos vendrán enseguida. Váyanse.

Los hombres asintieron y se dirigieron hacia el resplandor de las brasas de las hogueras.

Macro permaneció en silencio un momento, mirando a su alrededor. No se veía ninguna luz en la tienda de Decianus; el resto de los hombres dormían o daban vueltas en la cama. Sólo quedaban los centinelas. Los dos que patrullaban el interior de la línea defensiva y los cuatro piquetes de más allá. Los centinelas más cercanos pasaban de largo. Macro se tapó los medallones con la capa para ocultar su rango e intercambió un breve saludo con ellos antes de que se marcharan. En cuanto consideró que se habían alejado lo suficiente, sacó el cuchillo que había cogido de la tienda de Decianus y se acercó sigilosamente al carro. Pudo distinguir la figura de Boudica más cercana a él, mientras protegía a sus hijas, y alargó la mano para sacudirle suavemente el hombro.

En seguida se incorporó, con las manos atadas cerradas en puños y levantadas para golpear.

"¡Tranquilo!", siseó. Soy yo. Dame tus manos.

Dudó un momento antes de extender los brazos. Macro buscó la cuerda y colocó la hoja sobre ella. Quédate quieta.

Empezó a serrar, con cuidado de no pincharla ni cortarla. Era un trabajo lento, y los dos centinelas se acercaban de nuevo cuando la cuerda se partió. Buscó su mano y apretó el mango del cuchillo contra ella. "Libera a tus chicas, pero mantenlas quietas".

Se deslizó hacia abajo y se quedó junto al carro mientras pasaban los centinelas. En cuanto se fueron, volvió a la parte trasera del carro.

¿Boudica?

Una silueta oscura avanzó de un salto, y sintió una mano en la garganta y luego el pinchazo de la hoja del cuchillo bajo la barbilla.

Te mataría. Si no fuera por...". Hizo una pausa, miró brevemente a su hija mayor y repitió: "Debería matarte".

Macro se quedó quieto mientras respondía. Entonces no podrás escapar. ¿Es eso lo que quieres? Baja la espada y escúchame".

Podía sentir el temblor de sus brazos y la punta de la hoja. Entonces ella soltó el agarre y bajó el cuchillo, y él respiró aliviado.

Deja el cuchillo en el carro.

¿Por qué iba a hacerlo?", preguntó desconfiada. Prefiero llevar un arma conmigo".

'El cuchillo tiene que ser encontrado cuando descubran que te has ido. Diré que debe haber venido del equipaje de Decianus. No hay tiempo para más explicaciones. Sígueme y no hagas ruido'.

Les ayudó a bajar del carro, oyendo los gruñidos de dolor de Boudica al moverse. Una vez había recibido diez latigazos cuando era un joven recluta por una infracción menor y sabía la agonía que ella debía estar sufriendo. Indicó a los dos centinelas el recodo del río en dirección opuesta. Por aquí.

Se pusieron en marcha agachados, manteniéndose cerca de los carros, y luego del corto tramo de terraplén, antes de llegar a los tallos muertos de los juncos en la orilla del río. Macro los condujo a través de una estrecha brecha y a lo largo de la línea de los juncos durante unos pasos hasta que pudo ver el piquete más cercano, luego se puso en cuclillas y susurró: "A partir de aquí estáis solos. Voy a distraer a ese hombre. En cuanto se aleje, sigue la línea del río. Mantente cerca de los juncos pero no en ellos, o te oirán. Aléjate de la pista tan rápido como puedas. ¿Entendido?

Boudica asintió.

Hizo ademán de levantarse, pero ella le agarró de la muñeca y tiró de él hacia abajo. ¿Por qué haces esto?

'Necesito que sepas que Decianus y sus matones no son Roma.'

Soltó un bufido burlón.

'Necesito que vuelvas con tu gente y los persuadas contra la guerra'.

"¿Qué te hace pensar que haría eso, después del ultraje de hoy?

Esperanza. Nada más. Entiendes lo que está en juego para ambas partes. Una vez te conocí bien, Boudica. Espero, confío, que desees la paz más que la guerra. Por el bien de todos.

Le soltó la muñeca y le tocó la mejilla. Es demasiado tarde, Macro. Sálvate a ti mismo. Coge a tu familia y abandona Camulodunum. Deja Britannia y nunca regreses. Si nos encontramos de nuevo, me temo que será como enemigos. No quiero tu sangre en mis manos".

Macro miró hacia los carros, temeroso de que se dieran cuenta de

su huida en cualquier momento. Buena suerte", siseó. Luego se levantó y se dirigió hacia el piquete más cercano, tosiendo mientras se acercaba.

El hombre se volvió. ¿Quién es?

"¡Haz el desafío adecuado! gruñó Macro.

¿Quién va allí? Avanza y que te reconozcan'.

"Centurión Macro".

Se colocó frente al río y el piquete se volvió hacia él, alejándose de los juncos.

Noche fría, ¿eh?

Sí, señor.

"¿Algo que informar?

Nada. Silencioso como una tumba, señor.

Esperemos que siga así. Supongo que te has perdido el vino que se ha repartido antes'.

Sí, señor. Qué pena. Podría usar algo de eso en una noche como esta.

Entonces estás de suerte. Macro deslizó la correa del odre sobre su cabeza y se lo pasó. Queda suficiente para ti y los demás. Llévaselo al siguiente y comparte un trago antes de que te lo pase. Yo te cubriré aquí hasta que vuelvas'.

Sí, señor. Gracias, señor. El centinela cogió el odre. 'Sea tan rápido como pueda.'

Hazlo tú. No quiero quedarme aquí congelándome los cojones'.

El hombre se rió y se marchó a toda prisa. Macro le observó un momento antes de mirar hacia el río. Durante unos instantes no hubo señales de movimiento, pero entonces distinguió tres formas oscuras en el fondo de los juncos, que se alejaban del campamento por la orilla. Un instante después, la noche se las tragó y desaparecieron.

Macro se pasó una mano por la cabeza y se rascó el cuero cabelludo. Se aseguró de que había hecho lo correcto. Dadas las circunstancias, tenía que ser lo correcto. Pero las circunstancias cambian, se dio cuenta. Sólo el tiempo lo diría.

CAPÍTULO 21

Al final de la primavera, el tiempo mejoró notablemente y el ejército de Suetonio avanzó bajo un sol radiante y nubes dispersas. De vez en cuando caían chubascos, pero no duraban mucho, y los hombres marchaban alegremente, con sus ropas húmedas desprendiendo ligeros vapores. Tras la escaramuza de la muralla, el enemigo parecía haberse desvanecido. Aunque la columna romana estaba bajo constante observación desde las alturas, no hubo más intentos de bloquear su avance. Pequeñas bandas de guerreros ordovícicos acosaron a los grupos de forrajeadores, pero fueron rechazados con comodidad, con cierto coste para los atacantes.

Las patrullas a caballo de la Octava Iliria se adelantaron para desafiar a los observadores enemigos, pero éstos se dieron la vuelta y huyeron cada vez, sólo para aparecer una hora más tarde en una cresta más alejada. Casi todas las granjas o asentamientos con los que se toparon habían sido abandonados y los animales habían huido hacia las colinas. Se habían llevado o escondido las provisiones de grano, y todo lo que podía haber sido útil a los romanos que avanzaban quedó quemado o destruido junto a las casas redondas vacías. El gobernador Suetonio había ordenado que el enemigo fuera barrido del camino de sus legiones, por lo que las casas redondas y cualquier otra estructura fueron incendiadas para completar la franja de destrucción de en todo el territorio de los Ordovices. En unas pocas ocasiones se sorprendió al enemigo antes de que recibiera aviso, y se obtuvieron escasas provisiones de alimentos para el ejército, así como un puñado de cautivos. Pero representaban escasos botines, y pronto se hizo evidente para los hombres que habría poco botín para repartir al final de la campaña.

Cato cabalgaba delante con Tubero y sus exploradores cuando llegaron a la vista del mar. Aunque la herida de su brazo izquierdo estaba cicatrizando bien, aún sentía cierta rigidez y dolor en el músculo, y se veía obligado a mantener las riendas en su mano buena. Delante de ellos se extendía una larga ensenada, con montañas al norte y una gran extensión de terreno llano al sur, con colinas más allá. Había varios asentamientos y muchas granjas, pero Cato ya podía ver columnas de humo que se elevaban entre ellos mientras bandas de pequeñas figuras y animales se dirigían a las colinas. Una fuerza tribal de varios centenares de hombres vigilaba el extremo de la ensenada, a poco más de un kilómetro y medio por debajo de Cato y su destacamento a caballo.

"¿Deberíamos enviar a por el resto de la cohorte, señor?" preguntó

Tubero. Si podemos apartar a ese grupo, hay buena comida entre esos rebaños'.

Cato comprendió la tentación. La cohorte había encontrado poco para complementar sus raciones de forrajeo por delante de la columna de Suetonio. Dos días antes ya había ordenado reducir un tercio las raciones de los hombres, y lo mismo había hecho con el alimento de los caballos. Los hombres aún no se habían quejado, pero lo harían si no encontraban pronto comida suficiente y Cato se veía obligado a recortarles de nuevo las raciones. La situación era peor para el grueso del ejército. Aquella mañana habían quedado reducidos a medias raciones, y Suetonio había dado orden de detenerse al día siguiente mientras el convoy de suministros procedente de Viroconio alcanzaba a la columna.

Era un problema familiar, reflexionó Cato al considerar la pregunta de su subordinado. Por lo general, los legionarios romanos recibían raciones para cinco días de marcha. Después de eso, dependían de otros dos días de raciones transportadas en las mulas que les acompañaban por terrenos difíciles de sortear para los carros y pesados carromatos de los convoyes de suministros. En ese momento, a menos que fuera posible vivir de la tierra, se verían obligados a detenerse hasta reabastecerse lo suficiente para continuar el avance. Y a medida que las líneas de comunicación a través de territorio hostil se hacían más largas, había que construir y guarnecer fuertes tras la estela del ejército para proteger los suministros de los que dependían. El efecto último de todo ello fue que el avance de Suetonio se vería obligado a ralentizar su ritmo y dispondría progresivamente de menos hombres para enfrentarse al enemigo cuando éste finalmente se volviera a la lucha, como debía ser si querían impedir que Roma tomara la isla de Mona.

Sacudió la cabeza. No. Pero envía un hombre a Galerio para decirle que acamparemos aquí esta noche. Es un buen terreno, fácil de defender, y domina todos los accesos. El mismo hombre puede cabalgar a Suetonio para hacerle saber que hemos llegado al mar. Si el buen tiempo se mantiene, la armada puede desembarcar suministros en la ensenada. Eso debería darle al gobernador algo por lo que sonreír".

Tubero le lanzó una mirada cómplice. El Cuartel General había estado enviando peticiones diarias para que las patrullas de Cato localizaran reservas de suministros ordovícicos y se apoderaran de ellos, como si tales cosas fueran abundantes y fáciles de localizar. Saludó y giró su caballo para asignar a uno de los hombres la misión de llevar el mensaje.

Cato miró a la fuerza enemiga que mantenía el final de la ensenada. Eran demasiados para que la Octava Cohorte pudiera

enfrentarse a ellos por sí sola, y la columna principal estaba demasiado rezagada para pedir refuerzos antes de que los ordovicios se escabulleran, tras haber cubierto la retirada de su gente y su ganado. Era tentador ver cómo se alejaban los animales y no poder hacer nada al respecto.

Aquella noche, una vez completadas las defensas de la cohorte y establecida la primera guardia, Cato dejó a Galerio al mando y se llevó consigo una pequeña escolta de caballería para cabalgar hasta el valle situado a ocho kilómetros de la retaguardia, donde la columna principal estaba acampando. Era casi de noche cuando llegaron a la línea de piquetes que se extendía alrededor de la enorme zona delimitada por un foso y una muralla de césped, donde miles de soldados trabajaban con picos y palas. Dentro, sus camaradas levantaban largas filas de tiendas. Los vehículos de equipaje estaban dispuestos en el extremo del campamento por tres lados para formar un gigantesco corral para los animales de tiro y los caballos de las dos cohortes de caballería de la columna. Una línea de estacas unidas por cuerdas recorría la cara abierta del corral.

Como era costumbre, las tiendas del cuartel general se habían levantado primero, en el centro del campamento, y Cato ordenó a su escolta que le esperara en la puerta principal mientras informaba a Suetonio. Varios oficiales se encontraban fuera de la tienda del gobernador cuando éste se acercó y desmontó, entregando las riendas a uno de los legionarios. El tribuno mayor de la Decimocuarta Legión, Cayo Massino, saludó con la cabeza mientras Cato se frotaba la espalda y las nalgas, doloridas por un día más sobre la silla de montar.

"Prefecto Cato, ¿qué noticias hay de la vanguardia?

Varios rostros se volvieron hacia él para escuchar su respuesta. Cato pudo ver la esperanza en sus expresiones y pensó que sería útil levantarles el ánimo antes de hablar con Suetonio.

'Estamos acampados a no más de una milla y media del mar.'

Hubo algunas sonrisas y murmullos de entusiasmo antes de que otro oficial preguntara: "¿Alguna señal de nuestros barcos?".

No para cuando salí del campamento", se apresuró a decir Cato, indicando luego la tienda del gobernador. Disculpe.

Rápidamente fue admitido por los guardaespaldas de Suetonio y se encontró en un entorno tan opulento como se podía conseguir en una campaña en Britania. El suelo estaba cubierto de tablas de madera que servían de suelo sobre la tierra removida y el barro. Una hilera de mesas plegables con taburetes se extendía a lo largo de un lado, para que el gobernador pudiera reunirse con sus oficiales superiores. Al otro lado había una gran cama con un colchón relleno de plumón cubierto con una suave piel y gruesas mantas. Junto a ella había una mesita con un lavabo y un aguamanil de plata. Un sofá acolchado y un

brasero de hierro forjado con adornos completaban los lujos de viaje del gobernador. Junto al sofá había una mesa baja, y en una bandeja había una comida a medio comer de cerdo asado y pan con semillas, junto con un poco de queso y una manzana pelada. Cato no pudo evitar preguntarse dónde se podía conseguir fruta fresca en Britannia en esta época del año, y si la habían enviado desde alguna de las provincias del sur del Imperio.

Suetonio estaba de pie junto a la mesa leyendo una pizarra encerada a la luz de una lámpara de aceite de pie. Saludó amablemente a Cato. Me ha alegrado saber que hemos llegado al mar. O tú, al menos. Mañana disfrutaré de las vistas. Supongo que no hay señales de la marina".

'No para cuando dejé el campamento, señor.'

Eso sería mucho pedir a Fortuna, supongo. Encenderemos las señales mañana. Si el tiempo aguanta, desembarcarán suministros en cuestión de días. Entonces podré engordar a los muchachos y ponerlos de nuevo en marcha. No pueden pasar más de tres o cuatro días hasta que lleguemos al estrecho entre el continente y Mona, ¿eh?

"Todo está bien, señor.

Suetonio frunció el ceño por un instante antes de que su expresión se iluminara de nuevo. Vamos, Cato. Hemos avanzado más rápido de lo esperado, y casi no hemos encontrado resistencia'.

'Eso es lo que me preocupa un poco, señor'.

¿Cómo es eso?

He luchado contra los Ordovices antes, como sabes. En el pasado, nos disputaron todo el camino. Casi cada vado, paso de montaña o pista forestal fue disputado'.

'Pero los superaste a todos. ¿Verdad?

Lo hicimos, señor, sí.

'Entonces quizás hayan aprendido la lección de la última vez. Tal vez aquel incidente del primer día que marchamos hacia las montañas les enseñó la inutilidad de enfrentarse a nosotros en combate. Después de todo, se han estado retirando ante nosotros todo el camino hasta el mar. Empiezo a preguntarme si creen que pueden esconderse en las colinas hasta que nos rindamos y regresemos a Viroconium. Si es así, están equivocados. Si no quieren enfrentarse a nosotros en una batalla, construiremos fuertes para dominar las tierras bajas y los someteremos por hambre. De una forma u otra, serán derrotados".

Sí, señor. Eso espero.

Me parece que aún tienes dudas. Habla libremente'.

Cato hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. Es posible que los ordovices hayan decidido no arriesgarse a combatir con nosotros. En cuyo caso podrían optar por ir a tierra hasta que nos retiramos de las montañas. O volverán a la estrategia que les enseñó Caratacus y

atacarán nuestras líneas de suministro y puestos avanzados. No podemos estar en todas partes para detenerlos, señor. Se me ocurren otras dos posibilidades. En primer lugar, podrían estar planeando una trampa. Atraernos a terreno desfavorable, donde nuestro equipo más pesado y la superioridad numérica se verán comprometidos. Hay un montón de pantanos y ciénagas en estas montañas donde un hombre fuertemente blindado está en una clara desventaja. En segundo lugar, es posible que sepan, o hayan adivinado, que vuestro objetivo es el bastión druida de Mona y hayan decidido plantarse allí para proteger las arboledas sagradas. Casi logramos atravesar el estrecho la última vez que Roma envió un ejército a estas montañas. Imagino que eso sacudió a los druidas lo suficiente como para que decidieran estar mejor preparados si volvían a enfrentarse a un peligro similar".

Si eso es lo que pretenden, ¿por qué no han estado intentando retrasarnos y ganar el máximo tiempo posible mientras se preparan las defensas de la isla?

¿Y si ya lo han hecho? ¿Y si han aprovechado los años transcurridos desde nuestro último esfuerzo para hacer sus preparativos? ¿Y si han ordenado a todos los guerreros disponibles que vayan a Mona a reforzar esas defensas y están allí al acecho? Eso explicaría por qué no hemos encontrado más resistencia desde que tomamos la muralla".

'¿Por qué desperdiciar a esos hombres defendiendo el muro, entonces?'

Para ganar un poco más de tiempo. Nos hizo avanzar con más cautela de lo que hubiéramos podido. Los Ordovices y los Druidas habrían aprovechado la oportunidad para abastecerse de más provisiones y traer más hombres'.

Suetonio consideró la interpretación de su subordinado y luego sonrió. Muy bien. Si han puesto a todos sus guerreros en un solo lugar, nos ahorrará tiempo persiguiéndolos. Podemos derrotarlos de una sola vez. Puede que el enemigo nos haya hecho un favor'.

'Todavía tenemos que derrotarlos primero, señor.'

'Vaya, pero eres un tipo de ánfora medio vacía, ¿no?'

Ya me lo han dicho antes, señor. No puedo evitar mi disposición natural a decir la verdad tal como la veo a mis superiores'.

El gobernador le miró fijamente. 'Bueno, matón para ti. Prefiero que mis oficiales sean sinceros, prefecto Cato. Lo que no me gusta es que salten ante las sombras. Tiene un efecto desconcertante en los que les rodean. Es mejor que tengan una actitud más decidida. Como el procurador. Sólo lleva unos meses en la provincia y ya está agitando las cosas y haciendo que fluyan los ingresos. Ese es el tipo de actitud que necesito más de mis oficiales, especialmente de ti, dada tu reputación".

Cato se enfureció en silencio por la acusación de que saltaba sobre las sombras. Estaba dispuesto a decir que un hombre que saltaba sobre las sombras difícilmente se había ganado el aprecio de muchos oficiales superiores del ejército en Roma, pero controló su ira y guardó silencio.

Suetonio continuó en tono paciente. Intenta ver el lado bueno de las cosas más a menudo, Cato. Hará maravillas por la moral de tus hombres, por no hablar de tus perspectivas de ascenso. Deja las palabras cautelosas para los adivinos y los oráculos. Ahora, ¿hay algo más que informar?

"Reduciré a mis hombres a medias raciones en el próximo día mientras esperamos que nos lleguen suministros frescos, señor.

Muy bien. Lo mismo que la columna principal ha tenido que soportar, entonces. Aún así, nadie tiene que pasar hambre una vez que los suministros lleguen a nosotros'.

Cato no pudo evitar echar un vistazo a la comida inacabada de su superior y preguntarse lo agradable que debía ser sufrir las privaciones de un gobernador de provincia.

Ya puedes llamar a los demás", continuó Suetonio. Esperemos que el tono de los informes del resto de mis comandantes sea más optimista".

Al día siguiente, el ejército acampó en terreno abierto junto a la ensenada y se encendió un gran faro en el acantilado sobre el promontorio al amanecer, antes de que se levantara la brisa matinal. Una espesa columna de humo blanco se enroscó en el cielo, y al cabo de una hora fue respondida por otra, a muchas millas de la costa hacia el sur, donde algunos barcos de la escuadra naval habían desembarcado para pasar la noche. Un navío sería enviado de vuelta a la base fortificada de suministros de Leucarum para convocar a los cargueros que esperaban allí. En el intervalo, el tren de equipajes alcanzó al grueso de la tropa y los hombres descansaron y se prepararon para la aproximación final a Mona.

Sin embargo, no hubo descanso para el contingente a caballo de la Octava Cohorte. Sus provisiones fueron reabastecidas a partir de la pequeña reserva de raciones de último recurso para permitirles continuar con sus tareas. Esta vez se les encomendó explorar hasta el estrecho frente a Mona, donde debían evaluar las defensas enemigas e informar a Suetonio. Se trataba de una misión peligrosa, y Cato sospechaba que parte del motivo de las órdenes era poner a prueba sus nervios.

Siguieron la costa hacia el norte hasta la bahía, donde el litoral giraba hacia el oeste, y luego atravesaron las montañas, manteniendo el rumbo norte. Al igual que antes, los Ordovices los vigilaban, montados en sus lanudos ponis por las crestas paralelas a la dirección

que tomaban los romanos. No hubo ningún intento de atacar, ni siquiera de hostigar, a la pequeña columna montada de Cato, y los asentamientos de pescadores y las comunidades de colinas que atravesaron estaban desiertos como antes. La primera noche acamparon en una lengua de mar unida a la costa por una estrecha franja de tierra fácilmente defendible. La noche siguiente acamparon en una posición más precaria en las colinas: un afloramiento rocoso con peñascos y laderas de pedregal en tres lados, al que se accedía por una empinada ladera en el único lado abierto.

A la tercera mañana, una fuerza enemiga mucho más poderosa les hacía sombra y les seguía el ritmo por la cresta de su derecha, mientras los romanos se abrían paso por los valles que conducían al norte a través de las montañas. A una hora de camino, , Tubero se detuvo junto a Cato y señaló la cresta opuesta.

'Más de ellos, señor.'

Mirando hacia arriba, Cato vio otra larga fila de guerreros ordovícicos siguiéndolos. Más de doscientos hombres a pie.

¿Cuáles son sus órdenes, señor? preguntó Tubero.

Seguimos.

¿Señor?

'No nos han atacado. Parece que sólo nos observan por el momento'.

¿Y si caemos en una trampa?

A Cato le estaba cansando la ansiedad del centurión. La diferencia entre ahora y la trampa en la que condujiste a tus hombres es que esta vez el enemigo no ha intentado ocultarse. Si hubiera una trampa, sospecho que la estarían cebando más sutilmente'.

Fue un duro desprecio, pero sirvió para avergonzar a Tubero y obligarle a mantener la boca cerrada. Por su parte, Cato se sentía tenso por la necesidad de mantener la calma mientras sus hombres seguían una pista suavemente ascendente entre las dos fuerzas enemigas.

Justo después del mediodía, se acercaban a un suave declive donde las dos crestas se cerraban a ambos lados cuando las fuerzas enemigas se detuvieron y observaron a los romanos en silencio.

¿Por qué no atacan? Cato oyó decir a uno de los auxiliares no muy lejos de él. Se giró sobre su montura.

¡Silencio en las filas! Tubero, encuentra a ese hombre y toma su nombre. Estará en las letrinas durante un mes. Igual que cualquier otro que hable fuera de turno'.

Mientras el centurión se ocupaba del hombre, Cato volvió a centrar su atención en los Ordovices. Era una pregunta válida. Tenían una clara ventaja numérica y estaban en terreno elevado. ¿Por qué detenerse y dejar que los romanos avanzaran hasta la cresta? Si las

posiciones de se hubieran invertido, Cato habría atacado por ambos flancos al mismo tiempo antes de que el enemigo se hubiera acercado a la cima del paso. Entonces se le ocurrió que las fuerzas ordovicias podrían tener órdenes de no atacar. Eso parecía tener poco sentido. Seguramente debían saber que Cato y sus hombres estaban muy por delante del resto del ejército y que no podían recibir ayuda por ese lado. Sin embargo, se quedaron mirando.

Cuando el terreno se niveló, pudo ver que la cresta ofrecía una hermosa vista del paisaje, mucho más suave que las montañas que habían atravesado desde el amanecer del día anterior. Un poco más adelante, la vista se abrió por completo y Cato levantó la mano. ¡Alto!

Haciendo un gesto a Tubero, trotó hacia delante para obtener una mejor vista. Debajo de ellos estaba el estrecho que dividía el continente de la isla de Mona. A la derecha podía ver el punto más estrecho, donde el ejército había intentado cruzar por la fuerza la última vez. En el pasado, el enemigo sólo había defendido esa franja de la costa de la isla. Ahora las defensas se extendían a todo lo largo. La orilla y las aguas poco profundas estaban delimitadas por estacas, y tras ellas había un foso y una muralla casi continuos, sólo interrumpidos por afloramientos rocosos y reductos de madera. Más allá de las defensas había grupos de pequeñas cabañas, cientos de ellas extendidas entre la tierra despejada y los bosquecillos. Muchas columnas de humo se elevaban hacia el cielo, y miles de hombres y caballos eran visibles entre las chozas.

"La polla de Júpiter", murmuró Tubero. "¿Cómo demonios se supone que vamos a pasar por ahí?

Para Cato era obvio por qué no habían sido atacados. El enemigo había querido que vieran sus defensas. Que se sintieran impresionados por ellas, y por el número de defensores detrás de ellas. Lo suficientemente impresionados como para darse cuenta de que ningún asalto podía esperar romperlas. Awed suficiente para dar marcha atrás y dejar la isla de Mona en manos de los druidas y sus aliados Ordovician.

Cato examinó las defensas y el campamento enemigo, y luego se volvió hacia el centurión. Creo que es hora de dar la vuelta. Tenemos que informar al general de que hemos encontrado a las fuerzas ordovicias. Todas ellas".

CAPÍTULO 22

"Va a ser una dura batalla antes de que podamos cantar victoria, caballeros", anunció Suetonio ante sus oficiales superiores reunidos en la cima de una colina con vistas al estrecho. La marea había bajado y los lodazales se extendían desde ambas orillas. El ejército se concentraba en el terreno bajo ellos, cubriendo el tramo más estrecho, que se extendía a lo largo de unas tres millas antes de ensancharse hacia el norte y el sur. Varios barcos de guerra romanos estaban anclados en cada extremo, tan cerca del estrecho como era posible navegar cómodamente. Al norte, dos cargueros estaban anclados cerca de la orilla y se dedicaban a descargar los componentes de las pesadas catapultas del ejército.

Los hombres de las legiones, bajo la dirección de los ingenieros de Suetonio, estaban construyendo una serie de fuertes a lo largo de la costa, unidos por una empalizada y un foso, para impedir cualquier intento del enemigo de salir de la isla. No era ésa su intención, supuso Cato. Los druidas y sus aliados habían planeado este momento durante años. Pretendían que la isla fuera la última y más grande de las fortalezas a las que se enfrentara el invasor; una roca sobre la que se hicieran añicos las ambiciones romanas. Las defensas frente al estrecho eran formidables. Y si los defensores habían almacenado suministros, tendrían ventaja sobre el ejército romano, que tenía que confiar en las líneas de comunicación que se remontaban a Deva y Viroconium. Si se convertía en un juego de espera, era probable que los defensores duraran más que aquellos que intentaran hacerlos rendir por hambre. Esa era la elección a la que se enfrentaba el gobernador romano: atacar o retirarse.

A Cato se le ocurrió otra cosa. Cuanto más tiempo permaneciera el ejército donde estaba, más precaria sería la situación de las tropas que controlaban el resto de la provincia. Pensó en la difícil situación de los icenos y en el peligro de volver a provocar su resistencia armada. Boudica y los suyos podrían causar algún daño a los intereses romanos, pero sufrirían las consecuencias de sus actos, lo que sembraría la semilla de una tensión constante entre Roma y los icenos durante generaciones.

Suetonio había tomado prestado un bastón de vid de uno de los centuriones y lo utilizaba para señalar las características más destacadas del campo de batalla. Mientras lo hacía, Cato se sintió incómodo al recordar que se encontraba no muy lejos de este mismo lugar cuando un comandante anterior había presentado un informe similar varios años antes. En aquella ocasión, los romanos habían

fracasado en su intento de tomar Mona contra un número menor de defensores detrás de fortificaciones menos impresionantes.

Como pueden ver, el enemigo ha plantado estacas afiladas en todo el frente de su posición hasta una profundidad de treinta pasos. Nuestros hombres no pueden vadearlas, así que tendrán que desembarcar en barco con la marea alta o quedarán atrapados en el barro. Los barcos, a su vez, tendrán dificultades para atravesar las estacas. Algunos pueden quedar atrapados antes de llegar a la orilla. Los hombres que desembarquen tendrán que subir una empinada cuesta antes de llegar a la zanja. Una vez que la crucen, tendrán que escalar la muralla y la empalizada de la cima antes de poder enfrentarse al enemigo. En cuanto lleguen a la orilla, recibirán un aluvión de flechas, hondas, jabalinas y piedras. Francamente, caballeros, un asalto frontal a es imposible. Perderíamos demasiados hombres, y cualquier ataque de los supervivientes de la primera oleada sería fragmentario y fácil de resolver".

Suetonio hizo una pausa para asimilar su evaluación antes de continuar. Lo mejor sería atacar desde otra dirección, además del asalto frontal. Eso significa que tendremos que desembarcar otra fuerza en otro lugar. La escuadra naval ha reconocido el resto de la costa y ha encontrado varios lugares adecuados. El problema es que sólo disponemos de ocho buques de guerra, cada uno de los cuales no puede transportar más de cien hombres, aparte de la tripulación, si no queremos que se vuelvan inmanejables con el oleaje. Si los sobrecargamos, algunos naufragarán y, una vez más, habrá muchas bajas. Incluso suponiendo que consigamos desembarcar a 800 hombres, estarán sin apoyo durante la mayor parte del día antes de que los buques de guerra puedan volver a recoger más hombres. Me atrevo a decir que el enemigo no se quedará de brazos cruzados mientras tanto. Habrán rastreado los barcos y descenderán sobre cualquier fuerza que desembarquemos con superioridad numérica, aniquilándolos mucho antes de que se refuerce la primera oleada en tierra.

Sin embargo, la marina encontró dos puntos de desembarco en la costa sur de Mona, a poco más de ocho kilómetros de aquí. Hay una lengua de tierra que es muy estrecha donde se une con el continente, no más de cien pasos, creo. Lo suficientemente estrecha como para defenderla mientras se refuerza la primera oleada. Cerca hay una ensenada que se adentra casi tres kilómetros en la isla. Los buques de guerra no pudieron desembarcar y tantear el terreno debido a la presencia de patrullas enemigas, pero el comandante de la escuadra confía en poder acercarse lo suficiente a la orilla para descargar hombres directamente. Suetonio golpeó el bastón de vid contra el lateral de su bota mientras concluía. Si queremos evitar un asalto

frontal y desembarcar en otro lugar, nuestras opciones se limitan al asador y a la ensenada. ¿Alguien desea decir algo?

Cato ya había pensado en los tiempos de tal desembarco y había calculado que no se podrían lograr más de cuatro o cinco en el transcurso de un día. Aunque ninguno de los buques de guerra encontrara dificultades, el día del ataque podrían desembarcar como máximo cuatro mil hombres. Era posible que cada oleada fuera eliminada antes de que llegara la siguiente. Se aclaró la garganta y levantó una mano. El gobernador miró hacia él y frunció ligeramente el ceño.

"¿Qué pasa, Prefecto Cato?

Va a ser arriesgado desembarcar a nuestros hombres en tan pequeño número cada vez, incluso teniendo en cuenta la facilidad de defender el asador. ¿No hay otros buques de guerra disponibles?

Ninguno que pueda alcanzarnos hasta dentro de un mes. El escuadrón disponible más cercano está en Gesoriacum, en la costa de la Galia'.

"¿Y los cargueros?", preguntó otro oficial. "¿Una vez que regresen con el próximo envío de suministros?

No nos sirven de mucho. Demasiado pesados y lentos. Sólo supondrían una diferencia marginal en el número de hombres que podríamos desembarcar. Lo mismo ocurre con los pequeños botes plegables que trajo la segunda columna. Sólo estaban diseñados para cruzar un corto tramo de aguas relativamente tranquilas. Si se exponían a un oleaje modesto, se hundirían, junto con los hombres a bordo. Caballeros, he considerado las opciones disponibles y dos ataques desde dos direcciones nos darán la mejor oportunidad de éxito. El primero será un asalto frontal. Haremos un gran espectáculo. Un fuerte bombardeo de nuestros lanzaproyectiles y catapultas incendiarias antes de que los barcos desembarquen la primera oleada. Con suerte, la atención del enemigo se fijará en eso mientras nosotros hacemos los desembarcos en la costa sur'.

Cato sintió una desesperación plomiza en la boca del estómago ante el anuncio del gobernador. Si el buen tiempo se prolongaba lo suficiente -y lo necesitarían para intentar el desembarco-sería fácil que el enemigo descubriera la treta y moviera sus fuerzas para hacer frente al desembarco por su flanco. Para que el desembarco tuviera alguna posibilidad de afianzarse, sería necesario desembarcar más hombres y más rápidamente de lo planeado hasta el momento. Cato reconsideró las embarcaciones disponibles para la tarea y se dio cuenta de que podría haber una manera de dar a la fuerza marítima una mejor oportunidad.

Es posible que podamos reforzar las ondas iniciales más rápidamente", afirmó.

'Si tiene alguna sugerencia útil, Prefecto, estoy seguro de que todos estaremos encantados de escucharla'.

¿Y si algunos de los refuerzos se cargaran en los cargueros, que podrían acompañar a los buques de guerra al menos hasta la boca de la ensenada? Una vez desembarcada la primera oleada, los buques de guerra podrían regresar a los cargueros para recoger la siguiente oleada, en lugar de volver a tierra firme a por ellos. Los cargueros vacíos podrían entonces recoger más hombres para unirse a los que esperan desembarcar. Una especie de sistema de cinturón, señor. ¿Cuántos hombres podemos poner en los cargueros? ¿Cien? Ciento cincuenta, tal vez. Conté al menos veinte buques cuando trajeron el último lote de suministros y las catapultas pesadas. De esa forma podríamos desembarcar cuatro mil hombres en un espacio de tiempo relativamente corto'.

Suetonio guardó silencio un momento. 'No estoy seguro de lo fácil que sería trasladar a los hombres entre barcos con el oleaje. Ni cuánto tiempo llevaría'.

Cato comprendió su punto de vista. Transferir hombres entre barcos en alta mar utilizando escaleras y rampas rara vez se hacía, e incluso entonces se hacía en aguas tranquilas. Pero ya había pensado en otra forma de realizar la tarea.

'Podemos usar redes de alimentación, señor.'

¿"Redes de alimentación"?

Para los caballos, señor.

"¡Sé muy bien lo que son! Simplemente no veo por qué estás tan emocionado'.

'Señor, si las fijamos al costado de los cargueros y dejamos que se desenrollen hasta las cubiertas de los buques de guerra, los hombres podrán bajar por ellas. Es la forma más rápida y fácil'.

Parece que ya lo has pensado, prefecto Cato, pero quiero ver cómo funciona antes de intentarlo. Haré redactar órdenes para que el comandante de la escuadra naval te dé lo que necesitas para probar tu idea'.

Al anochecer, los dos barcos estaban anclados uno junto al otro en una pequeña bahía más allá del estrecho, donde un promontorio ocultaba las naves de cualquier vigía curioso de Mona. La centuria de Galerius había sido transportada al carguero en los botes plegables destinados al asalto a través de los bajíos. Un buque de guerra, uno de los birremes de la flota británica, yacía al costado, amarrado por cables a proa y popa. Había un ligero oleaje que hacía que la embarcación se moviera de forma irregular, y las defensas de cuerda crujían entre los dos cascos cuando una marejada los hacía chocar entre sí.

Cato estaba a bordo del carguero y había supervisado a los

maquinistas mientras fijaban ganchos de hierro en la borda del barco y luego suspendían de ellos redes de alimentación desenrolladas. Otra sección de ingenieros estaba añadiendo más ganchos a la cubierta del birreme, donde se sujetaba el otro extremo de las redes para que descendieran en ángulo. Cuando el primero de ellos estuvo listo, cogió un escudo de uno de los auxiliares y pasó la pierna por encima de la barandilla lateral, extendiendo el pie para palpar uno de los tramos de cuerda que corrían horizontalmente. Era consciente de las miradas divertidas de Galerio y sus hombres, pero no había querido enviar a otro hombre a probar su idea. Necesitaba comprender lo difícil que iba a ser la maniobra antes de decidir si era practicable para un grupo numeroso de hombres. Se puso de pie, pasó la otra pierna por encima de la barandilla y buscó el siguiente peldaño. Las cuerdas se combaron bajo su peso y el avance fue más difícil de lo que había previsto. De repente, el birreme se tambaleó hacia arriba y se abrió una brecha entre las dos embarcaciones, de modo que quedó mirando hacia aguas abiertas. Se aferró desesperadamente con la mano libre hasta que pasó el oleaje y siguió descendiendo hasta llegar a la sólida cubierta del buque de guerra.

Dejando el escudo en el suelo, llamó a Galerio. "Centurión, vamos a tratar una sección a la vez. ¡Envía a los primeros ocho hombres!

Galerio ladró la orden y los primeros auxiliares empezaron a trepar por la borda, vacilando mientras las redes de alimentación se estiraban y combaban y el mar se arremolinaba bajo ellos. Cato había compartido su nerviosismo un momento antes, pero había demostrado que se podía hacer. No os quedéis ahí colgados como piezas de cerdo en una carnicería", gritó. "¡Moveos!

Los hombres empezaron a descender, algunos más seguros y rápidos que otros, y un par de ellos bajaron con más facilidad hasta llegar a la cubierta del birreme. Cato esperaba que su confianza aumentara con la práctica y dio la orden de que descendiera la siguiente sección. El descenso fue lento, y varios hombres tuvieron dificultades, quedando atrapados en la red o perdiendo pie y cayendo por la red hasta la cubierta. Mientras tanto, los marineros y los infantes de marina observaban divertidos las torpes payasadas de sus camaradas del ejército. Cuando el último de ellos hubo caído, Galerio tomó su turno, y Cato se sintió un poco molesto al ver que lo hacía parecer más fácil de lo que lo había hecho su superior.

Se situó en la cubierta de popa del birreme y se dirigió a ellos. Eso ha sido ridículo. Si así es como hacéis el trabajo en una bahía protegida, sólo los dioses saben cómo lo haréis cuando nos enfrentemos al enemigo. Quiero que todos bajen por esa red como un puto mono antes de que acabemos. Vuelve al carguero contigo y hagámoslo de nuevo, por secciones. Y seguiremos haciéndolo hasta

que lo hagas bien. ¡Moveos!

La luz casi se había desvanecido cuando Cato dio la orden de que terminara el ejercicio y de que Galerio devolviera a sus hombres a la orilla y los hiciera marchar de vuelta al campamento. Hizo una última comprobación del estado de las redes y de los ganchos que las sujetaban antes de dirigirse al trierarca del birreme. "Guarda esto para la noche".

Sí, señor.

'Los quiero montados al amanecer cuando continuemos el simulacro'.

Uno de los botes plegables volvió a recogerlo, y él emprendió el camino de regreso a lo largo de la costa, en la oscuridad, hacia las titilantes luces de las hogueras del ejército. Cuando llegó al cuartel general, pidió permiso para ver a Suetonio. Le hicieron esperar hasta el final de la primera guardia antes de admitirle en la tienda del gobernador. No hubo preámbulo. Suetonio se volvió mientras su esclavo le desabrochaba las correas de su coraza de cuero. ¿Y bien?

Se puede hacer, señor. A los hombres les costó unos cuantos intentos superar los nervios y acostumbrarse, pero puedo entrenar a los que serán enviados al ataque por el flanco. Deme tres birremes y cargueros más y podré tenerlos listos en tres días'.

El esclavo se quitó la coraza y retrocedió mientras Suetonio cogía una copa de vino. "Ya has empezado a entrenarlos".

¿Señor?

'Me refiero a tus hombres. Ya que han demostrado que es posible, puedes entrenar al resto de tus auxiliares. La Octava Cohorte será la primera oleada en tierra cuando comience el ataque. Su contingente montado dejará aquí sus caballos y luchará a pie. Ochocientos hombres. Esperemos que sea suficiente para ganar un punto de apoyo en Mona a través del cual podamos verter el resto de las unidades necesarias para inclinar la lucha a nuestro favor cuando la fuerza de flanqueo caiga sobre la retaguardia enemiga. Si todo va bien, los aplastaremos entre los dos ataques. Mañana tendréis las órdenes por escrito. Mientras tanto, te doy el mando de la operación. Puedes elegir tus unidades del contingente auxiliar. Reservo a los legionarios para el ataque frontal. Las decisiones tácticas las decidirás tú, pues sospecho que ya tienes un plan en mente'.

Sí, señor.

'Puedes contarme los detalles cuando lo hayas perfeccionado. Esperemos que funcione cuando lo pongas en práctica'.

Espero que funcione, señor. Cato dirigió a su superior una mirada de arco para poner a prueba su sentido del autodesprecio.

Suetonio lo miró sin expresión durante un momento y luego sonrió. Tu cautela es contagiosa. Muy bien, ya lo has dicho. El plan

funcionará. Tiene que funcionar. Puede retirarse.

Al día siguiente, el tiempo cambió: nubes oscuras y lluvia torrencial llegaron desde el mar. Los preparativos para el ataque continuaron sin tener en cuenta las condiciones. Las baterías de artillería se situaron en la línea de la marea alta a lo largo de la costa, protegidas por importantes terraplenes en caso de que el enemigo decidiera arriesgarse a lanzar incursiones a través del estrecho para destruir las catapultas y lanzaproyectiles e impedir que causaran estragos en las defensas de la isla. Bajo una lluvia torrencial, Cato siguió enseñando a la Octava Cohorte a utilizar las redes para pasar de un barco a otro y a desembarcar rápidamente de los buques de guerra una vez llegados a la costa. Una vez satisfecho con su rendimiento, pasó a cada una de las otras cuatro cohortes auxiliares que Suetonio había puesto bajo su mando, hasta que estuvo seguro de que estaban preparadas para la tarea que se les había asignado.

Eligió a la mejor de las otras cohortes, la Décima gala, para que acompañara a la Octava en la primera oleada mientras el resto se embarcaba en los transportes de carga o se formaba en la costa lista para abordar los barcos vacíos en su regreso a tierra firme. La Décima estaba al mando del prefecto Thrasyllus, un veterano de confianza al que Cato había llegado a admirar durante el transcurso de la campaña. Su petición de que dos de los barcos llevaran lanzaproyectiles para apoyar los desembarcos fue aprobada por Suetonio. Ahora era cuestión de esperar a que el tiempo mejorase lo suficiente como para intentar el desembarco al mismo tiempo que comenzaba el ataque frontal.

Tras cuatro días de lluvia y viento, las condiciones se moderaron lo suficiente como para que el siguiente convoy de suministros llegara por mar, trayendo consigo las últimas embarcaciones desmontables que se utilizarían para transportar a los legionarios a través del estrecho. Los cargueros vacíos y los birremes fueron varados en la bahía donde Cato había entrenado a sus hombres para el ataque, y se instalaron las redes y los lanzaproyectiles. Cato repasó sus planes para el desembarco, el orden de las unidades de cada oleada y el procedimiento de retirada en caso de que fuera necesario.

Había muchas formas de que el plan saliera mal, la principal de ellas enfrentarse a una fuerza enemiga abrumadora en el punto en el que los romanos pretendían establecer una cabeza de puente segura para recibir los refuerzos necesarios para lanzar el ataque por el flanco. Por su larga experiencia, Cato era consciente de lo a menudo que las cosas se torcían en el momento en que se producía el contacto con el enemigo, pero su plan podría venirse abajo incluso antes de encontrarse cara a cara con los ordovices. Una repentina borrasca podría dispersar los barcos o hacerlos naufragar.

El ejército llevaba casi veinte días en posición cuando Suetonio convocó a sus oficiales al cuartel general para anunciarles que el asalto a Mona tendría lugar dentro de dos días. El cielo estaba despejado y el mar en calma. La marea estaría en su punto más alto a media tarde, y el asalto principal coincidiría con ello.

La artillería comenzará a disparar al amanecer", explicó el gobernador. Hemos almacenado munición suficiente para todo el día. Los incendiarios se añadirán al bombardeo tanto para acabar con la moral del enemigo como para los fuegos que puedan provocar. Aún no me he enfrentado a ningún celta que no tenga un miedo desproporcionado a los incendiarios". Los oficiales sonrieron y se rieron. A pesar de la temible apariencia de un haz llameante que arrastra humo mientras se arquea por el cielo, al menos era obvio y fácil de evitar. El mayor peligro procedía de la trayectoria borrosa de los pequeños proyectiles con punta de hierro de los lanzaproyectiles o de las rocas lanzadas por las catapultas, que eran fáciles de pasar por alto en medio de todo el movimiento frenético de un campo de batalla.

'En cuanto haya marea alta, comenzará el asalto. Las primeras tropas que crucen el estrecho irán equipadas con escaleras e intentarán escalar la empalizada y mantener al enemigo ocupado mientras las siguientes oleadas desembarcan. Si todo va bien, toda la Decimocuarta Legión estará al otro lado del estrecho a última hora de la tarde, con los demás destacamentos legionarios retenidos en tierra firme como reserva. Ganar cualquier punto de apoyo a lo largo de la línea de las defensas enemigas va a ser difícil de conseguir, y podrán superarnos en número y abrumar a nuestros hombres en cualquier punto si conseguimos llegar a la muralla. La clave de nuestra victoria está en que seamos capaces de tomarlos por el flanco y la retaguardia al mismo tiempo que se produce el ataque frontal. Ahí es donde la fuerza del Prefecto Cato entra en escena. Él estará al mando del grueso de nuestras tropas auxiliares, así como de los infantes de la escuadra naval. No es exagerado decir que la victoria mañana dependerá del éxito del asalto anfibio al flanco enemigo. Así que no nos falles, Cato, o puede que te expulsemos del comedor de oficiales'.

Hubo otro coro de risas apagadas y Cato sonrió, aunque sintió que el peso de la responsabilidad recaía cada vez más sobre sus hombros. Al hacerlo, no pudo evitar una nueva duda sobre su plan y el papel que desempeñaría, a pesar de que había considerado todas las contingencias imaginables y la forma de manejarlas. El plan era bueno, se confirmó a sí mismo enérgicamente.

Tan pronto como el grueso de la fuerza del prefecto Cato esté en tierra, marchará hacia el noreste para caer sobre el flanco y la retaguardia del enemigo. Sus hombres harán sonar sus cuernos en el

momento en que comience su ataque, y esa será la señal para que el asalto frontal vaya a por todas.'

"Pero, ¿no tendrán los Ordovices vigías vigilando la costa, señor?", preguntó uno de los tribunos legionarios.

Serían tontos si no lo hicieran. Me atrevo a decir que también tendrán una fuerza móvil lista para contrarrestar cualquier desembarco. Pero no puede estar en todas partes a la vez y no podrá reaccionar hasta que sus exploradores avisten nuestros barcos e informen. Utilizaré algunos de los cargueros para hacer una finta por el norte de la isla y, con suerte, distraer al enemigo al mismo tiempo que los hombres de Cato desembarcan en la costa sur. Hablando de eso, he añadido un refinamiento a la parte desempeñada por su fuerza, Prefecto. He decidido que comenzarán a desembarcar al amanecer. Así no seréis detectados hasta el último momento y podréis sorprender al enemigo'.

Cato se enderezó en su taburete. Esto no formaba parte de su plan. Había considerado brevemente y descartado la posibilidad de llegar a su posición al amparo de la oscuridad. Sin embargo, había muchos riesgos, el principal de los cuales era la reticencia de cualquier marinero a navegar de noche a menos que estuviera familiarizado con las aguas y hubiera pocas posibilidades de colisión o de encallar. La decisión de Suetonio exigiría más planificación, y el tiempo ya apremiaba. Mientras el gobernador concluía la sesión informativa, Cato ya estaba estudiando la mejor manera de aproximarse al lugar de desembarco correcto por la noche, así como de asegurarse de que los barcos bajo su mando no se separasen en la oscuridad. Una marcha nocturna y un ataque al amanecer ya eran difíciles de llevar a cabo en tierra. Una operación similar en el mar era casi inaudita.

Cuando los demás oficiales empezaron a abandonar la tienda del cuartel general, Suetonio se acercó a él con expresión de disculpa. "Imagino que no estás muy contento por haber adelantado el momento de tu ataque".

Algo así, señor, sí.

El gobernador sonrió. Yo pensaría lo mismo en su lugar. El caso es que no podemos arriesgarnos a alertar al enemigo de tu presencia para que tenga tiempo de enviar fuerzas suficientes para bloquear tu ataque. Tienes que caer sobre ellos como un rayo si queremos que el plan funcione'.

Lo entiendo, señor. Pero nunca he intentado algo así antes'.

Siempre hay una primera vez, prefecto Cato. Considéralo un entrenamiento en el trabajo", bromeó débilmente. Si tienes éxito, Roma nunca olvidará tu logro. Si fracasas, todos fracasaremos, y será mi cabeza por la que clamará el populacho'.

CAPÍTULO 23

Había una tenue bruma en la superficie del mar, que de cerca tenía un aspecto suave, casi vidrioso, cuando Cato se situó en la cubierta de proa del segundo birreme de la fila de navíos a vela reducida. La columna de barcos estaba encabezada por uno de los birremes equipados con catapultas para apoyar el desembarco. Desde la bahía donde había embarcado la fuerza hasta la lengua de tierra que emergía de Mona no había más de diez millas, y el primero de los birremes había salido a mar abierto poco después de medianoche. Una lámpara blindada colgada del poste de popa había guiado a la segunda embarcación a su puesto, y cada barco a su vez seguía la lámpara del que iba delante mientras se deslizaban fuera de las aguas protegidas.

El largo oleaje que llegaba del océano chocaba contra las rocas de la costa con un sordo rugido rítmico y un silbido que resultaba desconcertante para los hombres de tierra, que no tenían experiencia en juzgar la distancia a partir del sonido. Para los oídos de Cato, el ruido era anormalmente alto, y temió que el barco estuviera tomando un rumbo demasiado cercano al promontorio al final de la bahía. Pero pasaron a mar abierto sin novedad, y el timonel estabilizó el rumbo de modo que seguían directamente detrás del buque de guerra que iba en cabeza. Tras ellos, uno a uno, llegaron el resto de birremes, y luego los cargueros con la unidad de seguimiento a bordo. El comandante de la Décima Gala, el prefecto Thrasyllus, era un veterano que se había ganado el respeto de Cato en el transcurso de la campaña.

Cato se giró para mirar a lo largo de la cubierta y vio las formas apiñadas de sus hombres, sentados juntos a lo largo de la línea media para mantener la esbeltez de la nave de guerra lo más uniforme posible. Sus escudos estaban cerca de sus pies para dejar espacio suficiente a la tripulación para moverse libremente por la nave. Los marines estaban situados en el castillo de proa y en la popa, e incluso Cato podía percibir la lentitud con la que respondía el barco con casi cien hombres más a bordo. En circunstancias normales, los birremes eran navíos elegantes y muy maniobrables, capaces de virar con rapidez cuando iban a remos y de mantener un ritmo cómodo cuando iban a vela. Pero ahora, ante la necesidad de avanzar con cuidado y en silencio en la oscuridad, se habían embarcado los remos y los remeros, muchos de ellos esclavos, estaban sentados en silencio en sus bancos bajo cubierta.

Un hombre de proa lanzó su pesa de plomo lo más lejos posible del buque de guerra y dejó correr el cabo hasta que la pesa tocó el fondo del mar y el cabo se aflojó. Mientras el barco se deslizaba

directamente sobre el cabo, lo apretó con una mano y lo enrolló con la otra, haciendo bucles mientras leía las marcas. Más de ochenta pies, señor.

Muy bien. El navarca asintió aliviado. Mantén los ojos y los oídos abiertos. Si ves o escuchas algún oleaje, corre a popa e infórmame". Se acercó a Cato y saludó. Todo va bien, señor. Aunque tengo que decir que no me siento nada cómodo con esto".

'Supongo que ninguno de nosotros lo es'.

Sí. Si pudiera ponerle las manos encima al maldito tonto que ideó esta travesura...'

Cato estuvo tentado de confesar, pero luego se dio cuenta de que el navarca no tenía por qué preocuparse de insultar a su superior además de las exigencias de dirigir su nave a través de la oscuridad. Habían hablado en voz baja, como Cato había ordenado a todos los que estaban a bordo de los barcos. Sabía lo bien que se transmitía el sonido a través del agua, y no quería alertar a ningún centinela enemigo de Mona que estuviera vigilando los accesos a la isla.

El navegante se acercó a un lado y miró por encima de la niebla irregular. No me gusta el aspecto de este oleaje'.

Parece bastante tranquilo.

He visto algo así antes. Siempre antes de que estalle una tormenta. Esta noche, tal vez mañana por la mañana. Ya lo verás.

Mientras no nos alcance antes de que mis hombres desembarquen", dijo Cato.

"Sí, bueno... El marino escupió sobre la cubierta, un hábito habitual que ya había puesto nervioso a Cato desde que subió a bordo. Estaré en la popa, señor.

Cato asintió, ansioso por librarse de aquel hombre.

Mientras el navegante descendía por la cubierta, Cato se acercó a la borda. La proa se elevaba constantemente y luego se hundía cuando la cresta del oleaje pasaba bajo la quilla. Al instante, una oleada de náuseas se apoderó de su estómago y se le hizo un nudo en la garganta mientras luchaba contra las arcadas. Algunos de sus hombres, sin embargo, no pudieron contenerse y se precipitaron al costado para vomitar, colgando la cabeza por la borda mientras se agarraban con fuerza a la barandilla.

Al final del día iba a haber muchos estómagos vacíos, pensó Cato. No habían traído raciones, sólo agua en sus cantimploras. Comerían con el resto del ejército al final del día, siempre que el asalto tuviera éxito y el enemigo fuera derrotado. De lo contrario, . . . Sonrió para sus adentros. No tenía sentido pensar en eso. Mejor concentrarse en hacer su papel lo mejor posible. Él y sus hombres debían derrotar al enemigo o morir en el intento. Aunque había planeado una retirada, sabía que retroceder desde una cabeza de puente era aún más

peligroso que el desembarco inicial. Sólo lo intentaría como último recurso.

Las horas de la noche pasaron lentamente. A ratos, Cato podía divisar el tercer birreme, y una vez el buque de guerra que iba detrás, cuando se acercó demasiado y se vio obligado a derramar el viento de la vela mayor antes de volver a desaparecer de la vista. Cuando el navegante calculó que estaban casi frente a la lengua de tierra, redujo aún más las velas y el siguiente birreme hizo lo mismo, de modo que apenas avanzaba. A popa, Cato creyó ver el más tenue asomo del este. Un instante después, estaba seguro de poder distinguir la línea de las montañas de tierra firme; luego, más detalles del tercer barco y, poco después, del que venía detrás.

Subió al castillo de proa, pasó junto a los marines y miró a estribor. Efectivamente, podía ver algunas de las colinas bajas de Mona. Era hora de cambiar el rumbo hacia la isla.

Se dirigió a la cubierta de popa, donde el marino estaba junto al timonel.

Es la hora", anunció Cato.

El navegante asintió y dio la orden de cambiar el rumbo. El birreme giró lentamente hasta que las proas se alinearon con las lejanas colinas, mientras los marineros ajustaban el ángulo de la vela mayor y el barco se tambaleaba suavemente a barlovento, lo que desestabilizó aún más el estómago de Cato. Apretó la mandíbula e intentó parecer imperturbable. Detrás de ellos, el siguiente birreme alcanzó el punto en el que había virado el buque de guerra de Cato y también empezó a virar hacia la isla.

"¿Qué demonios está tramando?

Cato se volvió para ver que el buque que transportaba la batería de artillería continuaba mar adentro.

El bastardo no nos vigila", gruñó el navarca. Gira, maldito... . .'

Cato observó cómo la diminuta luz de la lámpara de popa disminuía en la oscuridad y se le hundía el estómago. La primera y la tercera birremes llevaban las baterías de lanzaproyectiles destinadas a cubrir los desembarcos desde ambos lados del espigón. Ahora uno de ellos desaparecía en la distancia.

Ahora puedes navegar más", dijo. Pronto habrá suficiente luz para que el enemigo nos vea llegar. Tenemos que empezar a desembarcar a los hombres lo antes posible'.

Sí, señor. El navegante dio la orden tan alto como se atrevió. Su tripulación se dirigió a los cabos y, con uno de ellos llamando a la cuenta, soltaron más velas de donde colgaban en protuberancias a lo largo de la verga. La cubierta se escoró aún más, y Cato tuvo que apuntalar sus botas para quedar en un ángulo pronunciado mientras el birreme avanzaba con un silbido de rocío por los costados del navío.

Pronto hubo luz suficiente para distinguir algunos detalles de la orilla, y el navegante escudriñó la costa en busca de puntos de referencia que le guiaran hacia la lengua de tierra. Se dirigió a los cabos del centro del barco y subió casi hasta la cofa. Al cabo de un momento, señaló una formación de colinas a la derecha.

Hemos ido demasiado lejos hacia el oeste. Timonel, diríjase a las colinas de allí". Mantuvo su brazo extendido hasta que los arcos estuvieron en línea con él. ¡Encuéntrenla! Firme como va.

Cuando el navegante regresó a cubierta, Cato observó que la luz se extendía por el horizonte oriental y que el perfil de las montañas era ahora más nítido. El birreme se elevó sobre un oleaje, y divisó la lengua de tierra a no más de dos millas de distancia. Cualquiera que mirase hacia el mar vería sin duda la línea de barcos que se acercaba a la costa. Si ya se había dado la alarma, sería una carrera para ver quién llegaba primero al lugar de desembarco.

Algunos de los hombres se levantaron y cruzaron a la barandilla al darse cuenta de que se acercaban a la isla.

¿Qué estáis mirando? gritó Galerio enfadado. ¿Nunca habéis visto el mar? Llevad vuestros malditos culos al centro del barco antes de que os tire por la borda para que lo veáis más de cerca. ¡Moveos!

Los auxiliares se apresuraron a volver a sus posiciones, excepto un joven que había empezado a vomitar y ya no le importaba nada más allá de las espantosas náuseas que se apoderaban de él. Cato sintió que el estómago se le revolvía por compasión. Galerio corrió hacia él y le gritó al oído. ¿Qué es esto? ¿Vaciar tus tripas por todo el costado de este magnífico barco de guerra y dejarnos en evidencia delante de los marines? Eso no está bien. Vuelve a tu sitio y mantén la boca cerrada. Vomita de nuevo y te haré lamerlo.

El auxiliar regresó tambaleándose a su lugar en cubierta y se desplomó pesadamente, resollando de vez en cuando. A pesar de que tenían prohibido moverse del lugar que se les había asignado, los auxiliares sentían curiosidad por la costa que se aproximaba y alzaban el cuello para intentar ver por encima de la borda. Cato se adelantó y se situó por encima de la proa, agarrándose al estay de proa mientras oteaba la costa. Podía distinguir bosques y tierras de cultivo más allá de la orilla, y un pequeño grupo de casas redondas en lo alto de una colina a poca distancia tierra adentro. Del tejado cónico de la estructura más grande salía humo. Poco después, distinguió ganado en un corral y algunas cabras u ovejas esparcidas por un terreno elevado a poca distancia.

"¡Cuidado!", gritó el navegante al hombre en lo alto del mástil. Vigila que no rompa el oleaje".

Sí, señor. El hombre se inclinó hacia delante en su cesta y observó el camino.

Cato pudo distinguir gente junto a la gran casa redonda, luego uno de ellos montó a caballo y lo espoleó al galope, corriendo en dirección al ejército enemigo acampado en la orilla occidental. La visión avivó su sentido de la urgencia y se volvió hacia la popa. Nos han avistado. Tenemos que ir más rápido".

El navegante se apresuró a avanzar. Señor, el viento está refrescando. Si desplegamos más velas, corremos el riesgo de zozobrar si se produce una ráfaga fuerte. Este barco no está diseñado para navegar rápido con viento de popa'.

Cato pudo ver que el ángulo en la cubierta había aumentado, y señaló a los auxiliares. Pónganlas a sotavento. Eso ayudará'.

El navegante abrió la boca para protestar, pero al ver la expresión de intención en el rostro del prefecto asintió. Volvió a la cubierta principal y se llevó una mano a la boca. Soldados, a babor". Hubo miradas de confusión antes de que él sacudiera su cabeza y llamara otra vez. A la izquierda. ¡A la izquierda! ¡Allí, maldita sea!

Cada escuadra se desplazó a su vez y la cubierta se niveló sensiblemente. Al mismo tiempo, los marineros desplegaron el resto de la vela. La vela se llenó con un golpe sordo y el buque de guerra siguió avanzando, lanzando ráfagas irregulares de rocío sobre la cubierta de proa. Cato pudo ver un grupo de figuras que se agrupaban junto a las cabañas distantes cuando el sol empezó a salir por las montañas, y hubo un pequeño destello metálico de la punta de una lanza o de un casco.

Se volvió y miró a popa. Los otros barcos habían empezado a quedarse atrás. Hubo un angustioso retraso antes de que viera al más cercano desplegar más velas, y luego los demás siguieron su ejemplo. Más mar adentro, las velas del primer trirreme se agitaron y cambiaron de aspecto cuando el navegante se dio cuenta de su error y empezó a virar. Demasiado tarde para influir en el aterrizaje inicial.

El vigía de la cofa llamó a cubierta. "¡Olas rompiendo delante!

Un momento después, se oyó una explosión de espuma a media milla de distancia, donde el mar rompía sobre rocas apenas sumergidas en línea con el extremo del espigón. El navegante dio una orden al timonel y el birreme cambió de rumbo para darles la espalda. Ahora que era de día y estaban más cerca de la isla, Cato pudo ver que la orilla del espigón estaba formada por pequeñas playas de arena y guijarros que daban paso a mechones de hierba y otra vegetación achaparrada. Se acercó al capitán y le señaló la mayor de las playas, a dos tercios del camino hacia la isla.

"Aterricemos allí".

"Pensé que el plan era aterrizar lo más cerca posible de la base del asador, señor.

Nos han visto y nos falta una batería de artillería flotante. Tenemos

que llegar a tierra y formar antes de que el enemigo pueda alcanzarnos. Nos quiero en esa playa. ¿Está claro?

Sí, señor.

Cuando el birreme rebasó el extremo del espigón, las cabañas enemigas dejaron de ser visibles más allá del terreno ligeramente elevado que corría por el centro de la delgada franja de tierra. Cato miró hacia el mar y notó que la superficie estaba más agitada. Al menos soplaba desde el suroeste y no impediría el paso hacia y desde Mona cuando las cohortes restantes fueran recogidas para reforzar a los auxiliares en la isla.

A media milla de la playa, el navarca ordenó arriar la vela y desembarcar los remos. Se oyó un fuerte estruendo de madera bajo la cubierta cuando las alargadas palas y los curtidos ejes emergieron de los costados y se mantuvieron por encima de la superficie del agua para evitar cualquier arrastre. Como todos los buques de guerra que navegaban en los mares encrespados de la costa gala, la línea inferior de las portas de remos había sido sellada, y el birreme era propulsado por un banco de remos a cada lado.

Sonó un tambor y los remos se estabilizaron y se mantuvieron a nivel. Un segundo golpe los hizo chapotear juntos. Cuando las palas penetraron en el agua, sonó otro redoble para la tracción, y luego otro para la elevación y la recuperación, y así continuó un ritmo que provocaba un suave bandazo bajo los pies con cada brazada. Los marineros habían izado la vela mayor y asegurado las escotas, y se afanaban en enrollar la holgura y pasarla por los pasadores para evitar que hiciera tropezar a la tripulación. Los soldados recibieron la orden de volver al centro de la cubierta cuando el birreme empezó a virar hacia la playa.

Fórmense", ordenó Galerio. ordenó Galerius, y recogieron sus escudos y se colocaron en formación cerrada a lo largo del centro de la nave de guerra.

Los marines habían desatado las rampas de desembarco y las habían llevado hacia delante, y habían abierto las pequeñas compuertas situadas a ambos lados de la barandilla de proa. Recorrieron una corta distancia por las estrechas rampas y esperaron nuevas órdenes. Cato miró hacia abajo. El agua estaba lo bastante clara como para ver manchas oscuras y claras en el fondo de la pequeña bahía frente a la playa.

El siguiente birreme también había desplegado sus velas y avanzaba a remos en línea recta a lo largo del espigón, surcando su popa mientras se dirigía a una posición más cercana a la base del espigón de acuerdo con sus órdenes. Cato tuvo un momento de autocrítica, por no haber tenido en cuenta la posibilidad de un desembarco más adelante, pero se consoló pensando que la batería

flotante podría hostigar y desestabilizar la moral de los guerreros enemigos antes de que llegaran a sus hombres.

El birreme se dirigía a toda velocidad hacia la orilla y, cuando estaban a cincuenta pasos, el navegante ladró: "¡Descansen remos! Prepárense para varar".

Se oyó un último golpe de tambor y los remos se elevaron goteando del mar y quedaron suspendidos a dos metros sobre el suave oleaje. Cato se agarró a la borda y dobló ligeramente las rodillas mientras esperaba. Hubo un suave temblor, y luego uno mucho más fuerte que hizo que todos a bordo se tambalearan hacia delante y que los que no estaban preparados tropezaran y cayeran a cubierta. La teja se hundió bajo la proa, y los obenques temblaron mientras el mástil crujía y se sacudía, y luego la cubierta fue sólida e inmóvil bajo las botas de Cato.

Bajen las rampas", ordenó el navegante, y los marines las deslizaron hacia delante antes de dejar que los extremos cayeran a las aguas poco profundas, a pocos pasos de donde rompían las pequeñas olas sobre la arena brillante de la bahía.

Galerio levantó el brazo para llamar la atención de sus hombres. "¡Siglo I! ¡Adelante!

Las dos filas de auxiliares se dirigieron a las puertas y bajaron arrastrando los pies por las rampas, que cedieron ligeramente bajo el peso de los hombres cargados que luchaban por mantener el equilibrio con la lanza en una mano y el escudo en la otra. Galerio se zambulló en el agua y comenzó a avanzar, seguido por sus hombres. Cato se metió en la fila por la rampa de la derecha y descendió. El mar estaba helado y le hizo jadear cuando se cerró alrededor de sus piernas. Subió por la playa, con pequeñas conchas y arena crujiendo bajo sus botas, y se unió a Galerio y su portaestandarte, y los hombres se sumergieron, goteando agua de mar por los dobladillos de sus túnicas mientras el sol se elevaba sobre la lengua de tierra y los bañaba con una luz rojiza.

La dotación de infantes de marina del birreme, unos treinta hombres al mando de un decurión, formó en la retaguardia de la centuria auxiliar, y Cato dio la orden de avanzar por la playa hasta el espinazo de terreno irregular que se extendía a lo largo del espigón. Cuando emergieron a través de las altas matas de hierba marina, se le ofreció una vista del terreno circundante. Pudo ver que el trirreme que transportaba la pequeña batería de lanzaproyectiles había echado los remos y fondeado casi media milla más allá. Los marineros levantaban el ancla de popa para que el barco se acercara a la costa y así poder desplegar fácilmente todas las armas. No era demasiado pronto, pensó Cato, cuando vio que un grupo de hombres se acercaba en dirección al asentamiento que había visto antes. Ya estaban a la altura del birreme

y estaban armados con una mezcla de lanzas, hachas, algunas espadas y otras armas improvisadas. Unos diez de ellos iban a la cabeza en poni, seguidos por no más de doscientos a pie. No tenían el aspecto de un cuerpo de guerreros curtidos, y Cato decidió que debía tratarse de una fuerza rasca reunida en el asentamiento. Aún así, superaban en número a Galerio y sus marines en casi dos a uno.

¡Flanco izquierdo! ¡De frente! gritó Galerio, y la línea de auxiliares pivotó desde la fila más a la izquierda hasta que la centuria formó una nueva línea a través del punto más alto del espigón, de cara al enemigo que se acercaba. Galerio y el portaestandarte se situaron en el extremo derecho de la línea. Abajo, en la playa, los marineros habían acercado las rampas de desembarco y ahora se apresuraban a elevar ligeramente la proa mientras los remos agitaban el agua y los remeros alejaban la embarcación de la playa. Por un momento, el birreme pareció atascado, pero luego se movió y volvió a adentrarse suavemente en las aguas poco profundas. El navegante gritó órdenes y el barco viró y se dirigió mar adentro, adelantando al siguiente navío de guerra que se acercaba a la costa. Pronto otra centuria y más marines reforzarían a los que esperaban para recibir al enemigo.

Cuando Cato se volvió para observar a los hombres de la tribu, el jinete que encabezaba el pequeño grupo montado fue derribado de su caballo como si hubiera sido apartado de un manotazo por una gigantesca mano invisible. Casi en el mismo instante, se produjo un remolino de cuerpos cerca de la parte delantera de los hombres a pie y tres o cuatro de ellos fueron abatidos. A continuación se oyó un rápido coro de crujidos lejanos procedentes de los birremes de artillería, cuyo sonido ascendió por el asador.

Para el enemigo había sido un disparo desafortunado, ya que su líder había sido alcanzado con la primera descarga. Los jinetes se detuvieron y los hombres a pie miraron horrorizados a sus compañeros heridos. Un momento después, llegó la segunda descarga, esta vez más irregular, ya que algunas cuadrillas cargaron sus armas con más rapidez que otras. Como los hombres de la tribu se habían detenido y agrupado, constituían un blanco fácil, y varios más fueron abatidos.

Uno de los jinetes, con más presencia de ánimo que la mayoría de sus compañeros, se llevó un cuerno a los labios y tocó una nota grave antes de desenvainar su espada y gritar a los demás, clavando la hoja en los hombres de Galerius. Sus seguidores captaron la necesidad de ponerse fuera del alcance de los lanzaproyectiles, y el grupo se lanzó hacia delante, desparramándose por ambos flancos mientras corrían a través de las matas de hierba que crecían en el suelo arenoso del asador. Se dirigieron directamente hacia la línea de auxiliares, y los birremes apenas tuvieron tiempo de disparar una tercera descarga

antes de verse obligados a dejar de disparar porque el enemigo se alejaba de su alcance.

"¡Presenten lanzas! gritó Galerio, y los auxiliares adelantaron las puntas de sus armas por delante de sus escudos ovalados con una empuñadura por encima de la mano. Cato se echó hacia atrás los pliegues de la capa sobre los hombros y desenvainó su espada corta, situándose a medio camino entre los auxiliares y el pequeño destacamento de marines . Un rápido vistazo a su izquierda le mostró que el segundo birreme para desembarcar hombres aún estaba a cien pasos de la orilla.

Los gritos de guerra y los insultos del enemigo llenaron el aire mientras se acercaban rápidamente en la aterradora carrera loca que los celtas utilizaban para infundir miedo en sus enemigos y furia de batalla en su propio bando. Cargaron contra la línea romana en formación abierta, y los más rápidos alcanzaron primero el muro de escudos. A medida que la lucha se extendía uniformemente a lo largo de la línea, el peso del número pronto empezó a notarse. Al principio, la línea romana, formada por dos hombres, fue capaz de mantener a raya al enemigo con sus lanzas, derribando a muchos de ellos, pero pronto los miembros de las tribus se acercaron y pudieron agarrar fácilmente los astiles de las lanzas o desviarlas. Los auxiliares de las primeras filas se vieron obligados a desechar sus lanzas y desenvainar sus espadas para el trabajo cuerpo a cuerpo, donde estas armas eran excelentes.

Cato podía ver que los flancos de la centuria de Galerio estaban siendo constantemente forzados a retroceder mientras los auxiliares intentaban detener a sus enemigos desparramándose por los extremos de la línea romana. El segundo bireme para desembarcar hombres estaba a poca distancia de la playa. Se volvió hacia los infantes.

'Las dos primeras secciones refuerzan el flanco derecho. ¡El resto, conmigo!'

El pequeño cuerpo de infantes se dividió y trotó hacia los flancos. Mientras avanzaban por la retaguardia de la dura línea romana, un auxiliar se retiró del combate, con el brazo de su espada abierto desde la muñeca hasta el codo, sangrando profusamente.

"¡Dame tu escudo! le llamó Cato. Levantó el escudo e hizo que su agarre fuera lo más firme y cómodo posible antes de que llegaran al flanco izquierdo de la centuria de Galerio.

Ya tres de los enemigos habían girado el flanco y atacaban al auxiliar que se les había enfrentado. Consiguió bloquear un golpe de un hachero antes de atravesar con su lanza a su oponente en el costado. Sin embargo, antes de que pudiera recuperar la lanza, el segundo hombre había agarrado el borde del escudo del auxiliar y lo había hecho girar, exponiendo su costado a un golpe de otra hacha

blandida por el tercer hombre. La cabeza del arma atravesó parte de su coraza, pero fue la fuerza del impacto lo que acabó con el romano. Cayó de rodillas y un golpe en el cuello acabó con él antes de que Cato y los marines pudieran intervenir. El miembro de la tribu que le había asestado el golpe mortal lanzó un grito de triunfo que se interrumpió cuando Cato estrelló su escudo contra la espalda del hombre y lo derribó sobre el cuerpo del auxiliar. Clavó su espada en la carne expuesta del cuello del hombre y empujó con fuerza para asegurarse de que destrozaba el hueso. El miembro de la tribu se desplomó hacia delante, jadeando, mientras Cato le arrancaba la espada.

Los marines pasaron junto a él, rodearon el final de la línea auxiliar y cayeron sobre el flanco enemigo, abriéndose paso entre la multitud de hombres de la tribu. Abajo, en la playa, Cato vio a los hombres de la Segunda Centuria bajando por las rampas de desembarco del birreme. Se alegró de ver que el centurión Minucio estaba formando a sus hombres en columna antes de dirigirlos al combate. Un oficial con menos experiencia podría haberlos enviado a la batalla por partes y haber perdido el control desde el principio. Cuando avanzaron al trote, Cato corrió a su encuentro.

"Sube en ángulo recto a este extremo de la línea de Galerio y comienza a rodar por su flanco. ¡Adelante!

Minucio condujo a sus hombres a poca distancia a la izquierda de la línea de batalla, y los miembros de la tribu se volvieron hacia ellos con expresión ansiosa. Un puñado de los más enfurecidos cargó contra la nueva formación enemiga, pero fueron rápidamente abatidos. Minucio detuvo la columna y gritó la orden de girarse para enfrentarse al enemigo. Luego, con las lanzas bajadas, avanzaron con paso firme, con cuidado de mantener la línea. Los primeros hombres entraron en contacto y la Segunda Centuria comenzó a rodar por el flanco y a girar hacia la retaguardia enemiga.

El miedo corría de hombre en hombre entre la masa de miembros de la tribu que se veía lentamente envuelta. Mientras muchos estaban demasiado ocupados luchando, otros podían ver el peligro y ya estaban retrocediendo, y luego dándose la vuelta para huir antes de que se cerrara la trampa. Pronto, casi toda la fuerza enemiga se dispersó y retrocedió por la lengua de tierra hacia el lejano asentamiento. Un puñado de ellos, más valientes que sus camaradas, lucharon individualmente o en pequeños nudos, pero en poco tiempo todos fueron eliminados, y los auxiliares quedaron jadeantes y salpicados de sangre, dueños del campo de batalla. Algunos espíritus ansiosos salieron en persecución del enemigo, pero fueron detenidos cuando sus oficiales les gritaron que se detuvieran y volvieran a las filas.

El birrete de artillería emitió una nueva serie de crujidos y Cato maldijo en voz baja por el derroche de munición. Una cosa era lanzar una andanada sobre un grupo denso de hombres, pero sólo el más afortunado de los disparos podía encontrar una víctima entre un grupo disperso de blancos en fuga. Sin duda, no vio a ninguno de los enemigos abatido antes de que huyeran fuera de su alcance, y resolvió hablar con el oficial al mando de la batería en cuanto se presentara la oportunidad.

Los dos centuriones ordenaron a sus hombres recuperar a los heridos romanos y acabar con el enemigo, y luego informaron a Cato.

Galerius tenía una herida superficial en el antebrazo y había sacado una tira de tela de una pequeña bolsa que llevaba en el cinturón y había empezado a vendar el corte poco profundo. Ocho muertos, señor. Catorce heridos, cuatro de gravedad. El resto puede seguir luchando una vez que hayan sido atendidos'.

Minucio informó de tres muertos y siete heridos. Echando un vistazo al suelo, Cato calculó que allí yacían al menos cincuenta cuerpos enemigos , además de los que habían sido alcanzados por los proyectiles disparados desde el birreme. También habría heridos que habían caído a lo largo del camino de retirada hacia el asentamiento.

Yo diría que somos los primeros", concluyó Minucio.

Cierto. Cato asintió. Pero la mayoría eran granjeros y cazadores, no guerreros experimentados. Será una historia diferente cuando nos enfrentemos a ellos".

Se volvió y escrutó la bahía. El birreme errante había erosionado las rocas del extremo del espigón y estaba cambiando de rumbo para situarse en el lado opuesto a la otra batería flotante. Hacia el suroeste se había formado una banda de nubes que ya se acercaba a la isla. Notó que la brisa se había intensificado y que el mar estaba notablemente más agitado que al amanecer.

Con el enemigo alertado de la presencia de su fuerza, era sólo cuestión de tiempo que enviaran una poderosa columna de guerreros para hacer frente a la amenaza de su flanco. Cato calculó todos los elementos en juego y vio que se trataba de un problema bastante sencillo. Necesitaba desembarcar sus tropas antes de que el mar se embraveciera demasiado o de que el enemigo llegara con fuerza, de lo contrario él y los hombres que le rodeaban serían aniquilados.

CAPÍTULO 24

Las dos primeras cohortes habían desembarcado a media mañana, y a medida que los birremes descargaban y regresaban a los cargueros para recoger nuevas unidades, se iban desembarcando más tropas a un ritmo regular. Las dos baterías de barcos cubrían los accesos a la base de la lengua de tierra y ya habían repelido a varias patrullas de caballería que habían intentado reconocer el desembarco romano, causando varias bajas en el proceso.

En cuanto los últimos cien hombres de la Octava Iliria estuvieron en tierra, Cato condujo a su unidad hacia delante hasta situarse entre los barcos de la batería, y luego hizo que sus hombres sembraran el terreno a ambos flancos con dos líneas de caltrops separadas por unos cincuenta pasos. Los pequeños artefactos de hierro con sus cuatro puntas afiladas podían dispersarse fácilmente, ya que una de las puntas siempre apuntaba hacia arriba, cayera donde cayera el artefacto. Había visto lo bien que habían funcionado estas armas defensivas en campañas anteriores, y se había asegurado de que las unidades bajo su mando dispusieran de ellas.

Las seis centurias de infantería de la cohorte formaron en campo abierto en dos líneas, cada una de cuatro hombres de profundidad, suficientes para resistir un ataque de cualquier guerrero enviado para desalojar a los romanos y arrojarlos de nuevo al mar. La caballería desmontada y los contingentes marinos formaban los flancos, listos para rechazar a los que sobrevivieran ilesos a la travesía del cinturón de caltrop.

Satisfecho con la disposición de sus fuerzas, Cato se detuvo a considerar la situación. Hasta el momento habían desembarcado más de mil hombres, y cerca de tres mil se dirigían a la playa o esperaban su turno en los cargueros amarrados en alta mar. Sin embargo, el viento cada vez más fuerte y el aumento de la mar dificultaban las maniobras de los barcos y el traslado de los hombres por las redes de alimentación, y los crecientes retrasos eran muy preocupantes. Debía reunir a toda su fuerza si quería tener la oportunidad de doblar el flanco enemigo y asegurarse de que el asalto frontal de Suetonio consiguiera arrollar a los guerreros atrapados entre los dos ataques romanos.

También estaba la cuestión del tiempo. Sus tropas tendrían que marchar más de ocho kilómetros para alcanzar las fortificaciones enemigas a lo largo del estrecho. Con un terreno desconocido por delante, y los seguros intentos de retrasarlas con ataques de hostigamiento, tardarían dos horas o más en cubrir la distancia. Al

ritmo al que desembarcaban los hombres, era dudoso que llegaran a tiempo para sellar la victoria. Si no lograban alcanzar las defensas, el ataque principal fracasaría con toda seguridad, y los ordovices y druidas podrían volverse contra ellos con una fuerza abrumadora y aniquilarlos.

Si eso ocurría, había pocas esperanzas de que Suetonio tomara Mona sin despojar a la provincia de todos los soldados restantes y ponerla a merced de cualquier tribu rebelde. Como alternativa, tendría que conformarse con matar de hambre al enemigo para que se rindiera, pero no se sabía lo bien que se había aprovisionado la isla en previsión de semejante asedio. Podría resistir durante años, mientras inmovilizaba a los mejores soldados de la provincia. Mucho dependía de la llegada a tiempo del grueso de las fuerzas de Cato.

En cuanto la Décima Gala estuvo formada, Cato les hizo reforzar los flancos de su posición en la base del espigón, frente a , el asentamiento situado una milla más hacia el interior. Pudo ver a los restos de la banda a la que se habían enfrentado antes formando pequeños grupos mientras miraban a los romanos. Detrás de ellos había mucha actividad, ya que los lugareños recogían sus objetos de valor, niños y ganado y expulsaban a las bestias hacia la seguridad que percibían en el interior de la isla. Era una seguridad ilusoria, pensó Cato. Si los romanos rompían las defensas a lo largo del estrecho, nada les impediría arrasar la isla, destruir los últimos focos de resistencia y saquear todos los asentamientos en busca de botín. Pero primero tendrían que romper las defensas, y eso no estaba en absoluto garantizado dado el ritmo al que sus hombres desembarcaban.

¡Señor!

Cato se volvió y vio a Galerio trotando hacia él. El centurión se acercó y saludó con el brazo vendado. Los muchachos del flanco derecho han avistado una columna enemiga moviéndose entre los árboles por allí". Indicó un pinar al este que se extendía desde las rocas de la costa por una suave pendiente hasta la cresta de una colina baja.

Esforzando los ojos, Cato apenas pudo distinguir movimiento entre los árboles más cercanos, a más de una milla de distancia. Un momento después, la cabeza de la columna emergió de la linde del bosque. El sol se reflejaba en las armaduras, los cascos y las lanzas de un gran grupo de hombres a caballo -unos trescientos-antes de que apareciera el primero de la infantería. Siguieron una huella que serpenteaba a lo largo del camino hacia el asentamiento y la base del espigón. Por fin, el final de la columna de infantería dejó atrás los árboles y Galerio emitió un silbido grave.

'Más de cuatro mil de los bastardos, diría yo.'

"Cerca de cinco mil," Cato estimó por su larga experiencia. "Pasa la voz a los hombres para esperar otro ataque. Una oposición más dura esta vez.

Duros o no, no podrán con la Octava". Galerio sonreía, y Cato vio que estaba en su elemento, excitado por la perspectiva de la batalla aunque estuviera herido. Un hombre muy parecido a Macro. Para Cato, la emoción de la batalla se veía a menudo sublimada por la constante necesidad de anticipar oportunidades que aprovechar y peligros que evitar. Tenía que estar alerta a ambas cosas al mismo tiempo.

Se obligó a sonreír al centurión. No lo dudo. Diles a los chicos de mi parte que los mandaremos a paseo, igual que a los primeros.

Galerio se alejó, deteniéndose en cada centuria para transmitir el mensaje. Cato lo observó, un poco avergonzado por haber menospreciado la proeza de la columna enemiga que marchaba hacia ellos. Aquellos hombres no eran campesinos ni pastores reunidos para luchar contra el invasor. Eran guerreros curtidos, sin duda bien armados con el equipo romano perdido durante la desastrosa campaña anterior. Los hombres que en breve atacarían la línea romana iban a ser una propuesta mucho más dura que la turba de campesinos que habían sido expulsados antes.

El enemigo se detuvo fuera del alcance de las baterías flotantes y se desplegó en tres líneas, con una pantalla de arqueros y honderos delante del cuerpo principal. El líder ordovícico era fácil de distinguir: un noble vestido con una capa roja brillante, acompañado por una escolta de guerreros acorazados, uno de los cuales portaba un estandarte verde con una mítica bestia roja. Cabalgó hacia delante hasta donde se atrevió para inspeccionar las líneas romanas, y una de las tripulaciones de lanzadores de proyectiles en el bireme al sur del espigón intentó un disparo de alcance, que cayó a cien pasos con una bocanada de arena. Animado por ello, el comandante enemigo acercó a sus hombres cincuenta pasos. Un instante después de que se detuvieran, el birreme soltó una descarga que atravesó las filas de los jinetes, y Cato vio caer a cuatro de ellos. Al instante, el resto se dio la vuelta y partió al galope. Un fuerte coro de vítores y silbidos se elevó desde las filas de los auxiliares e infantes al ver al líder enemigo en fuga y a su séquito. Cato sonrió ante la ingeniosa trampa que había tendido el oficial a cargo de la batería flotante, y tomó nota para elogiarle por ello después de la batalla, suponiendo que ambos sobrevivieran.

Una vez que el comandante enemigo regresó al cuerpo principal, Cato pudo ver cómo gesticulaba mientras daba sus órdenes. Los densos cuerpos de infantería abrieron filas y se extendieron por el terreno en la base del espigón. El enemigo había aprendido una

valiosa lección, pensó Cato con pesar. No volverían a caer en la misma trampa, ni proporcionarían un blanco fácil a las baterías flotantes cuando atacaran. Sin embargo, a medida que se acercaban a la línea romana, el espigón se estrechaba, razón por la que Cato había elegido el lugar para trazar su línea defensiva para cubrir los desembarcos. El enemigo se vería obligado a cerrarse, lo que le haría sufrir más a manos de los lanzadores de proyectiles.

Un fuerte estruendo recorrió el terreno intermedio cuando varios cuernos de guerra celtas dieron la señal de avance y la primera línea, unos dos mil guerreros, según calculó Cato, avanzó. No hubo una carrera alocada, ni gritos salvajes, sólo un movimiento lento y amenazador hacia la línea romana. El comandante enemigo no era tonto, se dio cuenta Cato. Además, sabía cómo controlar a sus hombres y reservar sus fuerzas para la carga en la distancia final, de modo que el impacto tuviera el mayor efecto. Los propios hombres eran lo bastante disciplinados como para mantener la formación y guardar su inquietante silencio mientras se extinguían los últimos abucheos de los auxiliares.

Cuando los honderos y los arqueros llegaron al alcance de las baterías, las tripulaciones lanzaron disparos certeros, con escaso efecto. Cato sólo vio a un hombre abatido cerca de la orilla. El resto de los proyectiles salieron desviados. Los cuernos volvieron a sonar y las tropas de proyectiles iniciaron un trote constante, adelantándose a la línea de batalla principal hasta que se pusieron a tiro de los romanos y empezaron a lanzar sus proyectiles. Cato vio los oscuros ejes de las flechas trazando un arco en escorzo hacia la línea romana mientras los oficiales gritaban la orden de levantar los escudos. Un traqueteo de flechas golpeando, atravesando y rompiendo los escudos se extendió por toda la línea. Una flecha impactó en el suelo cerca de Cato, que levantó rápidamente su propio escudo.

Los honderos eran una perspectiva mucho más peligrosa. Los disparos de hierro, del tamaño de una nuez pequeña, viajaban en una trayectoria más baja y rápida y eran casi imposibles de ver. Era fácil saber cuándo impactaban en los escudos, ya que el impacto provocaba un sonido más fuerte y agudo. Cuando los romanos levantaron sus escudos en ángulo respecto a las flechas, expusieron sus piernas a la honda y, en pocos latidos, tres de los hombres de Cato fueron alcanzados, con sus miembros destrozados por el feroz impacto.

Se llevó una mano a la boca y gritó lo más alto que pudo por encima del estruendo de los misiles: "¡Al suelo! ¡Agachaos! ¡Abajo! ¡Ahora!

La orden se repitió a lo largo de la línea, y los auxiliares y marines se arrodillaron, apoyando la parte inferior del escudo en el suelo delante de ellos y echándolo hacia atrás mientras se protegían de la

andanada lo mejor que podían. Sin embargo, el daño no era unidireccional. Las baterías flotantes estaban haciendo mella en el enemigo, y el suelo estaba salpicado de cadáveres y heridos.

La primera oleada de guerreros empezó a avanzar y, tras unos últimos disparos, los arqueros y honderos retrocedieron. Cato esperó brevemente antes de levantarse y gritar: "¡En pie!".

Cuando los romanos se pusieron en pie, los cuernos volvieron a sonar y, al instante, un gran estruendo de gritos de guerra brotó de los guerreros enemigos de mientras cargaban hacia delante con las armas en alto. Cato echó un vistazo a sus filas y vio que no había signos de vacilación, como solía ocurrir con las tropas inexpertas. Los hombres de la Octava Iliria se mantuvieron firmes a la espera de unirse a la batalla.

"¡Avancen las lanzas! ordenó Galerio. Sólo un puñado de hombres no había podido recuperar las suyas del encuentro anterior, y alzaron sus espadas con las letales puntas en forma de lágrima extendidas hacia el enemigo.

Los guerreros se lanzaron a campo abierto, seguros de poder romper las líneas más delgadas de los flancos y luego acercarse para aplastar a los auxiliares que defendían el centro. El primero de ellos se lanzó hacia delante con un grito agónico. En un instante, varios más empalaron sus pies en las feroces puntas de púas de los calrops, casi invisibles en la hierba, y los gritos de guerra fueron ahogados por alaridos y aullidos de dolor. Toda la línea se tambaleó mientras los desconcertados guerreros intentaban comprender lo que estaba ocurriendo. Sólo los del centro continuaron sin obstáculos y cayeron sobre las lanzas y los escudos de la línea romana.

Como antes, las lanzas proporcionaron una ventaja temporal y causaron un número significativo de bajas antes de ser desechadas en favor de las espadas cortas mientras la lucha sombría e íntima del combate cuerpo a cuerpo se extendía a lo largo del centro de la línea. Por lo demás, el enemigo se abría paso cautelosamente a través de los cinturones de caltrop, alcanzando sólo a los auxiliares y a los infantes de marina por separado y en pequeños grupos, privados del ímpetu de su carga inicial.

Cuando Cato observó la lucha, vio que la línea romana se mantenía firme. Cuando los heridos se retiraban de las filas, nuevos hombres ocupaban su lugar. El enemigo no ganaba terreno y sufría pérdidas desproporcionadas gracias a las estocadas de las espadas cortas que salían del muro de escudos ovalados. Ambos bandos se apretaban contra los escudos, con los pies apoyados y haciendo fuerza contra sus oponentes. Era una prueba de fuerza agotadora , y no podía durar mucho tiempo. Poco a poco, los hombres de las tribus retrocedían y la línea romana avanzaba, centímetro a centímetro. Luego, los enemigos

fueron cediendo con más facilidad y, poco después, como por una decisión común, se apartaron, rompieron el contacto y caminaron, corrieron y cojearon de vuelta hacia la base de la lengua de tierra.

Como antes, algunos de los auxiliares más temerarios y excitados les persiguieron y tuvieron que ser retirados. Uno, en su afán, tropezó y cayó, y fue rápidamente despachado por su antigua presa antes de que ésta se retirara con sus camaradas. Los miembros de la tribu volvieron a caer víctimas de las baterías flotantes, y varios más fueron abatidos por los pesados proyectiles al pasar corriendo. Pronto el descampado quedó sembrado de muertos y moribundos, y el resto se retiró a la retaguardia de las dos líneas de nuevos guerreros.

Cato se abrió paso entre la cohorte mientras se formaba de nuevo la primera línea, y ofreció palabras de elogio y aliento.

"Buen trabajo, Centurión", dijo mientras se unía a Galerio junto al estandarte.

"Los chicos lo hicieron orgulloso, señor.

Así es". Cato sonrió brevemente antes de mirar hacia la posición enemiga, donde el líder conferenciaba con su séquito. Los honderos y los arqueros ya estaban avanzando, y poco después lo hizo la segunda línea.

Ya estamos otra vez", dijo Galerio.

Cato pensó un momento y luego decidió. Es hora de pasar las líneas, Centurión. Retira la primera línea y envíalos a los flancos. Los caltrops no serán una sorpresa esta vez, y necesitaremos más hombres en los flancos. Y asigna un grupo para llevar a nuestros heridos a la playa y cargarlos en los barcos'.

Sí, señor. Galerio asintió y se dirigió a gritar las órdenes.

Los hombres de la segunda línea abrieron filas para dejar retroceder a sus camaradas, luego se cerraron y avanzaron hasta la posición que había ocupado la primera línea, ahora demarcada por los cuerpos de los hombres caídos en combate, junto con sus armas y escudos. Algunos aprovecharon para saquear los cadáveres que tenían a sus pies antes de ser llamados al orden y se mantuvieron preparados, escudos y lanzas en tierra, frente al enemigo.

Una vez más, los honderos y los arqueros resistieron el bombardeo desde los flancos antes de acercarse lo suficiente como para devolver el golpe a los romanos. Cato y sus hombres se arrodillaron tras sus escudos cuando los disparos y las flechas impactaron contra ellos, chocando contra los escudos y desgarrando la carne expuesta. Afortunadamente, sólo un puñado de hombres había resultado herido cuando los cuernos de guerra ordovitas hicieron sonar la carga y los auxiliares se levantaron para recibirla.

Esta vez el enemigo se acercó con más cautela, escudriñando la hierba delante de ellos, agachándose para recoger los caltrops que

encontraban. Aún quedaba un puñado de bajas, y Cato vio cómo varios de ellos se levantaban agonizantes antes de dejarse caer al suelo para retirar los pinchos de hierro, cuyas púas hacían que la extracción fuera aún más dañina y dolorosa. Cuando estuvieron lo bastante cerca de los romanos, les arrojaron los caltropos; algunos atravesaron y se clavaron en los escudos de los auxiliares, mientras que otros cayeron a sus pies y fueron recogidos por los hombres de Cato antes de que se cerrara la brecha. Uno de los infantes no tuvo tanta suerte y fue víctima del arma de su propio bando al clavarse el pie con un calitre lanzado contra los romanos. Tuvo que arrastrarse hasta la retaguardia, ya que el hierro le había atravesado la bota.

El salvaje repiqueteo de las armas blancas sobre los escudos y el tintineo de la espada sobre la hoja y el casco llenaron el aire una vez más, junto con los gruñidos y gritos de los hombres enzarzados en combate, luchando por hacer retroceder a su enemigo. Cato pudo ver cómo los marines de de la izquierda empezaban a ceder terreno, y corrió hacia la centuria más cercana de la Décima gala y les ordenó que le siguieran. Cuando llegaron a la posición, el primero de los enemigos rompió la línea de marines: un gran guerrero de pelo oscuro y anchos hombros. Iba desnudo hasta la cintura y tenía el pecho cubierto de remolinos de tatuajes. Llevaba dos hachas ensangrentadas y, cuando sus ojos se fijaron en Cato, lanzó un grito de guerra y corrió hacia él.

Cato se volvió hacia el ordovícico, colocando los pies en ángulo recto e inclinándose ligeramente hacia delante tras el escudo mientras desenvainaba la espada y la mantenía nivelada, listo para atacar. El guerrero blandió el brazo izquierdo mientras el derecho retrocedía para cortar el costado expuesto de Cato en el momento en que éste intentara bloquear la finta con su escudo. En lugar de eso, Cato levantó la espada y atrapó el hacha que descendía cerca de la empuñadura. Saltaron chispas y el impacto de metal contra metal resonó en sus oídos. Luego, levantando el escudo, se apoyó en él. El hacha derecha del guerrero sólo había recorrido una corta distancia y fue fácilmente desviada, y la punta redonda de hierro alcanzó al hombre en la barbilla, rompiéndole la mandíbula y aplastándole la nariz antes de que cayera hacia atrás sin sentido. El más cercano de los auxiliares de la Décima había corrido hacia delante para ayudar a Cato, y ahora hundió su lanza en el pecho del guerrero y clavó la hoja. La retorció de lado a lado antes de presionar con la bota junto a la herida y arrancar el arma mientras el cuerpo del guerrero se hundía y se desangraba.

Mantened la línea". gritó Cato a los marines, y ordenó a los auxiliares que se lanzaran al combate. Empujó su escudo contra la espalda de un marine para ayudar a estabilizarlo mientras presionaba

a su vez al enemigo, clavando su espada corta sobre el borde de su escudo en los rostros de los ordovicios que tenía delante. Un guerrero cayó de rodillas, cegado por una estocada en los ojos, y fue golpeado contra el suelo mientras la línea reforzada se abría paso de nuevo, ganando el terreno que había cedido.

El enemigo retrocedía sin cesar. De repente, retrocedieron y se volvieron hacia el asentamiento, donde los observaban su comandante y su última formación de guerreros. Los auxiliares y los marines los observaban retirarse, con el pecho agitado por el esfuerzo y la sangre goteando de los rasguños y las heridas leves. Cato envainó su espada y volvió al centro de la línea. Esta vez las bajas romanas habían sido más numerosas, esparcidas entre los miembros caídos de las tribus.

Un marine llegó corriendo desde la dirección de la playa y se detuvo a saludar delante de él. 'Mensaje del trierarca, señor'.

Cato puso el escudo en el suelo y respiró hondo, relamiéndose los labios secos mientras se preguntaba qué quería el comandante de la escuadra naval. ¿Qué pasa?

El mar está subiendo, señor. No cree que sea posible transferir la última cohorte con seguridad. Incluso si llega.

Cato sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué ha pasado?

Es el viento, señor. Está cambiando al oeste. Será malo para los cargueros que intentan salir de la bahía'.

Cerró los ojos y se frotó la estrecha franja de la frente bajo el borde del casco. La última de las cohortes auxiliares en ser cargada era, afortunadamente, una de las unidades de infantería más pequeñas. Sin ellos, dispondría de poco más de tres mil hombres con los que realizar su ataque de flanco en el estrecho. Menos de tres mil seguramente, dadas las bajas que había sufrido hasta el momento. Si ordenaba a la escuadra naval que varase sus barcos y dejase atrás sólo a las tripulaciones esqueléticas, podría reunir un par de cientos más. Que así fuera. Abrió los ojos y se enderezó mientras se dirigía al marine.

Dile al trierarca que si la última cohorte no puede desembarcar, yo seguiré adelante con el resto de los hombres, así como con todos los infantes de marina y marineros de los que pueda prescindir una vez que llegue a la playa con sus barcos. Dile que envíe un barco a Suetonio para explicarle la situación y hacerle saber que estaremos allí para desempeñar nuestro papel cuando el gobernador ataque. Por mi honor.

CAPÍTULO 25

Una vez que desembarcaron los últimos auxiliares e infantes de marina, los marineros que pudieron salvarse fueron armados con armas y armaduras tomadas de los muertos y heridos, tanto romanos como ordovitas, antes de ser formados en una unidad bajo el mando de uno de los optios auxiliares. Cato decidió utilizarlos como reserva de último recurso, ya que tenían poco entrenamiento formal con armas, y ninguno como parte de una formación armada. Si tenían que luchar, lo más probable era que fueran tan frágiles como el primer cuerpo de tribus que se enfrentara a la fuerza de Cato. Aun así, pensó, añadirían unos doscientos hombres a su fuerza, y en ausencia de la cohorte auxiliar a bordo de los cargueros atrapados en la bahía, necesitaba todos los hombres que pudiera encontrar. Se le había ocurrido enviar a los birremes en busca de la última cohorte, pero no podrían regresar a vela y, si los esperaba, nunca llegaría a tiempo al estrecho.

Con sus cuatro cohortes, marines y marineros formados, dio la orden de avanzar por la brecha entre los caltrops, y con la Décima cohorte gala a la cabeza, la columna marchó hacia la base de la lengua de tierra. La fuerza enemiga enviada para desalojarlos ya se había retirado por donde había venido, y los últimos habitantes del asentamiento podían verse huyendo a través de la ondulada campiña más allá de . A Cato le había sorprendido que la columna enemiga hubiera retrocedido, y supuso que estaban tan conmocionados por sus pérdidas que su comandante no había podido convencerles de que realizaran una tercera carga. Era posible que intentara algunas acciones dilatorias para ganar tiempo mientras se enviaban refuerzos en su ayuda. Es posible que aún no haya sido informado del bombardeo preliminar de las defensas del estrecho antes de que comience el asalto con la marea alta. Sin embargo, una vez que lo estuviera, comprendería lo vital que era detener a la fuerza de Cato antes de que pudiera intervenir.

Aún no era mediodía cuando llegaron al asentamiento y tomaron el camino que bordeaba la costa a través del bosque. Cato era plenamente consciente de que se había retrasado y de que sus hombres debían marchar ocho kilómetros en las próximas dos horas. Eso habría sido fácil en circunstancias normales, pero sospechaba que su adversario tendería emboscadas y bloquearía a las fuerzas que se le adelantaran. Era lo que él haría si sus posiciones se invirtieran. Cuando se adentraron en el bosque, separó la centuria de vanguardia del Décimo Galo y la condujo al trote un cuarto de milla por delante

para explorar el camino. Pasaron junto a algunos enemigos heridos de muerte, que habían quedado a un lado del camino, y los auxiliares los remataron con rápidas estocadas de lanza a su paso.

La pista seguía la línea de la costa durante la primera milla antes de llegar a una bifurcación. Ambas direcciones estaban claramente bien transitadas, por lo que era imposible saber por cuál se había acercado el enemigo que les había atacado. Cato detuvo brevemente a sus hombres. El camino de la izquierda ascendía ligeramente alejándose de la costa y adentrándose en el bosque. No parecía dirigirse directamente hacia el estrecho. Por otra parte, no había garantía de que el otro camino fuera la ruta más rápida si seguía el contorno de la costa. Pensó en las opciones del comandante del contrario. Seguramente habría elegido la ruta más directa y escogido un lugar para bloquear a los romanos donde tuvieran que atacarle en un frente estrecho. Sabría que desconocían el terreno y que lo más obvio sería seguir la ruta costera, donde podrían estar más seguros de su posición con el mar a su derecha. Si decidían hacerlo, le resultaría fácil detener su avance.

Por tanto, la decisión que debía tomar Cato estaba clara. El tiempo era el factor clave, y no podía permitirse retrasarse durante horas luchando a lo largo de la costa. Envió a un hombre de vuelta a Galerio con órdenes de tomar la bifurcación de la izquierda, y luego condujo a la fuerza de exploración por la ligera pendiente, con la esperanza de ir en la dirección correcta.

El camino era lo bastante ancho como para que marcharan tres hombres a la vez, y la centuria avanzó a buen ritmo a medida que alcanzaba terreno llano y empezaba a serpentear a través de zonas más densas de bosque y pendientes suaves. Tres millas más allá del asentamiento, entró en un claro en la cresta de una loma baja y, a lo lejos, por encima de la línea de árboles, Cato pudo ver pequeñas motas brillantes que se arqueaban en el aire arrastrando finas estelas de humo, y sintió un gran alivio al ver la descarga incendiaria que Suetonio había dispuesto para preceder al asalto. También había columnas de humo en ángulo, prueba de los daños causados por el bombardeo. Ahora estaba claro que la pista llevaría a Cato y a sus hombres más o menos donde tenían que estar.

"Ya falta poco, muchachos", gritó.

"¡Señor, mire! El centurión que estaba a su lado extendió el brazo y señaló hacia la arboleda. Cato vio movimiento en las sombras, entre las ramas bajas de los pinos, a no más de cien pasos de distancia, y luego aparecieron unas figuras que alzaban sus arcos y aceleraban las hondas.

¡Levanten los escudos! ¡Acérquense!

Sus hombres apenas tuvieron tiempo de obedecer la orden antes de

que la primera andanada surcara el aire y golpeara sus escudos. El comandante enemigo había sido lo bastante astuto como para preparar esta segunda emboscada en caso de que los romanos desafiaran sus expectativas, se dio cuenta Cato.

Se oyó un fuerte grito ahogado cerca de él, y al volver la vista vio al portaestandarte que caía de rodillas. Tenía la mandíbula destrozada. La sangre llenaba la ruina de su boca y se agarraba la garganta, desesperado por respirar. El centurión le arrebató el estandarte de sus temblorosas manos y lo mantuvo firme mientras el portador se desplomaba en el suelo.

El enemigo mantuvo un bombardeo incesante, pero sólo causó un puñado de bajas, ya que los auxiliares se refugiaron tras sus escudos. La velocidad a la que los misiles alcanzaban a la formación disminuyó, y Cato supuso que los miembros de la tribu habían gastado la mayor parte de su munición en los primeros ataques cerca de la playa de desembarco. Esperó a estar seguro, respiró hondo y gritó por encima del hombro: "¡En pie! ¡Formen tortuga!

Los hombres se levantaron y se oyó un ruido sordo cuando los escudos se cerraron y los que estaban en el interior de la formación levantaron los suyos. Las puntas de las lanzas de las unidades se erizaron a lo largo y por encima de los escudos, de modo que la tortuga parecía más bien un puercoespín. En cuanto cesó el ruido, Cato dio la orden de avanzar y dio la hora mientras la centuria subía penosamente por la pendiente hacia los arqueros y honderos, que estaban gastando sus últimas municiones en un blanco imposible de fallar a tan corta distancia. Dentro del muro de escudos podía oír la respiración agitada de los hombres que lo rodeaban y las plegarias murmuradas de algunos de ellos, que pedían a los dioses que los protegieran.

Una mirada por encima del escudo que tenía delante le reveló que estaban a menos de quince pasos de los árboles. Estaba preparándose para dar la siguiente orden cuando una punta de flecha atravesó el escudo justo debajo de su antebrazo y unas astillas perforaron la parte inferior. Sintió un dolor agudo, pero no tuvo tiempo de registrar ninguna otra reacción cuando gritó: "¡A la orden, romped filas y a la carga! ¡Ahora!

La formación estalló cuando los auxiliares cargaron contra la delgada línea enemiga. La mayoría de los ordovitas se dieron la vuelta y corrieron a refugiarse entre los árboles. Algunos intentaron un último disparo. Justo delante de Cato, un arquero tensó una flecha y levantó el arco cuando Cato se abalanzó sobre él. Soltó la cuerda casi al mismo tiempo que el escudo de Cato golpeaba su mano y la flecha se dobló y partió. Cato le clavó un puñal en medio vientre, retorció la hoja en ambos sentidos y se lo arrancó. El arquero dejó caer su arco y

se encorvó, y Cato lo golpeó contra el suelo con su escudo antes de buscar a su siguiente oponente.

Un puñado de enemigos que se había quedado para soltar un último disparo había pagado el precio y había sido abatido; el resto huía ladera arriba entre los árboles mientras los auxiliares les perseguían. Algunos quedaron atrapados entre la maleza y fueron alanceados antes de que pudieran liberarse, pero la mayoría escapó ilesa. El camino fue más difícil para los auxiliares, que abandonaron rápidamente la persecución y retrocedieron hasta la arboleda, formando junto a Cato y el estandarte.

El resto de la columna acababa de llegar al claro, y Cato se volvió hacia el centurión. Mantén esta posición hasta que todos hayan pasado, por si el enemigo vuelve. Luego recoged a los heridos y formad en la retaguardia'.

Sí, señor.

Cato trotó hasta la cabeza de la columna y ocupó su lugar junto a Galerio.

¿Algún problema, señor? Galerio señaló con la cabeza a los auxiliares reunidos en torno al estandarte junto a la arboleda.

Sólo nuestros amigos gastando sus últimas municiones. Si Fortuna es amable, será lo último que veamos de ellos antes de llegar al estrecho'.

¿Y el resto de los que nos enfrentamos?

'A menos que me equivoque, todavía nos están esperando a lo largo del camino costero.'

Galerius rió entre dientes. Me encantaría ver la cara que ponen cuando se den cuenta de que les hemos esquivado".

Muy divertido, estoy seguro. Esperemos que el sestercio no caiga demasiado pronto y no vengan a por nosotros antes de llegar al estrecho'.

"Oh... Galerius se detuvo brevemente al ver el lejano despliegue de los incendiarios que bombardeaban las defensas ordovícicas. "No me gustaría ser el pobre diablo al final de ese lote".

"Bastante", estuvo de acuerdo Cato. "Siempre y cuando los distraiga lo suficiente para que podamos hacer nuestro trabajo.

La columna abandonó el claro y marchó a través del bosque durante otra milla antes de que el camino saliera a campo abierto. Había granjas a ambos lados y corrales de piedra que delimitaban los pastos. Algunas de las granjas aún estaban habitadas y los animales pastaban en la hierba fresca de primavera. En cuanto avistaron a los romanos, se oyeron gritos de alarma y los campesinos ordovícicos cogieron a sus familias y huyeron de los invasores. No hubo tiempo para el pillaje y la columna pasó de largo sin intentar saquear las cabañas ni apoderarse del ganado.

Más adelante, podían oír los débiles gritos de los hombres y el ocasional estruendo de un disparo de catapulta contra la empalizada enemiga. Cato sintió que se le aceleraba el pulso ante la perspectiva de la acción decisiva del día, aunque al mismo tiempo le preocupaba dónde les llevaría el camino en relación con las defensas y disposiciones del enemigo. Si se encontraban demasiado al norte, podrían toparse con una fuerza ordovídea que se mantenía en reserva. Debía atacar su flanco si quería lograr el pleno impacto de la sorpresa y la superioridad local en fuerza. Un ataque rápido allí, impulsado con determinación y energía, destrozaría el flanco enemigo y lo haría rodar. Atrapados entre eso y el asalto frontal, era probable que la moral de los guerreros ordovicios y sus aliados se desmoronara.

Pasaban junto a otra granja cuando oyó un relincho y un resoplido. Tiró de Galerio hacia un lado. A una milla de distancia, en dirección al estrecho, había una cresta baja. La señaló.

Que sigan. Diríjanse al fondo de la cresta y deténganse allí si no vuelvo a ustedes primero'.

¿Señor?

Haz lo que te digo. Ya verás'.

Cato le dio una palmada en la espalda y se dio la vuelta para rodear el grupo de cabañas, encontrándose cara a cara con un joven a punto de montar en un poni. Ya tenía las riendas en una mano y estaba a punto de subirse a la silla de piel de oveja. Ambos se quedaron paralizados por la sorpresa y Cato se abalanzó sobre ellos.

No, no lo harás", gruñó, agarrando el talón del joven y tirándolo salvajemente para que cayera al suelo. Mientras tomaba las riendas y calmaba al caballo, el joven se puso en pie con los puños cerrados. Cato se volvió hacia él, apoyando la mano libre en el pomo de la espada. Si sabes lo que te conviene, vete a la mierda, mi joven amigo".

El muchacho vaciló, y Cato agarró la empuñadura de la espada y empezó a desenvainarla. El joven perdió todo el coraje que le quedaba y echó a correr, saltando la valla de una pocilga en su huida.

Cato montó en el poni y le dio una palmadita tranquilizadora en el cuello antes de incitarlo a caminar. Al principio estaba inquieto con un jinete desconocido a sus lomos, pero pronto cogió el ritmo. Lo empujó al galope mientras pasaba junto a la columna, intercambiando una inclinación de cabeza con el sorprendido Galerius, y luego lo condujo a la pista y se dirigió a la cresta. A poca distancia del pie de la ladera, miró hacia arriba y vio que ya no había rastro de los incendiarios, ni sonido alguno de las rocas lanzadas contra las defensas enemigas por las catapultas de Suetonio. Oyó el lejano sonido de las trompetas romanas y sintió que las tripas se le retorcían de ansiedad al darse cuenta de que el ataque principal estaba comenzando y él y sus hombres no habían alcanzado la posición desde

la que se suponía que iba a lanzar su ataque de flanco.

Había un bosquecillo de tejos a un lado de la pista, bajo la cresta, y forzó a su montura a galopar mientras se dirigía hacia ellos. Desmontó, deslizó las riendas por el extremo de una rama rota y corrió a pie hasta la cima, desabrochándose las correas del casco y quitándoselo a medida que avanzaba. La cresta del yelmo de un oficial estaba diseñada para sobresalir, de modo que pudiera ser vista y seguida por los soldados romanos. También era igual de evidente para cualquier enemigo, y Cato sabía que no podía permitirse llamar la atención sobre sí mismo. Los mechones de hierba que tenía delante se agitaron con la brisa cuando redujo la marcha y agachó el cuello. Podía oír el rugido sordo de los vítores, como el sonido de la multitud en el Circo Máximo de Roma cuando se oía desde el otro extremo de la ciudad. Y entonces el campo de batalla se reveló ante él.

Se encontraba a la derecha de las fortificaciones enemigas, que estaban a más de media milla de distancia. Un enorme campamento se interponía entre él y las defensas que daban al estrecho. Más cerca de la muralla había algunas chozas en llamas y montones de troncos donde los incendiarios habían provocado incendios. Grupos de guerreros permanecían a poca distancia más atrás, fuera de alcance, listos para ser llamados para reforzar a sus camaradas de que se enfrentaban a los romanos. Miles de ordovitas más subían los escalones de madera y se extendían por la pasarela ahora que había cesado la descarga de artillería. Algunos llevaban fascinas para rellenar los huecos de la empalizada destrozados por las catapultas y los lanzaproyectiles. Otros llevaban cestas presumiblemente llenas de flechas, hondas y piedras.

Más allá de las defensas, podía ver la mayor parte del estrecho que dividía Mona de tierra firme y, en la orilla más alejada, a los legionarios romanos abordando las pequeñas embarcaciones que los llevarían a través del agua para desembarcar en el lado enemigo. Incluso pudo distinguir el grupo de figuras con capas escarlatas que debían de ser Suetonio y su séquito. A su derecha, las defensas se extendían al pie de una colina cubierta de tocones de árboles talados para abastecer de madera las fortificaciones. Cerca de la cima, los árboles seguían creciendo, y la zona boscosa se extendía alrededor del sur de la isla. Desde su posición, se dio cuenta de que también podía ver los cargueros vacíos que regresaban a la bahía donde habían empezado el día. Parecía imposible que hubieran pasado tantas cosas en el poco tiempo transcurrido desde entonces.

Su mirada volvió a la colina boscosa. Un sendero surgía entre los árboles de la base de la colina y el extremo más alejado de la cresta en la que se encontraba. El punto en el que abandonaba el bosque estaba a no más de doscientos pasos de donde terminaban las fortificaciones,

junto a un saliente rocoso que dominaba la orilla. Un punto perfecto desde el que sus hombres podrían desbordarse y caer sobre el flanco de los ordovícicos. Sonrió brevemente con satisfacción, antes de calcular la distancia que tendrían que recorrer sus hombres. Al menos una milla hasta la cresta, y otra a lo largo de la parte inferior y en el bosque antes de que el camino desembocara en terreno abierto. Echó un último vistazo al campamento enemigo y a sus defensas, luego se dio la vuelta y bajó a toda prisa hacia los árboles donde estaba atado el poni.

Una vez que la columna había sido dirigida a través de las tierras de cultivo abiertas hacia el bosque en el otro extremo de la cresta, Cato informó a sus comandantes de cohorte.

'El asalto principal ya está en marcha. El primero de los legionarios son a través de y van a estar en el abierto a la espera de la próxima ola. Suetonius comenzará su ataque antes de que podamos hacer el nuestro. No hay nada que podamos hacer al respecto. Ahora depende de nosotros tratar de recuperar el tiempo perdido, así que aceleraremos el paso tan pronto como regresen a sus comandos. Una vez estemos en posición, daré a los hombres un breve descanso antes de que el Décimo Galo dirija la carga. Quiero que entren como demonios. Sus hombres deben moverse rápido y hacer tanto ruido como puedan. Debemos lanzarnos sobre el enemigo. No se detengan por nada. Mantengan a los hombres en movimiento. Empujen hacia adelante. La prioridad es la muralla y la empalizada, para que los legionarios puedan escalarla y terminar el trabajo". Miró a su alrededor. ¿Alguna pregunta? ¿Alguna pregunta? Entonces que la suerte os acompañe, y que obtengamos una gloriosa victoria. Por el emperador y Roma".

Por el emperador y por Roma", corearon los oficiales antes de dispersarse entre sus compañeros.

Cato volvió a montar en el poni y trotó hasta la parte delantera de la columna, donde se bajó y dio al animal una palmada de agradecimiento. "Ahora ve a buscar a tu amo".

Thrasyllus se acercó trotando y se colocó a su lado. Desabrochando el broche de su capa, Cato la echó a un lado para aligerar su carga, y luego asintió. Es hora de aumentar el ritmo'.

El comandante de la Décima Gala respiró hondo y gritó por encima del hombro: "A paso ligero...". ¡Avancen!

El frente de la columna echó a correr suavemente, y el golpeteo de las botas y el repiqueteo de los equipos sueltos aumentaron de volumen a medida que cada formación aumentaba la velocidad. Cato agradeció que no fuera una época más seca del año, ya que el polvo levantado habría delatado su posición, además de envolver a los hombres en un manto asfixiante. Había sido un día agotador para los

que estaban bajo su mando. Muchos de ellos ya habían entrado en acción antes de la marcha forzada, y ahora tenían que soportar un rápido avance táctico cargados de equipo y armas. Y aún quedaba una batalla por librar al final. Hasta el momento, durante la campaña, la Octava Iliria había demostrado que merecía la reputación que Suetonio reclamaba para ella, y hoy era su prueba suprema. Cato estaba orgulloso de ellos a regañadientes. Había servido en muchas unidades excelentes, y en algunas cuestionables, y la Octava era una de las mejores. Se preguntó qué habría pensado Macro de ellos, y esbozó una sonrisa irónica al pensar en su amigo echando humo de frustración desde la seguridad de su hogar en Camulodunum cuando él prefería estar aquí, en el meollo de la batalla.

Sintió que su ritmo había decaído y se obligó a acelerar. Respiró profundamente a un ritmo constante mientras sus miembros empezaban a quejarse del esfuerzo que estaba realizando. El cansancio empezó a convertirse en una sensación de quemazón en las pantorrillas y los pies. Continuar era un acto de voluntad; no quería avergonzarse revelando que estaba cansado delante de sus hombres. Respiró con dificultad y puso marcas intermedias a lo largo del camino para seguir avanzando mientras se quitaba el sudor de los ojos.

Cuando llegaron a los árboles, se sintió aliviado al comprobar que el suelo del bosque estaba libre de vegetación. Aun así, se vio obligado a aminorar la marcha mientras serpenteaban entre los árboles en dirección a la pista. La encontraron después de menos de media milla, y giraron hacia el estrecho. Más adelante podía ver el desnivel entre el final de la cresta y la colina donde comenzaba la línea fortificada del enemigo. Quedaba media milla más, calculó , y redujo el paso a una marcha normal, consciente de los jadeos y la pesada respiración de los hombres que tenía inmediatamente detrás. El duro entrenamiento les había puesto en forma, y recuperaban el aliento rápidamente a medida que avanzaban por la pista, que era lo bastante ancha como para que cuatro hombres marcharan a la vez. Las laderas empezaban a cerrarse a ambos lados, y él sabía que la columna cargaría de inmediato. Por los sonidos de la batalla que les llegaban a través del bosque, supo que el ataque principal ya estaba en marcha.

La columna dobló una esquina y los árboles se abrieron para revelar el campamento enemigo.

'Sabes lo que debes hacer, Thrasyllus. Buena suerte, y te veré después de la batalla'.

Sí, señor. Después de la batalla entonces'. El prefecto de la Décima Galia desenvainó su espada y condujo a sus hombres a campo abierto.

Cato se retiró a la derecha para esperar a que subiera su propia cohorte, trepando una corta distancia entre los tocones de los árboles

para observar. Tal era el estruendo de la batalla a lo largo de las fortificaciones, y la ávida atención de los defensores dirigida a la lucha, que Thrasyllus y el primero de sus hombres habían avanzado cincuenta pasos hacia el final de la muralla antes de ser vistos por algunos de los guerreros enemigos en el campamento. Se quedaron paralizados durante unos instantes vitales al ver a los auxiliares avanzando hacia ellos, y entonces se rompió el hechizo cuando gritaron y dieron la alarma. Inmediatamente, Thrasyllus dio la orden de cargar, y sus hombres echaron a correr a toda velocidad con un rugido desgarrado de gritos de guerra. Los condujo directamente a la parte trasera de la muralla y subió por la pendiente de tierra que se fundía con el final de las defensas enemigas antes de girar a la izquierda por la pasarela y dirigir la carga hacia el grupo de guerreros más cercano.

Bajo su posición, Cato vio emerger a los últimos hombres de la Décima, y corrió hacia abajo para colocarse a la cabeza de la Octava mientras salían a campo abierto. Galerio le sonrió.

Me preocupaba que perdiera la cabeza y se uniera a la Décima, señor.

"Eso sería de mala educación, Centurión. Cato desenvainó su espada y la levantó en alto. "¡Sobre mí, muchachos!

Rompió a correr suavemente, dirigiéndose hacia la formación de reservas enemigas más cercana, a poca distancia más allá del punto donde Thrasyllus y sus hombres se abrían paso ferozmente a lo largo de la muralla. La Octava tendría que enfrentarse al enemigo en un frente más amplio, y era vital que preservaran la integridad de cada centuria si Cato quería mantener el control sobre su sección del campo de batalla. Por el momento, el enemigo seguía conmocionado por lo repentino del ataque. Había llegado desde una dirección que debían de pensar que habían cubierto al enviar la fuerza para enfrentarse y contener a los romanos más allá de la costa.

Cuando estuvo cerca del pie de la muralla, detuvo a la cohorte y les ordenó formar una línea de cuatro filas de profundidad que se extendía desde las fortificaciones. La cohorte siguiente formó una línea similar, en escalón detrás de la Octava. Entonces Galerio gritó: "Dejad que os oiga, muchachos, lo bastante alto como para que Suetonio lo oiga en persona. ¡Por Roma!

Los hombres lanzaron el grito y se dirigieron hacia la formación ordovícica más cercana, que se apresuró a formar una línea para hacerles frente. Más allá, Cato podía ver a los hombres a caballo gritando órdenes mientras intentaban reorganizar sus fuerzas para hacer frente al nuevo peligro. También pudo ver que muchos de los que estaban en la muralla miraban hacia el flanco antes de que sus líderes los empujaran de vuelta a la empalizada para mantener a raya

a los legionarios. Los defensores estaban utilizando todo tipo de proyectiles contra los hombres que tenían debajo, en la orilla. Flechas, jabalinas, hondas y piedras llovían sobre la fuerza de Suetonio mientras se abrían paso hasta el foso al amparo de sus escudos y luego intentaban escalar la muralla y la empalizada.

Cato corrió hacia delante con sus hombres, haciéndose eco del grito que Galerio lanzaba una y otra vez. Las figuras dispersas de los seguidores del campamento huían de su camino, pasando y atravesando la línea contraria y desorganizándola mientras lo hacían. Uno de sus hombres derribó una olla y su contenido salpicó las llamas, por lo que Cato tuvo tiempo de esquivarla.

Los auxiliares chocaron contra los guerreros enemigos con sus pesados escudos, las puntas de sus lanzas salían disparadas para atravesar cuerpos o eran rechazadas salvajemente mientras los dos bandos se convertían en una masa agitada de cascos, crestas, espadas, lanzas, espadas y hachas, entre salpicaduras de carmesí y una cacofonía de armas chocando y golpeando contra escudos y miembros. Cato se mantuvo cerca del estandarte de la cohorte, a la derecha de la línea, para que se conociera su posición en caso de que se le necesitara. Galerio iba delante de él, alentando a sus hombres mientras avanzaba con su escudo y apuñalaba a cualquier guerrero enemigo que se le pusiera por delante.

¡Matadlos, chicos! ¡Matadlos a todos!

Los hombres de la Primera Centuria respondieron al ronco grito de su centurión con una oleada que hizo retroceder al enemigo ante ellos, sembrando el suelo de cadáveres de ordovicios y auxiliares a su paso. La frenética agresividad de la Octava quebró rápidamente la voluntad de sus enemigos, y la mayoría retrocedió y luego corrió hacia el siguiente cuerpo de guerreros que esperaba para enfrentarse a los auxiliares. Sus líderes y un puñado de figuras vestidas con túnicas oscuras exhortaban a sus hombres a luchar mientras blandían sus armas y lanzaban maldiciones e insultos a los romanos.

Algunos de los auxiliares se habían detenido para aplaudir la aplastante derrota de la primera banda enemiga, y Cato les gritó enfadado: "¡No os detengáis! Seguid adelante".

Las centurias de la Octava se habían fundido en una sola línea irregular, pero no era el momento de volver a formarse y cargar de nuevo. La victoria dependía de mantener el impulso del ataque el mayor tiempo posible antes de que se agotara. Cato se volvió hacia el portaestandarte. Quédate cerca de mí, y mantén el estandarte alto donde los hombres puedan verlo'.

Corrió hacia delante a través de sus hombres y éstos se lanzaron tras él, deteniéndose sólo para matar a los enemigos que habían sido heridos. Algunos ordovicios se volvieron para luchar, y una batalla

campal se extendió por el campamento enemigo cuando la masa entremezclada se acercó a la segunda línea enemiga. Tal y como había previsto Cato, los guerreros que habían huido y que habían sido los primeros en enfrentarse a los auxiliares se habían lanzado imprudentemente entre sus camaradas, y no había ni rastro de formación. Consciente de la necesidad de no poner en peligro el estandarte, ralentizó el paso y permitió que sus hombres fluyeran junto a él y se lanzaran sobre sus oponentes, gritando como locos mientras clavaban sus lanzas y espadas en los ordovicios.

Esta vez, a pesar de la desorganización de sus filas, el enemigo se mantuvo más firme. El momento de conmoción por la velocidad del ataque por el flanco había pasado, y ahora estaban decididos a detener a los auxiliares y obligarlos a retroceder antes de que los legionarios pudieran intervenir decisivamente. Al igual que antes, no había una línea de batalla coherente en ninguno de los bandos, sino una masa de individuos que se batían en duelo y grupos de hombres que se mantenían unidos en apretados nudos. Cato se subió a un pequeño carro, desde donde pudo ver que el ímpetu de la carga de la Octava estaba fallando, y un momento después estaba claro que el avance se había estancado. Además, muchos de sus hombres estaban cayendo al verse obligados a retroceder.

A su izquierda, la siguiente cohorte auxiliar se incorporaba a la batalla. La centuria más cercana golpeó el flanco enemigo, y la siguiente comenzó a envolverlo y a hacer retroceder a los ordovicios. Las filas enemigas se compactaron al verse presionadas desde dos flancos por los hombres de Cato. Cuando todo el peso de la nueva cohorte se hizo sentir, la moral del enemigo se desmoronó y pronto intentaron romper el contacto y retroceder. Por muy cansada que estuviera la Octava, su sed de sangre aún no se había saciado, y siguieron avanzando con impaciencia al sentir que los nervios de su enemigo flaqueaban. Ahora era el momento crítico, comprendió Cato, y saltó del carro y se apresuró a avanzar con el estandarte a su lado, abriéndose paso cerca de donde la lucha era más encarnizada. Tal y como había esperado, la visión del estandarte y la cresta del casco de su comandante animaron a los hombres a redoblar sus esfuerzos.

A poca distancia, vio a un grupo de guerreros enemigos reunidos en torno a uno de sus estandartes, y levantó su espada en ángulo hacia ellos.

¡Ahí, muchachos! ¡Toma eso y están acabados!

Se abrió paso a través de la melé, bloqueando un golpe de hacha con su escudo antes de clavarlo en el hombro del guerrero y derribarlo al suelo. Sus hombres más cercanos se acercaron al círculo de guerreros que defendían su estandarte, y los ordovícicos se prepararon para luchar, con los escudos unidos mientras blandían sus espadas y

hachas contra los auxiliares que los rodeaban.

Hubo un repentino remolino de cuerpos que arrastró a Cato y al estandarte hacia delante, y se encontró cara a cara con uno de los guerreros, un hombre bajo con trenzas oscuras colgando a ambos lados de una poblada barba. Sostenía su escudo de barrilete con la espada larga apoyada en la guarnición, con la punta apuntando a la cara de Cato. Sus miradas se cruzaron durante un instante, antes de que Cato interviniera, levantando su propio escudo para cubrirse la cara cuando la punta de la espada del hombre se clavó en la superficie. Inmediatamente inclinó el escudo para apartar la punta y siguió avanzando, lo bastante cerca como para usar su espada más corta, pero el cuerpo de su enemigo estaba bien cubierto y no dejaba al descubierto ningún objetivo. empujó su escudo contra el de su oponente, presionando el hombro contra el interior del escudo y apoyando los pies en el suelo agitado. Por un momento ninguno de los dos hombres cedió, y entonces los clavos de hierro de las suelas de las botas de Cato se impusieron al cuero liso de las del guerrero, y el ordovícico empezó a perder pie. Con un último y supremo esfuerzo, Cato volvió a empujar hacia delante, y su oponente retrocedió tambaleándose y cayó en la base del estandarte que él y sus compañeros defendían. Cato estuvo a punto de caer con él, pero consiguió mantenerse en pie mientras clavaba su espada en la garganta del hombre.

Cuando sacó el arma, se dio cuenta, horrorizado, de que él y el portaestandarte de la Octava estaban ahora dentro del círculo de guerreros enemigos, y que la brecha por la que se habían zambullido se había cerrado.

Oh, joder.

Se agachó junto al portaestandarte e intercambió una mirada con el guerrero que sostenía el estandarte enemigo, y ninguno de los dos pudo evitar una rápida sonrisa ante el inesperado giro de los acontecimientos. Entonces el hechizo se rompió cuando el portaestandarte enemigo blandió su espada. Cato consiguió bloquear el golpe, pero el impacto le entumeció, y sintió que su brazo se debilitaba y no respondía mientras se agitaba contra el hombre.

Cuando el ordovícico dio un paso hacia él, Cato fue empujado contra la espalda de un gran guerrero que mantenía alejados a los auxiliares con un hacha de mango largo. El gigante gruñó furioso y miró por encima del hombro. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a los dos romanos, se giró y agarró su estandarte. El portaestandarte se aferró a él, balanceando la parte inferior del asta entre las piernas del guerrero con toda la fuerza que pudo. El gigante soltó un grito de agonía y luego bramó como un toro mientras soltaba el hacha y se lanzaba contra el romano, rodeándole el cuello con las manos.

De repente, Cato se vio empujado hacia un lado y Galerio cargó contra él a través del hueco que el gigantesco guerrero había dejado en el anillo ordovícico. El centurión asestó un hachazo a la muñeca del portaestandarte enemigo, cortándosela de tal modo que su mano cayó al suelo, aún aferrada a la empuñadura de su espada. El hombre se apretó el muñón sangrante contra el pecho, presionando el asta del estandarte ordovícico contra su hombro mientras azotaba con el puño que le quedaba, golpeando el escudo del centurión y gritando incoherencias. Resoplando con desprecio, Galerius lo dejó frío con un golpe del pomo de su espada y luego atrapó el asta del estandarte enemigo bajo su bota.

Mientras más auxiliares presionaban a su alrededor, rompiendo lo que quedaba del anillo enemigo, Cato golpeó con el borde inferior de su escudo la cabeza del enfurecido guerrero que aún intentaba estrangular al portaestandarte romano. Las manos de éste arañaban los puños del gigante mientras sus ojos se ponían en blanco y sacaba la lengua. El estandarte yacía a un lado, y Cato lo agarró antes de que pudiera ser pisoteado, mientras dos auxiliares clavaban repetidamente sus espadas en la musculosa espalda del ordovícico. La sangre brotaba de las heridas desgarradas en su carne, pero sus antebrazos seguían tensos y las venas sobresalían como cuerdas. Luego, con un grito ahogado, se desplomó y sus dedos se relajaron lentamente.

Cato ayudó al portaestandarte a ponerse en pie y el hombre graznó su agradecimiento. La batalla había pasado y vio que todos los ordovicios que habían intentado defender su estandarte yacían muertos o moribundos a su alrededor. Guardó un momento de admiración por el valor de su enemigo. Galerius y varios de sus hombres estaban de guardia, con el pecho hinchado mientras miraban a su alrededor con cautela. Había manchas de sangre en sus armaduras que se mezclaban con la sangre que rezumaba de sus propias heridas. Se habían perdido muchos más hombres de ambos bandos en la lucha por la segunda línea de guerreros enemigos, y Cato pudo ver que los hombres que quedaban de la Octava se retiraban, demasiado exhaustos para seguir persiguiendo al enemigo mientras corrían a reunirse con sus camaradas.

La carga les había alejado casi una milla de la pista forestal. A la derecha de Cato, la cohorte de Thrasyllus había sido detenida a poca distancia a lo largo de la muralla y ahora estaba inmovilizada contra ella por la superioridad numérica mientras luchaban por evitar ser rodeados. Hubo un rayo de esperanza cuando vio a los primeros legionarios cruzar la empalizada por el tramo que había sido despejado por la Décima. Pero eran demasiado pocos para inclinar la balanza de la batalla a favor de Roma. Suetonio necesitaba conseguir más hombres antes de lograr la victoria. Mientras tanto, el enemigo

reunía fuerzas para atacar de nuevo a la columna de Cato.

Cato señaló a Galerio. Llámalos. Quiero que todos los hombres que queden formen en nuestro estandarte'.

"¿Las otras cohortes también, señor?

'Todos ellos, y los marines y marineros. Tenemos que retener al enemigo el tiempo suficiente para que la Decimocuarta Legión supere las defensas'.

Galerio recorrió con la mirada el campo de batalla y asintió. "Está en nosotros entonces.

Se apresuró a alejarse y comenzó a gritar las instrucciones de Cato. Los hombres de la Octava que aún se mantenían en pie caminaban y cojeaban de vuelta hacia el estandarte, junto con los de las cohortes que habían seguido el ataque y lo habían adelantado por el flanco. A Cato le dolió el corazón al ver lo pocos que eran. Menos de la mitad de sus hombres, y las otras cohortes habían perdido casi otros tantos. Junto con el contingente naval aún no comprometido, eran poco más de mil. Los centuriones y los optios se apresuraron a hacer lo mejor que pudieron para volver a formar sus unidades, y se cerraron sobre las otras cohortes mermadas para crear una línea que recibiera el contraataque enemigo cuando llegara.

Mirando a través del suelo sembrado de cadáveres hacia los ordovicios, Cato vio que debían de ser al menos tres mil. Más hombres que habían sido atraídos a lo largo de la muralla trotaban hacia delante para añadir su fuerza a la carga. Se dio cuenta de que el comandante enemigo esperaba destruir lo que quedaba de su fuerza en una acción rápida antes de dar media vuelta para hacer frente al ataque desde el estrecho. Miró hacia atrás y vio a los legionarios escalando la empalizada por más sitios y bajando por la rampa de tierra para formar sobre sus estandartes. La única esperanza del enemigo ahora era aplastar tanto a Cato como a los legionarios que tenía detrás antes de que demasiados de ellos hubieran cruzado al campamento ordovícico.

Se agachó para recoger el estandarte enemigo y lo puso en manos de uno de sus hombres. Guárdalo bien. Será un bonito trofeo cuando la Octava regrese a los cuarteles al terminar la campaña'.

Galerius se apresuró. "¡Señor, se están moviendo!

Cato levantó la vista para ver que la línea enemiga, a un cuarto de milla de distancia, avanzaba. No había ninguna oleada ansiosa, tan típica de los celtas. El comandante ordovícico estaba conservando la energía de sus hombres hasta que estuvieran lo suficientemente cerca como para cargar y golpear la línea auxiliar con un golpe concentrado. Los hombres de Cato se apoyaron en sus escudos en silencio mientras veían acercarse a los guerreros. Algunos miraban hacia él como deseando que ordenara la retirada, pero todos sabían que debían

ganar más tiempo a sus camaradas legionarios.

Cato hizo ademán de girar la cabeza y estirar los músculos de los hombros antes de gritar: "Una pelea más, muchachos, y habremos terminado por hoy. Nos hemos ganado nuestra paga".

La mayoría de los hombres soltaron una risita cansada.

"¡Ahora vamos a vestir la línea y mostrar a esos bastardos bárbaros cómo son los soldados de verdad!

Los oficiales engatusaron a sus hombres para que se colocaran en sus puestos y los auxiliares levantaron sus escudos y alzaron sus armas, aunque muchas de las lanzas habían sido dañadas y desechadas. Algunos hombres envainaron sus espadas mientras bebían un sorbo de agua de sus cantimploras. Otros sólo podían lamerse los labios resecos y toser para despejar la flema de sus gargantas resecas. Unos pocos cerraron los ojos y elevaron una ferviente plegaria a sus dioses predilectos para poder volver a ver a sus camaradas y familiares en la otra vida. Los más veteranos se quedaron mirando al enemigo e intentaron calcular sus posibilidades de supervivencia.

El sol estaba bajo en el cielo y su luz iluminaba el campo de batalla con un resplandor leonado que contrastaba con las sombras alargadas que se extendían en ángulo desde la línea romana. El humo de los últimos fuegos provocados por los incendiarios aún se elevaba en finas columnas y cubría el campo de batalla.

Los ordovicios habían acortado distancias a apenas doscientos pasos cuando se oyó un grito colectivo de desesperación procedente de la muralla. Cato trató de ver cuál era la causa, pero era difícil distinguir el combate entre el humo que se extendía por el extremo de las fortificaciones. Algunos de los auxiliares parecían inquietos por el ruido, y Galerio se puso al frente de la línea y dio la espalda al enemigo mientras se dirigía a sus hombres en tono tranquilo.

Tranquilos, muchachos. No vamos a dejar que esos peludos de culo de oveja piensen que nos han puesto nerviosos, ¿verdad? ¡Somos la maldita Octava Cohorte Iliria! Si alguien hace el ruido por aquí, ¡somos nosotros!

Los hombres vitorearon al centurión cuando volvió a su posición junto a Cato y el portaestandarte.

"Buenas palabras, Galerio". Cato sonrió. El propio Cicerón no podría haberlo expresado de forma más acertada y sucinta".

Si usted lo dice, señor.

La sonrisa de Cato se desvaneció. Ya es hora.

Los dos oficiales se volvieron hacia el enemigo, con las espadas desenvainadas y los escudos alzados.

Los gritos y chillidos lejanos aumentaban de volumen y, mientras Cato observaba, la fuerza enemiga se detuvo y los guerreros miraron a su alrededor, inseguros, hacia el humo que se extendía por las

fortificaciones. Podían verse figuras corriendo a través de él y, a la izquierda, más enemigos se dirigían desde el estrecho hacia el centro de la isla. Los ordovitas vacilaron un momento antes de que el primero de ellos empezara a alejarse y luego echara a correr. Un grupo de hombres a caballo irrumpió en la retaguardia de la formación, que se disolvía rápidamente, y cargó contra los auxiliares antes de desviarse y dirigirse a campo abierto. Las filas enemigas se habían reducido lo suficiente como para que Cato pudiera ver otra formación emergiendo del humo en una línea sólida.

Siempre hay algunos que no saben cuándo han tenido suficiente". Galerio sacudió la cabeza con cansancio.

Cato sintió que se le encogía el corazón y soltó una carcajada mientras envainaba la espada y dejaba el escudo en el suelo. Esos de ahí son nuestros muchachos. La decimocuarta legión. Lo han conseguido. Han tomado la muralla".

Mientras el sol brillaba débilmente entre las oscuras nubes que se cernían sobre ellos y la persistente nube de humo que se cernía sobre la suavemente ondulada extensión de tierra detrás de las fortificaciones, Suetonio y los oficiales de su estado mayor inspeccionaban el campo de batalla a lomos de sus caballos. Los ingenieros habían demolido rápidamente algunas secciones de la muralla y rellenado el foso para facilitar el paso a través de las defensas en . En cuanto se abrieron las brechas, dos cohortes de caballería salieron en persecución del enemigo, mientras los legionarios y auxiliares aseguraban la cabeza de puente que habían ganado en la isla. Los heridos fueron recogidos y llevados en camilla a los puestos de curas, instalados a toda prisa, para que los médicos del ejército se ocuparan de sus heridas. A los ordovicios que se habían rendido se les ataban las manos a la espalda y se les ponía bajo vigilancia. Aquellos enemigos cuyas heridas eran mortales o demasiado graves para ser tratadas eran rápidamente ejecutados. Los muertos romanos fueron colocados en filas cada vez más largas, listos para ser identificados antes de ser incinerados al día siguiente.

Las primeras gotas de lluvia habían empezado a caer antes de que Suetonio y su equipo localizaran a Cato y los restos de la Octava Cohorte. Por orden de Galerio, los hombres se levantaron cansados del suelo y permanecieron en sus filas mientras el gobernador se acercaba. Cato se adelantó para saludarle.

"Le informo que la Octava Cohorte está reunida y lista para el servicio, señor.

Suetonio recorrió con la mirada las filas de auxiliares ensangrentados y cubiertos de mugre, muchos de los cuales llevaban vendas en las heridas. "Parece que te faltan la mitad de tus hombres, prefecto Cato".

Sí, señor.

Un alto precio a pagar, pero uno que era necesario para nosotros para ganar el día. El resto de la isla será nuestra en cuestión de días. Tus hombres y las otras cohortes que han hecho esto posible han hecho un buen trabajo aquí'.

Suetonio se detuvo al ver el estandarte enemigo detrás del estandarte de la cohorte. Los pliegues de tela verde habían empezado a brillar bajo la lluvia.

'Un buen trofeo que has ganado allí. Y no es el único premio que merecen sus hombres: ". Se volvió hacia uno de sus oficiales. "Dame la corona.

El hombre metió la mano en una bolsa lateral y sacó una pequeña corona de plata que parecía un muro con almenas. Era poco más grande que un amuleto. Se la entregó a su superior, y Suetonio acercó su caballo a Cato. Inclinándose en la silla de montar, le extendió el premio que rara vez se concedía a los primeros hombres en abrir brecha en los muros de una fortificación enemiga.

En nombre del emperador, del Senado y del pueblo de Roma", declaró.

Cato tomó la corona e inclinó la cabeza en señal de gratitud. Luego se dio la vuelta y marchó unos pasos hacia el estandarte de la cohorte. Cuando el portador bajó la punta, deslizó la corona en la parte superior del asta y luego la levantó para que todos los hombres de la cohorte la vieran mientras la lluvia silbaba a su alrededor.

Suetonio se sentó erguido en su silla de montar mientras recorría con la mirada a los auxiliares. "¡Hombres de la Octava Cohorte Iliria! Saludo vuestro valor y vuestra dedicación al deber. Gracias a vuestro esfuerzo hoy hemos hecho lo que ningún ejército romano había hecho antes. Gracias a ustedes, la conquista de Mona está asegurada. La última fortaleza de los druidas será tomada y destruida en cuestión de días. Todos saluden a la poderosa Octava". Levantó la mano en señal de saludo antes de agitar las riendas y proseguir con la inspección de las demás unidades repartidas por el campo de batalla.

Cuando se hubo marchado, Cato ordenó a Galerio que enviara a los hombres a buscar comida y refugio entre los restos del campamento enemigo. Luego se quitó lentamente el casco y levantó la cabeza hacia el cielo. Cerró los ojos y disfrutó de la refrescante sensación de la lluvia sobre su piel mientras sus labios se movían en una silenciosa plegaria de agradecimiento a Fortuna. Lo único que lamentaba era que Macro no estuviera aquí para compartir el honor con él.

CAPÍTULO 26

Junio A.D. 61

Camulodunum y la campiña circundante brillan bajo un sol radiante. Una ligera brisa hacía ondular los cereales en los campos y los árboles y arbustos estaban repletos de hojas nuevas. Los campesinos esperaban una buena cosecha y deseaban reponer las reservas de grano, tan mermadas tras las malas cosechas de los dos años anteriores. Los vecinos se saludaban con optimismo en las tiendas y en el mercado. Incluso se rumoreaba que los miembros del senado de la colonia planeaban celebrar un día festivo con representaciones de algunas obras de mimo en el teatro recién terminado, así como combates de gladiadores y peleas de animales en la pequeña arena a las afueras de la ciudad que se había construido para el entretenimiento de los hombres de la Vigésima Legión cuando habían ocupado la fortaleza original.

Como la mayoría de los rumores, había poco de cierto. Los miembros del senado de la colonia seguían enzarzados en una agria disputa sobre la necesidad de sufragar la restauración de las defensas de Camulodunum. Los trabajos se habían ralentizado, ya que muchos de los voluntarios se habían visto obligados a dedicar su tiempo a la siembra al final de la primavera, mientras que otros habían perdido el interés y habían dejado de acudir a recoger sus herramientas al almacén que Apolonio había instalado en la puerta principal. El foso y la muralla estaban prácticamente terminados en un extremo del asentamiento, entre los dos ríos paralelos que corrían de oeste a este a ambos lados de la colonia. La otra línea defensiva, la más cercana a la carretera de Londinium, sólo estaba a medio construir, y Macro se sentía cada día más frustrado por la lentitud de los avances.

Había pasado más de un mes desde su regreso a Camulodunum, y dos cosas pesaban mucho en su mente. La primera era que no había vuelto a recibir noticias de Deciano desde que se separaron. La huida de Boudica y sus hijas había enfurecido al procurador, que les había exigido que regresaran a la capital icena para recuperar a los rehenes.

No", había dicho Macro mientras estaban junto al carro vacío. Ya se ha hecho bastante daño. Mejor dejar el asunto hasta que Suetonio regrese de su campaña'.

No tenemos que esperar a que regrese", respondió Decianus. Me ha delegado el poder en su ausencia y te ha puesto bajo mis órdenes. Te ordeno que recaptures a Boudica y a sus hijas'.

He terminado de recibir tus órdenes. Si tanto la quieres, vuelve y

búscala tú mismo. Si tienes suerte, se habrá escondido para evitarte a ti y a tus matones. Si no tienes suerte, vendrá a buscarte con sus guerreros icenos a sus espaldas y os asarán vivos a todos. Lo mejor que puedes hacer ahora es volver a Londinium y esperar a que Suetonio decida qué hacer al respecto".

Podría hacerlo, sí. Créeme, una vez que le diga al gobernador cómo has desafiado mi autoridad, te despojará de tu poder aquí en Camulodunum y te desterrará de la colonia. Francamente, cuando se entere de las sospechosas circunstancias de la fuga y del papel que creo que jugaste en ella, ese será el menor de tus problemas, Centurión Macro". Decianus hizo una pausa. Podría arrestarte ahora y llevarte encadenado de vuelta a Londinium para que respondas a las preguntas de un interrogatorio".

Podrías intentarlo", respondió Macro. Sin embargo, como tienes cincuenta hombres de dudosa calidad para respaldar tu autoridad, y yo tengo cien veteranos aquí que me son leales, eso no va a suceder. Lo mismo vale para cualquier intento de dar caza a Boudica. Así que te sugiero que reduzcas tus pérdidas, vuelvas a tu acogedor alojamiento en el palacio del gobernador y esperes su regreso, como te he dicho".

Decianus lo fulminó con la mirada y habló con una fría seriedad. Juro ante Júpiter que te destruiré, Macro. Redactaré un informe para el gobernador en cuanto llegue a Londinium. Le hablaré de tu traición, de tu negativa a obedecer mis órdenes y me aseguraré de que sepa cómo ayudaste a escapar a un enemigo de Roma".

Asegúrate de no olvidarte de contarle cómo convertiste a Boudica en enemiga de Roma. Cómo la azotaste y te mantuviste al margen cuando dejaste que tus hombres violaran a sus hijas. Me pregunto qué pensará de eso".

'Crees que tienes la sartén por el mango aquí, Macro. Pero no es así. Sólo lo parece. He destruido a hombres mejores que tú para llegar a donde estoy'.

No lo dudo -dijo Macro con cansancio-. Eres un gorgojo grasiento que conspira con la misma facilidad con la que respira. Buscas poder y riqueza y no te importa a quién tengas que arruinar para conseguirlo. Acuchillas a los hombres por la espalda porque eres demasiado cobarde para retarles limpiamente a la cara. Dejas que hombres buenos mueran para pagar por los errores que cometes. No sirves a los intereses de Roma, sólo a los tuyos, incluso si eso significa poner al Imperio en peligro. Cato tenía razón sobre ti. Debí haber encontrado la forma de matarte antes de que tuvieras la oportunidad de humillar a los icenos y convertirlos de aliados en enemigos".

La burla de Decianus se desvaneció y su expresión delató su miedo. ¿Te atreves a amenazar a un procurador imperial? ¿Te atreverías a

matarme?

¿Por qué no? Ya he matado a muchos hombres para Roma. Mejores hombres que tú. No perdería el sueño por ello. De hecho, clavarte una espada en las tripas podría ser lo mejor que he hecho.

Se separaron en el momento en que Camulodunum estuvo a la vista, y desde entonces Macro había estado esperando escuchar la respuesta del gobernador al informe que Decianus había amenazado con escribir. Pero sólo había habido silencio.

La segunda preocupación que roía sus pensamientos era la falta de reacción de los icenos ante el ultraje que se había perpetrado contra su reina y sus hijas. La horrible muerte de Fascus había ocurrido antes de la flagelación de Boudica y el abuso de sus hijas. Era difícil creer que una acción tan atroz a ojos icenos no hubiera provocado una respuesta sangrienta de algún tipo. Pero no se había sabido de ningún otro ataque a los romanos, ni siquiera a sus propiedades. Por mucho que a Macro le hubiera gustado creer que Boudica se esforzaba por persuadir a su pueblo de que mantuviera la paz, cada vez estaba más convencido de que tenía otros planes. ¿Qué estaba tramando? se preguntaba. ¿A qué espera?

El único indicio de que algo iba mal era la desaparición gradual de icenos de la colonia. Algunos habían ido a visitar a sus familiares, decían, para no volver. Otros, incluidas las chicas que habían trabajado como criadas de Petronella, simplemente habían recogido sus escasas pertenencias y se habían esfumado. En los últimos días, lo mismo había empezado a ocurrir con los trinovantianos que habían trabajado para los romanos en Camulodunum o regentado negocios en la colonia. Incluso la familia que había regentado la granja de Macro se había marchado, llevándose consigo el ganado. Los pocos que quedaban eran mirados con recelo por los veteranos, cada vez más inquietos por la ausencia de rostros familiares a los que antes consideraban parte de la vida cotidiana y, en algunos casos, amigos y aliados.

Una buena mañana, Macro ensilló su caballo y cabalgó hasta el pequeño asentamiento donde vivía Pernocatus. Al cuello llevaba la correa de cuero con los colmillos de jabalí que le había regalado el cazador. A medida que su caballo avanzaba por un claro del bosque, la luz del sol brillaba a través de los huecos entre las ramas y proyectaba un resplandeciente patrón de verdes claros y oscuros sobre el suelo del bosque. Macro frenó un momento para intentar saborear la idílica escena y, mientras lo hacía, un ciervo salió silenciosamente de entre los árboles que tenía delante. Se quedó inmóvil y levantó el hocico para olfatear el aire mientras agitaba las orejas.

Hola, muchacho", lo saludó Macro amistosamente.

El ciervo levantó la cabeza bruscamente al oír su voz, cruzó el

claro y desapareció entre los árboles del otro lado con un leve crujido de maleza. Macro estaba a punto de sacudir las riendas y hacer que su caballo siguiera caminando cuando oyó el chasquido de un palo en el mismo lado del claro donde había aparecido el ciervo. Captó un movimiento en la periferia de su visión, pero incluso cuando se volvió para enfocar el lugar, había desaparecido. Tuvo la impresión de que se trataba de la figura de un hombre, pero era difícil saberlo. Se oyó un movimiento y luego más silencio.

Se aclaró la garganta. "¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. De repente, el entorno no parecía idílico en absoluto, ya que sus instintos de soldado transformaron el claro en una posición ideal para tender una emboscada a un enemigo incauto que pasara por allí. Sintió un familiar escalofrío de miedo entre los omóplatos.

La sensación de ansiedad no le abandonó hasta que salió a campo abierto. Entonces se enfadó consigo mismo por saltar ante las sombras. El ruido probablemente lo había hecho otra criatura del bosque. Eso era todo, se dijo con firmeza. Su nerviosismo era de esperar, dada su preocupación por la creciente tensión en la colonia.

El asentamiento de Pernocatus se encontraba en una hondonada junto a un arroyo. Había un puñado de chozas redondas donde vivían su familia y las de dos de sus hermanos. Un corral albergaba varios cerdos, mientras que un pequeño número de reses pastaban en un gran recinto vallado. Más allá, los campos de trigo crecían junto al arroyo. Dos mujeres estaban sentadas fuera de una de las cabañas curando algunas pieles de animales, mientras un grupo de niños chapoteaba en el agua. Dejaron de jugar para mirar a Macro mientras se acercaba. Las saludó con la mano y recibió algunos tímidos saludos como respuesta. Las dos mujeres levantaron la vista de su trabajo, pero no respondieron a las palabras de saludo en su lengua que Macro había captado.

Dio media vuelta y bajó de la silla. Conocía la cabaña de Pernocatus del puñado de veces que había visitado el asentamiento en meses anteriores. Una joven le miró desde la entrada.

He venido a ver a Pernocatus", dijo Macro. Cuando ella le miró sin comprender, él repitió: "¿Pernocatus?".

Ella le indicó el lado de la cabaña y él rodeó las paredes de adobe hasta un trozo de tierra desnuda donde había una gran pila de troncos junto a un tocón de árbol en el que estaba enterrada la cabeza de un hacha. Pernocatus, desnudo hasta la cintura y brillante de sudor, levantó la vista al oír los pasos de Macro, y frunció el ceño un instante antes de que se le pasara la expresión.

Hola". Macro sonrió mientras extendía el brazo.

Pernocatus se adelantó y chocaron brevemente los antebrazos antes

de que él hablara en su cadencioso latín. Eres bienvenido a mi casa, Centurión. ¿Has venido a organizar otra cacería?

Macro sabía que debía andarse con pies de plomo en cuanto al verdadero motivo de la visita. Con el cambio de estación y la proliferación de caza fresca en esta época del año, sería una razón suficientemente creíble para buscar al cazador.

'Sí, eso en su mayor parte'.

Podemos hablar". Pernocatus asintió hacia el tocón. ¿Tienes sed?

Me vendría bien un trago. Gracias.

El cazador gritó en su propia lengua y le respondió una voz de niña. Una tira de tela de lana colgaba del mango del hacha y él la cogió para secarse la frente antes de sentarse en el tocón. Macro se sentó a su lado y ambos contemplaron el asentamiento y las tierras circundantes.

Bonito lugar", dijo Macro.

"*Sa"*, coincidió Pernocatus. Buena tierra. Si los romanos nos dejan conservarla'.

Vuestra tierra está a salvo. He impedido que nuestra gente reclame más tierras a las que no tiene derecho'.

'A salvo por ahora. ¿Pero qué pasará cuando Centurión Macro se haya ido? Otro hombre al mando. ¿Qué pasará entonces?

Era justo. Se libró de tener que responder cuando la chica se acercó con dos vasos de arcilla roja que contenían leche. Se los entregó y echó a correr. El cazador levantó el suyo y se lo bebió de un trago. Un hilo de leche apareció en la comisura de sus labios antes de bajar el vaso y relamerse de satisfacción. Buena leche".

Macro tomó un bocado y saboreó el cremoso líquido. "Una leche excelente".

'Quieres cazar. ¿Cuándo me quieres?

No hasta el mes que viene", respondió Macro. Tengo que supervisar la finalización de algunos trabajos en la colonia. El mes que viene tendré tiempo para cazar".

El mes que viene", repitió Pernocatus con un deje de tristeza. El mes que viene, quizá no". Luego asintió. El mes que viene, como quieras".

Suenas como si estuvieras ocupado. ¿Ya tienes algo planeado?

El cazador apartó la mirada y hubo un breve silencio antes de que Macro volviera a hablar.

Necesito pedirte algo. Necesito tu ayuda'.

Pernocatus seguía mirando hacia el arroyo donde jugaban los niños, despreocupado de los problemas del mundo. ¿Qué ayuda?

Las cosas han cambiado. Los Iceni han abandonado la colonia y ahora tu gente también se va. Necesito saber por qué.

'La gente viene, la gente se va'.

No así", respondió Macro. No tan rápido. Está pasando algo. ¿Sabes algo al respecto?

Todo el mundo sabe lo que les ocurrió a la reina de los icenos y a sus hijas. Todo el mundo sabe que Roma quiere robar todo lo que es suyo, y todo lo que pertenece a su pueblo. Igual que está haciendo con los Trinovantes. Pronto llegará un momento en que la gente dirá basta'.

¿Y después? preguntó Macro.

Entonces... Pernocatus se volvió hacia él. ¿Quién sabe?

Creo que lo sabes. ¿Es por eso que los Iceni se han ido? ¿Es por eso que tu gente se está yendo? ¿Se avecina una guerra, Pernocatus?

El cazador le devolvió la mirada con expresión preocupada. No habló durante un momento. Centurión, me has salvado la vida. Ahora quizá yo pueda salvar la tuya. Deja Camulodunum. Coge a tu familia y vete'.

¿Ir? ¿Ir a dónde? La colonia es mi hogar'.

Será tu tumba si te quedas. Deja Camulodunum. Deja Britannia. No habrá lugar seguro en estas tierras para ningún romano'.

Macro sintió un escalofrío helado en las venas. "Dime qué va a pasar".

Pernocatus se levantó y arrancó el hacha del tocón. Ya he dicho bastante. No hablaré más de ello. Vete, por favor. Nunca vuelvas aquí si valoras tu vida. Yo no te haría daño, pero otros sí. ¡Vete!

Macro se levantó y dejó el vaso, aún medio lleno de leche. Te deseo paz y una larga vida, Pernocatus el cazador".

El otro hombre asintió y cogió un tronco. Levantó el hacha y la golpeó salvajemente. La hoja atravesó la madera y partió el tronco en dos pedazos que saltaron del tronco. Macro no pudo evitar preguntarse si pronto partiría cráneos romanos con igual salvajismo.

Cuando volvió a su caballo y se alejó, sabía que probablemente había visto al cazador por última vez, pero que si alguna vez volvían a encontrarse, sería como enemigos.

El buen tiempo y la belleza del paisaje desaparecieron de los pensamientos de Macro cuando regresó a la colonia. Estaba seguro de que Boudica no había conseguido calmar a su pueblo o, más probablemente, les había instado a levantarse en armas contra Roma una vez más. Una lucha que estaba destinada a ser tan inútil como el último intento. Una sola tribu no podía esperar vencer al ejército romano que guarnecía la isla. Pero, ¿y si su causa fuera abrazada por otras tribus, como los Trinovantes? ¿Y si las tribus se unían en una alianza? ¿A eso se refería Pernocatus cuando dijo que no habría lugar seguro para los romanos?

Cuando llegó a casa, Macro desmontó y condujo el caballo al establo, entregándoselo a Parvus para que lo desensillara y le diera de

comer. Petronella le esperaba en el jardín del patio y se apresuró a acercarse en cuanto salió del pasadizo que atravesaba el edificio principal.

Menos mal que has vuelto.

Macro vio su expresión ansiosa mientras se sentaba en un banco. ¿Qué pasa?

'Tuve algunas visitas mientras no estabas. Tres de las mujeres de la colonia. Están preocupadas por sus maridos'.

¿Preocupado? ¿Por qué?

Dijeron que habían ido al norte hace seis días a comprar ganado a un granjero iceno cerca de la villa de Faustinus. Tenían que haber vuelto hace dos días, pero no hay rastro de ellos, y sus esposas están muy preocupadas. Vinieron a casa a pedirte que enviaras algunos hombres a buscarlos, pero ya te habías ido. Les dije que les avisaría en cuanto volvieran".

La villa estaba a treinta millas de Camulodunum; un día a caballo, dos a pie como mucho. A menos que se hubieran retrasado por negocios, los hombres deberían haber vuelto mucho antes. Dado lo que Macro había oído de Pernocatus, era posible que ya estuvieran muertos, junto con Faustinus y su familia. Los primeros romanos en pagar el precio del ultraje cometido contra Boudica y sus hijas. Había una pequeña posibilidad de que hubiera otra explicación más inocente para el retraso en su regreso. Como Macro sabía, a los viejos soldados les gustaba compartir una jarra o tres de vino y recordar sus tiempos en el ejército. Tal vez estuvieran todavía en la villa disfrutando de la hospitalidad de Faustinus.

¿Qué vas a hacer?", preguntó Petronella. ¿Qué les digo? ¿Vas a enviar a algunos veteranos a buscar a los hombres?

No", respondió Macro con firmeza. Hay muchas razones por las que podrían haber retrasado su regreso: . Si ha habido problemas, sólo estaremos desperdiciando las vidas de cualquiera que se envíe a buscarlos. Y necesitaré a todos los hombres capaces para defender la colonia".

"¿Problemas? Petronella le cogió la mano. "¿Qué te dijo Pernocatus?

Macro le contó los detalles y ella escuchó con creciente preocupación. Cuando terminó, le preguntó: "¿De verdad crees que los icenos nos atacarán?".

Me temo que sí.

'¿Qué les dirás a las esposas de esos tres hombres?'

'Diré que se ha enviado a alguien a buscarlos y que me informe'.

Arrugó el ceño. Pero creía que habías dicho que no ibas a enviar a nadie.

Ninguno de los veteranos, para estar seguros. Son demasiado viejos

e inexpertos para el tipo de trabajo que se necesitará. No, enviaré a un hombre que tiene precisamente las habilidades adecuadas para el trabajo'.

CAPÍTULO 27

Mientras cabalgaba hacia la frontera que dividía las tribus trinovanas e icenas, Apolonio se planteaba la misión para la que se había ofrecido voluntario. Macro ni siquiera había tenido que pedírselo. No había duda de que era peligrosa, pero el espía ya había trabajado bastante para completar las defensas de la colonia. No le importaba el esfuerzo físico ni la incomodidad. Hacía tiempo que estaba acostumbrado a ambas cosas. Lo que no podía soportar era el aburrimiento. La rutina diaria del trabajo repetitivo. Por eso había elegido su vocación.

El espionaje era lo que se ajustaba a sus intereses y habilidades particulares. Vivía para aprender. No sólo para proporcionar información a sus amos, eso era lo de menos. Era un ávido lector de filosofía, historia, poesía e incluso obras que detallaban los principios de las matemáticas y la naturaleza del mundo. Se había dedicado a aprender tantos idiomas como le permitían sus experiencias viajeras. En cuanto a sus habilidades, había pocos hombres que dominaran las armas tan bien como él. Podía disparar un arco con la precisión infalible de un parto. Podía blandir espadas, dagas y cuchillos arrojadizos tan bien como cualquier gladiador en la arena, y podía arrancarle la cabeza a un conejo con una honda a cincuenta pasos.

En cuanto a las artes más oscuras del espionaje, dominaba el arte de codificar mensajes que nunca pudieran ser descifrados por sus enemigos. Sabía cómo matar a la gente de forma que nunca se sospechara de un asesino. Sabía cómo matarlos de forma que quedara claro que un asesino *había llevado a* cabo el asesinato, sin que nadie supiera cómo había accedido a la víctima. Había aprendido a interrogar y torturar a la gente para conseguir que revelaran toda la información que necesitaba. Era el espía consumado de la época, y por eso sus servicios habían sido requeridos con tanta frecuencia por las figuras más poderosas de la sociedad romana.

Últimamente, sin embargo, su interés por aprender había tomado otro rumbo. Se había cansado de la mugrienta moral de sus amos y se preguntaba si sería posible que un hombre de principios pudiera llegar a lo más alto de la sociedad romana sin comprometer su integridad. Estaba muy bien que hombres como Platón y Aristóteles hablaran de la búsqueda de la buena vida, pero la filosofía era una cosa y la praxis otra muy distinta, como le había enseñado la experiencia. Por eso se sintió intrigado cuando conoció a Cato y Macro durante una misión en la frontera oriental del Imperio.

Cato era claramente un hombre de carrera, que había ascendido desde unos orígenes oscuros hasta el rango de prefecto a una edad

inusualmente temprana. Si vivía lo suficiente, podría llegar a ser comandante de las legiones en Egipto, el cargo más alto disponible para un hombre que no hubiera nacido en la aristocracia de Roma. También podría ser nombrado algún día comandante de la Guardia Pretoriana. Apolonio no se hacía ilusiones sobre las tentaciones a las que se exponían quienes ocupaban ese cargo. Después de todo, habían sido los pretorianos quienes habían asesinado a Calígula y colocado a Claudio en el trono. Fue el comandante pretoriano Sejano quien se había disputado el poder supremo durante el reinado de Tiberio, y fue el actual comandante pretoriano quien había conspirado para que Nerón fuera adoptado por Claudio, allanando así su camino hacia el trono. Si alguna vez Cato era ascendido a ese puesto, ¿quién sabía lo que podría hacer? Apolonio quería averiguar si un hombre de principios sólidos podía sobrevivir a la corrupción moral de semejante poder. Por eso se había unido a Cato en los últimos años.

Dejó a un lado sus especulaciones y centró su mente en la tarea que tenía entre manos. Se había disfrazado de comerciante de Atrebatan en el camino desde Londinium. En sus alforjas llevaba baratijas de las que sabía que hacían las delicias de las mujeres de las tribus de los rincones más remotos de la nueva provincia. Peines, cepillos y espejos de la mejor plata pulida. Hablaba el dialecto lo bastante bien como para pasar por un nativo. Si le paraban, confiaba en pasar por lo que pretendía ser. Si eso fallaba, sus armas estaban ocultas bajo la piel de oveja que cubría su silla de montar.

No había visitado antes la villa de Faustinus, pero Macro le había dado una descripción exhaustiva de su ubicación y sabía que se encontraba a menos de ocho kilómetros del lugar cuando se topó con la bifurcación del camino al borde de un gran bosque que se extendía hasta donde alcanzaba la vista por el paisaje en gran parte llano. La villa estaba al otro lado del bosque, dentro de una modesta finca agrícola. Faustinus era un centurión de primera lanza retirado que había utilizado la recompensa de su jubilación para amasar una pequeña fortuna haciendo de intermediario entre los ganaderos de ovino y vacuno trinovanos e icenos y los pastores que compraban su ganado para conducirlo hasta Camulodunum, Londinium y Verulamium, los tres asentamientos principales de la provincia. Como tal, vivía al margen del asentamiento romano en la zona, cerca de la frontera de los icenos. El tratado acordado entre Roma y Prasutagus había estipulado que no se concedería ninguna tierra icena a los veteranos, ni se daría permiso a los romanos para establecerse allí. Desde entonces, la tribu había hecho todo lo posible por vivir separada de sus vecinos romanos.

Apolonio planeaba seguir el rastro a través del bosque antes de desmontar y dejar su caballo a cierta distancia de la villa, y luego

continuar a pie para investigar. Si todo iba bien, tenía órdenes de Macro de decirle a Faustinus, a su familia y a sus invitados que abandonaran la villa y se refugiaran en Camulodunum hasta que la amenaza de sublevación hubiera pasado, o la sublevación hubiera sido sofocada. Si había alguna señal de peligro en la villa, debía regresar inmediatamente e informar de lo que había visto.

Era el final de la tarde y el sendero quedaba a la sombra de los árboles situados a su izquierda, cuyas ramas más altas brillaban bajo la luz oblicua del sol. Apolonio había visto cada vez menos gente a medida que se alejaba de Camulodunum. La mayoría de las granjas trinovanas por las que había pasado aquel día estaban vacías, y los únicos habitantes eran hombres y mujeres ancianos que lo miraban con desconfianza y se negaban a hablar con él, haciéndole señas con la mano para que se alejara. A dónde habían ido todos era un misterio, pero ya tenía algunas ideas sobre dónde podrían estar y por qué. Esperaba equivocarse.

Tres millas más adentro, la pista se curvaba suavemente hacia la derecha. Casi había superado la curva cuando oyó voces a poca distancia. Antes de que pudiera pensar en volver sobre sus pasos, apareció un guerrero iceno rubio con los tatuajes azules de su tribu. Levantó su lanza hacia Apolonio y le ordenó que desmontara. El espía hizo lo que se le ordenaba mientras dos hombres más se unían a su camarada, ambos también armados con lanzas. Uno era un hombre mayor, corpulento y calvo, mientras que el segundo era tan joven como el guerrero rubio, aunque delgado y parco. No eran lanzas de jabalí, observó Apolonio, sino las tradicionales armas de guerra que los romanos habían prohibido poseer a los icenos, junto con las armaduras y las espadas. Eso respondía a una de sus especulaciones.

Abrió los brazos mientras se dirigía a los hombres en su propia lengua con un fuerte acento. Amigos míos, ¿por qué necesitáis armas? Soy un honesto mercader Atrebatan que comercia en esta zona. Gullabinus. Seguro que habéis oído hablar de mí", dio un paso hacia ellos.

Quédate quieto", ordenó el primer hombre, y Apolonio levantó una mano en señal de disculpa y retrocedió lentamente hasta colocarse junto a la silla de su montura.

¿Qué haces aquí?", preguntó el anciano.

"Te lo dije, soy un comerciante. Déjame que te enseñe". Apolonio se volvió hacia sus alforjas y cogió la correa.

Espera", ordenó el hombre. Indicó el lado de la vía. Quédate ahí. No te muevas o mis amigos te matarán. ¿Entendido?

No hay necesidad de eso. Compruebe usted mismo mis maletas. Verás que soy inofensivo y digo la verdad. Soy un comerciante honesto. Puedo dar a sus mujeres un buen precio por mis mercancías.

Sólo...

'Mantén tu lengua quieta, Atrebatan. Si quieres conservarla'.

Apollonius se encogió de hombros y se apartó a un lado de la vía, cruzándose de brazos con expresión paciente mientras el iceno abría las alforjas y empezaba a sacar objetos y tirarlos al suelo. Se quedó con uno de los espejos y un pequeño par de tijeras de esquilar mientras se volvía hacia sus compañeros.

'Parece que está diciendo la verdad.'

Claro que sí. replicó alegremente Apolonio. Mi palabra es mi garantía. Pregunte a cualquiera de mis clientes. No encontrarás a ninguno que diga que le he engañado o que le he vendido artículos de mala calidad. Sólo los mejores productos".

"¡Ya basta! El hombre que había registrado sus maletas bajó la punta de su lanza hacia él. ¿Adónde vas?

¿Esta noche? Esperaba alojarme en la villa propiedad de los romanos al otro lado del bosque, a pocas millas de aquí. Después viajaré al norte para hacer negocios con su gente. Los icenos nunca me habían faltado al respeto", añadió con reproche.

¿Eres amigo del romano?", preguntó el hombre.

¿Amigo? ¿Quién puede ser amigo de alguien que trata a un hombre como a un intruso en la tierra que una vez fue suya? Hay romanos entre mis clientes y les cobro precios que nunca cobraría a ningún amigo. No me insultes sugiriendo que un hombre de honor como yo llamaría amigo a cualquier perro romano". Escupió a un lado para subrayar el comentario.

Me parece justo. Pero tendrás que venir con nosotros. Hay rumores de espías romanos en la zona. El jefe de nuestra banda querrá interrogarte'.

"Será un honor responder a cualquier pregunta que me haga". Apolonio inclinó la cabeza. Pero primero debo recoger mi mercancía". Señaló las mercancías esparcidas por el suelo junto a su caballo.

El calvo los miró y asintió. "Daos prisa".

Apolonio comenzó a recoger las baratijas y a colocarlas de nuevo en las alforjas. Mientras trabajaba, el hombre delgado no le quitaba ojo de encima mientras sus compañeros admiraban el espejo que se habían llevado. Se acercó al otro lado del caballo y volvió a colocar algunos objetos en la alforja de ese lado antes de meter una mano bajo la piel de oveja y buscar su cuchillo arrojadizo y la espada larga de caballería que colgaba de la montura en dos lazos de cuero. Utilizando el caballo para ocultar lo que estaba haciendo, retiró las hojas y levantó el cuchillo con la mano derecha, consiguiendo el agarre correcto. El hombre delgado miró a sus compañeros mientras el guerrero rubio se miraba en el espejo.

Apolonio se colocó detrás del caballo y lanzó el brazo hacia

delante. El cuchillo se deslizó por la pista y golpeó al hombre delgado en lo alto del muslo, cerca de la ingle. Se tambaleó y miró hacia abajo sorprendido, murmurando: "¿Eh?".

Antes de que se diera cuenta, Apolonio estaba sobre él. Se oyó un brillo sordo de metal pulido cuando la espada se clavó profundamente en su cuello, y la lanza se le cayó de los dedos y cayó al suelo. Apollonius arrancó la espada de la herida y se volvió hacia los demás guerreros, que se volvieron al oír el ruido. El hombre mayor reaccionó primero, bajando la lanza para desafiar al espía. El otro tiró el espejo a un lado y buscó a tientas su propia lanza. Apollonius recogió el arma caída del hombre al que había derribado y la lanzó contra el guerrero rubio, golpeándole en el centro del pecho. El guerrero se tambaleó por el impacto y cayó al suelo.

Apolonio levantó la espada y sonrió al calvo. Ahora estamos solos tú y yo, amigo mío. Arroja tu arma y te dejaré vivir'.

¡Cerdo romano! Ven y cógelo'.

Griego, en realidad", respondió Apolonio mientras se agachaba y hacía una rápida finta para comprobar las reacciones del otro hombre. El guerrero se movió con rapidez para contrarrestar la amenaza y luego recuperó el aplomo.

'Los griegos mueren tan fácilmente como los romanos'.

Apolonio rió entre dientes. "Vamos a ponerlo a prueba, ¿de acuerdo?

Su oponente lanzó una estocada. El espía la rechazó y luego hizo una muesca en el asta de la lanza antes de salir corriendo. "¿Eso es lo mejor que puedes hacer, viejo?

Los labios del guerrero se alzaron en un gruñido, y empujó una y otra vez. Apollonius desvió hábilmente cada golpe. Entonces, la frustración del anciano se apoderó de él y lanzó una vigorosa estocada a la garganta de su oponente. El espía esquivó a un lado, saltó hacia delante dentro del alcance del arma y agarró el asta con la mano izquierda, dándole un poderoso giro que la arrancó dolorosamente de los dedos del otro hombre. Lanzó el arma contra los árboles que había junto a la vía y clavó la punta de su espada en el hombro del hombre.

'De rodillas, amigo.'

El guerrero vaciló, y Apolonio entrecerró los ojos y habló en tono gélido. "Ahora".

El calvo se puso de rodillas, con los brazos colgando a los lados.

Así está mejor. Apolonio echó un vistazo al primer hombre que había abatido y lo vio desangrándose en la pista, con la sangre brotando de la herida del cuello. El guerrero rubio intentaba sacarse la lanza del pecho, con el rostro retorcido por la agonía. Apolonio se volvió hacia el hombre arrodillado. Tengo prisa, así que no perdamos tiempo. Eres uno de los hombres de Boudica, ¿verdad?".

El hombre asintió.

Supongo que hay más de ustedes en la villa de Faustinus. ¿Cuántos?

"Miles, Roman". El hombre esbozó una leve sonrisa. Miles de icenos y trinovantes, y pronto habrá muchos más de otras tribus".

Miles, ¿eh? Apostaría todas mis baratijas a que ni siquiera sabes contar hasta cien, y mucho menos hasta mil. ¿Qué me dices?

El guerrero le fulminó con la mirada.

'No un hombre de apuestas, entonces. Qué lástima. ¿Y dónde piensan atacar ahora tus amigos? ¿Qué villas? ¿Qué granjas?

Todos ellos. Donde haya romanos para matar. Y luego Camulos, donde derribaremos ese maldito templo tuyo'.

El hombre había utilizado el nombre nativo de la colonia, y Apolonio sintió una punzada de ansiedad por Macro y los demás que había llegado a conocer. Levantó la espada. Tendremos que ver eso'.

"¡Espera! El hombre mayor levantó una mano. Dijiste que me dejarías vivir si soltaba el arma'.

'No se te cayó. La cogí". Apolonio clavó la espada en la parte superior del pecho del hombre y la atravesó con todo su peso antes de retorcerla violentamente y arrancarla. La sangre salió a borbotones y el anciano lo miró, con la mandíbula desencajada; luego cayó de lado y pataleó mientras su cuerpo temblaba. El espía lo adelantó y agarró la punta de la lanza en el pecho del rubio. La clavó más profundamente, moviéndola de un lado a otro, haciendo brotar más sangre de la herida hasta que el joven guerrero puso los ojos en blanco y cayó de espaldas.

Apolonio arrastró los cadáveres hasta la maleza junto a la pista y cubrió los rastros de sangre con helechos. Rompió un poco de tierra para esparcirla sobre los charcos de sangre del suelo y continuó su camino. En algún momento los tres hombres serían echados de menos y buscados, pero para entonces esperaba haber averiguado lo que necesitaba y estar de camino de vuelta a Macro para hacer su informe y advertirle de los planes de Boudica.

Media milla más adelante, llegó a un claro con un roble centenario que se alzaba sobre el suelo abierto del bosque. Decidió que sería un punto de referencia obvio, incluso de noche, y condujo a su caballo cien pasos hacia el interior de los árboles y lo dejó enganchado a una rama con algo de pienso. Luego regresó al claro y siguió el rastro, manteniéndose en el borde, listo para ponerse a cubierto en cuanto viera a alguien. El sol se había puesto, pero aún quedaba luz suficiente para ver el camino durante al menos otra hora. Pronto se percató del sonido de voces, muchas de ellas , y a medida que se acercaba al linde del bosque, pudo distinguir risas, cantos y gritos por encima del bullicio general de una multitud.

Abandonó la pista y comenzó a avanzar sigilosamente entre los árboles. Vio el resplandor de las hogueras más allá, y figuras sentadas y de pie a su alrededor. Cuando los árboles empezaron a escasear, se arrodilló para recoger un poco de tierra y oscurecerse la cara y la piel expuesta, y luego continuó avanzando, ralentizando el paso mientras se agachaba. Se detuvo dentro de la línea de árboles y se tumbó boca abajo antes de avanzar entre algunos helechos hasta encontrar una posición desde la que podía observar la escena que tenía ante sí.

A menos de un cuarto de milla, pudo ver la villa de Faustinus; un imponente edificio con tejado de tejas -prueba de la opulencia del propietario-rodeado por un muro y una puerta arqueada. En el exterior había más edificios: establos, almacenes y lo que parecía un pequeño barracón, probablemente para los esclavos que trabajaban sus tierras. Había restos de varios corrales y recintos para animales más grandes, todos vacíos. Las ovejas, los cerdos y el ganado ya habían sido robados o se estaban asando en las numerosas hogueras que había visto. La mayor de las hogueras estaba a poca distancia de la portería de la villa, aunque allí no se cocinaba nada, ni había gente cerca, gracias al calor que generaba.

En la penumbra, no podía distinguir fácilmente el número de personas presentes, pero podía calcular que eran cientos. La mayoría eran hombres, pero también había muchas mujeres y niños. Cualquier esperanza de que Faustinus y los tres veteranos que habían ido a hacer negocios con él siguieran vivos parecía escasa.

La última luz del día se había desvanecido y sólo quedaba la luz de los fuegos, bajo las estrellas y una luna creciente que parecía una hoz muy pulida del mejor acero. Notó que la gente se agitaba, y los que estaban en el suelo se levantaron apresuradamente mientras todos se giraban y empezaban a avanzar hacia la villa. Le tapaban la vista, así que esperó a que se alejaran los más cercanos para salir de entre los árboles y seguirlos.

Cuando se acercó a la retaguardia de la multitud, eligió un lugar desde el que podía ver claramente la puerta. Las puertas se habían abierto de par en par, pero apenas podía distinguir nada entre las sombras. La multitud había enmudecido mientras observaba y esperaba, y Apolonio se sintió aliviado de que su atención estuviera fija en el pórtico para que nadie se preocupara de mirarle demasiado de cerca.

Se oyó un movimiento en el interior del recinto amurallado frente a la villa y, un instante después, un carro tirado por dos caballos negros atravesó con estrépito la puerta y salió al descampado iluminado por la mayor de las hogueras. Un guerrero musculoso iba sentado a horcajadas sobre el yugo mientras dirigía la yunta. Detrás de él, en la plataforma del carro, había una mujer alta y delgada con

el pelo rojo fuego. Llevaba un manto verde liso sobre una larga túnica oscura, y sostenía el panel lateral en una mano y una larga lanza en la otra. En las esquinas del carro se habían fijado cuatro postes, en cada uno de los cuales estaba empalada una cabeza.

La multitud prorrumpió en un rugido salvaje y ensordecedor cuando el auriga dio una lenta vuelta alrededor del fuego antes de regresar al punto de partida, frente a la puerta. La mujer no hizo ademán de reconocerlos, sino que miró fijamente hacia delante, con la barbilla levantada, como una estatua o un ídolo. El carro pasó lo bastante cerca de Apolonio como para que éste pudiera reconocer a Boudica sin lugar a dudas. Cuando se detuvo frente a la villa, un pequeño grupo de nobles y dos mujeres jóvenes salieron de la puerta y se detuvieron cerca.

Boudica levantó lentamente los brazos. La punta de la lanza apuntaba a las estrellas y la cabeza en forma de lágrima brillaba enrojecida a la luz del fuego. Los vítores fanáticos de la muchedumbre empezaron a amainar y luego se hizo el silencio, aparte del crepitar de las llamas.

¡Iceni! ¡Trinovantes! ¡Escuchadme! Soy Boudica, esposa del difunto Prasutagus, Rey de los Iceni. Soy vuestra reina.

Su voz, aguda pero clara, resonó con facilidad, y Apolonio se unió a la ovación que saludó su presentación. Levantó la mano para calmar a la multitud y continuó. Durante días habéis viajado hasta aquí para uniros a mi causa. *Nuestra* causa. Porque no sólo los icenos han sido empujados más allá de lo soportable por los perros romanos que se hacen llamar nuestros amos y nos tratan como sus esclavos. Lo mismo ocurre con los Trinovantes y casi todas las demás tribus de esta isla nuestra. Nos hemos unido para poner fin al dominio romano de una vez por todas, y seremos libres".

Lanzó la lanza al aire y la multitud prorrumpió en una nueva aclamación. Apolonio blandió el puño en señal de aprobación.

Desde que mis guerreros y yo llegamos aquí, tomamos esta villa y matamos a los romanos que encontramos, muchos miles de vosotros habéis acudido en tropel para uniros a mi estandarte, y con cada victoria se nos unirán muchos más, hasta que tengamos una hueste tal que ningún ejército romano pueda hacernos frente. Y entonces aplastaremos sus legiones, nos apoderaremos de sus estandartes y tomaremos las cabezas de sus comandantes como trofeos. Pero no debemos detenernos en eso, mis queridos seguidores. Debemos matar a cada romano en Britannia, cada hombre, mujer y niño hasta el último infante. ¡Nos revolcaremos en su sangre! Derribaremos sus edificios y deshonraremos las estatuas que han erigido a sus dioses. No descansaremos mientras quede un ladrillo romano sobre otro. Lo quemaremos todo hasta los cimientos y borraremos la mancha de las

indignidades que nos han impuesto, para que dentro de una generación, no sea más que un recuerdo. El recuerdo de un enemigo poderoso que nos puso a prueba y fue vencido por nosotros. Gloria a nuestro pueblo".

El público volvió a vitorear, y ella lo complació esta vez durante más tiempo antes de pedir silencio. Luego bajó la voz para que todos tuvieran que quedarse quietos y en silencio para escuchar las palabras que siguieron.

Debes preguntarte de dónde viene un odio y una determinación como los míos. ¿Por qué, te preguntarás, exigiría Boudica semejante destino para los romanos de nuestras costas, a algunos de los cuales considerábamos amigos? Dejad que os muestre por qué...

Desabrochó el broche de su capa y la dejó caer a sus pies, luego se bajó la túnica hasta dejar al descubierto sus hombros y se giró lentamente para que la multitud pudiera ver las lívidas cicatrices grabadas en su espalda. Se oyeron jadeos y murmullos airados, y luego gritos clamando venganza. Boudica volvió a subirse la túnica y señaló a las dos mujeres. Subieron a la parte trasera del carro y se colocaron detrás de su madre mientras se dirigía a la multitud.

Estas son mis hijas, Bardea y Mérida. Después de azotarme, los soldados romanos violaron a mis hijas, mis propias hijas. Mi carne y mi sangre'.

Boudica esperó a que se calmara el ruido antes de señalar a la multitud y extender el brazo para abrazarlos a todos con su gesto. Si así es como los romanos tratan a la reina y a las princesas de la casa real icena, ninguno de vosotros está a salvo. Ni vuestras familias, ni vuestros animales, ni vuestras tierras. Roma se lo llevaría todo en un santiamén si así lo quisiera. ¿Quién es tan cobarde, tan carente de honor y respeto propio que se sometería a tal destino? Debemos mostrarle a Roma lo que les pasa a los que deshonran a las tribus de Gran Bretaña. Debemos mostrarles el destino que les espera en nuestras manos, tal como se lo mostramos *a estos* romanos.

Señaló las cabezas en los postes que rodeaban el carro. Luego, entregando su lanza a una de sus hijas, apretó con los puños el pelo de la cabeza más cercana, la arrancó del poste y la arrojó al fuego frente al carro. La multitud rugió su aprobación, y luego otra vez para cada una de las otras cabezas que siguieron.

"¡La guerra contra Roma comienza mañana! gritó Boudica. 'Al amanecer marcharemos sobre la colonia de Camulos. Masacraremos a todos los romanos allí. ¡Muerte a Roma! ¡Muerte al emperador!

Repitió el grito una y otra vez hasta que fue recogido por la multitud en un rugido ensordecedor.

Apolonio había oído todo lo que necesitaba oír. Se abrió paso de nuevo entre la multitud y se escabulló hacia el bosque para buscar su

caballo y regresar a Macro con noticias del terrible destino que aguardaba a todos aquellos que se interpusieran en el camino de la ira de Boudica.

CAPÍTULO 28

"¿Miles, dices?" preguntó Ulpius, frotándose el parche del ojo, una vez que Apolonio hubo concluido su informe ante los miembros del senado de la colonia. Macro había escuchado su relato en cuanto Apolonio regresó de su misión después del mediodía, e inmediatamente convocó al senado esa misma tarde.

Al menos cinco mil hombres", respondió el espía. Además de un número similar de mujeres, niños y ancianos. Tenían muchos caballos, carros y carretas para transportar sus provisiones".

Cinco mil", repitió Ulpius, e intercambió miradas con su facción. ¿Cómo podemos estar seguros de que su estimación es exacta? Después de todo, no eres un soldado profesional acostumbrado a calcular la fuerza del enemigo".

Es cierto", concedió Apolonio. Siempre puedes esperar a que lleguen ante las defensas de Camulodunum y hacer tu propia aproximación experta para compararla con la mía".

Macro se aclaró la garganta. Confío en su juicio. No discutamos sobre números, caballeros. Cuatro, cinco o seis mil no hacen la diferencia si se dirigen aquí para tomar la colonia. No tenemos la fuerza para mantener el lugar, por no hablar de derrotarlos en la batalla. Si parten hoy al amanecer, tardarán entre dos y cinco días en alcanzarnos. Dos si envían a sus combatientes por delante y dejan que el resto los alcance. Cinco si van al ritmo del tren de equipaje. En cualquier caso, hay poco tiempo y tenemos que actuar ya".

¿Acción? ¿Qué tipo de acción propones? Preguntó Ulpius. Acabas de decir que no podemos defendernos.

Yo no he dicho eso. Claro que podemos defendernos. La cuestión es, ¿por cuánto tiempo? Las defensas de la colonia aún no están completas, y cualquier trabajo que hagamos en ellas ahora será improvisado. Tenemos que asumir que serán violadas. Cuando eso suceda, podemos volver al complejo del templo. Es un perímetro mucho más pequeño y más fácil de defender. Con suerte podremos mantener el templo lo suficiente para que llegue la ayuda. Habrán notado que Vulpinus no está aquí. Lo envié a la fortaleza de la Novena Legión en Lindum. Seis de las cohortes y algo de caballería están estacionadas allí. Más de tres mil hombres. Más que suficiente para inclinar la balanza a nuestro favor si marchan de inmediato en nuestra ayuda. También he enviado un mensaje a Londinium para pedir al procurador que nos envíe refuerzos, aunque tengo dudas sobre la calidad de sus hombres. Aun así, si pueden llevar casco y empuñar un arma, puede ayudar a desanimar al enemigo. Mientras tanto, debemos

preparar las defensas de inmediato, además de tomar otras medidas".

¿Qué medidas?", preguntó Ulpius.

Macro había elaborado una lista inicial con Apolonio, y ahora indicó al espía que procediera. Habían decidido que, en primer lugar, sería mejor que las malas noticias salieran de otros labios que no fueran los de Macro. Apolonio levantó las tablillas de cera que llevaba y empezó a leer.

En primer lugar, hay que enviar mensajes a todas las villas y granjas de los colonos romanos. Se les debe decir que lleven a Camulodunum las reservas de alimentos que tengan, así como los animales, para el uso de la guarnición durante la duración del asedio. Todo lo que no puedan llevarse de sus propiedades debe ser quemado o echado a perder en . Los pozos se contaminarán con animales muertos y los purines disponibles. Todos los edificios fuera de las defensas de la colonia tendrán que ser arrasados para negar la cobertura al enemigo".

Ulpius negó con la cabeza. No puedes hacer eso. Eso significaría la ruina para muchos de nuestros veteranos. Hemos tardado años en construir nuestras granjas y negocios, y la mayoría acabamos de empezar a obtener beneficios. No podemos decirle a la gente que los abandone sin más'.

Los cultivos pueden volver a plantarse, y los animales que necesiten ser reemplazados pueden comprarse con las reservas de la colonia", replicó Macro. Debemos dificultar al máximo que Boudica y sus seguidores vivan de la tierra. En cualquier caso, no estoy diciendo a la gente que abandone sus propiedades, lo estoy ordenando en nombre del senado de la colonia. Estoy invocando los poderes de emergencia del magistrado superior. Si sobrevivimos a esto, pueden expulsarme si lo desean. Si no sobrevivimos, entonces ninguno de nosotros estará en posición de discutir sobre sutilezas legales. Continúa, Apolonio.

En segundo lugar, todos los hombres, excepto los sanos, deberán evacuar Camulodunum y dirigirse a Londinium mañana al amanecer. Habrá una escolta para la primera mitad del viaje en caso de que el enemigo envíe fuerzas de avanzada. El resto de nosotros permanecerá aquí para defender la colonia. Todos nuestros objetos de valor y todo el grano y el ganado que quepa se asegurarán dentro de los muros del templo. Es muy probable que podamos resistir hasta que la Novena Legión llegue para aplastar al enemigo'.

Los demás hombres se agitaron inquietos mientras Apolonio hablaba. Macro comprendía su preocupación. Significaría trastorno e incomodidad para los evacuados, y muchas despedidas llorosas, pero era un paso necesario para garantizar la seguridad de los no combatientes. También era necesario para que los defensores no se

vieran agobiados por el pánico de los civiles, ni vieran minada su moral por la preocupación por la seguridad de sus familias. Un soldado de necesitaba concentrarse en su trabajo, no distraerse con la presencia de sus seres queridos.

¿Cuántos hombres sanos hay disponibles?", preguntó Ulpius.

He mirado los registros de la colonia. Suponiendo que todos los de las granjas y villas de la periferia regresen a Camulodunum, tenemos algo más de seiscientos veteranos sanos y otros doscientos varones en edad militar. Estos últimos no tienen formación, pero saben empuñar un arma y tendremos que aprovechar el tiempo que tengamos para darles una formación básica. Cuando empiece la lucha, la mayoría de ellos se empleará en llevar y cuidar a los heridos, así como en reponer flechas, hondas y jabalinas, y en cocinar. Sólo los pondremos en acción como último recurso".

Macro hizo una pausa y miró a los senadores de la colonia. La mayoría parecían ansiosos y algunos temerosos. Sin duda esperaban vivir su jubilación en paz.

No tenemos elección, caballeros. La situación es desesperada. Es una pena que se tomara la decisión de ignorar las defensas de la colonia cuando nos reunimos hace unos meses. Hoy habríamos estado en una posición algo mejor. La responsabilidad de ese fracaso es vuestra, y esta es vuestra oportunidad de compensarlo cumpliendo con vuestro deber y obedeciendo mis órdenes hasta que el peligro haya pasado. Si alguno de los presentes no está dispuesto a desempeñar su papel, lo enviaré con los evacuados. No lucharé junto a un hombre que no tiene la integridad de corregir un error que ha cometido. Los que se queden aceptarán mi autoridad absoluta, igual que hicieron cuando eran soldados y juraron obedecer a quienes el emperador, el Senado y el pueblo de Roma pusieran por encima de ellos. Aquellos que no estén dispuestos a hacerlo, que tengan la amabilidad de irse a la mierda de inmediato".

Se intercambiaron algunas miradas, pero ni un solo hombre se movió, hasta que Ulpio se levantó de su asiento y cruzó el suelo de la modesta cámara del Senado para situarse frente a Macro.

Centurión Macro, estoy seguro de que hablo por la mayoría de los demás cuando digo que nos equivocamos. Deberíamos haber hecho caso a tus deseos". Se arrodilló e inclinó la cabeza mientras cogía la mano derecha de Macro según la antigua tradición. Te acepto como mi patrón. Estoy a tus órdenes hasta que me liberes de mi obligación. Lo juro ante Júpiter, el Mejor y el Más Grande, y ante todos los presentes". Soltó la mano de Macro y se levantó rígidamente antes de volver a su asiento.

Nuestras diferencias han quedado zanjadas, hermanos míos -dijo Macro-. Desde ahora y hasta que pase el peligro, volveremos a ser

soldados. No sobrevivimos veinticinco años en las legiones siendo novatos. Somos veteranos. Los mejores de nuestra especie. Habrá poco descanso para nosotros en los próximos días. Pero cuando estemos listos, les mostraremos a esos bárbaros lo que los verdaderos guerreros pueden hacer. Por ahora, vayan a despedirse de sus familias y prepárenlos para partir a Londinium al amanecer. Apolonio les traerá sus órdenes individuales esta noche". Se levantó y adoptó su voz de desfile. "¡Rompan filas!

No puedes hacerme esto', protestó Petronella. No me iré. No te abandonaré".

Macro la rodeó con el brazo y tiró de ella mientras se sentaban en su banco favorito del jardín. No puedes quedarte aquí, mi amor", le dijo con dulzura. He dado orden de evacuar a todos los veteranos dependientes. No puedo hacer una excepción contigo. Ojalá pudiera, pero no es posible. Debo predicar con el ejemplo o los hombres cuestionarán mi autoridad, y si eso ocurre, estamos perdidos. ¿Me entiendes?

Claro que sí. No soy estúpida. Sabía lo que hacía cuando me casé con un soldado, y con un centurión. Viví con el miedo de que te fueras a la guerra y no volvieras. Me endurecí ante eso". Se inclinó hacia él. Es que , cuando dejaste el ejército, creí que ya no tenía motivos para preocuparme, que podíamos vivir en paz. Por supuesto, tal y como resultaron las cosas, fui una maldita tonta al pensar eso".

Macro se rió. Puedes sacar al hombre del ejército, pero nunca al ejército del hombre, mi amor. Así son las cosas. En cuanto a lo que está sucediendo ahora, yo no lo pedí. No es culpa mía".

En cuanto las palabras salieron de su boca, hizo una mueca. Petronella se volvió hacia él con expresión triste. No era necesario que se dijeran nada. ¿De qué servirían ahora las recriminaciones? Macro había hecho lo correcto en el calor del momento y esperaba que una buena acción se viera recompensada por un resultado virtuoso. Como si la moral fuera el mecanismo que mueve los acontecimientos de la vida. En lugar de eso, había desencadenado un mal mayor, y muchos miles podrían morir como resultado de ello. Incluido él mismo. Podía aceptar su propia muerte, pero las de tantos otros pesaban insoportablemente sobre su conciencia. Había resuelto servir en su papel actual con toda su fuerza y valor para obtener una pequeña absolución por su error al liberar a Boudica y sus hijas.

Besó a su mujer en la frente. "Siento mucho haber provocado esto".

Ella suspiró. ¿Qué otra cosa podrías haber hecho, Macro? Eres un buen hombre. No esperaba menos de ti".

Gracias', respondió. Por todo. Por los años que hemos pasado juntos, y por los que aún esperamos pasar. Ahora empaca algunas cosas para ti y Parvus'.

Ella asintió. Una vez hecho esto, iré a ayudar a Claudia y Lucius. El pobre ácaro ha tenido mucho que soportar desde que nació'.

Lo sé. ¿Qué mejor razón para sacarlo de aquí? Cuando llegues a Londinium, ve al Dog and Deer. Mi madre te acogerá hasta que acabe la rebelión. Trata de no discutir demasiado mucho, ¿eh? Ya hay suficientes problemas en el mundo ahora mismo como para añadir más'.

Petronella le apretó la mano cariñosamente y preguntó: "¿Qué crees que pasará? Sé sincero conmigo'.

Macro consideró por un momento las piezas en juego antes de responder en tono práctico. Todo depende del momento. Si los refuerzos de Lindum y Londinium llegan a la colonia antes de que lo haga la fuerza de Boudica, Camulodunum estará a salvo y, con toda probabilidad, sus guerreros serán derrotados. Su hueste se dispersará y regresará a sus hogares y habrá un precio que pagar una vez que el gobernador regrese para tratar con las tribus que decidieron seguirla".

¿Qué le pasará?

Si sobrevive a la batalla, será perseguida y capturada. Si tiene suerte, ella y sus hijas vivirán sus días en Roma como prisioneras privilegiadas, como Carataco. Si el emperador tiene apetito de venganza, serán convertidas en un espectáculo y arrastradas por las calles de Roma antes de ser ejecutadas".

Petronella digirió los posibles destinos y sacudió la cabeza con tristeza. Me gustaba y la admiraba, ¿sabe? No desearía que acabara con su vida de ninguna de las maneras".

Lo sé. Siento lo mismo. Le presenté las opciones que podía elegir cuando la liberé. Ella eligió la guerra, y debemos vivir con las consecuencias de nuestras acciones, ella y yo por igual". Suspiró, retiró el brazo de los hombros de su esposa y se levantó. No queda mucho tiempo. Ve a hacer las maletas. Luego tendremos una buena cena, beberemos el último de mis mejores vinos y nos iremos a la cama.

Petronella se obligó a sonreír. Realmente sabes cómo hacer pasar un buen rato a una chica, Centurión Macro'.

Sonrió. "¿No es cierto?

Macro estaba sentado junto a la ventana de su estudio, aprovechando la última luz del día mientras elaboraba la lista de oficiales que había elegido para dirigir a los veteranos. No faltaban en la colonia antiguos centuriones y optios, así como dos antiguos centuriones de primera lanza, los más veteranos y respetados de su rango.

Con seiscientos hombres experimentados a su disposición, los dividió en seis centurias reforzadas. Los hombres más veteranos, bajo el mando de Ulpius, fueron asignados al complejo del templo desde el principio. Estarían disponibles como reserva, o para cubrir la retirada

de sus compañeros si el enemigo rompía las defensas exteriores de la colonia. Otra de las centurias, comandada por un veterano de nombre Tertillius, sería asignada a la muralla oriental ya terminada, mientras que tres más se encargarían de la muralla inacabada y de las defensas que pudieran instalarse para cubrir el hueco entre el tramo restaurado de muralla y foso y el río al norte. Los doscientos jóvenes y hombres inexpertos estarían al mando de un optio y un cirujano retirado del ejército y se encargarían de atender a las bajas y llevar las raciones, además de otras tareas no relacionadas con el combate. Sólo serían llamados a combatir en las circunstancias más desesperadas.

La última centuria estaría comandada por el propio Macro. Cuarenta de sus hombres irían montados en los mejores caballos que pudieran encontrarse en la colonia. Los dirigiría un antiguo decurión de exploradores llamado Silvanus, un hombre calvo con una cuidada barba blanca y un físico de sobra. A pesar de sus sesenta años, era un buen jinete y la elección obvia para el puesto. Su primera tarea consistiría en llevar a la mitad de sus hombres a recorrer las granjas y villas de los alrededores y ordenar a sus propietarios que se unieran a los defensores en Camulodunum, enviando a sus familias a Londinium con los demás. Los sesenta hombres a pie, junto con Macro y Apollonius, se situarían detrás de la muralla, listos para contrarrestar cualquier intento enemigo de afianzarse en cualquiera de las dos murallas.

Estaba dando los últimos toques a la cadena de mando cuando oyó pasos detrás de él. Se giró para ver a Parvus mirándole con expresión dolida, y pudo adivinar fácilmente la causa.

Te vas a Londinium con Petronella. Lo he decidido.

¡Nnnn! Parvus apretó los puños y sacudió la cabeza. Nai ganó. ¡Nai nay hi!

Lo harás, y no te quedarás aquí". Macro se giró para mirar al chico. Te tendría a mi lado sin pensarlo si tuvieras cuatro años más. Ya llegará tu hora, muchacho. Pero éste no es tu momento".

Parvus emitió una protesta gutural y señaló con el dedo el suelo con furia.

No voy a discutir contigo sobre eso. Mi decisión está tomada y tú tienes tus órdenes. Sé que quieres ser un soldado algún día, Parvus'.

El chico asintió.

Muy bien, entonces déjame decirte lo que se necesita para ser un buen soldado". Macro contó las cualidades con los dedos. Valor, fuerza, entrenamiento y disciplina. No dudo de que posees las dos primeras, y sé que te dedicarás a tu entrenamiento. Queda la disciplina. Un buen soldado obedece órdenes. ¿Quieres ser un buen soldado, Parvus?

El joven asintió con cautela, intuyendo hacia dónde se dirigía la

discusión.

Entonces te doy una orden. Irás con Petronella y la protegerás con tu vida. ¿Entendido? Te pido que mantengas a salvo a mi esposa mientras yo no esté para cuidarla. ¿Puedo confiar en que lo harás?

Parvus parecía indeciso, pero al final asintió a regañadientes.

"¡Buen hombre! Macro sonrió y le cogió de los hombros. Si hubiera sido bendecido con un hijo, querría que fuera como tú. Estaría tan orgulloso de él como lo estoy de ti".

El muchacho enrojeció de vergüenza y esbozó una tímida sonrisa.

Así está mejor. Ahora ve y ayuda a Petronella. Y reúne al perro. Cato lo querrá de vuelta cuando todo esto termine'.

Parvus salió de la habitación y Macro lo siguió con la mirada durante un momento, al darse cuenta del cariño que le había cogido al niño mudo y de lo mucho que anhelaba tener un hijo propio. Si sobrevivía al asedio, hablaría con su esposa sobre la adopción formal de Parvus.

Si sobrevivía... Macro sacudió la cabeza. No debía permitirse pensar así. Los hombres estarían pendientes de él, y no debía dar ninguna señal de que la derrota era posible. Él mismo debía creerlo si quería hacer honor a la responsabilidad que la situación le había impuesto.

A la mañana siguiente, el sol salió entre una fina niebla, con el aspecto de un disco opaco de bronce caliente en medio de la blancura lechosa que envolvía la colonia y el paisaje circundante. El mercado de Camulodunum se llenó de gente mientras los hombres que quedaban para defender sus hogares se despedían de sus esposas y familias. Algunas mujeres y niños lloraban y recibían tiernas palabras de consuelo. Macro sabía que muchos de los defensores derramarían sus propias lágrimas cuando estuvieran solos.

Caminó hacia el mercado de la mano de Petronella y llevando su pequeña mochila con comida para el viaje. Parvus les acompañaba, vistiendo una versión recortada de una de las viejas capas militares de Macro y sujetando la correa de Cassius con una mano mientras el perro caminaba delante de él. Con la otra mano guiaba una mula que llevaba en su yugo una tienda de campaña, ropa de repuesto y pienso.

La otra mitad del contingente montado esperaba al final de la calle que conducía a la puerta de Londinium, y el optio al mando saludó a Macro al verlo acercarse.

Listo para partir, señor.

Muy bien, Caldonius. Ve con ellos durante las primeras treinta millas, y luego da media vuelta y regresa aquí tan rápido como puedas. Si el enemigo ya ha rodeado la colonia, ir a Londinium e informar al procurador. Nada de heroísmos. No quiero que intentes abrirte paso luchando hasta nosotros. ¿Entendido?

Sí, señor.

Llévalos entonces.

El optio volvió con sus hombres y montó antes de llamar a través del mercado: "Partimos hacia Londinium. Despedíos por última vez".

Macro maldijo al hombre en voz baja por su grosera elección de palabras. Luego abrazó a Petronella y se estrecharon con fuerza.

Gracias por elegirme', dijo Macro. Eres la mujer que siempre quise'.

Lo abrazó con más fuerza y le habló suavemente al oído. Un simple "te quiero" habría bastado. Si sigues vivo, escúchame. O me enfadaré contigo".

Le besó en el cuello, luego se apartó y le quitó la mochila. Macro se volvió hacia Parvus, y el chico se abalanzó de repente sobre él y lo abrazó. Macro se sorprendió por un instante y luego lo abrazó.

'Cuídate, muchacho. Te veré más tarde'.

Se separaron y Macro adoptó una postura y un tono formales al dirigirse al muchacho. Ya tienes tus órdenes. Asegúrate de cumplirlas como un buen soldado". Saludó, y Parvus sonrió complacido antes de coger las riendas de la mula y la correa de Cassius.

Petronella se quedó quieta.

Tienes que ir ahora", dijo Macro. Tienes que ir primero para dar ejemplo. Los demás te seguirán. Ve, mi amor'.

Se dirigió hacia los jinetes, con Parvus, el perro y la mula. Le siguieron más mujeres y niños. Macro esperó hasta que su mujer y el niño se disolvieron en la niebla. Otras figuras se desvanecieron tras ellos. Miró a los hombres que los veían partir y sintió su dolor. Entonces vio acercarse a Apolonio con Claudia y Lucio a su lado y saludó con la mano. Claudia llevaba una honda sobre un hombro y una gran bolsa colgada de una correa en el otro.

"Buena suerte, Macro", dijo. Que los dioses te protejan'.

Estaremos bien. Asegúrate de darle mis saludos a Cato la próxima vez que lo veas'.

'Puedes hacerlo tú mismo cuando llegue el momento'.

Lo haré". Macro sonrió. Hasta entonces.

Ella asintió, y una mirada de comprensión pasó entre ellos antes de que Macro se pusiera en cuclillas frente a Lucius.

"Recuerda, muchacho. Mantén la punta de tu espada hacia arriba'.

Lucius sonrió. Seguiré practicando cuando estemos en Londinium. Ya verás cómo mejoro cuando volvamos, tío Macro".

Lo espero con impaciencia". Le revolvió el pelo con cariño antes de levantarse.

Y no te olvides de trabajar en tu retórica", dijo Apolonio. Te pondré a prueba cuando reanudemos nuestras clases".

Claudia puso la mano en el hombro de Lucius. Vamos, alcancemos a Petronella y Parvus. Te echo una carrera".

Lucius saludó a Macro con la mano y salió corriendo con Claudia

intentando seguirle.

Durante un momento, los dos hombres observaron la columna de evacuados que se alejaba, luego Macro tosió y se aclaró la garganta. Al menos estarán a salvo en Londinium. Ahora estamos solos. Pongamos a los hombres a trabajar".

Durante el resto del día, los veteranos y los demás hombres se afanaron en excavar el último tramo de la zanja exterior y apilar los escombros para formar una muralla. Primero hubo que demoler dos casas y una panadería construidas sobre el foso, y el propietario fue el primero en golpear con su hacha los muros de adobe antes de lanzarse en tromba a destruir su casa y su negocio antes de dejar que la colonia cayera en manos de los rebeldes. Otro grupo comenzó a derribar los edificios situados fuera de las defensas. Ulpius dirigió el grupo que trabajaba en la muralla, compactando la tierra en los cimientos de troncos mientras aumentaban la altura antes de erigir una empalizada de madera. Se clavaron estacas afiladas en la muralla, en ángulo hacia abajo, como un obstáculo más para los atacantes. Se clavaron más estacas en las orillas y los cauces de los ríos que discurrían al norte y al sur de la colonia.

Mientras tanto, Apolonio organizaba las defensas del complejo del templo, levantando la muralla y construyendo una plataforma de combate que rodeaba el interior, mientras Macro se hacía cargo de un grupo de hombres que trabajaban en un cordón de "lirios" más allá del foso: fosos de medio metro de profundidad con pinchos en el fondo, que luego se cubrían con una celosía de ramas, hojas y tierra suelta para ocultar la trampa. Hubiera preferido utilizar calzadores, pero todas las existencias de la provincia de este artefacto habían sido reclamadas por el ejército que hacía campaña en las montañas.

Al anochecer, se oyó un grito desde lo alto de la garita.

El vigía apuntó con su lanza para indicar la dirección exacta.

"¿Son Silvanus y sus hombres?", preguntó Macro.

No sabría decirle, señor.

Corrió hacia la puerta, subió por las escaleras interiores y se dirigió a la almena. En efecto, a unos tres kilómetros de distancia, una línea de jinetes se extendía a lo largo de una cresta baja que dominaba los accesos a Camulodunum. Un momento después, un grupo de carros apareció a la vista y ya no hubo ninguna duda sobre su identidad. Apolonio subió y se unió a él.

"Más carros", comentó el espía. Yo sólo vi el de la villa de Faustinus. Los icenos nos los han estado ocultando, junto con muchas otras armas, sin duda".

Macro asintió. Esperaba más tiempo'.

Miró a lo largo de la muralla y vio que aún quedaban más de treinta metros de terraplén por completar.

'Todavía hay tiempo para terminar la muralla si ese lote es un grupo de exploración.'

"Más bien muchos de ellos para eso", respondió Apolonio. ¿Y si son la vanguardia de la hueste rebelde de Boudica? Silvanus va a quedar aislado".

"Si todavía está vivo, espero que tenga el sentido común de ir a Londinium.

Los dos hombres miraron fijamente al lejano enemigo durante un momento antes de que Macro tomara una decisión. La muralla era la prioridad. Se llevó una mano a la boca y pidió a su grupo de trabajo que terminaran los lirios en los que estaban trabajando y luego retrocedieran a través de la garita. Luego se volvió hacia el espía. Pon a tus hombres a trabajar. No podemos permitirnos descansar hasta que el trabajo esté hecho'.

En las últimas horas del día, la muralla avanzaba lentamente hacia el reducto que se estaba construyendo en la orilla del río. Mientras tanto, se levantaban barricadas entre los almacenes del muelle para proteger la orilla norte. El resto de las estacas afiladas se clavaron en los lechos del río a ambos lados de la colonia. Macro permaneció en la torre, observando a los jinetes y los carros mientras recorrían las defensas de la colonia, deteniéndose regularmente para inspeccionar ciertos elementos.

Al ponerse el sol, cualquier esperanza de que la pequeña fuerza enemiga no fuera más que un grupo de exploración se desvaneció cuando más jinetes y carros -cientos de ellos-aparecieron en la cresta al norte antes de extenderse por el terreno abierto de cultivos y pastos mientras se acercaban a Camulodunum. Detrás de ellos marchaba una enorme hilera de bandas de guerreros, carros tirados por bueyes y grupos de mujeres y niños. A medida que oscurecía, seguían llegando. Uno a uno, los rebeldes encendieron sus hogueras, hasta que un mar de brillantes llamas rojas se extendió por un frente de al menos tres kilómetros, hasta la cresta. Los veteranos que no trabajaban en las defensas contemplaban horrorizados la extensión de la hueste enemiga, pues nunca habían imaginado que los icenos y los trinovantes pudieran alcanzar tal fuerza. Ahora eran al menos el doble de los que Apolonio había visto pocos días antes.

Macro ordenó que se encendieran braseros para iluminar el trabajo en las murallas mientras sus hombres se apresuraban a completar las defensas. Poco después, una lluvia de flechas y hondas azotó la zona y varios hombres fueron abatidos antes de que pudieran saltar la muralla a medio terminar para refugiarse detrás de ella. Cuando se apagaron las llamas de los braseros, Macro envió a los hombres a trabajar al amparo de la oscuridad, pero el enemigo seguía lanzando andanadas esporádicas cada vez que oía el ruido de las piquetas, y

hubo que abandonar la obra. En su lugar, durante la noche se preparó una muralla interior baja con los carros y carretas que quedaban en la colonia, alineados con maderos clavados entre las ruedas para bloquear los huecos bajo los vehículos. Mientras los defensores trabajaban, podían oír los cantos y las risas de los rebeldes más allá del río.

Cuando las defensas estuvieron todo lo listas que podían estar, Macro hizo que dos de sus centurias se mantuvieran en pie mientras los demás comían y descansaban.

Apolonio fue a buscarle y le informó de los progresos de las defensas del complejo del templo. "Tan bueno como puede ser, dados los materiales que teníamos a mano.

'Esperemos que podamos mantenerlos fuera'.

"¿Crees que van a romper las defensas exteriores?

Dados sus números, están obligados a hacerlo. Una vez que nos vemos obligados a retroceder hasta el templo, nuestra única esperanza es que podamos mantenerlos a raya hasta que llegue la Novena Legión. Podemos descartar cualquier idea de ayuda de Londinium ahora. Significa que perderemos casi toda la colonia. Se llevarán todo lo que puedan cargar y quemarán el resto hasta los cimientos'.

¿Cuántos días faltan para que llegue la fuerza de socorro?

Macro se tomó un momento para calcular antes de responder. Seis días como muy pronto".

Apolonio se lo pensó antes de echar un vistazo a la torre. Esperó a que el vigía se alejara del alcance de sus oídos. ¿Podremos aguantar tanto?

Esperemos que sí. No estoy seguro de poder enfrentarme a Petronella si no lo hacemos'.

Compartieron una risita antes de que Apolonio preguntara: "¿Cuándo crees que atacarán? ¿Esta noche?

Lo dudo. Han estado en marcha todo el día. Boudica y sus jefes de guerra querrán descansar a sus guerreros antes de enviarlos a la batalla". Macro miró hacia las hogueras. Esperarán a que amanezca. Debemos tener a todos nuestros hombres en posición cuando llegue el ataque. Al amanecer'.

CAPÍTULO 29

Había una espesa niebla cuando el primer rayo de luz del día se extendió por el horizonte oriental a la mañana siguiente. La aproximación del enemigo fue delatada por un vuelo de gansos alborotados que alzaron el vuelo en sonora protesta. Los defensores de la colonia llevaban en pie desde una hora antes del amanecer. Sus mantos y armaduras relucían con el rocío mientras sostenían la empalizada con sus escudos y un surtido de jabalinas, arcos de caza y lanzas.

A lo largo de las murallas se habían colocado montones de sílex procedentes de las obras de construcción del templo. Las piedras más pesadas causaban heridas por aplastamiento, mientras que los afilados bordes de los sílex que se habían partido abrían la carne de un hombre. Dos centurias se encontraban en las defensas occidentales, con otras dos custodiando las orillas del río y una quinta en las defensas orientales, que se habían completado y tenían algo más de dos tercios de la longitud de la muralla opuesta. La centuria de Macro se mantuvo en reserva detrás de la garita mientras él esperaba en la torre con Apolonio y una sección de hombres armados con arcos. En la parte trasera de la torre había cestas con montones de flechas. Uno de los veteranos había proporcionado al espía un casco y una armadura de repuesto, y otro le había dado un escudo y una espada. La estrecha cresta de un optio se alzaba sobre su casco.

Cuando los gansos dieron la voz de alarma, Macro se llevó las manos a la boca y gritó a través de las defensas: "¡Ya vienen!".

Los primeros rebeldes aparecieron como figuras espectrales que surgían de la niebla. Cuando se acercaron a las defensas, Macro vio que iban armados con hondas y arcos, y avisó a los hombres de la empalizada. "¡A cubierto!

El enemigo se detuvo a cincuenta pasos de la zanja y soltó sus proyectiles, que un instante después se estrellaron contra los maderos de la empalizada, astillándose pero sin penetrar en la madera. Los veteranos se agacharon detrás de sus escudos para protegerse mejor mientras continuaba el estruendo de los impactos. Muchos de los proyectiles rebotaron y se estrellaron contra el tejado de los edificios situados detrás, o se estrellaron contra las tejas, destrozando algunas. En la torre, uno de los arqueros hizo ademán de levantarse y disparar.

"¡No! le espetó Macro. Guárdalo para el asalto'.

El veterano asintió y retrocedió dos pasos.

De vez en cuando, Macro se arriesgaba a echar un rápido vistazo y veía que el enemigo mantenía su posición mientras continuaba el

bombardeo. Detrás de ellos, una sólida formación de guerreros emergía de la niebla, acompañada por los gritos de sus líderes, que les urgían a seguir adelante antes de que sus hombres corearan sus diversos gritos de batalla. Por encima de ellos, sus estandartes colgaban sin fuerza en el aire inmóvil. A medida que se acercaban a las defensas, un cuerno de guerra emitió una nota fuerte y plana que se propagó claramente por el campo de batalla. Los arqueros y honderos soltaron sus últimos disparos y luego trotaron hacia los flancos, fuera de la trayectoria de la fuerza de asalto.

Macro se puso en pie cautelosamente y miró a un lado y a otro para asegurarse de que ninguna de las tropas de misiles le apuntaba. Tranquilo, se volvió hacia los arqueros de la torre. Preparaos. Aseguraos de que cada disparo derriba a uno de esos bastardos".

Se inclinó hacia el lado que daba a la muralla. "¡En pie!

Sonó una segunda nota y se oyó un profundo rugido de miles de voces cuando los rebeldes se lanzaron hacia delante y luego rompieron a correr hacia las defensas. En el extremo derecho de la línea romana, junto al río, cuarenta hombres se apresuraron a subir a la sección incompleta de la muralla, unos dos metros más baja que el resto, y se prepararon para defender el terreno.

Apolonio observaba la carga enemiga con una sonrisa siniestra. Será interesante ver qué pasa cuando... ¡Ah! Allá vamos.

Decenas de rebeldes, más ágiles de pies que sus camaradas, se habían adelantado al cuerpo principal, y ahora uno de ellos había atravesado la pantalla camuflada sobre un lirio y tropezado con una estaca afilada que le ensartó el muslo. Lanzó un aullido de agonía que pudo oírse en la torre. Más hombres se estrellaron contra las cubiertas; la mayoría estaban lo bastante heridos como para quedar fuera de combate, aunque las heridas no fueran mortales. Los arqueros de la torre empezaron a lanzar sus flechas contra los enemigos más cercanos, a los que se unieron los que llevaban arcos a lo largo de la empalizada, y muy pronto se cobraron víctimas entre los rebeldes, sobre todo entre los que llevaban poca o ninguna armadura. Los cuerpos empezaron a caer a lo largo del frente de la carga enemiga mientras corrían hacia el foso, sin prestar atención a los que caían víctimas de los lirios y los proyectiles de los defensores.

Los primeros rebeldes alcanzaron el borde de la zanja y se lanzaron por la pendiente antes de trepar por la cuesta más empinada bajo la muralla. Por encima de ellos, los veteranos lanzaban sus jabalinas contra las compactas filas. Otros lanzaban pedernales, aplastando y destrozando huesos y desgarrando sangrientos tajos en la carne de sus víctimas. Macro vio a los rebeldes trepar hasta las estacas inclinadas y luchar por desalojarlas antes de darse por vencidos e intentar atravesarlas y pasar por encima de ellas, todo el tiempo expuestos a

las flechas y piedras de los veteranos. Decenas de ellos caían a lo largo de la zanja para yacer en el fondo mientras sus compañeros de los pisaban y les pasaban por encima para llegar hasta los romanos.

Entonces se dio cuenta de que los haces de palos atados eran llevados hacia delante y amontonados en las zanjas en tres lugares, enterrando vivos a algunos de los heridos rebeldes. Fascinación tras fascinación, los enemigos fueron construyendo rampas hasta las estacas puntiagudas, que pronto pudieron cortar con hachas o excavar para crear huecos por los que escalar la muralla y llegar a la empalizada. Comenzó la lucha hombre a hombre, con veteranos y rebeldes intercambiando golpes y bloqueándolos con escudos. Fue una lucha desigual, ya que los defensores tenían la ventaja de la altura y no se veían limitados por tener que agarrarse a la empalizada mientras intentaban luchar. Los rebeldes fueron derribados uno tras otro y cayeron sobre sus compañeros que se agolpaban en las toscas rampas. Mientras tanto, las piedras y las flechas de los veteranos derribaban a los que se encontraban al otro lado del foso.

Por los dioses, no hay duda de su valor", comentó Apolonio mientras presenciaba la carnicería. "¿Cuánto más de esto pueden soportar?

Macro no respondió. Había visto que se avecinaban problemas en el extremo de la línea, donde la muralla incompleta estaba más baja. Los rebeldes habían colocado allí la mayoría de sus fascinas y se enfrentaban a los defensores en condiciones más igualitarias. Le dio una palmada en la espalda al espía. Ven conmigo.

Se apresuraron a bajar la escalera y recogieron sus escudos de donde los habían dejado dentro de la puerta de la garita fortificada. Corriendo detrás de la muralla hacia la centuria que se mantenía en reserva, Macro se detuvo ante el oficial al mando, un hombre de piel oscura procedente de Mauretania.

'Balbanus, tus hombres son necesarios para apoyar a la derecha. Sígueme.

Con Macro y Apolonio a la cabeza, la centuria giró y avanzó al trote hacia el tramo inacabado de la muralla , subiendo por la pendiente interior para unirse a sus camaradas y evitar que la línea se doblara. Los primeros rebeldes ya se habían abierto paso hasta la pasarela y luchaban como maníacos mientras intentaban desalojar a los defensores. Varios de los veteranos habían sido heridos y retrocedían o se arrastraban por el muro hacia la seguridad de los carros que formaban la línea interior. Cuatro más yacían muertos en la ladera.

Macro rodeó la línea de batalla hasta acercarse al pequeño reducto donde los arqueros mantenían una lluvia constante de flechas sobre los atacantes más allá del foso. Entonces se abrió paso hacia el

combate con Apolonio a su lado.

¡Háganlos retroceder, muchachos! Camulodunum es nuestro hogar. ¡No les den ni un centímetro!

Un guerrero bajo y regordete, con la cabeza rapada y los ojos desorbitados, surgió de la zanja y se dirigió hacia él blandiendo una larga espada celta. Lanzó un tajo a los pies de Macro, que apenas consiguió apoyar su escudo a tiempo para bloquear el golpe, que abolló la guarnición. Cuando el guerrero desenvainó la espada para asestar un segundo golpe, Macro levantó el escudo y lo golpeó con la parte inferior en la cara del rebelde, haciéndole retroceder hacia sus camaradas y llevándose por delante a otro hombre.

¡Ja! se regocijó Macro mientras retiraba su escudo y preparaba su espada. A su derecha, Apolonio se batía en duelo con un lancero que intentaba sin éxito atravesar el escudo del espía.

Deja de jugar con ese cabrón", gruñó Macro.

La siguiente vez que el rebelde clavó su lanza, el espía pisó el asta y luego se agachó y asestó un hachazo en el codo del hombre, cortando profundamente y obligándole a soltar su arma y deslizarse hacia atrás por el muro. Apolonio envainó la espada y cogió la lanza, dándole la vuelta y arrojándola a la masa de rebeldes que había más allá del foso. Luego desenvainó de nuevo su espada, listo para enfrentarse al siguiente rebelde que trepara hacia él.

La línea romana reforzada resistía. Por más que lo intentaban, el enemigo no podía desalojarlos, y cada vez sufrían más bajas. La niebla se disipaba y casi había desaparecido desde la aparición de los primeros enemigos, y Macro pudo ver un puñado de carros en una pequeña loma a doscientos pasos por detrás de la fuerza atacante. Incluso pudo distinguir la cabellera pelirroja de la mujer del carro del centro mientras observaba el ataque detenido. Los cuernos de guerra del enemigo hicieron sonar tres notas y la hueste comenzó a retroceder. A lo largo de la muralla y el foso, los rebeldes se retiraron, retrocedieron y se apresuraron a alejarse, ansiosos por salir del alcance de los arqueros romanos, que lograron alcanzar al menos a otros veinte antes de que cesaran de disparar.

Macro y los que estaban a su alrededor se mantuvieron firmes, con el pecho hinchado y las espadas en alto durante un momento más. Entonces Macro deslizó su espada en la vaina y bajó el escudo antes de recuperar el aliento y volverse para mirar a Apolonio.

'Primer asalto para nosotros. ¡Balbanus!

"¿Señor?", llamó el centurión desde más allá de la muralla parcialmente terminada.

Lleve a sus hombres a la posición de reserva y pase lista. Infórmame de tus pérdidas.

A medida que los hombres se alejaban, Macro vio que los

defensores originales de este tramo de las defensas habían perdido quizás un tercio de su número. No podían esperar resistir si se producía otro ataque. Balbanus tendría que renunciar a la mitad de sus hombres para apoyarlos y, de un plumazo, la unidad de reserva de Macro se vería gravemente mermada. Era un pensamiento siniestro. Se dirigió a lo largo de la muralla, alabando y animando en voz baja a los veteranos y anotando sus bajas a medida que avanzaba. Cuando regresó a la torre sobre la garita, ya tenía la cuenta de la carnicería: dieciocho muertos y otros treinta heridos, la mayoría de los cuales, , podrían regresar a sus unidades una vez tratadas sus heridas en el puesto de socorro instalado en una hilera de tiendas cercanas.

¿Cuál crees que será su próximo movimiento?", preguntó Apolonio mientras miraban a través de los cuerpos esparcidos por el suelo a los guerreros enemigos reunidos frente a los carros.

Dudo que se arriesguen a otro asalto frontal como ese ahora que han aprendido que apresurarnos no va a funcionar". Macro echó un vistazo a la colonia y sus defensas. Si yo estuviera en el lugar de Boudica, intentaría un ataque en un frente mucho más estrecho. Probablemente la sección débil de la muralla. Ahí es donde estaba su mejor oportunidad la última vez. Pero pueden ver la línea interior de defensas desde el otro lado del río, así que tendrán que tenerlo en cuenta. La muralla oriental es una propuesta mucho más difícil".

'¿Y si atacan en dos lugares al mismo tiempo?' preguntó Apolonio. 'No podemos reforzar ambos'.

A eso iba", dijo Macro secamente. Lo más probable es que ese sea su próximo movimiento. Y si son listos, esperarán a que anochezca para intentarlo, de modo que no sabremos cómo están equilibradas sus fuerzas y no podremos saber si alguno de los dos ataques es una finta. Mientras tanto, seguimos trabajando en la muralla. Si quieren intentar hostigarnos, tendrán que enfrentarse a nuestros arqueros. El único otro peligro es un ataque al otro lado del río, pero no veo ninguna señal de que se estén preparando balsas por allí". Señaló hacia el vasto campamento rebelde. Los miles de no combatientes que se habían alineado en la suave pendiente que subía desde la orilla más alejada del río empezaban a alejarse, regresando a sus parcelas.

No es un río tan ancho", observó Apolonio.

'Por eso hemos apostado el lecho y la orilla de nuestro lado y tenemos hombres vigilándolo. Si vienen con fuerza, volveré a desplegar suficientes tropas para hacerles frente. Serán blancos fáciles para nuestros arqueros. Así no podrán superar nuestras defensas".

Espero que tengas razón", dijo Apolonio dubitativo. Me parece que tenemos muy pocos hombres para defender un perímetro tan largo, aunque sea más pequeño que el de la fortaleza original".

Macro asintió.

'Hay casi seis mil hombres en una legión, todos en la flor de la vida. Nosotros tenemos una décima parte de ese número, la mayoría en la cincuentena. Sin faltar al respeto a los veteranos como tú, Macro, pero la situación no me parece muy esperanzadora. Sería mejor que volviéramos al templo y defendiéramos eso'.

No renunciaré al resto de la colonia sin luchar", dijo Macro con firmeza. Aquí hay un problema de moral. Cualquier terreno que cedamos minará el espíritu de nuestros muchachos y aumentará el de los rebeldes. Por ahora, nos quedamos donde estamos. Les hemos demostrado que podemos resistir. Han perdido doscientos, tal vez trescientos. Va a haber mucho duelo al otro lado del río cuando los caídos no vuelvan a sus hogueras esta noche'.

Pero no lo suficiente como para convencerles de que se rindan y vuelvan a casa, ¿eh?

No. Macro dirigió su mirada hacia Boudica y vio que estaba reunida con un pequeño grupo de sus guerreros. Presumiblemente, los caudillos principales de las dos tribus que formaban su hueste. Creo que la entiendo lo suficiente como para saber que no se la puede convencer de que abandone su objetivo. No descansará hasta que haya barrido a todos los romanos de estas costas, o perezca en el intento".

Durante el resto del día no hubo más intentos de asalto a la colonia. A mediodía, una gran fuerza de hombres a pie cruzó el río por un vado a una milla más o menos río arriba y marchó alrededor de Camulodunum para tomar una posición frente a la muralla oriental. Macro se vio obligado a transferir hombres para reforzar la nueva amenaza en caso de que el siguiente ataque se realizara desde ambos lados simultáneamente. Otro grupo de rebeldes se dispuso a recuperar a los muertos y heridos del primer ataque, y Macro ordenó a sus arqueros que no dispararan contra ellos a menos que se aventuraran hasta el foso. Mientras tanto, un grupo de veteranos seguía levantando la sección inacabada de la muralla occidental, construyendo el armazón de madera y rellenándolo con tierra y piedras. En otros lugares, los hombres de cada centuria se turnaban para mantenerse en pie, mientras sus camaradas descansaban y comían detrás de la muralla.

Al anochecer, Macro recorrió las defensas y se alegró de ver que los veteranos estaban de buen humor. Terminó subiendo de nuevo a lo alto de la garita y escrutando las posiciones enemigas junto a Apolonio. A medida que la luz empezaba a extinguirse, las dos fuerzas situadas frente a las murallas de la ciudad recibieron alimentos del otro lado del río, transportados en pesados carros tirados por bueyes. Las partidas de forrajeo recorrían el bosque y los edificios más cercanos fuera de la colonia en busca de comida, botín y leña para las hogueras. El grueso de la hueste rebelde permaneció en la orilla

opuesta del río, instalándose para pasar la segunda noche del asedio. Ocasionalmente se oían golpes de hacha procedentes de un pequeño bosque situado al noreste.

"Me sorprende que no hayan atacado de nuevo", dijo Apolonio. ¿Crees que pretenden matarnos de hambre para que nos rindamos? Después de todo, ahora estamos aislados por todos lados".

Lo dudo. Boudica tiene demasiadas bocas que alimentar. Los rebeldes no podrán vivir de la tierra más que unos días. A menos que hayan conseguido preparar una base de suministros y un medio para reabastecerse -que dudo que lo hayan hecho-necesitarán nuestros suministros. Podrían intentar un ataque nocturno. Probablemente desde ambas direcciones a la vez. Nuestros vigías tendrán que estar alerta, sobre todo en las últimas horas antes del amanecer. La iniciativa es del enemigo. No podemos saber cuándo llegarán , así que nos dejarán guisar durante la noche mientras ellos descansan a sus hombres. Puede que incluso se produzcan algunos ataques de hostigamiento sólo para mantener en vilo a nuestros muchachos". Macro miró al espía. 'Te has tomado todo esto con un ánimo muy distinto al de tu conducta habitual'.

¿Qué quieres decir?

'No tanto de tu ingenio seco y comentarios sardónicos como de costumbre. ¿Por qué?

Tengo la sensación de que no viviré para ver el final de este asedio. He estado en muchas situaciones peligrosas antes, Centurión, como bien sabes. Corrí riesgos, pero siempre había una buena oportunidad de sobrevivir. ¿Esta vez? No estoy tan seguro. Nunca antes me había sentido tan convencido de que voy a morir. Había pensado que viviría hasta una edad madura, rodeado de pergaminos en una cómoda villa en Ítaca'.

No sé si me lo imagino", dijo Macro. Eres un espía hasta la médula. Esos hombres suelen morir en una calle oscura con un cuchillo clavado en la espalda. He llegado a conocerte lo suficiente como para comprender que vives por la emoción. No te veo estableciéndote en ningún sitio".

¿Tú crees? Apolonio lo miró con expresión divertida. Qué poco me conoces. Yo en tu lugar no me atrevería a intentarlo".

Macro había pensado sinceramente que su difícil situación les había acercado y que se había formado entre ellos un vínculo que podría llamarse amistad. Ahora que veía la mirada ligeramente burlona del otro hombre, se daba cuenta de que estaba equivocado y de que el espía era su propio hombre, que nunca se permitiría acercarse a otro. Se obligó a sonreír. Ese es el Apollonius que conozco. Guárdate tus pensamientos morbosos, ¿eh?". Señaló hacia la fuerza enemiga a unos 400 metros de la muralla occidental. "Y mantén un ojo

en ese lote mientras todavía hay luz. Si empiezan a moverse, mándame llamar'.

¿Dónde estarás?

'Revisando a los heridos. Necesitaremos a todos los que puedan volver al servicio'.

Macro bajó la escalera y se dirigió a la hilera de tiendas ocupadas por el cirujano. Había varios hombres sentados en bancos a lo largo de la fachada del bloque, con vendajes en sus heridas. Algunos tenían férulas sobre los huesos reajustados. Tenían un aire distraído y, al llegar a la entrada de la primera tienda, Macro sintió el olor del vino. El cirujano les había dado de beber para ayudarles a sobrellevar el dolor.

En el interior del edificio, se había abierto una amplia abertura para comunicar todas las tiendas, y en las paredes había hombres en sacos de dormir tomados de las casas más cercanas. El cirujano, Adrastus, estaba encorvado junto a un hombre inmovilizado por tres de sus médicos mientras se practicaba una incisión para extraer una punta de flecha de púas del extremo de un asta. Macro observó cómo extraían la flecha y Adrastus entregó la tarea de suturar la herida a uno de sus hombres. Luego el cirujano se levantó y se frotó la sangre de las manos con una tira de tela ya sucia.

¿Puedo ayudarle, señor?

'Necesito saber cuántos de ellos pueden ser enviados de vuelta a sus unidades'.

"¿Los heridos?

'Necesito a todos los hombres que puedan sostener un arma'.

Tendré que hacer una evaluación. ¿Cuándo necesitas saberlo?

'Tan pronto como puedas. ¿Necesita algo aquí?

'Me vendría bien más vino, y paños para los vendajes. Vinagre también, para limpiar las heridas'.

'Mi casa está en la calle de al lado. Todavía tengo una jarra o dos de vino. Cosas baratas.

Dudo que los que lo necesitan vayan a discutir sobre la cosecha, señor.

'Volveré en un momento entonces.'

Había oscurecido cuando Macro salió del vestuario y dobló la esquina de la calle que conducía a la puerta de su casa. La tranquilidad era inquietante, ya que la mayoría de los habitantes de la colonia habían sido evacuados y los restantes se dedicaban a vigilar las defensas. Un perro vagabundo que rebuscaba en la cuneta se asustó al verle acercarse y se alejó trotando, mirando hacia atrás con culpabilidad antes de desaparecer en un callejón. Tras atravesar la verja, Macro abrió la puerta principal. Mientras avanzaba por el pasillo hacia la cocina, oyó el ruido de un banco y se detuvo en seco,

llevando la mano a la espada. Se oyó un ruido metálico y un leve quejido. Desenvainó la espada y se acercó a la puerta lo más silenciosamente posible. Estaba ligeramente entreabierta y se percibía una tenue luz procedente de la cocina. La abrió con facilidad y, al chirriar la bisagra, la apartó y se quedó en el umbral, con la espada en alto.

Parvus estaba raspando trozos de carne en el suelo, donde Cassius los engullía con avidez mientras movía alegremente lo que le quedaba de cola. Chico y perro se volvieron hacia la puerta alarmados.

¿Qué cojones? murmuró Macro, bajando la espada y envainándola justo cuando Cassius cruzó la habitación y saltó, con las patas en el pecho de Macro mientras intentaba lamerle la cara. Agáchate, bruto feo -le espetó, y apartó al perro de un empujón. Cassius retrocedió y volvió trotando a terminar sus sobras.

Parvus estaba de pie junto a la mesa, donde brillaba una lámpara de aceite, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la ansiedad.

¿Qué demonios estás haciendo aquí? Macro exigió. Vosotros ya deberíais estar de camino a Londinium. Es más, te ordené que cuidaras de Petronella".

Parvus bajó la cabeza y Macro suspiró con frustración y no poca rabia.

Pensaste que volverías para pelear, ¿eh? Y trajiste al maldito perro de Cato. Pequeño tonto, no tienes idea en lo que te has metido.'

Parvus levantó la vista y asintió, haciendo la mímica de empujar con una espada antes de indicarse a sí mismo y a Macro. Luego esperó una respuesta.

Macro sacudió la cabeza con simpatía. Petronella te va a curtir la piel por esto. Y con razón". Iba a seguir castigando al chico cuando se le ocurrió otra cosa. ¿Cómo demonios has entrado en las defensas de la colonia? ¿Cuándo volviste?

Parvus juntó las manos y cerró los ojos.

¿Anoche?

El chico asintió y luego hizo un gesto de remo con los brazos.

¿Cruzaron a nado, los dos? Pero eso fue después de la llegada de los rebeldes. Deben haber cruzado el río hacia el sur.

Parvus sonrió, pero el corazón de Macro latía ansiosamente.

¿Dónde cruzaste? Debes mostrármelo, ahora'.

Parvus interpretó su expresión como ira y vaciló. Macro se obligó a hablar con calma. Enséñamelo. Es importante".

Salieron de la casa con el perro trotando a su lado, y casi habían llegado a la puerta principal cuando se oyó un grito de alarma desde la muralla oriental.

¡A las armas! ¡A las armas! ¡Están dentro de la colonia!.

CAPÍTULO 30

'Quédate cerca de mí, muchacho.'

Antes de que Macro pudiera moverse, Parvus señaló la daga de Macro y luego a sí mismo. Macro dudó, luego desenganchó la vaina de la daga de su cinturón y se la puso en las manos al chico. No saques la espada a menos que yo te lo diga. Vámonos.

Con el perro galopando a su lado, salieron corriendo por la puerta y se dirigieron a la línea de defensa oriental, esprintando por la oscura calle mientras el sonido de gritos y el tintineo de espadas atravesaban la colonia desde algún lugar más adelante y a la derecha. Mientras se dirigían al pórtico oriental, Macro trató de averiguar cómo podían haber entrado los rebeldes en la colonia antes de que se diera la alarma. Cualquier intento de ataque frontal o de infiltración habría sido detectado antes de penetrar en las defensas.

A medida que se acercaban al final de la calle, pudo ver la muralla y distinguir figuras que corrían por ella de izquierda a derecha, hacia el creciente ruido de la lucha. En el cruce, se detuvo, con el pecho agitado, mientras se giraba para comprender la situación. El otro extremo de la muralla era una masa oscura de figuras. La única iluminación provenía de las antorchas que ardían en los soportes de la pequeña torre junto al río, una reliquia de la antigua fortaleza legionaria. Gracias a su resplandor, pudo distinguir a los guerreros enemigos que trepaban por la muralla y bajaban por la pendiente inversa para incorporarse a la lucha que se libraba abajo. Un cordón de veteranos se esforzaba por contenerlos, mientras otros se incorporaban al combate a lo largo de la pasarela.

El pórtico estaba a poca distancia a la derecha, y Macro se dirigió hacia él, corriendo por la calle. Ordenó a Parvus que esperara con Casio, subió las escaleras hasta arriba y vio un optio y cuatro hombres que miraban hacia el combate.

"¡Mantén tus malditos ojos al frente!", espetó. "El ataque podría ser una finta.

Mientras los veteranos regresaban a sus puestos, Macro echó un vistazo a lo largo de la muralla, pero no había otros ataques en curso. Al sur, pudo ver un gran grupo de hombres que avanzaban para cruzar una calzada sobre el foso antes de subir por unas escaleras a lo alto de la muralla. Se hizo a un lado. ¿Cómo demonios llegaron al foso y cruzaron la muralla en masa antes de que se diera la alarma? ¿Estabais tú y tus hombres dormidos?

No pasó nada, señor. Se lo juro. Lo primero que supimos fue

cuando empezó la lucha después de que entraran en la colonia. Los muchachos en la torre al final nunca gritaron una advertencia'.

Entonces debieron de ser silenciados antes de que los rebeldes se abalanzaran sobre la muralla y colocaran el puente y las escaleras, razonó Macro. Los vigías más cercanos de la muralla también debían de haber sido silenciados. La única forma de que eso ocurriera era que se enfrentaran a ellos desde detrás de la muralla. El río, se dio cuenta. Al igual que Parvus y el perro, el enemigo había cruzado de alguna manera el río y los pantanos hacia el sur, y a través de las estacas. Un pequeño grupo de rebeldes debía de haber nadado hasta allí, se había deshecho de los veteranos de guardia y había dado la señal de ataque a la fuerza principal.

'Toma un hombre y ve al otro lado de la colonia. Quiero que envíen dos centurias de inmediato. ¡Vamos!

Los dos veteranos se alejaron a toda prisa, y Macro esperó un momento más. Todavía quedaban hombres en el tramo norte de la muralla, demasiado pocos para arriesgarse a enviar a alguno de ellos a reforzar el flanco sur, por si se producía un segundo ataque mientras la mayoría de los defensores combatían el asalto inicial. Bajó las escaleras y agarró a Parvus por los hombros. 'Coge al perro y ve al complejo del templo. Espérame allí". Dio un empujón al muchacho. Haz lo que te ordeno.

Parvus echó a correr y Casio le siguió. Macro se dirigió hacia la lucha y, con una sensación de asco, se dio cuenta de que sus hombres estaban siendo obligados a retroceder. Desenvainando su espada, se unió a la línea y gritó por encima del estruendo de la batalla: "¡Aguantad, muchachos! ¡Llega la ayuda! Aguantad".

Había dos veteranos frente a él, y más allá podía ver que ya había cientos de rebeldes dentro de las defensas, y más cruzando la empalizada. Los veteranos debían mantenerse firmes hasta que llegaran refuerzos si querían contener el ataque y hacerlo retroceder. Macro se abrió paso hasta situarse una fila por detrás y volvió a alzar la voz. ¡Por Roma! ¡Por nuestros hogares, chicos! A por ellos".

La mayoría de los veteranos hicieron suyo el grito, y se produjo un cambio perceptible hacia delante, a medida que los rebeldes eran presionados hacia atrás formando una masa compacta. Macro sintió que sus esperanzas aumentaban. Cuando llegaran los hombres que había mandado llamar, serían suficientes para acabar el trabajo. El avance de los veteranos se detuvo mientras ambos bandos luchaban con desesperación, escudo contra escudo, tratando de asestar golpes a través de los huecos que encontraban. La superioridad de los veteranos les permitía una ventaja suficiente para contener a los más numerosos por el momento.

"¿Dónde está Macro?", gritó una voz desde detrás de la línea

romana. ¿Alguien lo ha visto?

Empujándose hacia atrás, Macro se abrió paso entre sus camaradas. "¡Por aquí!

Cuando salió de la retaguardia de la fila, pudo distinguir a Apolonio a la débil luz de las antorchas que ardían en la torre cercana y se apresuró hacia él.

¿Dónde están los hombres que mandé llamar?

'No van a venir. Hay un ataque desde el oeste". Apolonio miró a su alrededor. Dulce Júpiter, ¿qué ha pasado aquí? ¿Cómo han superado la muralla?

Macro miró más allá del espía. Por encima del estrépito de las armas y los gritos a sus espaldas, podía oír los lejanos sonidos de la lucha desde el otro extremo de la colonia.

¿Dónde están las reservas?

'Ya están comprometidos', respondió Apolonio. 'Los rebeldes están disputando cada centímetro de la línea'.

Mierda. Macro rechinó los dientes con ansiosa frustración. No podemos retenerlos aquí mucho más tiempo. Una vez que nos superen, caerán sobre la retaguardia de las otras centurias'. Era obvio lo que tenía que hacer, aunque se resistía a dar la orden. Muy bien. Tenemos que retirarnos al complejo del templo. Vuelve a la otra línea y transmite la orden. Que todo el mundo se dirija al templo. Asegúrate de que los que aún vigilan las líneas del río también lo sepan.

"¿Y los de la estación de heridos?", preguntó Apolonio.

Que se muevan primero antes de retroceder. Ahora vete.

Apolonio se dio la vuelta para volver corriendo al otro lado de la colonia. Iba a ser una operación difícil y peligrosa, se dio cuenta Macro. Todas las retiradas de combate frente a un enemigo estaban plagadas de peligros, y se tomó un momento para planificar sus órdenes. Las dos centurias asignadas a las defensas orientales se habían enredado, y el primer paso sería intentar sacar una unidad y reformar filas para cubrir la retirada.

"¡Quinto siglo!", gritó. ¡Siglo V! ¡Desenganchaos y volved a mí!

Retrocedió quince pasos en dirección a una calle que conducía al complejo del templo. Uno a uno, luego en pequeños grupos, los veteranos de la Quinta centuria salieron trotando de la línea de batalla. Macro pudo ver que algunos estaban heridos, y les ordenó que se dirigieran al templo. Cuando el último de ellos se unió a él, calculó que tenía más de sesenta hombres a sus órdenes.

¿Dónde está Tertilio? ¡Centurión Tertilio!

"Lo vi caer, señor", dijo una voz en la oscuridad. "Está acabado.

'Siglo V. . . columna de cuatro. Acérquense". ordenó Macro al tomar el mando.

Los veteranos se colocaron detrás de él, y tres hombres se le

unieron en la primera fila mientras cubrían el final de la calle, salvo por un pequeño hueco en el lateral de la formación. Pudo ver que los hombres restantes de la Cuarta Centuria estaban cediendo terreno. Quedaba poco tiempo antes de que los rebeldes se abrieran paso. Se volvió hacia los hombres que seguían a lo largo de la muralla.

'¡Tú en la muralla! ¡Retrocedan hacia el templo! ¡Moveos!

Se apartaron y bajaron a trompicones por la pendiente inversa, precipitándose a las calles más cercanas mientras se dirigían a la seguridad del recinto del templo. Cuando el último de ellos se hubo marchado, Macro se volvió hacia los que seguían luchando. "¡Cuarta centuria! Separaros y retiraros".

Los hombres de la retaguardia se volvieron enseguida y corrieron hacia la calle, donde Macro y sus camaradas estaban preparados. Pasaron por la línea de la formación y siguieron avanzando. Los demás retrocedieron, cubriéndose con sus escudos mientras intentaban separarse de los rebeldes y escapar. La mayoría lo consiguió, pero varios lo hicieron demasiado tarde y fueron rodeados y atacados por un número superior, desapareciendo bajo los frenéticos golpes de espada y hacha del enemigo. Cuando los últimos hombres lo hubieron rebasado, Macro extendió la línea hasta cubrir el ancho de la calle, y la primera fila formó un muro de escudos mientras los rebeldes se abalanzaban sobre ellos.

"¡Regresen a mi tiempo!", gritó. ¡Uno! ¡Dos! ¡Uno!

La formación empezó a ceder terreno paso a paso. A medida que los rebeldes avanzaban, empujaban a sus compañeros del frente contra los grandes escudos legionarios. Les resultaba difícil empuñar sus armas y eran víctimas de las espadas más cortas de los romanos, que salían de entre los escudos. Las apretadas filas de los rebeldes se convirtieron en blancos fáciles, y un hombre tras otro fue herido y cayó hacia atrás, obstaculizando a los que venían detrás antes de ser pisoteados en el suelo.

La formación pasó por encima del primer cruce de caminos. Había tres más antes de llegar al espacio abierto que rodeaba el recinto del templo, y Macro sabía que el enemigo se daría cuenta de que podía utilizar las calles paralelas para flanquear a los romanos. En efecto, mientras se retiraban tras el segundo cruce, vislumbró formas oscuras que revoloteaban a izquierda y derecha.

'¡Formen cuadro!', ordenó, y los hombres del otro extremo de la formación y los de los flancos giraron sus escudos hacia fuera para cubrir la centuria por todos lados.

Los rebeldes les esperaban en el cuarto cruce. Macro pudo oír el estrépito y los golpes por encima del estruendo en la retaguardia de la formación. Un momento después, el hombre situado a su izquierda se lanzó demasiado lejos y uno de los rebeldes le cortó la muñeca con un

hacha. El golpe casi le cortó la mano, y el legionario soltó la espada y gimió apretando los dientes.

Retrocede -le ordenó Macro, y el hombre se hizo a un lado mientras uno de sus compañeros se deslizaba a su alrededor para ocupar su lugar.

Macro sintió que la formación se ralentizaba a sus espaldas y se dio cuenta de que tenía que estar en el otro extremo para dirigirla. Gritó por encima del hombro: "Prepárate para ocupar mi lugar". Contó el siguiente paso hacia atrás y se abalanzó con el escudo, golpeando a un rebelde y desequilibrándolo. "¡Ahora!

Se apartó medio paso, dejó que el hombre que tenía detrás avanzara por el hueco y retrocedió hasta el espacio que había en medio de la formación, luego se abrió paso hasta el otro extremo, dejando atrás al puñado de heridos que caminaban y a dos hombres que necesitaban el apoyo de sus camaradas. Los rebeldes se acercaban a la centuria desde tres flancos mientras los veteranos intentaban abrirse paso a través del último cruce antes del muro del recinto del templo.

No os separéis", gritó Macro. gritó Macro, y volvió a marcar el tiempo mientras los veteranos que iban delante de él empujaban sus escudos para hacer retroceder al enemigo y abrir una brecha que permitiera a la formación avanzar. Por lo que podía ver en la oscuridad, no había mucha oposición delante de ellos; la mayoría de los rebeldes seguían presionando la retaguardia de la caja, que cedía terreno constantemente.

Se oyó una llamarada de luz delante de él y levantó la vista para ver unas figuras en la pared que arrojaban un haz de palos ardiendo al espacio entre el recinto del templo y los edificios más cercanos. Un momento después, un grupo de veteranos corrió más allá de la brecha, y un segundo grupo cargó contra la retaguardia del enemigo frente a él. Atrapados entre las dos fuerzas romanas, los rebeldes entraron en pánico. La mayoría huyó a los edificios de ambos lados, aunque un puñado luchó y pagó su valor con la vida al ser abatido. Las dos fuerzas romanas se encontraron, y Macro salió de la calle para ver que una línea de veteranos se enfrentaba al enemigo que había intentado rodear la Quinta Siglo. Los haces de palos ardientes frente a la muralla iluminaban la escena con un rojo vacilante y sombras oscuras parpadeantes.

Cuando los veteranos pasaron a su lado, Macro señaló en dirección a la puerta del recinto del templo y les instó a seguir adelante.

¡Macro!

Levantó la vista y vio a Apolonio en la muralla, junto con un grupo de hombres armados en su mayoría con arcos. El espía indicó la puerta. 'Cuando el último de los hombres esté fuera de la calle, corre

hacia ella. Te cubriremos'.

Macro se volvió para ordenar a dos secciones que pusieran a salvo a los heridos; luego, cuando la retaguardia de la formación emergió en el charco de luz que proyectaban las llamas, la cerró con los hombres que habían venido del recinto para reforzarlos. Apolonio gritó una orden y los hombres de la muralla lanzaron flechas y piedras contra los rebeldes que se apretujaban al final de la calle. Varios cayeron rápidamente, y los que avanzaban por detrás cayeron sobre ellos hasta bloquear la calle.

"¡Corre! Gritó Macro. "¡Al recinto, muchachos! ¡No se detengan por nadie! ¡Vamos!

Dejó pasar a la mayoría de los veteranos antes de unirse al último de ellos a la carrera a lo largo del pie de la muralla hacia la esquina, unos cincuenta pasos más adelante. Más enemigos aparecieron individualmente y en pequeños grupos, subiendo por las calles laterales, pero los hombres de Apolonio estaban preparados para abatir a los que iban en cabeza.

Se oyó un grito agudo detrás de él, y al mirar hacia atrás vio que uno de los veteranos había tropezado. El hombre tiró a un lado su escudo y siguió cojeando, pero ya tres de los rebeldes habían irrumpido desde un callejón y se habían lanzado sobre él, y un último grito desesperado de auxilio fue bruscamente cortado.

Macro y los últimos hombres de la Quinta doblaron la esquina y corrieron hacia el portal que había a poca distancia. Los hombres de la línea de defensa occidental también corrían para ponerse a salvo, y más allá podía ver a más rebeldes persiguiendo a sus presas y eliminando a los rezagados. Se detuvo al llegar a la puerta, con el sudor chorreándole por la frente y los pulmones ardiendo. Los últimos veteranos medio corrieron, medio se tambalearon a su lado y cruzaron la puerta para entrar en el recinto. Macro esperó un momento más mientras el enemigo más cercano corría hacia él. Levantando el escudo y la espada a ambos lados para mostrar su pecho, gritó al rebelde: "¡Vamos!".

Giró el escudo hacia delante y golpeó la parte plana de la hoja contra la moldura metálica del lateral. El rebelde se detuvo a unos cinco metros, mirándole con recelo. Macro esperó un momento a que el hombre continuara su carga, luego resopló con disgusto y se volvió para atravesar las puertas, indicando con la cabeza al optio que estaba a cargo de los cuatro hombres que estaban a ambos lados para cerrarlas.

Las bisagras protestaron cuando los pesados maderos entraron en su sitio con un ruido sordo y la barra de cierre se dejó caer en los soportes de hierro. Unos robustos puntales se apoyaron en el interior de las puertas para darles más fuerza. Macro apoyó su escudo en el

suelo y apoyó los antebrazos en la parte superior mientras recuperaba el aliento y recorría con la mirada el interior del recinto, iluminado por un puñado de braseros. Cientos de veteranos estaban de pie, en cuclillas o sentados sobre las losas mientras se recuperaban de su desesperada retirada por la colonia. Muchos de ellos estaban heridos y eran atendidos por el cirujano y sus médicos. Ulpius y sus hombres estaban en la estrecha pasarela que se había construido apresuradamente detrás de las murallas, y Apollonius estaba con ellos, dirigiendo a un grupo de arqueros mientras abatían a los rebeldes en el descampado entre el recinto del templo y los edificios más cercanos. Un resplandor rojo iluminaba el cielo nocturno a el norte, y Macro podía oír el débil rugido de un gran incendio y los vítores del enemigo mientras veían arder en llamas parte de la colonia.

Una pequeña figura surgió entre las columnas a medio terminar. Bajó precipitadamente los escalones y atravesó corriendo a los exhaustos veteranos; luego se detuvo en el telar del brasero más cercano y escrutó a Macro con ansiedad.

No te preocupes, jovencito. Yo estoy bien. ¿Dónde está Cassius?

Parvus hizo la mímica de atar el collar del perro a un poste, antes de mirar a Macro y abrir las manos para preguntarle si quería algo.

Agua. Mi garganta está tan seca como la de una Virgen Vestal... No importa, búscame un poco de agua'.

Parvus corrió hacia una de las colillas que se habían colocado junto al frontón. Macro se obligó a mantenerse erguido y dejó su escudo en el suelo mientras esperaba a que Parvus regresara con una cantimplora llena. Dio las gracias con la cabeza mientras se la llevaba a los labios y bebía varios tragos antes de bajarla.

Lo necesitaba. Ahora ve a buscar al cirujano y mira a ver qué puedes hacer para ayudarle, luego descansa un poco. Te encontraré más tarde'.

Parvus dudó y Macro le lanzó una mirada de advertencia antes de que el chico se diera la vuelta y echara a correr.

Macro se dirigió a la escalera más cercana. Subió a la pasarela y se acercó a Ulpius y Apollonius, que estaban discutiendo. Abajo, podía ver figuras oscuras revoloteando por las calles, y podía oír los crujidos y choques cuando los rebeldes empezaban a saquear los edificios de la colonia. Ya había llamas alrededor de la puerta de Londinium, y nuevos resplandores aparecían en el interior de la colonia.

Estuvo cerca", lo saludó Apolonio. No estaba seguro de que fueras a conseguirlo".

Podría no haberlo hecho si no hubiera sido por los hombres enviados a despejar la calle delante de nosotros. Buen trabajo.

'Mi objetivo es complacer'.

Ulpius se frotó el parche del ojo. ¿Cómo demonios han atravesado

los rebeldes las defensas tan rápido? Eso es lo que quiero saber".

A mí me parece que llevaron a algunos hombres al otro lado del río, hacia el sur, y tomaron la torre para cubrir un asalto desde el exterior. Para cuando Tertillius y sus muchachos llegaron al lugar, los rebeldes ya estaban saltando la muralla y era demasiado tarde para echarlos. Lo único que se podía hacer entonces era traer aquí al mayor número posible de hombres". Macro miró a los veteranos apiñados en el espacio abierto frente al templo. Parece que la mayoría de los otros hombres también lo consiguieron'.

Pero no los de la estación de heridos", dijo Apolonio. Envié aquí primero al cirujano, a sus médicos y a los heridos que caminaban. La orden de retirada ya se había dado antes de que pudiera reunir un grupo de camilleros. No pudimos salvar al resto.

Pobres bastardos, masacrados mientras yacían indefensos, reflexionó Macro con amargura. Pero por el momento no había tiempo para pensar más en ellos. Otros asuntos requerían su atención urgente.

Ulpius, quiero saber cuántos hombres tenemos. Encuentra a los oficiales restantes. Haz que pasen lista antes de que retiren a sus hombres. Sus muchachos pueden tomar el primer turno en la pared, junto con Apolonio y sus arqueros. Dile al cirujano que lleve a los heridos al santuario interior. El lugar más seguro para ellos y estarán fuera del camino. Pueden retirarse.

Intercambiaron un saludo y Ulpius bajó al recinto. Macro y Apolonio guardaron silencio un momento mientras contemplaban la colonia. Los sonidos de los saqueos iban ahora acompañados de gritos de triunfo, y junto a la puerta, en , se podía ver a los rebeldes disfrutando del resplandor de las llamas. Algunos blandían las cabezas de los veteranos caídos que habían tomado como trofeos.

Ya hemos perdido la colonia", dijo Macro. Contaba con contenerlos al menos unos días más. Dudo que duremos lo suficiente para que la Novena Legión nos alcance'.

No puedes cargar con la culpa", replicó Apolonio. Las defensas estaban en mal estado. Las cosas podrían haber sido diferentes si el Senado hubiera intervenido cuando aún había tiempo para cambiar las cosas. Además, teníamos muy pocos hombres para cubrir el perímetro. Los rebeldes siempre iban a romper las defensas".

Macro concedió el punto a regañadientes, pero había sido importante para la moral de los hombres que estuvieran luchando para proteger sus hogares. A partir de ahora, lucharían por sus vidas.

CAPÍTULO 31

Mientras los rebeldes saqueaban la colonia durante el resto de la noche, los defensores se preparaban para su última batalla. Macro tenía pocas dudas sobre el resultado, y mantenía su mente cansada concentrada en su deber de resistir el mayor tiempo posible y hacer pagar al enemigo un alto precio por su victoria. Una vez pasado lista, los defensores se quedaron con menos de cuatrocientos veteranos sanos y ciento cincuenta sin formación militar. Las provisiones reunidas en el recinto eran más que suficientes para un mes. Macro sonrió con pesar al pensar que no sobrevivirían ni una fracción de ese tiempo.

La muralla del recinto tenía un perímetro menor que defender que el de la colonia, pero no había ningún foso más allá, y aunque la altura de la muralla se había elevado, seguía siendo de sólo tres metros más o menos. Además, nunca se había diseñado como una fortificación, sino simplemente como un límite para delimitar el terreno sagrado del templo una vez terminado. Un robusto ariete podría abrir una brecha con unos pocos golpes. Se había reforzado con bloques de piedra y otros materiales de construcción utilizados para crear la pasarela, pero seguía siendo incapaz de resistir un asalto decidido.

Era inevitable que se abriera una brecha en la muralla. Después de eso, la última línea de defensa sería la muralla construida a toda prisa entre los pilares sin terminar que rodeaban el frontón, que apenas estaba a dos metros del suelo. La parte frontal del frontón era el punto más débil, ya que daba a una amplia escalinata y los defensores tendrían que mantener una línea de doce metros protegida únicamente por el peto.

Una vez que los heridos habían sido llevados al interior del santuario y los hombres habían sido alimentados, Macro asignó a Ulpius la primera guardia mientras él iba a descansar un poco. Antes de eso, sin embargo, había que ocuparse de un último asunto.

Encontró a Parvus acurrucado de lado no lejos de la entrada al santuario interior. Cassius yacía a su lado, con la cabeza apoyada entre sus grandes patas y la papada hinchada mientras lloriqueaba en medio de un sueño. Macro los miró con cariño mientras se desabrochaba la correa de la barbilla y se quitaba el casco y el casquete acolchado. Se pasó una mano por el pelo antes de agacharse lo más silenciosamente que pudo y apoyar la espalda contra el peto. A pesar de todas sus preocupaciones y de lo desesperado de su situación, se quedó dormido rápida y profundamente, con la barbilla apoyada en

el pecho mientras roncaba.

Las primeras horas del día siguiente eran frías cuando Apolonio vino a buscar a Macro con una lata llena de estofado caliente. Dudó antes de decidir no despertar al centurión. Dejó la vajilla en el suelo, fue a buscar dos de las capas de repuesto que se guardaban en el santuario y cubrió a Macro y a Parvus. Cassius se revolvió y se puso de pie, moviendo su rabo rechoncho, y Apollonius levantó un dedo. Shh. Si te callas, puedes compartir el estofado. Por aquí".

El espía se sentó con las piernas cruzadas a poca distancia e hizo que el perro se sentara antes de sacar un trozo de carne y sostenerlo entre dos dedos. Con cuidado.

Cassius inclinó la cabeza hacia delante y tomó con cuidado lo que le ofrecían, antes de engullirlo.

Mi turno. Apolonio consiguió dar un par de cucharadas antes de que el perro le diera un zarpazo en el brazo.

Se turnaron hasta que la vajilla quedó vacía y Casio pudo lamer los restos. Luego se sentó junto al espía, apoyó la cabeza en el regazo de Apolonio mientras éste le acariciaba la cabeza y el cuello y musitaba suavemente: "Lo que daría por cambiar de lugar contigo. Debe de ser reconfortante vivir de comida en comida sin tener que preocuparse de nada más, ¿eh, muchacho?

Inclinando la cabeza hacia atrás, Apolonio miró al cielo. No había nubes, y las estrellas y una media luna brillaban serenamente en medio de la aterciopelada oscuridad. Al igual que Macro, albergaba pocas esperanzas de que sobrevivieran. Ya se había enfrentado a grandes peligros y había sobrevivido gracias a su rapidez de ingenio y su destreza con las armas. Pero esta vez no habría escapatoria. Las probabilidades estaban tan en su contra que la esperanza era un lujo inútil. Así que dejó la esperanza a un lado y se quedó mirando al cielo, saboreando el aire frío de la noche y el lejano ulular de un búho en uno de los campos de las afueras de la colonia. Podía oír los débiles sonidos de la alegría del vasto campamento enemigo más allá del río. Aunque sabía que los rebeldes estaban celebrando la destrucción de la colonia y la próxima masacre de los defensores, había algo tranquilizador en aquel sonido. La vida continuaría para algunos, incluso mientras la suya se extinguía. Pero aún no era el momento, y tenía estas pocas horas de agridulce paz para saborearlas en soledad.

Macro había dejado de roncar. Se echó la capa por encima mientras murmuraba: "Por favor, duérmete, espía. Tus pensamientos no me dejan dormir".

Apolonio rió ligeramente. "Como ordenes, mi centurión.

Echó una última mirada a la luna antes de cerrar los ojos, vaciar la mente y respirar a un ritmo tranquilo hasta que llegó el sueño.

Macro le sacudió el hombro y Apolonio abrió los ojos. Había luz

suficiente para ver y se dio cuenta de que el perro lo había abandonado mientras dormía y se había puesto al lado de Parvus, que seguía durmiendo. Apolonio se levantó y miró por encima del peto. Las oscuras figuras de la centuria de guardia se paseaban por el muro del recinto mientras sus camaradas dormían abajo. Los que no habían podido dormir habían mantenido los braseros encendidos para calentarse durante la noche. Había un acre olor a humo en el aire que se le quedó grabado en la garganta, y vio varias columnas de humo que se elevaban de los edificios que rodeaban el recinto. No se oía nada en el campamento enemigo, y los únicos ruidos que llegaban del otro lado de los muros eran el débil crepitar de las llamas y el coro de pájaros al amanecer.

Vamos', dijo Macro. "Vamos a ver el terreno".

Dejando que Parvus y Cassius siguieran durmiendo, descendieron los escalones del frontón y cruzaron el recinto para subir por una de las escalerillas a la pasarela situada a la izquierda de la puerta. El centurión de guardia, un hombre delgado de piel arrugada, se acercó a ellos.

Buenos días, señor.

"¿Algo que informar, Venutius?

El enemigo se ha calmado desde que mis muchachos tomaron la guardia. He visto a algunos por las calles, pero nos han dejado en paz. Han estado demasiado ocupados saqueando nuestras propiedades". Señaló hacia los edificios más cercanos más allá de la muralla, y Macro vio cerámica destrozada y muebles rotos y desechados en las calles de . Las puertas de la mayoría de los edificios estaban abiertas. Más allá, varios incendios seguían propagándose por la colonia y, en otros lugares, delgadas estelas de humo se elevaban de los edificios que ya no eran más que ruinas humeantes. Sintió que se le encogía el corazón al darse cuenta de que donde una vez estuvo su propia casa ahora había un rastro ennegrecido de maderas carbonizadas y sucias volutas grises que se enroscaban en el cielo del amanecer.

En la otra orilla del río, el enemigo también se agitaba, y las bandas de guerreros se reunían y se dirigían al vado río arriba para cruzar y unirse a sus camaradas que ocupaban la colonia. Los sonidos de sierras y martillos llegaban desde el otro extremo de la colonia, cuando los rebeldes que habían dormido fuera empezaron a atravesar las defensas en ruinas y a desaparecer entre los edificios.

Hoy no vamos a descansar", murmuró Venutius.

Vamos. Macro sonrió. ¿No te habrás creído de verdad esa tontería de que si te alistas en la reserva no tendrás que volver a luchar?

Esperaba...

Macro', interrumpió Apolonio. Mira allí, frente a la puerta.

Un grupo de fornidos rebeldes salió del final de una calle. Llevaban

las espadas envainadas y grandes cestas cubiertas con retazos de tela. No había ninguna sensación de urgencia o amenaza en la forma despreocupada en que se acercaron a la puerta.

¿Qué están tramando? Venutius reflexionó. "¿Hago que los arqueros les lancen unas flechas, señor?

Todavía no. Vamos a ver cómo se desarrolla esto'.

Los rebeldes colocaron sus cestas a poca distancia de la puerta y volvieron trotando al refugio de la calle de la que habían salido. Macro y los demás miraron hacia abajo con curiosidad.

"¿Qué es todo eso?" preguntó Venutius. ¿Algún truco?

Sólo hay una forma de averiguarlo", dijo Macro mientras se dirigía a uno de los veteranos que estaban cerca. Tráeme una escalera".

¿No estarás hablando en serio? le desafió Apolonio, pero el veterano ya había regresado con la más cercana de las escaleras de mano y Macro le ordenó que la bajara por la parte delantera del muro.

Echó un rápido vistazo a su alrededor y vio que el enemigo se mantenía oculto en las sombras y no intentaba acercarse al complejo del templo. Balanceando la pierna sobre el parapeto, bajó y se acercó a las cestas. Se detuvo junto al más cercano, agarró un pliegue de la tela y lo levantó. Dentro había varias cabezas. Tardó un instante en reconocer el rostro de uno de los escoltas a caballo que habían acompañado a los evacuados de la colonia. El pavor le heló el corazón y sintió que las náuseas le atenazaban la garganta. Fue de cesto en cesto, arrancando la tela e inspeccionando apresuradamente las identidades de las cabezas que contenían. Todos eran hombres de la escolta, incluido Caldonius. Tiró el último trozo de tela con disgusto, luego volvió a la escalera y se encaramó de nuevo al muro antes de que dos de los veteranos subieran la escalera y la bajaran al interior del recinto.

Venutius lo rodeó con ansiedad. ¿Quiénes son? ¿Silvanus y sus hombres?

Macro negó con la cabeza. "Es Caldonius y sus muchachos.

"¿Caldonius? La expresión de Venucio cambió repentinamente a una expresión de horror. "¿Qué pasa con nuestras mujeres y niños?

No he visto a ninguno de ellos ahí abajo". Macro señaló hacia las cestas. Debe haberlos llevado lo suficientemente lejos en el camino antes de volver a reunirse con nosotros.

Le ordenaste que se dirigiera a Londinium si los rebeldes llegaban a Camulodunum antes de que él pudiera regresar", señaló Apolonio.

Entonces él y sus hombres debieron de caer en una emboscada en el camino de vuelta", respondió Macro escuetamente antes de bajar la voz para que sólo los otros dos hombres pudieran oírle. Esa es la historia que les contamos a los muchachos. Tienen que creer que sus familias están a salvo. No puedo permitirme que el dolor les distraiga.

Además, hay muchas posibilidades de que Caldonius sacara a las familias sanas y salvas y sólo sufriera una emboscada en el camino de vuelta, como ya he dicho. Eso es lo que quiero creer. Necesito creer que mi Petronella está viva".

"Entonces, ¿de quién decimos que son las cabezas si -cuando-nos preguntan? Preguntó Venutius.

Silvanus y su grupo. Eso es lo que les dices a los hombres", dijo Macro con firmeza.

Apolonio asintió, y Venucio apartó la mirada y siseó: "Mierda".

"Venutius, es una orden, ¿entiendes?

El centurión se quedó quieto un instante y luego asintió.

Bien. Asegurémonos de que los hombres se alimentan antes de ir al muro. Sabemos lo que está tramando el enemigo". Macro hizo un gesto en dirección a las sierras y los martillos. Traerán escaleras y arietes en cuanto estén listos. Mantendré a Ulpius y a sus muchachos en reserva para taponar cualquier brecha o contraatacar cualquier punto de apoyo que consigan en la muralla".

Miró a los cansados veteranos que se agitaban en el recinto y trató de pensar en algunas palabras de aliento que ofrecer a sus subordinados. Cato habría encontrado algo que decir. Las frases adecuadas para levantar el ánimo de otros hombres, fueran cuales fueran las probabilidades en su contra. Macro tendió la mano para estrechar sus antebrazos a su vez. Que los dioses nos cuiden, y si no lo hacen, que se jodan los dioses. Cuidaremos de nosotros mismos".

Hablas como un verdadero filósofo". Apolonio esbozó una sonrisa de cansancio antes de separarse para tomar posiciones junto a la muralla.

Los rebeldes siguieron congregándose en las calles que rodeaban el recinto del templo durante el resto de la mañana. Empezaron a cantar y a vitorear mientras sus líderes se movían entre ellos, despertando los ánimos de los guerreros para cuando comenzara el ataque. Poco antes del mediodía, los gritos aumentaron de intensidad y se fundieron en un ensordecedor rugido de aclamación.

Macro se encaramó a lo alto del pórtico del recinto del templo para poder tener una buena vista a lo largo de la amplia vía que conducía a los restos calcinados de la puerta de Londinium. Las ruinas habían sido despejadas para facilitar el acceso a través del foso. Una multitud de rebeldes llenaba los alrededores, vitoreando salvajemente mientras blandían sus armas y levantaban las cabezas de los veteranos que habían tomado como trofeos. En medio de la multitud había un cuerpo de jinetes con capas verdes, cascos relucientes y chalecos de cota de malla. En el centro, sobre el carro, se erguía orgullosa la inconfundible figura de Boudica. Ella también vestía cota de malla y portaba una lanza que alzaba mientras disfrutaba de la adulación de

sus seguidores. El carro se detuvo y ella extendió los brazos para llamar al orden a la multitud. Poco a poco, los vítores disminuyeron y los rebeldes la miraron en silencio. Comenzó a hablar y a gesticular hacia el recinto del templo.

Macro se volvió para ver a Apolonio que subía para unirse a él. Un momento después, estaban uno junto al otro mirando cómo Boudica levantaba las pasiones de su pueblo.

"Trescientos pasos, más o menos", dijo Apolonio. Podría intentar disparar desde aquí. Si puedo derribarla, podría hacer mella en su moral".

Es igual de fácil que se inflame aún más", respondió Macro. Déjalo estar. Pronto tendrás muchos objetivos más fáciles".

Siguieron observando antes de que Apolonio volviera a hablar. "El martilleo se ha detenido.

'Vendrán pronto. He visto suficiente. Preparémonos'.

Volvieron al muro y se separaron de nuevo, de pie junto a los demás veteranos. En todo el recinto reinaba la quietud y el silencio mientras esperaban. El único signo de nerviosismo se percibía entre los civiles que habían permanecido en Camulodunum para defender sus hogares. Ahora estaban todos armados y repartidos a lo largo de la muralla para que pudieran sentirse alentados por la firme resolución de los soldados profesionales a ambos lados. Algunos estaban claramente aterrorizados, y Macro pudo ver cómo temblaban las puntas de algunas de sus lanzas. En otro lugar, un hombre se apartó de la muralla y vomitó en el recinto antes de que el veterano que estaba a su lado le devolviera la cara al enemigo.

No había pasado más de media hora, según los cálculos de Macro, cuando sonó el primer cuerno de guerra enemigo, seguido rápidamente por otros procedentes de los edificios que rodeaban el recinto. Los primeros rebeldes salieron de su escondite y se dirigieron hacia la muralla. No hubo necesidad de dar la alarma ni de dar órdenes. Los arqueros lanzaron sus flechas contra las densas masas que corrían hacia ellos. La escasa provisión de jabalinas se agotó rápidamente, y los únicos proyectiles fueron las rocas y piedras lanzadas por los defensores.

Entre los rebeldes había pequeños grupos cargados de escaleras, que se apresuraron a levantar contra los muros y empezaron a escalar para llegar hasta los veteranos. Mientras Macro observaba, vio que todo el perímetro estaba siendo rápidamente rodeado. Los defensores utilizaban sus espadas y lanzas para impedir que los rebeldes alcanzaran la parte superior de la muralla. Algunos se esforzaban por apartar o apartar las escaleras, y cuando lo conseguían, los guerreros enemigos caían sobre sus camaradas y se ganaba un breve respiro para ese tramo de la línea.

Las primeras bajas romanas fueron las de los arqueros rebeldes que disparaban por encima de las cabezas de sus compañeros, o las de los atacantes que recogían piedras para lanzarlas contra los defensores. Los heridos se hundían en la pasarela o se desplomaban y caían al suelo al pie de la muralla, donde los civiles asignados como portadores de literas se apresuraban a recogerlos y subirlos por las escaleras hasta el santuario interior del templo para que el cirujano y sus médicos se ocuparan de ellos lo mejor que pudieran.

Macro había previsto que el ataque principal, con un ariete, se realizaría contra las puertas reforzadas, tradicionalmente la parte más débil de las defensas de una fortificación. Pero no había rastro de ningún hombre que llevara un ariete por el descampado bajo él, ni en las calles de más allá.

La parte superior de una escalera golpeó contra la pared frente a él y preparó la espada y el escudo. La punta de una larga espada celta apareció por encima del borde del peto, la golpeó hacia un lado y se inclinó hacia delante para clavarla en el hombro del rebelde. Retiró la espada y levantó el escudo justo cuando una piedra resonaba en la superficie. Hubo una pausa antes de que viera que la parte superior de la escalera se movía mientras el siguiente hombre subía los peldaños. El veterano que estaba a su lado llevaba una lanza. La levantó por encima de la cabeza para clavarla en ángulo, y la punta atravesó el costado del siguiente rebelde.

Aprovechando su oportunidad, Macro se agachó y dejó el escudo y la espada en el suelo antes de levantarse rápidamente y agarrarse a la parte superior de la escalera. De un fuerte tirón, la subió por encima del muro y la arrojó al interior del recinto, para luego recuperar su espada y su escudo. Había ganado un breve intervalo para los veteranos que tenía a ambos lados. Miró a lo largo del muro. Los defensores parecían resistir, con sólo un puñado de bajas. Los civiles, que poco antes habían estado tan nerviosos en , luchaban bien junto a sus compañeros veteranos, hasta el punto de que resultaba difícil distinguirlos. El enemigo no había conseguido llegar a la muralla. Entonces oyó un grito a su derecha.

¡Ram!

Se volvió para ver a un veterano que blandía su espada por encima del muro para indicar la dirección, y un momento después, Apolonio gritó una orden para que los arqueros más cercanos apuntaran a los rebeldes que llevaban el carnero.

Abran paso". ordenó Macro mientras corría por la pasarela hasta la esquina y bajaba por la pared lateral más larga hacia el lugar amenazado.

Un guerrero apareció de repente a su izquierda, impulsado por sus camaradas de abajo: un hombre rubio de barba y pecho descubierto.

Rápidamente pasó una pierna por encima del muro y se sentó a horcajadas sobre él mientras lanzaba un hacha contra el brazo armado del veterano que tenía cerca, que se enfrentaba a un rebelde en lo alto de una escalera. La hoja del hacha aterrizó en la muñeca del veterano, haciéndola caer contra la pared antes de atravesar la carne y el hueso y cortarle la mano. La mano cayó sobre el muro, aferrada aún a la espada del veterano. Mientras la sangre brotaba del muñón, Macro pasó por delante del herido y clavó su escudo en el torso del rebelde, desequilibrándolo para que no pudiera utilizar su arma. Un segundo golpe bastó para rematar la faena y derribarlo, cayendo de espaldas sobre sus compañeros. El veterano se agarraba el muñón al pecho mientras soltaba el escudo y bajaba inestablemente al recinto.

Macro estaba ya lo bastante cerca como para mirar hacia abajo y ver cómo el grupo que transportaba el carnero llegaba a la muralla a cinco pasos de su posición. Antes de que pudieran preparar el arma, dos de ellos fueron alcanzados por flechas y otro fue golpeado en la cabeza por una roca que le hizo caer de rodillas antes de desplomarse a un lado, sin sentido.

"¡Matadlos! Gritó Macro. "¡No dejes que usen el ariete!

Un aluvión concentrado de flechas y piedras seguía golpeando a los rebeldes mientras intentaban levantar el ariete por sus asas de cuerda. Ahora Macro podía ver cómo el enemigo había fabricado el arma. Estaba hecha de una larga viga que habían cogido de uno de los edificios más grandes de la colonia. Una sección cercana al extremo había sido moldeada con una azuela para poder sujetar a ella un yunque, y el extremo puntiagudo de hierro se encontraba ahora a poca distancia del pie de la muralla. Un gran guerrero con un escudo redondo y un casco con una cresta blanca gritó órdenes a los que le rodeaban, y un grupo de hombres cubrió el ariete y a sus portadores con sus escudos para protegerlos de los proyectiles que llovían desde arriba. Algunos dieron en el blanco, pero los rebeldes heridos fueron reemplazados al instante por sus camaradas. El ariete se alzó y retrocedió cuando el guerrero dio la hora, y entonces se asestó el primer golpe.

Macro sintió la sacudida del impacto a través de sus pies y vio la oscura grieta que apareció sobre la pasarela. Más allá, Apolonio gritó: "¡Viene otro carnero! Y otro más".

El primer ariete siguió golpeando la pared a un ritmo constante. La grieta se ensanchó y luego apareció otra. Para Macro era evidente que el muro no resistiría los golpes durante mucho tiempo. Un momento después, una sección de la parte superior se derrumbó, justo cuando el segundo ariete entraba en acción a poca distancia de la línea.

Macro se volvió hacia la pequeña fuerza de reservas que había en el recinto. ¡Ulpio! Trae a tus hombres aquí".

El centurión transmitió la orden a sus hombres, y la formación trotó hacia la sección vulnerable de la muralla justo cuando otro tramo de mampostería se desmoronaba y caía. Unos cuantos golpes más abrieron una brecha de un metro de ancho, y el segundo y tercer ariete ampliaron los daños. Estaba claro que los rebeldes pretendían crear una única brecha amplia a través de la cual montar su asalto. El ataque al resto del perímetro continuó sin cesar, de modo que no hubo oportunidad de sacar hombres de la muralla para defender la brecha. Fue un ataque hábilmente ejecutado, reconoció Macro. Sin duda, el enemigo había sido bien informado de los detalles de la construcción del templo por los miembros de la tribu que habían sido obligados a trabajar en la obra.

Se derrumbó más pared y una parte de la pasarela se desplomó, haciendo que dos veteranos cayeran al recinto junto con los escombros. Macro bajó para unirse a Ulpius. A través de la brecha, pudo ver los escudos que cubrían al enemigo que empuñaba el ariete.

¿Por qué no vienen? preguntó Ulpius. 'La brecha es practicable'.

'Lo quieren más ancho antes de atacar'. Macro indicó los daños que estaban causando los otros arietes cercanos. El objetivo era un tramo de unos diez metros, y estaba claro que el enemigo no tardaría en abrir una brecha lo bastante amplia como para servir a sus intenciones.

Echó un vistazo al interior del recinto y vio que decenas de sus hombres habían caído a lo largo de la muralla. Ya en el rincón más alejado, más allá de la puerta, varios guerreros se habían afianzado en la pasarela y luchaban por mantener a raya a los veteranos mientras más rebeldes trepaban para reforzarlos.

El ruido de la mampostería al caer atrajo de nuevo su atención hacia la brecha, y vio que ésta tenía ahora unos dos metros de ancho. A través del remolino de polvo apareció el primero de los rebeldes, un hombre corpulento de pelo oscuro con la cara, el pecho y los brazos llenos de tatuajes azules. Llevaba una lanza y enseguida se volvió hacia un lado para clavar la punta en el muslo de un veterano que aún luchaba por mantener su tramo del muro. Clavó la lanza en y empujó a su víctima contra el costado del romano que tenía al lado. Más enemigos aparecieron por la brecha, al tiempo que una sección más allá se derrumbaba, creando una segunda brecha más pequeña.

Macro vio que la lucha por el recinto estaba perdida. En cuestión de instantes, el enemigo habría ensanchado la brecha lo suficiente como para abrirse paso en número suficiente para abrumar a la fuerza de reserva con la que esperaba bloquearles el paso.

'Ulpius, tú y tus hombres deben retenerlos aquí por un momento.'

El veterano tuerto se enfrentó a la brecha mientras Macro se giraba para gritar por el interior del recinto. Los de la muralla, ¡retirada!

Replegaos al templo".

CAPÍTULO 32

Los hombres restantes que no estaban comprometidos se apresuraron a bajar la escalera y corrieron por el interior del recinto mientras se dirigían a las escaleras del templo. Los que seguían luchando intentaron retirarse y seguirles. Algunos consiguieron abatir a sus oponentes y escapar, mientras que otros se vieron obligados a luchar hasta que fueron arrollados y asesinados.

Macro se situó frente a la brecha con Ulpius y sus hombres. Tenemos que contenerlos, muchachos", dijo con firmeza. "Ganar tiempo para nuestros camaradas.

Unos cuantos golpes más del segundo ariete hicieron que el tramo de muralla entre las dos brechas se derrumbara y creara una brecha de unos seis metros de ancho. Un rugido de triunfo salió de las gargantas de los rebeldes, y los romanos pudieron oír cómo los pies se agitaban sobre la mampostería suelta; entonces, el enemigo irrumpió entre la polvareda y cargó contra los veteranos que esperaban. Espadas, lanzas y hachas golpearon las grandes superficies curvadas de los escudos romanos mientras los veteranos se preparaban contra ellos y acuchillaban a cualquier enemigo que se pusiera a tiro. El primero de los rebeldes cayó a sus pies, y los que venían detrás avanzaron en tropel, pero apenas encontraron apoyo en los escombros para hacer retroceder a la línea romana.

Macro y Ulpius luchaban codo con codo, asestando estocadas y cortando al enemigo con una destreza nacida de muchos años de entrenamiento y batallas libradas con enemigos de todo el Imperio. Los rebeldes se encontraban ahora apretujados, incapaces de avanzar o de blandir sus armas con eficacia, y mientras tanto otros más avanzaban por detrás, empujando a los primeros hacia las espadas de los romanos. Mientras arrancaba su espada de las tripas de un rebelde, Macro miró rápidamente por encima del hombro para ver que los últimos de sus hombres estaban bajando de la muralla y ya los primeros enemigos descendían hacia el recinto. Un estruendo llegó desde su derecha cuando el tercer ariete se abatió sobre el muro. Era hora de que los veteranos de la fuerza de reserva se retiraran al templo.

¡Retrocedan! ¡Retírense!

Los hombres de la retaguardia se dieron la vuelta y corrieron al pie del frontón hacia la escalinata. Los hombres que ya habían llegado al templo se alinearon en el peto, y Macro esperó unos latidos más antes de dar su siguiente orden.

A mi orden... ¡Rompan el contacto y retírense!

La corta hilera de veteranos que bloqueaba la presión de los rebeldes atacó por última vez y se dio la vuelta para huir. Macro y Ulpius fueron los últimos en salir, corriendo tras sus compañeros mientras los primeros rebeldes se abrían paso entre la multitud que se agolpaba en la brecha y salían en su persecución. Apenas habían avanzado unos pasos cuando fueron alcanzados por las piedras lanzadas por los defensores que se alineaban en el frontón, y los que les siguieron levantaron sus escudos o corrieron por la base del frontón, fuera de la vista de los romanos.

Macro iba ligeramente por delante de Ulpius cuando llegó a la esquina del frontón. Oyó un grito agudo detrás de él y se volvió para ver a Ulpius en el suelo, con la pierna atravesada por una lanza. A su alrededor había tres rebeldes desesperados por reclamar el honor de matar a un oficial romano. Ulpius levantó su escudo y su espada para defenderse mientras gritaba a Macro: "¡Corre, hermano!".

No había ninguna posibilidad de salvarlo, así que Macro se apresuró a subir los escalones del templo de dos en dos y se dirigió hacia la estrecha brecha en la barricada que corría a lo largo de la parte superior. Detrás de él podía oír a los rebeldes corriendo por el recinto mientras intentaban alcanzarle. Una flecha se astilló al golpear la contrahuella a un lado de él, y se movió a un lado y a otro mientras subía los últimos escalones y corría por el hueco.

Apolonio gritó una orden y cuatro hombres levantaron un pesado conjunto de estanterías a través de la brecha, luego apilaron losas de piedra sobre las estanterías para evitar que el enemigo las moviera. A ambos lados, los defensores prepararon sus lanzas y espadas para apuñalar a los rebeldes cuando llegaran a lo alto de la escalera. Macro tropezó en unos peldaños y apoyó su escudo contra una de las columnas, agachándose mientras luchaba por respirar. Los gritos de triunfo del enemigo, el choque de las armas y los gruñidos de los hombres llenaban sus oídos. Al enderezarse, vio que los defensores estaban atacando a los rebeldes a lo largo de toda la barricada. Apollonius estaba entre ellos, blandiendo su espada y su escudo tan bien como cualquiera de los veteranos.

Aún sin aliento, Macro dio una vuelta al frontón. El enemigo había introducido varias escalas por la brecha y las estaba colocando contra el frontón y la barricada superior, listo para escalar el último refugio de los romanos. Quedaban más que suficientes veteranos para defender cada metro del perímetro, y cada rebelde que intentaba saltar la barricada era atravesado y empujado de vuelta sobre sus compañeros. Asegurado de que el enemigo no les arrollaría por el momento, completó su circuito. Calculó que no quedaban más de doscientos de sus hombres a lo largo de la barricada, incluidos los civiles armados. Un vistazo al interior del santuario interior reveló que

estaba repleto de hombres heridos, apoyados contra las paredes y tendidos en el suelo mientras el cirujano y sus médicos hacían todo lo posible por curar las heridas. Parvus estaba sentado en el rincón más alejado, utilizando la daga de Macro para arrancar tiras de tela de un montón de ropas viejas a modo de vendajes. Cassius estaba sentado sobre sus ancas, con la oreja buena agitándose ansiosamente.

Al volver a la lucha que se libraba en lo alto de las escaleras, vio que un puñado de veteranos habían resultado heridos o muertos, y que los heridos esperaban entre las bases de las columnas para ser llevados al santuario interior. Los supervivientes de la centuria de Ulpius estaban preparados para llenar los huecos. Macro recuperó su escudo y seleccionó a diez veteranos para que se pusieran a su lado y contrarrestaran cualquier avance en las defensas.

"¡Macro! gritó Apolonio. Había dado un paso atrás de la barricada y uno de los hombres de Ulpius se adelantó para ocupar su lugar. "¡Por aquí!

Macro se acercó trotando y el espía señaló hacia la puerta del recinto. Entre los hombres que luchaban a lo largo de la barricada, vislumbró cómo los guerreros enemigos retiraban los puntales de la parte trasera de las puertas y arrastraban a un lado los materiales de construcción que se habían utilizado para reforzarlas. Un momento después, la barra de bloqueo se levantó y se tiró al suelo, y las puertas se abrieron de un tirón. Más rebeldes irrumpieron en el patio y, a poca distancia detrás de ellos, Macro vio lo que había previsto. Un grupo de hombres entró en el recinto llevando uno de los arietes. Detrás de ellos pudo ver carros apilados con haces de palos y paja arrancada de los tejados de los edificios de la colonia.

Están criando un carnero', dijo. Si eso no funciona, quieren quemarnos'.

Apolonio echó un rápido vistazo por encima de la barricada. El ariete es el peligro más inmediato. No podemos dejar que lo lleven a lo alto de las escaleras'.

Macro miró a su alrededor. Señaló uno de los montones de roca que se habían colocado alrededor del santuario interior. "Coge a seis de los reservas y que apunten a los hombres que llevan el carnero en cuanto empiece a subir las escaleras".

Apolonio dejó su escudo en el suelo y llamó a los hombres de Ulpio más cercanos. Mientras tanto, Macro se subió a un bloque de piedra frente a uno de los pilares y miró al enemigo que avanzaba contra la barricada. Varios hombres se abrían paso entre las filas de rebeldes para dejar paso al grupo que transportaba el ariete. Los vio llegar al final de la escalera y comenzar a ascender hacia los estantes de madera reforzada en medio de la línea romana. Les indicó la dirección con la espada.

"Prepara a tus hombres, Apolonio.

Los veteranos levantaron sus piedras mientras Macro observaba cómo los rebeldes que llevaban el carnero subían trabajosamente los escalones. Cuando estaban a medio camino, gritó la orden. "¡Ahora!

El espía y sus veteranos lanzaron las piedras por encima de los defensores de modo que inscribieran un arco poco profundo hacia el ariete que se aproximaba. Varios de los enemigos fueron abatidos, entre ellos tres hombres de la parte delantera. Cuando se soltaron de las asas de cuerda, la parte delantera del ariete cayó sobre un escalón y se detuvo contra la contrahuella.

"¡Seguid así! Macro instó a Apolonio y sus hombres. "¡Acaben con los bastardos!

Las rocas siguieron golpeando a los hombres del ariete y a los que fueron a sustituir a los heridos. Entonces ocurrió lo inevitable: los rebeldes empezaron a recoger las rocas y a lanzarlas contra los defensores. Se oyó un grito agudo cuando uno de los veteranos fue golpeado en la cara, aplastándole la nariz y destrozándole el pómulo en un charco de sangre. Otro hombre recibió un golpe en un lado del casco cuando se agachó para recoger más piedras, y se tambaleó antes de caer de rodillas y vomitar.

"¡Levantad los escudos! ordenó Apolonio, y sus hombres continuaron el intercambio de proyectiles con el enemigo.

Como antes, los rebeldes enviaron a sus propios escuderos para cubrir a los guerreros que llevaban el ariete, y éste volvió a atacar. Macro se dio cuenta de que no tenía sentido continuar con la descarga y ordenó a gritos a los hombres de Apolonio que se reunieran con la línea de reserva.

Hubo un breve retraso antes de que uno de los guerreros enemigos empezara a dar la hora. Al llegar a tres, las pesadas vigas de roble de la librería se estremecieron bajo el primer golpe del ariete. Macro y los que quedaban de la centuria de Ulpius se situaron a poca distancia, listos para avanzar y defender la brecha una vez que el ariete hubiera hecho su trabajo.

El segundo golpe partió dos de los tablones, esparciendo astillas sobre las losas de las estanterías. El tercero desprendió algunas de las losas y destrozó más roble. Varios golpes más redujeron la improvisada barricada a ruinas, y entonces el enemigo bajó el ariete y empezó a arrancar los maderos rotos y las losas de piedra destrozadas. Bastaron unos pocos latidos para abrir una brecha lo bastante ancha como para que pasaran tres hombres a la vez.

Macro apretó con fuerza las empuñaduras de su escudo y su espada y se preparó para defender la brecha. El primero de los rebeldes trepó por entre los escombros y los maderos rotos y cargó contra la línea de escudos que tenían delante. Dos fueron apuñalados a la vez, mientras

que el tercero consiguió atravesar la línea antes de que Apolonio y uno de los veteranos se abalanzaran sobre él. Las estocadas le atravesaron la espalda, se desplomó sobre su frente y quedó tendido jadeando mientras la sangre le llenaba los pulmones. Pero más enemigos atravesaron la brecha y se lanzaron contra la línea romana, que retrocedía sin cesar, medio paso cada vez. Tan apretados estaban ambos bandos que ninguno podía blandir sus armas, y se convirtió en una desesperada prueba de fuerza que los veteranos, superados en número, no podían esperar ganar.

Vienen por el lateral", gritó una voz mientras las escaleras de los rebeldes demostraban una vez más su valía contra el menor desafío del frontón y el peto de la parte superior. A medida que más guerreros subían al frontón, dividían a los defensores, conduciéndolos alrededor de la parte trasera del templo mientras forzaban a los que estaban más cerca de los escalones hacia Macro y los veteranos perdían terreno lentamente alrededor de la brecha.

Macro se retiró del combate y los hombres de ambos lados se cerraron para llenar el hueco. Necesitaba hacer balance. Corriendo hacia el lado donde el enemigo escalaba las escaleras, vio que al menos cien de ellos estaban en el frontón y hacían retroceder a los romanos en ambas direcciones. El frontón estaba perdido, admitió con un amargo silbido de frustración. El final estaba cerca. Lo único que importaba ahora era resistir y matar al mayor número posible de rebeldes antes de que los últimos veteranos fueran arrollados. Corriendo por la entrada del santuario interior, miró hacia abajo para ver que el otro lado del templo también estaba siendo asaltado por rebeldes que llevaban más escaleras. Mientras miraba, vio a un grupo de guerreros enemigos rodear la parte trasera del santuario y cargar a lo largo del frontón aullando sus gritos de guerra. Penetraron por el flanco romano, sin dar a los defensores la oportunidad de frenar el ímpetu de su carga. En unos instantes alcanzarían la parte delantera del frontón.

Macro sabía que había una última esperanza de refugio donde los supervivientes podrían hacer su última resistencia.

"¡Vuelvan al santuario!", gritó.

Los hombres que aún no estaban comprometidos se retiraron primero, introduciéndose por el estrecho hueco de la puerta abierta. Era una de dos, del doble de la altura de un hombre y construida con roble reforzado con tiras de hierro y tachuelas. Suficiente para resistir una embestida durante el tiempo necesario para que los defensores recuperaran el aliento. Cuando el último de los veteranos que no estaban comprometidos en la lucha llegó a la puerta, se oyó un grito de alarma desde la izquierda cuando el enemigo dobló la esquina del frontón.

Apolonio seguía con los hombres que habían intentado retrasar al ariete con un aluvión de rocas. "¡Síganme!", gritó.

El pequeño grupo cargó contra el enemigo y golpeó con sus escudos a los rebeldes, haciéndolos retroceder sobre los que venían detrás. El espía y sus compañeros apuñalaron y acuchillaron furiosamente mientras ganaban tiempo para que Macro y los demás formaran un muro de escudos cada vez más pequeño alrededor de la puerta del santuario interior. Un hombre tras otro se desprendía y retrocedía. Macro se volvió hacia Apolonio.

¡Ven aquí! ¡Ahora!

Los tres hombres que seguían luchando junto al espía retrocedieron juntos y se unieron al apretado nudo de romanos que defendían la puerta. En ese momento, un ágil rebelde que se había encaramado a la barricada apuntó con su arco y soltó una flecha. La flecha alcanzó a Apolonio en lo alto del pecho, justo debajo del cuello, y la punta le atravesó el músculo por encima del omóplato izquierdo. Su brazo izquierdo sufrió un espasmo y se debilitó, y el escudo se le escapó de los dedos. La sangre empapó su túnica y se extendió por su pecho mientras seguía apuñalando y acuchillando al enemigo.

"¡Retrocede, Apolonio! Macro ordenó.

Ya sólo quedaban cinco romanos frente a la puerta. Macro llenó sus pulmones y rugió con furia de batalla mientras golpeaba con su escudo a un rebelde y luego blandía su espada en un arco frenético para ganar tiempo para sus camaradas.

¡Adentro! ¡Ahora!

Los tres veteranos se lanzaron a través del hueco y Macro sintió una mano en su arnés cuando Apollonius lo giró y lo atravesó. Lo último que vio cuando los hombres que estaban detrás de la puerta la cerraron de golpe fue al espía agitando su espada mientras caía de rodillas por los golpes de los rebeldes que le rodeaban. La barra se dejó caer en sus soportes y los veteranos empezaron rápidamente a apilar losas de piedra y tejas contra la parte trasera de las puertas mientras los rebeldes golpeaban el otro lado con sus armas.

Sólo se había construido la sección del tejado más cercana a la entrada del santuario interior, y el cielo era claramente visible a través de las vigas en la mayor parte de su longitud. Aun así, el interior era lúgubre, y por un momento nadie habló mientras recuperaban el aliento y escuchaban los desafíos y abucheos de los rebeldes fuera del último refugio de los defensores de la colonia. El santuario no medía más de quince metros de largo y diez de ancho, y la parte trasera estaba repleta de heridos y moribundos atendidos por el cirujano y sus médicos. Parvus seguía con ellos, repartiendo los vendajes de una gran bolsa que llevaba al hombro. Cassius se había retirado a un rincón y estaba sentado temblando. De los veteranos, no más de treinta seguían

en pie, reunidos en torno a la puerta, esperando a que Macro diera sus órdenes.

Se lamió los labios secos y se aclaró la garganta. "Vamos a tomar un respiro rápido antes de contraatacar, muchachos.

El comentario provocó sonrisas y algunas risitas irónicas. Ninguno de los veteranos dudaba de lo que les esperaba, y pudo comprobar que compartían su deseo de morir de pie, espada en mano, enfrentándose al enemigo.

¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer?

Macro se volvió para ver a uno de los civiles que se habían quedado para defender la colonia. Se trataba de un hombre corpulento de unos cincuenta años, al que reconoció como el propietario de una de las posadas de la colonia.

"¿Hacer?" Sacudió la cabeza. "Aquí es donde nos adentramos en las sombras, amigo.

No. Tiene que haber otra manera". Estaba claro lo que el hombre quería decir, aunque no quería ser él quien lo sugiriera en voz alta.

¿Rendirse? Macro habló por él. Señaló la puerta. ¿Has oído eso? No creo que estén de humor para hacer prisioneros. Incluso si nos rindiéramos, ¿qué crees que nos harían entonces? Debes haber vivido en Britannia lo suficiente como para saber de los sacrificios humanos que ofrecen a sus dioses'.

Dejó que sus palabras calaran hondo antes de continuar. Como he dicho, aquí es donde morimos. Lo hacemos como hombres -como Apolonio, de pie-o como ganado sacrificado. De cualquier forma moriremos. Pero al menos podemos elegir *cómo* morir".

El posadero hizo una mueca y respiró hondo antes de asentir. "En mis pies, entonces.

Ese es el espíritu". Macro le ofreció una sonrisa tranquilizadora. Haremos de ti un soldado, amigo mío".

Los fútiles golpes contra el exterior de la puerta se calmaron rápidamente, y los vítores de los rebeldes se apagaron cuando sus líderes dieron nuevas órdenes. La mente cansada de Macro trató de anticipar las intenciones del enemigo. El enfoque obvio sería subir el ariete. Las puertas del santuario supondrían un desafío mayor que la barricada o incluso que el muro del recinto, pero al final cederían. Y entonces los defensores serían abatidos uno tras otro antes de masacrar a los heridos. Por otro lado, los rebeldes podrían contentarse con matar de hambre a los defensores, o esperar hasta que se acabara el agua. Sin embargo, la sangre les corría y Macro no los creía lo bastante pacientes como para seguir ese curso de acción. Fuesen cuales fuesen sus intenciones, estaba claro que ni él ni sus camaradas volverían a ver el amanecer.

Envainó la espada y bajó el escudo mientras ordenaba a los demás

veteranos que se retiraran, y luego se dirigió a la parte trasera del santuario, pasando por encima de los heridos hasta llegar al cirujano. Adrastus llevaba un delantal de cuero manchado de sangre sobre la túnica mientras se levantaba de coser la herida del muslo de uno de sus pacientes.

Quiero hablar contigo en voz baja", dijo Macro. Bajó la voz para que nadie oyera el intercambio. No podremos mantener al enemigo fuera mucho tiempo. Cuando se abran las puertas, nos veremos desbordados en poco tiempo. Tenemos que pensar en lo que harán con los heridos si se los llevan vivos'.

Entiendo", respondió el cirujano.

Bien. Si hay alguna forma de facilitar las cosas a los hombres con las peores heridas, hazlo. Para los demás, dales una hoja y que tomen su propia decisión. Tendrás que explicárselo a tus muchachos. Supongo que la mayoría querrá caer luchando, pero si quieren quitarse la vida, no me interpondré en su camino".

Adrastus echó un vistazo a los hombres que se ocupaban de los heridos apiñados contra las paredes y sobre las losas. La mayoría luchará".

¿Y tú?

Me ocuparé primero de los heridos graves. Hay algunos vasos sanguíneos que se pueden cortar relativamente sin dolor y se desangrarán rápidamente. Es tan misericordioso como puede ser en estas circunstancias. Una vez que me haya ocupado del último de ellos, buscaré una espada con la que luchar'.

Macro asintió. Te has sentido orgulloso. Tú y tus hombres. Sería un honor luchar hasta el final contigo a mi lado".

Adrastus sonrió sombríamente. "Es un honor que preferiría evitar".

Como yo. Sin ofender.

Compartieron una risita seca antes de que el cirujano señalara con la cabeza a Parvus, que estaba en cuclillas junto a Cassius y acariciaba la cabeza del perro. ¿Qué pasa con ellos? ¿Quieres que me ocupe de ellos?".

A Macro se le revolvió el estómago. 'No. Hablaré con el chico. Quiere luchar, pero no creo que entienda lo que se juega si lo capturan vivo. No puedo permitir que eso le ocurra'.

Les interrumpió un fuerte estruendo. El ariete había llegado. Al instante, Macro se dio la vuelta y corrió hacia atrás para unirse a los veteranos que formaban de nuevo su línea detrás de la puerta. Cada golpe sacudía una pequeña ola de polvo del marco de la puerta, y una vez más las voces del enemigo se alzaron en una aclamación. Macro despejó su mente de todo pensamiento excepto lo que debía hacer cuando las puertas cedieran. Sintió un olor acre a humo, una ráfaga procedente de los edificios de la colonia que seguían ardiendo, supuso.

Se oyó un grito de alarma detrás de él, y miró por encima del hombro justo cuando un maricón en llamas caía entre los heridos hacia la parte trasera del santuario. Luego apareció otro en lo alto del muro, y otros más, ya encendidos antes de caer dentro, estallando en chispas y llamas al caer sobre las losas o los cuerpos de los heridos y de quienes los atendían. Macro vio que el cirujano levantaba la vista, ansioso, con un bisturí en su sangrienta mano mientras se preparaba para llevar a cabo la muerte piadosa del hombre que yacía a su lado. Entonces ambos se vieron envueltos en fuego al ser alcanzados por un gran haz de palos ardientes y paja recubierta de brea. Las paredes del santuario resonaron con el estruendo de las llamas y los gritos de terror y agonía. Algunos de los hombres ya estaban ardiendo, figuras chillonas en frenético movimiento mientras intentaban en vano apagar las llamas.

Parvus", murmuró Macro. Miró frenéticamente hacia , el último lugar donde había visto al chico, pero ya no estaba allí. Entonces lo vio, al otro lado de las llamas, atrapado en la esquina opuesta, con Cassius agazapado a su lado. Sus miradas se cruzaron por un instante, pero antes de que Macro pudiera reaccionar, tanto el chico como el perro fueron alcanzados por un haz de palos ardientes. Oyó a Cassius soltar un aullido agónico antes de que la bestia se callara. No había esperanza de luchar contra las llamas para intentar salvarlos. La desesperación le apretó el corazón como un puño.

Macro tosió violentamente mientras el humo llenaba el reducido espacio y se convertía en una agitada masa de llamas, nubes negras arremolinadas y las brillantes llamaradas de más maricones que caían desde arriba. Mientras tanto, los gritos lastimeros de los moribundos llenaban los oídos de los que estaban junto a la puerta, ahuyentados por el calor abrasador del infierno.

No podemos quedarnos aquí', gritó. Moriremos quemados. ¡Una última carga, hermanos míos!

Desesperado, empezó a retirar las baldosas y la mampostería que habían servido para reforzar las puertas. Cuando sólo quedó la barra de cierre, se dio cuenta de que los rebeldes ya no utilizaban el ariete. Ordenó a dos de los veteranos que levantaran la barra, mientras los demás recuperaban sus escudos y preparaban sus espadas. Detrás de ellos, los gritos casi se habían extinguido y sólo una voz seguía chillando.

"¡Ahora! se atragantó Macro, con lágrimas en los ojos que apenas le dejaban ver.

Oyó el ruido metálico de la barra sobre las losas al ser apartada, y entonces las puertas se abrieron y un rayo cegador de luz diurna atravesó el infierno que se arremolinaba en el interior del santuario. Intentó lanzar un grito de guerra desafiante al salir, saltando por

encima del cuerpo de Apollonius, pero tenía los pulmones demasiado llenos de humo y se tambaleó tosiendo y medio cegado. Sintió que le arrancaban el escudo de las manos, luego le agarraron el brazo de la espada y le arrancaron la hoja de los dedos. Más manos le agarraron. Intentó soltarse y atacar, pero le inmovilizaron los brazos por detrás y le obligaron a bajar las escaleras y le arrastraron por las losas del recinto, acompañado por las patadas y los abucheos de la densa multitud de rebeldes que le rodeaban. Le obligaron a arrodillarse y le quitaron el casco. Le ataron una cuerda al cuello y luego las muñecas a la espalda.

Cuando su visión se aclaró, vio a los demás veteranos que habían sobrevivido al incendio, con los rostros ennegrecidos y manchados y las muñecas igualmente atadas. Un grupo de guerreros con cotas de malla y capas verdes se abrieron paso a su alrededor e hicieron retroceder a la multitud. Al girarse dolorosamente para mirar hacia el templo, vio una espesa humareda que salía de las puertas abiertas y del techo inacabado del santuario. Un momento después, el tramo que había sido embaldosado se derrumbó con un estruendo estremecedor, y la multitud lanzó un ensordecedor grito de triunfo. Los vítores continuaron durante un rato antes de aumentar en intensidad, ondulando hacia fuera desde la dirección de la puerta del recinto, y vio a Boudica acercarse, sonriendo a ambos lados mientras blandía su lanza y llamaba a sus seguidores.

Se detuvo al borde del espacio abierto y bajó la culata de la lanza mientras contemplaba los rostros mugrientos de la veintena de romanos, que habían sido despojados de sus armas y atados, y que ahora la miraban ansiosos desde su posición arrodillada. La expresion de triunfo que habia iluminado sus facciones un instante antes se convirtio ahora en una mascara de odio y crueldad.

Macro levantó la barbilla y miró desafiante hacia atrás, haciendo todo lo posible por llegar a su fin con valor y dignidad. Su corazón se llenó de dolor por Parvus, Apolonio y los camaradas que habían muerto defendiendo sus hogares. Incluso sintió la pérdida de Cassius por su feroz lealtad y afecto incondicional hacia aquellos que lo habían adoptado. Sus sentimientos cambiaron a ansiedad por el destino de Petronela, su madre, Lucio y Claudia, ahora en grave peligro por la temeridad de Decio. Cerró los ojos y elevó una plegaria a Júpiter, el Mejor y el Más Grande.

Siempre he servido a Roma con lealtad y valor. He derramado mi sangre por Roma. Por eso pido a los dioses que perdonen a mi familia y a mis allegados. Pido que el procurador corra la suerte que se merece y rezo para que Cato viva para vengarme a mí, a mis hermanos y a Parvus. Esto lo pido a cambio de mi servicio a Roma. Por favor, concede mi último deseo".

Abrió los ojos e inspiró profundamente mientras Boudica caminaba lentamente hacia él. La miró fijamente y luego miró por encima de su hombro a una gaviota blanca que flotaba en la distancia, ajena a los horrores del mundo, mientras se preparaba para su fin.

"Tú", dijo en voz baja la reina icena. "Macro".

Hubo una pausa mientras esperaba el golpe mortal. Entonces dio una orden y Macro fue agarrado por los brazos y arrastrado lejos del templo en llamas.

CAPÍTULO 33

La isla de Mona

Ya era tarde, y el hedor de la muerte y la madera quemada se cernía sobre la escena como un velo. La última fortaleza druida había sido tomada tres días antes, y el antiguo círculo de árboles que rodeaba la arboleda había sido talado y quemado. El gran altar de piedra que se alzaba en el centro estaba destrozado y los fragmentos esparcidos por el lugar. Todas las piedras de la avenida que se acercaba a la arboleda habían sido derribadas por equipos de prisioneros, mientras que los druidas supervivientes habían sido atados y obligados a presenciar la destrucción. Después, los Druidas fueron clavados a los troncos sin extremidades de los robles que antaño habían dado sombra al bosquecillo. Los mismos robles de los que habían colgado sus propios trofeos y ofrendas divinas.

Mientras los supervivientes de la Octava Cohorte Iliria pasaban de camino al campamento cercano, Cato dirigió su caballo a un lado de la pista llena de surcos para contemplar la escena. La destrucción causada por los soldados de la Decimocuarta Legión era el colofón adecuado a la barbarie del mes transcurrido desde que Suetonio y su ejército desembarcaron en Mona. Tras su fracaso a la hora de impedir que los romanos tomaran la isla, los druidas y sus aliados se habían retirado al interior para defender las arboledas sagradas y sus fuertes en las colinas, mientras que pequeñas partidas de jinetes habían hostigado a las columnas romanas que se habían extendido desde la cabeza de playa para cazar y destruir a cualquiera que se resistiera a los invasores. El gobernador Suetonio había ordenado que los que se rindieran fueran reunidos, encadenados y conducidos al estrecho, donde serían retenidos antes de ser vendidos como esclavos. Una vez saqueadas, todas las aldeas fueron incendiadas y el ganado expulsado para alimentar al ejército.

Tras la batalla, Suetonio había ordenado a sus comandantes que destruyeran todo rastro del culto que encontraran en Mona. Cada druida debía ser ejecutado, junto con aquellos que les servían, hasta la última mujer y niño. Mona se convertiría en un páramo. Cada edificio debía ser arrasado, cada castro nivelado y sus zanjas rellenadas. Se confiscaron todos los graneros y se quemaron todas las provisiones que no pudieron ser transportadas.

Aunque estaba obligado a obedecer sus órdenes, Cato no estaba de acuerdo con ellas. Suetonio estaba yendo demasiado lejos. El objetivo de la campaña había sido derrotar a las tribus de las colinas y aplastar

el culto druida de una vez por todas. No era necesario aniquilar o esclavizar a los habitantes de la isla, que de otro modo podrían haber sido pacificados y abandonados a sus cultivos y al pago de sus impuestos a Roma. Incluso era posible que se sintieran agradecidos por no tener que mantener a los druidas, que habían dominado la isla desde que huyeron de ella tras la invasión romana del continente.

Una vez que la noticia de la devastación de Mona llegara a las tribus de Britannia que aún se negaban a aceptar el dominio romano, o que se quejaban de él, la lección aprendida podría ir en cualquier dirección, reflexionó Cato. Algunos podrían considerar el destino de la isla como algo que había que evitar a toda costa y aceptarían su sometimiento, mientras que otros -más orgullosos y desafiantes- podrían considerarlo como una advertencia a su pueblo del precio de la derrota y, por tanto, de la necesidad de resistir hasta el final la invasión de Roma. Sea como fuere, fue un derroche exceso de destrucción. El trato que Suetonio dio a los habitantes de Mona era más lo que se perdía que lo que se ganaba, decidió Cato.

Desde el desembarco, a la cohorte de Cato se le había encomendado la tarea de explorar por delante de la columna principal para localizar las fortalezas enemigas, y luego esperar a que la artillería y la infantería pesada subieran y destruyeran las fortificaciones y aplastaran a quienes estuvieran dentro de ellas. Ninguna duraba más de unos pocos días, y entonces la Octava Cohorte marchaba en busca del siguiente objetivo a eliminar. Y así había continuado. Un ciclo interminable de exploración y rastreo del campo hasta que los hombres de Cato se habían entumecido por la matanza y deseaban fervientemente abandonar la isla y volver a la paz y la comodidad del servicio de guarnición.

El olor agrio de la carne en descomposición mezclado con el acre sabor de la madera carbonizada era repugnante. Cato tiró de las riendas y giró su caballo hacia la pista, trotando de vuelta a la cabeza de la columna, donde las denudadas filas del contingente montado guiaban a sus cansados caballos. Hacía dos días que había recibido nuevas órdenes de Suetonio, que anunciaban la toma de los últimos bastiones druidas y el fin de la campaña. Todas las unidades debían concentrarse en la columna principal para celebrar la victoria antes de que el ejército marchara de vuelta a su base en Deva, donde se dispersaría para realizar tareas de guarnición y esperar los reemplazos de los perdidos en la campaña.

En el caso de la Octava Cohorte, quedaba menos de la mitad de los que habían comenzado la campaña. Pasarían algunos meses antes de que volvieran a estar listos para la acción. Habría que adiestrar a los nuevos hombres, adquirir nuevas monturas, resolver testamentos y determinar y asignar la parte del botín que correspondía a cada uno

según las cuotas asociadas a cada rango. Trabajo más que suficiente para mantener ocupado a Cato durante el resto del año. Pero antes se tomaría unas vacaciones y regresaría a Camulodunum para ver a su hijo y a Claudia y obsequiar a Macro con los detalles de la campaña tomando una jarra de vino. Sonrió al pensar en ello, antes de recordar la perspectiva del descontento que el procurador podría suscitar en relación con Boudica y su tribu. Con suerte, Macro habría podido frenar el celo insensible de aquel hombre a la hora de extraer el tributo pendiente que debían los icenos. En cualquier caso, los dioses habían sido benévolos. La campaña de Suetonio había terminado más rápido de lo que Cato había previsto. El ejército regresaría de Mona a tiempo para disuadir a cualquier exaltado que pensara aprovecharse de su ausencia en el resto de la provincia.

El hedor de la arboleda se desvaneció a medida que la cohorte descendía por la suave pendiente hacia donde la columna de Suetonio había construido un campamento de marcha lo bastante grande como para contener a todo el ejército. Desde la posición ventajosa de la ladera, Cato podía ver las largas hileras de tiendas y los amplios pasillos que delimitaban las zonas asignadas a cada una de las cohortes de legionarios y auxiliares. Los preparativos para la celebración de la victoria del ejército ya estaban en marcha. Había grandes corrales llenos de ganado, y pudo ver a un grupo de hombres ocupados descuartizando reses, mientras otros encendían fuegos para cocinar en largas y poco profundas trincheras cercanas. En el centro del campamento, se habían colocado varias mesas largas con bancos a ambos lados mientras los empleados del cuartel general y los esclavos personales de Suetonio preparaban el fuego para el banquete de los oficiales superiores.

Mientras Cato y su cohorte descendían hacia la puerta sur del campamento, vio a un pequeño grupo de jinetes que llegaban al galope desde el este. Apenas se detuvieron ante la puerta antes de correr por el campamento hacia las tiendas del cuartel general. Cato no pudo evitar preguntarse por la urgencia que les hacía cabalgar tan rápido. Un momento después, los perdió de vista cuando la pista descendía hacia el tramo final de la aproximación al campamento.

Aunque la campaña había terminado, el enemigo derrotado y cualquier peligro vencido, el optio a cargo de la sección de legionarios en la puerta detuvo a Cato para identificar a su unidad y consultar sus órdenes antes de permitir que la cohorte entrara en el campamento. Allí fueron recibidos por un empleado del cuartel general que los dirigió hacia el espacio reservado para sus líneas de tiendas. Cato ordenó a Galerio que se encargara de montar las tiendas y de organizar la comida y el espacio para atar a los caballos.

Volveré en cuanto me presente en el cuartel general", concluyó.

Que mi criado me prepare una muda de ropa. Túnica, capa y botas. Todo limpio. No querría que Suetonio desaprobara mi aspecto".

Galerio sonrió y asintió. "Me ocuparé de ello, señor".

Intercambiaron un saludo casual, y Cato dirigió su montura hacia el grupo de grandes tiendas en el corazón del campamento, paseando al caballo a través del campamento donde algunos de los legionarios y auxiliares ya estaban en sus copas, habiendo saqueado las reservas de cerveza y vino que los druidas habían acumulado para el uso de sus círculos más íntimos. El aire de la madrugada se llenó de cantos, risas y el bullicio de alegres conversaciones. Sintió que sus últimas preocupaciones se disipaban mientras esperaba con impaciencia el banquete que se avecinaba. No había comido desde el amanecer, y ya estaba saboreando la perspectiva de la carne asada, el pan fresco y el vino cuando comenzó la cena de la victoria del gobernador.

Al girar hacia la amplia y fangosa avenida que atravesaba el campamento, pudo ver las tiendas del cuartel general del ejército. Un pequeño grupo de jinetes estaba junto a sus monturas a poca distancia, y supuso que debían de ser los jinetes que había visto poco antes. Se detuvo en la barandilla contigua a la de ellos y desmontó cansado, frotándose enérgicamente la espalda y la grupa para aliviar los dolores de la jornada. Había varios centuriones y tribunos sentados en los bancos a ambos lados de las largas mesas que los ingenieros habían construido ese mismo día, bebiendo de las jarras colocadas a lo largo de ellas. Cato se acercó a un grupo de tribunos que había conocido antes en la campaña, saludó con la cabeza y aceptó la copa de vino que uno de ellos le tendió. Sin embargo, antes de que pudiera dar un sorbo, una voz le llamó desde la tienda de Suetonio.

¡Todos los oficiales superiores! ¡Informen al gobernador de inmediato!

Dejó la copa en el suelo. Cuida de eso por mí. Vuelvo enseguida'.

Avanzó penosamente por la hierba desgastada hacia la mayor de las tiendas, junto con los prefectos auxiliares y los centuriones superiores de las cohortes legionarias que también habían estado bebiendo en las largas mesas. Los guardaespaldas, a ambos lados de las puertas de las tiendas, las habían abierto para dejar pasar a los oficiales. Cato vio a Suetonio en una conversación urgente con un hombre vestido con una capa manchada de barro en la esquina más alejada de la tienda. Al mirar a su alrededor, vio a Thrasyllus cerca y se dirigió hacia él.

"¿Alguna idea de qué se trata?

"He oído que hay noticias de Londinium.

¿Qué noticias?

Ni idea. Pero lo sabremos pronto'.

Cato miró a su alrededor y vio que Suetonio conducía al hombre al

centro de la tienda.

¡Caballeros! Silencio". El tono de su voz era áspero y autoritario, y transmitió una sensación de urgencia a los oficiales que le rodeaban. Esperó a que se hiciera el silencio en la tienda antes de continuar, indicando al individuo embarrado que estaba a su lado. Este es Marcus Verno, del personal del procurador. Salió de Londinium hace menos de seis días con un mensaje para mí. Decianus informa que ha habido un levantamiento entre los Trinovantes y los Iceni, liderado por la reina de los Iceni, Boudica". Dudó antes de continuar. Según el procurador, la sigue una gran hueste; miles de guerreros de armados con armas que nos habían ocultado. Lamento informarle que hace ocho días, la colonia de Camulodunum fue quemada hasta los cimientos. Un grupo de exploradores enviado por Decianus vio humo cubriendo la colonia y un vasto ejército de rebeldes acampado alrededor de las murallas. Los exploradores presenciaron la última resistencia de los veteranos desde una colina que dominaba la colonia. Debemos suponer que los que se quedaron para defenderla han sido aniquilados".

Cato sintió que su corazón se estremecía ante las palabras del gobernador. ¿Qué había sido de todos los que conocía y amaba en la colonia? ¿Qué había sido de Lucio y Claudia? ¿Macro y Petronela? ¿Apolonio? ¿Casio? Una náusea nacida del miedo y el agotamiento le hizo sentirse mareado, y necesitó un supremo esfuerzo de voluntad para obligarse a seguir escuchando a Suetonio.

Lo peor está por venir, caballeros. Los rebeldes seguramente se volverán contra Londinium, destruyendo todo a su paso. Hay veinte mil personas allí, protegidas por una pequeña guarnición. Sin embargo, la ciudad no tiene defensas dignas de mención. Haré todo lo posible para evitar que Londinium comparta el mismo destino que Camulodunum. Para ello, el ejército se preparará para marchar al amanecer y se dirigirá a Deva para esperar mis órdenes. Mientras tanto, tomaré la caballería y me adelantaré para ver qué se puede hacer para preparar las defensas de Londinium. No hay tiempo para preguntas en este momento. Debes volver con tus hombres y prepararlos para la marcha de sus vidas. Debemos llegar a Londinium antes que los rebeldes. Miles de vidas y las riquezas del mayor asentamiento de la provincia dependen de ello. Haré que mi personal redacte sus órdenes de inmediato'.

Suetonio miró a sus oficiales antes de volver a hablar. Ha llegado la hora más oscura de la provincia, y no podría ser en peor momento, con el ejército tan lejos de donde se le necesita. El futuro de Britannia pende de un hilo. Si queremos sobrevivir a esto y salvar el honor de Roma y las vidas de toda nuestra gente en la provincia, tendremos que marchar y luchar como ningún ejército romano lo ha hecho antes.

Esta es la gran prueba de nuestra era, caballeros. Debemos enfrentarnos y derrotar a los rebeldes antes de que Britania arda en llamas y estas tierras se empapen con la sangre de los romanos. Ahora ve con tus hombres y ordénales que se preparen para marchar al amanecer. Sólo hay dos caminos abiertos para nosotros ahora. La victoria o la aniquilación. Pueden retirarse.

Mientras los oficiales salían de la tienda, el corazón de Cato se llenó de oscura determinación. Si su familia y amigos habían escapado de la conflagración de Camulodunum, debía correr para salvarlos antes de que un destino semejante los alcanzara en Londinium. Él y el resto del ejército deben marchar tan rápido como si fueran perseguidos por demonios voraces. Deben salvar Londinium y a su gente de la horda bárbara que se les echa encima, decidida a quemar y masacrar a toda persona u objeto que lleve el sello de Roma.

NOTA DEL AUTOR

La revuelta de Boudican es uno de los acontecimientos más célebres de la historia de las Islas Británicas. Su líder es uno de los principales iconos de la nación moderna. Frente al Palacio de Westminster, en Londres, se alza un enorme monumento que representa a Boudica sobre un imaginativo carro de guerra. Boudica blande una lanza y hace señas a sus seguidores, mientras sus dos hijas se arrodillan a sus pies. Boudica ha aparecido con frecuencia en la ficción, en publicaciones históricas y en las grandes y pequeñas pantallas. Se podría pensar que su estatus legendario ha sido una constante en nuestra historia desde los tiempos de la sangrienta rebelión que encabezó.

Pero lo cierto es que desapareció de la historia durante muchos siglos hasta que, según se cuenta, un monje que buscaba material de escritura encontró en los sótanos de Monte Cassino un tesoro de historias romanas. Estos documentos fueron leídos por un canalla italiano, que los incluyó en una obra histórica sobre las grandes reinas de Inglaterra en la época en que Isabel I ocupaba el trono. La historia de Boudica llamó la atención de algunos poetas y dramaturgos, a través de varias corrupciones de su nombre, la más popular de las cuales fue Boadicea (un error que persistió hasta hace relativamente poco).

El punto álgido de su leyenda se produjo durante el reinado de Victoria, cuando una vez más el estatus de una monarca femenina necesitaba un poco de lustre. Fue entonces cuando el monumento a Boudica se financió mediante suscripción pública y se erigió frente a la sede del gobierno británico. Algo extraño si se tiene en cuenta que ella y sus seguidores fueron responsables de la destrucción de la ciudad de Londinium y de las atrocidades cometidas contra sus habitantes. Es tan históricamente insensible como erigir un monumento a Osama bin Laden frente al emplazamiento de las Torres Gemelas. Pero ahí estamos: la historia es algo retorcido.

El contexto histórico de la rebelión es bastante más interesante y complicado de lo que la leyenda del luchador por la libertad nos quiere hacer creer. La conquista romana de Britania estuvo motivada por intereses políticos más que por una necesidad estratégica. Coincidió con los primeros años del reinado del emperador Claudio. Su predecesor había sido asesinado por altos mandos de la Guardia Pretoriana, y Claudio debía su posición al apoyo de los guardias pretorianos que se dieron cuenta de que estaban haciendo algo bueno con los emperadores y que un retorno a los días de la República les

dejaría en inferioridad de condiciones. El lector puede imaginar fácilmente cómo la legitimidad de Claudio podría ser vista con escepticismo dadas las circunstancias. Por tanto, necesitaba ganarse al pueblo romano atribuyéndose algún éxito militar que añadiera el lustre necesario a su reputación.

Tuvo la suerte de que el anterior emperador, Calígula, se dejara tentar por el mismo expediente político y concentrara un ejército y una flota en la costa de la Galia dispuestos a invadir Britania. Utilizando estas fuerzas, Claudio dio el visto bueno, e incluso hizo una breve aparición durante la primera parte de lo que se convirtió en una larga y dura campaña para atribuirse el mérito de la rápidamente anunciada conquista de Britania. La celebración de un triunfo en Roma podría haber impresionado a la turba de , pero a los soldados romanos en Britania les esperaban muchos más años de amargos combates.

La tarea de los romanos se vio facilitada en cierta medida por las divisiones endémicas entre las tribus que habitaban la isla principal. Algunas de estas tribus fueron sobornadas antes de la invasión romana. Se nos dice que doce delegaciones se presentaron ante Claudio durante su breve visita para prometer su lealtad a Roma. Sin duda, algunas de estas tribus estaban encantadas de saldar cuentas con antiguos enemigos entre las tribus que resistieron a los invasores. De hecho, los rebeldes de Boudica causaron estragos tanto entre los romanos como entre sus enemigos tribales. La rebelión fue tanto un ajuste de cuentas con enemigos tradicionales como un conflicto contra un invasor imperial. Un modelo que se ha reproducido a lo largo de la historia en muchos lugares. El excelente libro de Stuart Laycock *Britannia: The Failed State* subraya de forma muy persuasiva la importancia de las divisiones tribales y los problemas que causaron al gobierno romano.

Las dificultades añadidas para establecer la nueva provincia romana y la constante sangría de recursos militares a cambio de escasos progresos en el sometimiento de las tribus que seguían resistiendo hicieron que Roma se lo pensara mejor. Las esperanzas de que Britania produjera suficientes tesoros y botines para justificar el coste de la invasión y ocupación se desvanecieron pronto. Sin embargo, el prestigio de Roma y del emperador Claudio estaba en juego, y el conflicto se justificó por necesidad política. Más o menos como muchos ejemplos más recientes de invasiones iniciadas por dictadores demasiado optimistas que pronto se vieron empantanados por una resistencia obstinada.

La situación cambió con la muerte de Claudio y la llegada de Nerón. En ese momento se presentó la oportunidad de reevaluar la justificación del mantenimiento de la nueva provincia. A pesar de la

considerable inversión de recursos en Britania, , muchos romanos se preguntaban si no sería mejor dar por terminada la guerra y retirarse de la isla. Por supuesto, eso supondría un golpe al prestigio romano, pero había otros usos que se podían dar a las cuatro legiones y a las unidades auxiliares adjuntas. Era una guarnición muy grande que mantener en vista de los míseros ingresos que generaba Britannia. En consecuencia, los que habían invertido en Britannia y habían hecho préstamos a algunos de los gobernantes tribales comenzaron una carrera para sacar su dinero de la isla antes de que se tomara cualquier decisión sobre su futuro. La petición de préstamos afectó a los britanos en un momento en el que se había producido una serie de malas cosechas. Para empeorar las cosas, los romanos cobraban impuestos a los nativos y, en el caso de los veteranos asentados en Camulodunum, se apropiaban de las tierras de la población local. Al mismo tiempo, los jóvenes britanos eran reclutados a la fuerza en las unidades auxiliares romanas. No es difícil imaginar las tensiones que esto creaba entre ocupados y ocupantes.

Como dice el refrán, no hay sociedad que no esté a punto de rebelarse. Los crecientes agravios de las tribus se fueron acumulando hasta que la situación llegó a su punto álgido hacia el 60-61 d.C., con la muerte de Prasutagus, rey de los icenos. El tratamiento arrogante del testamento que dejó y los brutales ultrajes cometidos contra su viuda e hijas fueron la chispa que encendió la rebelión abierta y los horrores que vendrían después.